
CIRCULO DEL CRIMEN
LA CAZA DEL ASESINO
FREDRIC BROWN
ePUB

En la ciudad de Chicago un maníaco homicida ha asesinado a tres jóvenes de manera brutal y está a punto de asesinar a una cuarta. El periodista Wiliam Sweeney, irlandés, borracho y testarudo, queda obsesionado por la visión de esta última víctima, salvada por la intervención de un terrible perro lobo. Sweeney emprende la búsqueda del destripador guiado por la única pista que ha encontrado: la estatuilla de una mujer gritando ante el ataque de un asesino.



Fredric Brown

La caza del asesino

ePUB v1.0
chungalitos 04.01.12

Título original: *Screaming Mimi*

Traducción: Mario Montalbán
I.S.B.N.: 84-85604-24-5

Portada del ePub adaptada por **Piolin.39**

Edición digital: Kyo

REPARTO

WILLIAM SWEENEY: Periodista y protagonista de la novela.

GODFREY: Llamado GOD, un viejo vagabundo.

WALTER KREIG: Redactor jefe del *Blade*.

YOLANDA LANG: Hermosa artista del *striptease*.

DIABLO: Su perro, casi lobo.

SEÑORA RANDALL: Dueña de la pensión donde vive Sweeney.

PETE FLEMING: Policía.

JOE CAREY: Periodista del *Blade*.

KRAVICH y GUERNEY: Policías a las órdenes del capitán Bline.

CAPITAN BLINE: Jefe de la Brigada dedicada a la captura del Destripador.

SAMMY COLE: Estafador y amante de una víctima del Destripador.

DOC GREENE: Agente artístico y psiquiatra.

RAOUL REYNARDE; Propietaria de una tienda de objetos de regalo.

RALPH BURKE: Gerente de la «Gansden Art Company».

TESS: Chica de alterne.

BURT MEAGHAN: Dueño de un bar.

WAYNE HORLICK: Periodista del *Blade*.

NICK: Gerente del *Madhouse*.

JAY EHLERS: Policía amigo de Sweeney.

HARRY YAH: Dueño de diversos garitos y del *Madhouse*.

WILLIE HARRIS: Boxeador sonado, guardaespaldas de Harry Yahn.

CHAPMAN WILSON: Escultor y pintor.

RAY LAND: Detective privado de Nueva York.

HENDERSON: Ex sheriff de Brampton.

1

Nadie sabe nunca lo que hará un irlandés borracho.

Sobre ello pueden hacerse muchas conjeturas; sí muchísimas conjeturas.

Incluso puede hacerse una lista, según el orden de probabilidades. Las más previsibles son fáciles de adivinar: puede pedir otro trago, iniciar una pelea, pronunciar un discurso, coger el tren... La lista puede alargarse un poco más: puede comprar pintura verde, talar un álamo, bailar una danza regional, cantar «Dios salve al Rey», robar un oboe... La lista podría alargarse indefinidamente con actos cada vez menos probables, hasta llegar a la culminación de la improbabilidad: que adopte una resolución y se aferre a la misma.

Sé que esto último es increíble, pero sucedió. Un individuo llamado Sweeney lo hizo en Chicago en cierta ocasión. Tomó una resolución y tuvo que abrirse paso entre sangre y café para mantenerla, pero lo consiguió. Tal vez, según las reglas civilizadas, la resolución no fuese muy buena, mas esto no tiene nada que ver con lo que aquí interesa. De lo que se trata es que, realmente, sucedió lo que digo.

Pero ahora, como la verdad es una cosa esquiva, tenemos que dar un leve rodeo. La verdad jamás encaja por completo dentro de una pauta definida. Es como... bueno, la pauta empieza así: «un irlandés borracho, llamado Sweeney...», si es que esto significa algo. La verdad nunca es tan sencilla.

Su verdadero nombre era Sweeney, aunque sólo tenía cinco octavos de irlandés y estaba solamente tres cuartos borracho. Naturalmente, esto se acerca tanto a la verdad como otra verdad cualquiera, y si el lector no está de acuerdo con esta declaración, mejor será que abandone la lectura de este libro. En caso contrario, quizá llegue a lamentarlo porque esta historia no es agradable. En ella se habla de asesinatos, de mujeres, de licores, de

juego y hasta de prevaricación. Antes de empezar el relato propiamente dicho, ya hay un asesinato, y otro al final. En realidad, la historia empieza con una mujer desnuda y termina con otra mujer desnuda, lo cual constituye un buen principio y un final excelente; pero todo lo que sucede en medio no es agradable. No señor, no lo es. No dirá el lector que no le he advertido, y si pese a esta advertencia continúa leyendo, entonces tenemos que volver a referimos a Sweeney.

Sweeney estaba sentado en un banco del parque, aquella noche de verano, al lado de God.**[1]** A Sweeney le gustaba God, aunque este gusto no fuese compartido por mucha gente. God era un individuo alto, flaco, con una barba corta, muy enmarañada y manchada de nicotina. Su nombre completo era Godfrey; he dicho su nombre completo puesto que nadie, ni siquiera Sweeney, sabía si se trataba de su nombre de pila o de su apellido. Era un poco chiflado, pero no mucho. En todo caso, como la mayoría de los tipos de su edad que viven en la parte norte de Chicago y pasan el tiempo, cuando es bueno, en la Bughouse Square. La Bughouse Square tiene otro nombre,**[2]** menos apropiado. Está situada entre Clark Street y Dearborn Street, justo al sur de la biblioteca Newberry; bueno, ésta es su ubicación horizontal. Verticalmente hablando, se halla más cerca del infierno que del cielo. Quiero decir que está bien alumbrada por las farolas pero muy a oscuras a causa de las sombras de los hombres derrotados que pasan en sus bancos la noche entera.

Eran las dos de la madrugada y la Bughouse Square estaba en silencio. Los oradores improvisados habían desaparecido, y los paseantes nocturnos, ansiosos de gozar del fresco después del calor del día, se habían metido ya en la cama. Los que quedaban dormían sobre el césped o en los bancos. Tenían fuertemente anudados los zapatos para que no se los robasen durante su sueño. En cambio, no les preocupaba en absoluto que alguien pudiera quitarles el dinero del bolsillo: allí no había dinero que robar. Por esto dormían tranquilamente.

—God —murmuró Sweeney—, me gustaría echar otro trago.

Echó su maltratado sombrero un poco más atrás de su desaliñada cabeza.

—También yo —asintió God—, pero algo menos malo.

—Sí, suele ser fatal —se quejó Sweeney.

—Cierto, Sweeney —sonrió God—, suele ser fatal.

Sacó un estropeado paquete de cigarrillos del bolsillo, le dio uno a

Sweeney y encendió otro para si.

Sweeney chupó el suyo con avidez. Después, contempló la dormida figura que roncaba en el banco que tenía delante y levantó la vista hacia la bien iluminada Clark Street. Tenía los ojos un poco borrosos por la bebida; aquellas luces tenían un halo, aunque él ya sabia que no era así en realidad. No soplaba la más leve brisa. Sentía calor y estaba sudado como el parque, como la ciudad. Se quitó el sombrero y se abanicó con él. Después, sus tres cuartos de borrachera le impulsaron a mirar fijamente aquel sombrero. Tres semanas atrás era nuevo; lo compró cuando todavía trabajaba en el *Blade.* Ahora parecía la cosa más indigna de la tierra: lo había pisado un auto, había rodado hasta una alcantarilla, y él mismo se había sentado encima, aplastándolo con el peso de su cuerpo. Sweeney se sentía en el mismo deplorable estado que su sombrero.

—¡Dios! —exclamó.

Naturalmente, no hablaba con Godfrey. En realidad, no hablaba con nadie. Volvió a cubrirse la cabeza con el sombrero.

—Ojalá pudiera dormir —añadió, poniéndose de pie—. Voy a dar una vuelta. ¿Me acompañas?

—¿Y perder el banco? —God no quería dormir sobre el césped—. No, Sweeney, procuraré dormir. Hasta la vista.

Se volvió del otro lado y descansó la cabeza en el hueco de su brazo.

Sweeney gruñó una despedida y se alejó hacia Clark Street. Trastrabillaba un poco, pero no mucho. Caminó bajo la noche, por Clark Street, hacia el sur y pasó por la Chicago Avenue. Dejó atrás varias tabernas, ansiando tener el dinero para un buen vaso.

—¡Hola, Sweeney! —le gritó un policía, al cruzarse con él.

—¡Hola, Pete! —correspondió el joven sin detenerse.

Recordó una de las teorías de Godfrey y se dijo que el viejo bribón estaba en lo cierto: es posible conseguir cualquier cosa si la deseas con tesón. Le hubiese podido sacar a Pete unas monedas o incluso un pavo, si tan grande hubiese sido su afán de beber. Tal vez mañana sí lo necesitaría por encima de todo.

Por el momento no hacía falta, aunque se sintiera como una cuerda de violín demasiado tensa. ¿Por qué no habría parado a Pete? Necesitaba un trago; necesitaba otros seis tragos, o al menos media pinta. Después, se sentiría mucho mejor y dormiría. ¿Cuándo había dormido por última vez? Trató de hacer memoria, mas estaba todo borroso en su cabeza. Fue cerca

de la Huron, debajo del *El* **[3]** y era de noche, pero no la noche anterior ni la otra... ¿Qué hizo ayer?

Pasó el Hurón, el Erié. Pensó que si se acercaba al Loop tal vez hallaría a algunos muchachos del *Blade* en el bar de Randolph y le prestarían algo. ¿Era allí donde se había emborrachado aquella vez? ¡Maldita la niebla de su cerebro! ¿Hasta qué punto estaba bebido? ¿Hasta qué punto se hallaba en condiciones? ¿No estaría presentable en el bar de Randolph?

Buscó un escaparate que pudiera reflejarle. Lo encontró. Se contempló con detenimiento y decidió que no estaba mal, que aún no había llegado muy lejos. Tenía el sombrero abollado, no llevaba corbata y el traje estaba lleno de arrugas, cosa natural, pero... Se aproximó más al escaparate y deseó no haberlo hecho, porque desde tan cerca se vio tal como estaba en realidad. Los ojos enrojecidos, una barba al menos de tres días, posiblemente de cuatro, y la horrible suciedad del cuello de la camisa. Una semana antes era una camisa limpia. También distinguió las manchas del traje.

Apartó la vista y reanudó el paseo. Sabia que no podía presentarse ante sus antiguos camaradas del periódico en tal estado. Antes de estar tan bebido, si, cuando todavía estaba en buenas condiciones. O quizá más adelante, cuando estuviera tan borracho que ya nada le importara. Con la convicción de que esto sucedería inevitablemente unos días más tarde, empezó a maldecir mientras andaba, odiándose, odiándolo todo y a todo el mundo por tener que odiarse a sí mismo.

Atravesó Ontario Street. En tanto caminaba, juraba en voz alta, mas sin darse cuenta de lo que hacia. Pensó: «El Gran Sweeney camina a través de la noche», y trató de desechar todos sus pensamientos, aunque sin conseguirlo. Mirarse al escaparate había sido nefasto, pero todavía era peor, reflexionando en ello, que pudiese olerse, oler el hedor que se escapaba de su cuerpo trasudado. No se había cambiado de ropa desde... ¿cuánto hacía que su patrona se había negado a darle la llave de su habitación? Ohio Street... Condenación, tenía que dejar de ir hacia el sur o pronto llegaría al Loop, de manera que torció hacia el este. ¿Adónde iba? ¡Bah, qué importaba! Tal vez andando mucho se cansaría y podría dormir. Sin embargo, era preferible no alejarse demasiado de la plaza por si sentía sueño de repente.

Diantre, haría cualquier cosa por un trago... excepto, tal como se sentía esta noche, tal como estaba, buscar a un conocido.

Alguien venia por la acera en dirección contraria. Era un muchacho muy elegante, que llevaba una llamativa chaqueta deportiva a cuadros. Sweeney apretó los puños. ¿Qué probabilidades tenía si paraba al chico, seguramente homosexual, se apoderaba de su cartera y corría hacia algún callejón? Nunca lo había intentado y sus reacciones eran muy lentas. Demasiado lentas. El mariquita, andando por el bordillo de la acera, estaba ya lejos antes de que Sweeney se decidiese.

Pasó lentamente un coche. Era de la policía, con dos agentes en su interior. Vaya, de buena se había librado. Intentó caminar en línea recta, aparentando estar sereno, mas de pronto se dio cuenta de que continuaba lanzando maldiciones. Se detuvo casi en seco. Sería espantoso que lo arrestasen ahora y que tuviera que enfrentarse con una mañana sin bebida. El coche patrulla pasó sin aflojar la marcha.

Titubeó al llegar a la esquina de la Dearborn y decidió ir hacia el norte por la State Street, de modo que anduvo una manzana hacia el este. Pasó un tranvía traqueteando, con un estruendo como si fuese el fin del mundo. Pasó también un taxi vacío, en dirección sur, y durante un segundo Sweeney pensó pararlo y bajar hacia Randolph, diciéndole luego al taxista que aguardase un momento hasta que consiguiese algún dinero. Bah, el taxi no se detendría aunque le hiciese señas, debido a su mal aspecto. Además, ya estaba lejos.

Dobló hacia el norte por la State Street. Pasó el Erié, el Hurón. Se sentía mucho mejor. No demasiado, pero sí un poco. Superior Street. «Superior Sweeney», se dijo. «Sweeney andando en la noche, a través del tiempo..»

De repente se dio cuenta de la multitud agrupada delante del portal de un edificio de apartamentos, a media manzana de distancia.

No era una multitud. Sólo una docena aproximadamente de personas, la clase de personas que pueden encontrarse en la North State Street a las dos y media de la madrugada. Estaban mirando por las puertas de cristal el vestíbulo del inmueble. Allí parecía oírse un ruido muy raro que Sweeney no consiguió situar. Era como los gruñidos de un animal.

Sweeney no apretó el paso. Probablemente se trataba de un borracho tumbado en tierra, inconsciente (o muerto), y allí estaría hasta que llegara una ambulancia a recogerlo. Posiblemente, yacía en medio de un charco de sangre, porque de no ser así no se habría reunido aquella docena de individuos a contemplarlo. Los borrachos eran algo muy corriente en

aquella parte de Chicago. La idea de ver sangre no le fascinaba a Sweeney. En su época de periodista ya había visto bastante. Como la vez en que corrió detrás de los polis, hacia el salón de billares de la Townsend Street, donde los cuatro contrincantes peleaban a navajazos...

Dio un rodeo en torno al grupo sin mirar siquiera por encima de los hombros. Casi había pasado cuando le detuvieron tres cosas: dos eran sonidos y la tercera el silencio.

El silencio era el silencio de la muchedumbre... si a doce personas se las puede llamar muchedumbre, aunque se supone que sí cuando todos están apretujados delante de un portal de metro y medio de anchura. Uno de los sonidos era la sirena de un coche patrulla que se aproximaba, a menos ya de una manzana de distancia, bajando por la Chicago Avenue hacia el norte, a punto ya de doblar la esquina de la State Street. Quizá, pensó Sweeney, lo que había en el vestíbulo de aquella casa era un *corpus delicti*.**[4]** Si éste era el caso, no seria inteligente alejarse de la escena de un crimen al llegar la policía.

Al momento, te cogen y te asan a preguntas. Es mejor quedarse entre el grupo y que sean los agentes quienes te ordenen largarte. Entonces, tienes derecho a hacerlo. El otro sonido era la repetición del que oyó primero, aunque ahora lo oía con más nitidez, por encima de los murmullos de la gente y la sirena policial: *era* el gruñido de un perro.

Sumadas todas estas razones, nadie podía censurárselo, ¿verdad? Menos aún cuando todo le impulsaba a hacerlo: Sweeney retrocedió hasta el portal y miró a través del grupo.

No pudo ver nada, exceptuando la espalda de aquella docena de personas. Tampoco oyó nada, salvo los gruñidos del animal y el ulular de la sirena, detrás suyo. El coche patrulla doblaba ya la esquina.

Quizá fuese aquella sirena, quizá el gruñido del perro. Lo cierto fue que algunos de los que formaban el grupo empezaron a apartarse. Sweeney, entonces, divisó la puerta de cristal, y también el vestíbulo. No con mucha nitidez, porque dentro no había luz. Sólo la procedente de las farolas de la calle, que alumbraban escasamente la escena interior.

Primero divisó al perro porque estaba cerca de la puerta, mirando a la calle. ¿Un perro...? En Chicago tenía que ser un perro; de haber estado en el bosque habría podido ser en realidad un lobo, un lobo enorme y terriblemente amenazador.

Permanecía de pie, con las patas rígidas, a medio metro de la puerta,

con el pelo del lomo erizado, y el belfo hacia atrás, enseñando los colmillos que parecían medir dos centímetros de longitud. Sus ojos amarillos centelleaban.

Sweeney se estremeció cuando su mirada tropezó con aquellos ojos. De repente, parecieron mirar fijamente a los suyos; ojos de color amarillo pálido, llenos de cansancio, un cansancio rojizo y legañoso.

Aquella visión, sin embargo, le serenó, obligándole a dirigir la vista al suelo del vestíbulo, detrás del perro. Era la figura de una mujer, caída boca abajo sobre la alfombra.

La palabra *figura* era la más adecuada. Sus blancos hombros resplandecían, incluso en aquella penumbra, por encima de un vestido de noche, de seda, sin hombreras, que moldeaba las bellas curvas de su cuerpo, al menos las curvas visibles de una mujer caída boca abajo. Sweeney, al verla, contuvo su alcohólico aliento.

No podía verle el rostro, porque la rubia cabellera con una melena estilo paje quedaba hacia él, aunque estuvo seguro de que la cara era muy hermosa. Tenía que serlo. Las mujeres no poseen cuerpos tan preciosos sin unos rostros todavía mejores.

Le pareció que aún se movía. El perro volvió a gruñir, con un sonido bajo que contrastó con el chirriar de frenos del coche patrulla, al detenerse junto a la acera. Sin volverse a mirar, Sweeney oyó las portezuelas del auto al abrirse y el ruido de unos pasos. Una mano en el hombro de Sweeney le obligó a apartarse con poca amabilidad, y una voz perentoria preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Quién ha telefoneado?

La voz no se dirigía a Sweeney en particular, por lo que no respondió ni se volvió.

Nadie contestó.

Sweeney se tambaleaba un poco a causa del empujón, aunque recobró rápidamente el equilibrio. Todavía veía el interior del portal.

El agente de uniforme que estaba al lado de Sweeney llevaba ya una linterna en la mano, y con un *clic* envió un rayo de luz al vestíbulo. La luz incidió en los ojos amarillentos del animal y la cabellera rubia de la mujer; incidió en la blancura de sus hombros y en el resplandor blanco de su vestido.

El policía que sostenía la linterna silbó prolongadamente y no hizo más preguntas. Dio un paso adelante y alargó la mano hacia el pomo de la puerta.

El perro dejó de gruñir y se agazapó para saltar. El silencio del animal fue peor que sus gruñidos. El policía apartó la mano de la manija de la puerta como si estuviese al rojo vivo.

—¡Al diablo! —gritó. Se llevó una mano hacia el interior de su uniforme pero no sacó la pistola. En cambio, volvió a dirigirse al grupo de mirones—. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién telefoneó? ¿Esa mujer está enferma o bebida?

Nadie contestó.

—¿Es suyo ese perro? —volvió el agente a la carga.

Nadie contestó. Al lado del agente de uniforme azul se materializó otro de traje gris.

—Tranquilo, Dave —le aconsejó—. No hay que matar a ese animal, si podemos evitarlo.

—De acuerdo —asintió Uniforme Azul—. Bien, abre la puerta y encárgate del perro mientras yo me ocupo de la dama. Aunque en realidad no es perro sino un lobo... o un demonio.

—Bueno... —rezongó Traje Gris dirigiendo la mano hacia la puerta. El perro volvió a agazaparse y enseñó los dientes. Traje Gris retiró la mano.

—¿Quién hizo la llamada? —preguntó Uniforme Azul—. Tú la recibiste.

—El que llamó dijo que había una mujer tumbada en el vestíbulo de esta casa. No habló del perro. Fue un individuo que llamó desde el bar de la esquina norte; dio su nombre.

—Dio *un nombre* —rectificó Uniforme Azul cínicamente—. Mira, si estuviese seguro de que esa individua sólo está borracha, podríamos llamar a los de la Protectora de Animales para que se ocuparan del perro. Ellos sabrían cómo manejarlo. A mí me gustan los perros, y no quiero matar a éste. Probablemente, pertenece a la dama y piensa que la está protegiendo.

—¡Maldito lo que piensa! —rezongó Traje Gris—. ¡Claro que lo piensa! También a mí me gustan los perros, pero no juraría que éste lo sea. Bueno...

Traje Gris empezó a despojarse de la chaqueta.

—Está bien, enrollaré la chaqueta alrededor del brazo, tú abre la puerta y cuando este animal salte hacia mi, le atizaré con la culata de...

—¡Un momento! ¡La mujer se ha movido!

La dama se *estaba* moviendo. Por fin, levantó la cabeza. Se incorporó sobre las manos con dificultad (Sweeney observó que llevaba unos guantes

blancos que le llegaban a los codos), y enderezó la cabeza de manera que sus ojos quedaron iluminados por la luz de la linterna.

Su cara *era* maravillosa. Sus ojos miraban deslumbrados, sin ver nada.

—¡Bebida como una cuba! —comentó Uniforme Azul—. Oye, Harry, aunque sólo le pegues con la culata de la pistola podrías matar a ese chucho y quizá se armaría la marimorena. Esa dama la armará, seguro, cuando se serene. Yo me quedaré aquí de guardia, mientras tú te largas a la comisaría y les pides que envíen aquí a los de la Protectora con una red o lo que haga falta.

Resonó un murmullo, surgido *de* varias gargantas que hizo callar a Uniforme Azul como si alguien le hubiera puesto una mano en los labios.

Alguien dijo «sangre» en voz muy baja.

Muy débil, como entre sueños, la mujer intentaba levantarse. Consiguió ponerse de rodillas y se irguió hasta colocar rectos los brazos. El perro se movió al instante y Uniforme Azul soltó una blasfemia, sacando el arma de la pistolera cuando vio que acercaba su hocico al rostro de la mujer. Pero antes de concluir aquel gesto, Uniforme Azul vio que el animal empezaba a lamer el rostro femenino con una lengua larga y roja, al tiempo que parecía llorar.

De pronto, cuando los dos policías avanzaron de nuevo hacia la puerta, el perro se agazapó y gruñó otra vez.

La mujer continuaba incorporándose. Ahora, todos veían ya la sangre, una mancha de forma oblonga en la parte delantera de su blanco vestido de noche, más arriba del abdomen. Y, a la luz de la linterna que parecía la de una batería teatral, o los focos de un «show» de horror televisivo, también divisaron todos el corte de unos doce centímetros de longitud en el centro de aquella mancha.

—¡Jesús, Dios mío! —exclamó Traje Gris, demudado—. ¡El Destripador!

Sweeney se vio apartado a un lado cuando los dos policías se aproximaron más al portal. Se situó detrás de ellos y atisbó por encima de sus hombros, olvidándose de la idea de marcharse lo antes posible. De haberse ido en aquel momento, nadie lo habría observado. Mas no podía moverse de allí.

Traje Gris estaba con la chaqueta medio dentro, medio fuera del cuerpo, como congelado en el acto de quitársela. Se la puso y con el hombro rozó el mentón de Sweeney.

—¡Llama por radioteléfono pidiendo una ambulancia, y a Homicidios, Dave! Yo intentaré abatir al perro.

Su hombro rozó de nuevo la barbilla de Sweeney al sacar de su funda la pistola. De pronto, su voz sonó sosegada.

—Haz girar la manija, Dave. El perro tratará de saltar sobre ti y necesito sitio para poder acertarle. Creo que lo conseguiré.

Sin embargo, no levantó la pistola ni Dave alargó la mano hacia la puerta, debido a que estaba ocurriendo algo de lo más increíble que Sweeney no olvidaría jamás y que, probablemente, ninguna de las quince o veinte personas que estaban ya reunidas delante de aquel portal, olvidaría en su vida.

La mujer del vestíbulo apoyaba una mano en la pared, al lado de unos buzones y unos zumbadores eléctricos Trataba de mantenerse erguida, pero todavía descansaba el cuerpo sobre una rodilla. El rayo de luz de la linterna iluminaba su maravillosa figura como los focos de un escenario, destacando la blancura del vestido, los guantes y la piel, así como la mancha de sangre. Todavía tenía la mirada desvaída. Sweeney pensó que había sufrido un terrible susto, puesto que la herida no podía ser muy profunda ni grave, o habría sangrado más, mucho más. La mujer cerró los ojos, se tambaleó un poco, finalmente logró sostenerse de pie.

Fue entonces cuando ocurrió lo increíble.

El perro retrocedió y levantó las patas delanteras detrás de su ama, si lo era, sin apoyarlas en ella. Sus colmillos parecieron abalanzarse a la espalda del vestido de noche, cogieron algo, y tiró de ese algo. Se trataba, lo descubrieron después, de una especie de pestaña de seda blanca unida a una larga cremallera.

El vestido cayó, convirtiéndose en un círculo de seda blanca a los pies de la mujer. Debajo del vestido no llevaba nada, nada en absoluto.

Durante lo que pareció largo tiempo, aunque seguramente no fueron más que diez segundos, nada ni nadie se movió. Nada sucedió, aparte de que la linterna tembló en la mano de Uniforme Azul.

Repentinamente, se doblaron las rodillas de la mujer, y empezó a deslizarse lentamente... no cayendo sino deslizándose como una persona demasiado cansada para sostenerse de pie, encima del círculo de seda dentro del que estaba.

En aquel instante ocurrieron varias cosas a la vez. Sweeney volvió a recuperar la respiración, en primer lugar. Uniforme Azul apuntó

cuidadosamente hacia el perro y apretó el gatillo. El animal cayó, quedando tendido en medio del vestíbulo, Uniforme Azul entró y llamó a Traje Gris por encima del hombro.

—¡Avisa a la ambulancia, Harry! ¡Después, ata las patas del condenado perro!

Creo que no lo he matado, sólo lo he rozado.

Sweeney se fue apartando del grupo sin que nadie le prestase ninguna atención y se encaminó por Delaware hacia la Bughouse Square.

Godfrey no estaba en el banco, aunque no podía hallarse muy lejos ya que aquél estaba vacío, y los bancos no se quedan mucho rato vacíos en las noches de verano. Sweeney se sentó para esperar la vuelta del viejo.

—Hola, Sweeney —dijo God con su voz cascada. Tomó asiento al lado del joven —. Tengo medio litro. ¿Quieres un trago?

Era una pregunta estúpida que Sweeney no se molestó en contestar. Alargó la mano. God tampoco esperaba una respuesta, sino que tendió el frasco. Sweeney tomó un largo sorbo.

—Gracias —murmuró—. Escucha, era bellísima, God. Era la mujer más hermosa que... —tomó otro trago más corto y devolvió el frasco—. Daría mi brazo derecho.

—¿De quién hablas? —se extrañó God.

—De la mujer. Iba yo por la State Street... —calló, comprendiendo que no debía hablar del caso—. Olvídalo. ¿Cómo conseguiste el licor?

— Saqué algunos cuartos a un par de tipos —suspiró el viejo—. Te dije que era capaz de conseguir bebida si lo deseaba ardientemente. Antes no lo deseaba tanto. Ah, si, un hombre consigue lo que quiere si lo desea mucho, consigue cualquier cosa, lo consigue todo.

—¡Bobadas! —se burló Sweeney automáticamente. De pronto, se echó a reír—. *¿Todo?*

—Todo lo que uno quiere —asintió God, dogmáticamente—. Es la cosa más fácil del mundo, Sweeney. Fíjate en los ricachos. La cosa más fácil del mundo. Cualquiera puede hacerse rico. Sólo tienes que desear tener dinero, desearlo más que cualquier otra cosa de este mundo. Concéntrate en el dinero y lo obtendrás. Si al mismo tiempo deseas algo más, no lograrás nada.

Sweeney volvió a reír. Empezaba a sentirse bien; aquellos dos tragos eran lo que le hacia falta. Haría hablar al viejo sobre su tema favorito.

—¿Y las mujeres? —inquirió.

—¿Qué quieres decir con eso de «y las mujeres»? —los ojos de God estaban un poco vidriosos. Se estaba emborrachando, y el acento bostoniano era más fuerte en sus palabras, como siempre que estaba bebido —. ¿Te refieres a conseguir una mujer en particular?

—Exacto —replicó Sweeney—. Supongamos, por ejemplo, que hay una mujer especial. Que me gustaría pasar la noche con ella. ¿Podría conseguirlo?

—Si lo deseas con todas tus fuerzas, claro que podrías, Sweeney. Si concentrases todos tus esfuerzos, directa e indirectamente, en ese objetivo, seguro. ¿Por qué no?

Sweeney soltó una carcajada.

Echó la cabeza hacia atrás, contemplando las oscuras hojas verdes de los árboles. La carcajada se transformó en una risita, se quitó el sombrero y empezó a abanicarse. Luego, miró el sombrero como si no lo hubiese visto nunca, y empezó a quitarle el polvo con la manga de la chaqueta para que volviese a parecer un sombrero. Trabajó con la absorta concentración de un niño al enhebrar una aguja. God tuvo que hacerle dos veces la pregunta antes de que la oyese. En realidad era una pregunta tonta, y God tampoco había esperado una respuesta verbal. Tendió el frasco.

Sweeney no lo cogió. Se caló el sombrero y se puso de pie.

—No, gracias, amigo —negó, guiñándole un ojo al viejo—. Tengo una cita.

2

El amanecer fue diferente. Los amaneceres siempre lo son.

Sweeney abrió los ojos y vio que amanecía un alba calurosa, gris. Las hojas colgaban perezosamente de las ramas de los árboles sobre su cabeza, y la tierra era dura bajo su cuerpo. Le dolían todos los músculos. La boca sabía a algo impronunciable... impronunciable aquí; no para Sweeney, que lo mencionó y se pasó la lengua por los labios para humedecerlos. Tragó saliva unas cuantas veces, hasta tener húmedo el interior de la boca.

Se frotó los ojos con los peludos nudillos de sus sucias manos y maldijo a un pájaro que cantaba en un árbol próximo. Se incorporó y se inclinó adelante, con la cara entre las manos, los pelos de su áspera barba contra las palmas. Pasó un tranvía por la Clark Street, que no resonó tanto como un terremoto o las trompetas del Juicio Final. Al menos, no tan fuerte.

Despertar nunca es agradable; a veces incluso puede ser horroroso. Con la resaca acumulada de dos semanas de beber, *es* horroroso.

Pero lo mejor, sabia Sweeney, era moverse, no estar sentado y padecer, no volver a tumbarse sobre el duro suelo para dormir otra vez. Claro que es un infierno hasta que uno se orienta; mantenerse despierto y orientarse es muy doloroso, como una enfermedad hasta que llevas unos tragos bajo el cinturón. Entonces, ya todo está bien. ¿O no?

Sweeney se levantó y dejó que sus piernas trabajasen. Le transportaron fuera del césped hasta el trecho de cemento que era el sendero que conducía al banco donde Godfrey permanecía dormido, roncando quedamente. En el banco contiguo se hallaba el frasco de licor, vacío.

Sweeney empujó los pies del dormido y se sentó al borde del banco. Después, apoyó su barbilla en sus sucias manos y los codos en sus rodillas, pero no cerró los ojos, sino que los mantuvo bien abiertos.

Por fin había llegado al borde del precipicio. La dama y el perro. Nunca había estado tan alucinado por algo.

La dama y el perro.

No podía creerlo. Era una de esas cosas que jamás suceden. Por tanto, no había sucedido. Esta era la lógica del caso.

Levantó una mano ante sus ojos y vio que temblaba, bastante, aunque no más que en otros momentos como éste. Volvió a apoyarla en el banco y empleó la otra para levantarse. Las piernas todavía funcionaban. Así, le condujeron a través de la plaza hasta la Dearborn Street y por ella, como si fuese un dolor caminante y no un ser humano, a la Chicago Avenue. Unos frenos chirriaron cuando un taxi efectuó una brusca maniobra para no atropellarle al atravesar diagonalmente la avenida sin mirar a ningún lado. El taxista le increpó a gritos. Sweeney, sin hacerle caso, siguió andando por el lado sur de la Chicago Avenue hasta la State Street, donde torció hacia el sur.

Recorrió unos tres cuartos del bloque de casas y se detuvo delante del Portal. Lo contempló fijamente, y poco después se acercó más y atisbó por los cristales. Dentro estaba a oscuras, mas pese a ello logró distinguir una puerta al fondo del vestíbulo.

A su lado se detuvo un joven vendedor de periódicos con un montón de ellos al hombro y preguntó:

—¡Cáscaras! Es aquí donde ocurrió, ¿verdad?

—Sí —gruñó Sweeney.

—Conozco a esa tipa —afirmó el vendedor de diarios—. Le traigo el diario —asió la manija de la puerta—. He de entrar a dejar algunos.

Sweeney se hizo a un lado para dejarle pasar.

Cuando el muchacho salió, entró Sweeney. Dio unos pasos hasta llegar a la altura de los buzones. Aquí, donde él ahora estaba de pie, ella había caído. Miró al suelo y se agachó para observar algo con más detenimiento. Si, allí se veían unas manchitas oscuras.

Se incorporó y fue hasta el final del vestíbulo. Abrió la puerta del fondo y se asomó al interior. Había un pasadizo de cemento que conducía al callejón de atrás. Nada más. Cerró la puerta y giró el interruptor de la luz, situado a la izquierda, al pie de la escalera. Se encendieron dos bombillas, una al pie de la escalera, y la otra también arriba, mas adelante, junto a los buzones La amarillenta luz resultaba enfermiza bajo el gris matutino. Apagó y, al observar algo en el paño de madera de la puerta del fondo, se acercó a ella otra vez. En la madera había unos arañazos verticales, poco espaciados entre sí. Parecían recientes, como las señales de las uñas de un

perro. Como si el animal se hubiese precipitado contra la puerta, tratando de derribarla.

Sweeney apagó de nuevo la luz y salió del edificio, llevándose consigo uno de los periódicos que el chico había dejado en algunos de los buzones. Dobló la esquina antes de sentarse en el peldaño de otro portal y desdoblar el diario.

Había un titular a tres columnas, con dos fotos: una de la joven y otra del perro. El titular decía:

EL DESTRIPADOR, ATACA
UNA BAILARINA
SALVADA POR SU LEAL PERRO

El monstruo huye:
«No podría identificarle, afirma la víctima»

Sweeney miró las dos fotografías, leyó el artículo y volvió a concentrarse en las fotos. Ambas eran poses de estudio, sin duda alguna. Según el pie del retrato, el perro se llamaba «Diablo», y realmente lo parecía. En la foto no era posible ver el furor amarillento de los ojos, pero continuaba siendo un animal al que nadie querría encontrar es un callejón a oscuras. Seguía pareciendo más un lobo que un perro, y además, un lobo rabioso.

Sweeney pasó a examinar el retrato de la joven. El pie del mismo la identificaba como Yolanda Lang, lo que le hizo preguntarse cuál seria su verdadero nombre. Claro que al contemplar aquel semblante nada importaba cuál fuese. Por desgracia, la foto no enseñaba tanto de su cuerpo como lo que había visto Sweeney la noche anterior. Era un primer plano de cintura para arriba, en el que Yolanda lucía un vestido de noche sin hombreras, muy ceñido a su cuerpo para destacar sus senos, que Sweeney sabia eran auténticos y no a base de relleno alguno, así como el sedoso cabello rubio que le llegaba hasta sus delicados y blancos hombros. La cara también era hermosa. Sweeney no se había fijado mucho en ella la noche pasada, lo que no era censurable, teniendo en cuenta la situación.

No obstante, valía la pena contemplarla ahora que no tenía la oportunidad de mirar otras cosas. Era una cara grave y graciosa a la vez, o mejor dicho, gravemente graciosa. Excepto cierta expresión de los ojos.

Naturalmente, la foto de un periódico no permite que uno esté seguro de los detalles menores.

Sweeney dobló cuidadosamente el diario y lo dejó a su lado, en el peldaño. En su rostro se dibujó una torva sonrisa.

Se levantó y regresó a la Bughouse Square.

God todavía roncaba en el banco. Sweeney lo zarandeó y el viejo abrió los ojos.

—¡Lárgate! —masculló, mirando soñoliento al joven.

—Soy yo —sonrió Sweeney—. He venido a decirte una cosa ¿Ves? No mentí.

—¿Mentir en qué?

—En lo que dije anoche.

—¡Estás loco!

—Tú no la viste —sonrió de nuevo Sweeney—. No estuviste allí. ¡Hasta la vista!

Atravesó el césped hacia Clark Street y se detuvo un minuto. Tenía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba beber algo. Levantó la mano, vio que temblaba y se la metió en el bolsillo para no pensar en ello.

Echó por la Clark hacia el sur. El sol estaba ya bastante alto, iluminando las calles de este a oeste. El tráfico empezaba también a ser denso y ruidoso.

Pensó: «Sweeney andando a través del día.»

Estaba sudando y no sólo por el calor. Olía mal y lo sabia. Le dolían los pies. Su cuerpo era un puro dolor, un dolor horrible, de arriba abajo, de adentro afuera. «Sweeney andando a través del día.»

A través del Loop y hacia el sur, a Roosevelt Road. No se atrevía a detenerse. Torció por la esquina este a Roosevelt Road, anduvo otra manzana más de casas, y se detuvo ante el portal de un edificio de apartamentos.

Oprimió un botón y aguardó a oír el zumbido de la puerta al abrirse. Entró y subió por la escalera hasta el tercer piso. Una puerta del centro del descansillo estaba entreabierta; por la abertura se asomaba una cabeza calva. El rostro que estaba debajo de la calvicie miró a Sweeney, que se acercaba, y sus ojos adoptaron una expresión de enfado.

La puerta se cerró de golpe.

Sweeney apoyó una de sus manos sucias en la pared para no perder el equilibrio, a causa del cansancio, y avanzó hasta la puerta. Empezó a

golpearla con fuerza. Golpeó durante más de un minuto y después se llevó una mano a la frente como para serenarse durante otro medio minuto. Se recostó contra la pared.

Finalmente, se enderezó y volvió a aporrear la puerta, con más fuerza aún.

Oyó los pasos que se aproximaban dentro del piso.

—¡Largo de aquí o llamo a la bofia!

Sweeney no dejó de golpear.

—¡Llama a la bofia, estúpido! ¡Nos llevarán a los dos a la «preve» y allí nos explicaremos!

—¿Qué diablos quieres?

—Abre y lo sabrás —replicó el joven, volviendo a golpear.

Se abrió una puerta del descansillo y se asomó el rostro asustado de una vecina.

Sweeney golpeó más todavía.

—Está bien, está bien —gruñó la voz del interior del apartamento—. Un segundo.

Los pasos se alejaron, regresaron y giró una llave en la cerradura.

Se abrió la puerta y el calvo se hizo a un lado. Llevaba un batín arrugado, unas zapatillas en chancleta y, aparentemente, nada más. Era un poco más bajo que Sweeney, pero tenía una mano metida en un bolsillo del batín, que abultaba bastante.

Sweeney pasó al interior y cerró la puerta con el pie.

—Hola, Goetz —dijo, plantándose en el centro de la habitación.

El calvo continuaba al lado de la puerta.

—¿Qué diablos quieres? —repitió.

—Dos papiros de diez —respondió Sweeney—. Ya sabes el motivo. ¿O he de decírtelo con más claridad?

—¡Que me pelen si voy a darte veinte pavos! —exclamó Goetz.

A pesar de su calvicie tenía el vicio de gritar siempre «¡Que me pelen!».

—Si te refieres todavía a ese maldito caballo, ya te dije que no cursé la apuesta. Te devolví tu dinero y en paz.

—Tomé mi dinero a cuenta —se indignó Sweeney—. Entonces no me hacía tanta falta la pasta como ahora. De modo que vamos a hablar del asunto. Me cantaste una y otra vez las excelencias de ese caballo. Sí, fue idea tuya. De manera que te di el dinero de la apuesta. El caballo ganó, las

apuestas se pagaron cinco a uno, y luego me dijiste que no habías cursado la apuesta.

—¡Y no la cursé, así me pelen! Lo de Mike estaba ya cerrado y...

—Ni siquiera llamaste a Mike. Te quedaste con mi dinero. Si el caballo hubiese perdido... como esperabas, te hubieras apropiado de mis dos pavos. De forma que, cursada o no la apuesta, me debes veinte troncos.

—¡Nada de eso, Sweeney! ¡Lárgate ya!

El calvo sacó la mano del bolsillo del batín, empuñando una automática del 25.

Sweeney sacudió la cabeza con fingido pesar.

—Si se tratara de dos talegos me asustarías con este chisme... quizá. Por veinte pavos no vas a poner en tu ficha «asesino». Por esa cantidad no querrás tener a los polis husmeando por aquí. No, seguro que no... y apuesto lo que quieras.

Miró a su alrededor hasta que divisó unos pantalones colgados en el respaldo de una silla. Se dirigió hacia ellos.

—¡Maldito hijo de perra...! —exclamó el calvo, quitando el seguro de la automática.

Sweeney cogió los pantalones por las perneras y los sacudió. Sobre la alfombra cayeron unas llaves y varias monedas. Continuó sacudiendo la prenda.

—Algún día, Goetz, llamarás hijo de perra a uno que lo será, y ese día será el último de tu vida.

Del bolsillo trasero cayó una cartera y Sweeney la recogió rápidamente. La abrió y soltó un bufido. Dentro sólo halló un billete de diez y otro de cinco.

Sacó el primero, se lo metió en el bolsillo y tiró la cartera hacia el tocador.

—¿Qué pasa con ese truco del billar, Goetz? ¿Tan mal va la cosa?

—Te lo dije —masculló el calvo—. Los asuntos van mal. Bien, ya tienes tu dinero. ¡Lárgate!

—Tengo diez pavos —razonó Sweeney—. No me gusta dejar a un tipo, aunque sea como tú, sin un centavo. Cobraré los otros diez en materia. Un baño, un afeitado, una camisa y calcetines.

Sweeney se despojó de la chaqueta y se quitó los pantalones. Después, se sentó en el borde de la revuelta cama y se descalzó. Fue hacia el cuarto de baño y, dejó correr el agua dentro de la bañera.

Salió poco después completamente desnudo, con un bulto de lo que había sido su camisa, sus calcetines y su ropa interior, y lo arrojó a una papelera.

El calvo seguía al lado de la puerta, y había guardado la pistola en el bolsillo del batín.

—No creo que ahora vayas a llamar a la policía, Goetz —sonrió Sweeney, gritando por encima del ruido del agua en la bañera—. Podrían pensar mal de los dos.

Volvió al cuarto de baño y cerró la puerta.

Estuvo largo tiempo en la bañera, después se afeitó a placer con la maquinilla del calvo que, afortunadamente, era eléctrica. Todavía le temblaban las manos.

Cuando regresó al salón-dormitorio, Goetz estaba en la cama, de cara a la pared.

—¿Duermes, querido? —preguntó Sweeney con sorna.

No recibió respuesta.

Sweeney abrió un cajón del tocador y escogió una camisa blanca, de deporte, con cuello blando. Se la puso y comprobó que le estaba estrecha por los hombros y que el cuello no abrochaba, pero era una camisa limpia y planchada. Un par de calcetines del calvo también resultaron pequeños, aunque entraron en sus pies.

Observó su traje y sus zapatos con disgusto, pero tenían que servirle. Hizo lo que pudo con los cepillos, de ropa y de calzado, para adecentarlos. Se aseguró de que todavía tenía en el bolsillo del pantalón el billete de diez dólares, y se vistió.

Cepilló el sombrero, se lo puso y se detuvo al llegar a la puerta.

—Buenas noches, amigo, y gracias por todo. Ya estamos en paz.

Cerró la puerta sin hacer ruido y bajó a la calle, ya inundada de sol Se dirigió a Dearborn Street, dejando atrás la estación del mismo nombre. En un pequeño restaurante, no lejos de allí, se tomó tres tazas de café y consiguió tragarse uno de los dos bollos que pidió. Sabía a pasta de libros, pero se lo comió.

Bajo la sombra del El, dos manzanas al norte, se hizo limpiar los zapatos y después esperó, temblando ligeramente, en un cuartito del fondo de la tienda, mientras le limpiaban y planchaban el traje. Necesitaba algo más que una limpieza rápida. Cuando se lo puso había mejorado mucho de aspecto.

Se contempló en el espejo de cuerpo entero del local y decidió que parecía otro. Todavía había círculos bajo sus ojos aún enrojecidos... Bueno, no tenía que ir a ningún concurso de belleza, aunque debía conservar las manos en los bolsillos hasta que desapareciera el temblor. Ahora ya tenía apariencia de ser humano.

Alisó el cuello de la camisa por encima del de la chaqueta, y esto mejoró más su aspecto.

Fue andando por el lado en sombra de la calle, para atravesar el Loop. Estaba sudando nuevamente, y se sentía otra vez sucio. Tuvo el presentimiento de que esta sensación le duraría largo tiempo, por muchos baños que tomase. ¿Por qué una persona cuerda ha de vivir en Chicago, durante una ola de calor? En realidad, ¿por qué vive la gente en Chicago? O mejor: ¿acaso vive alguien en Chicago?

Sweeney tenía la cabeza levemente embotada. Experimentaba unos zumbidos rítmicos en las sienes y detrás de los ojos. Tenía las palmas de las manos húmedas y pegajosas, pese al calor seco del resto del cuerpo; y por mucho que se las limpiase en los costados del pantalón, continuaban húmedas y pegajosas.

«Sweeney andando a través del Loop.» En Lake Street, otra vez bajo el El, entró en un *drugstore* y pidió otra taza de café y un doble de bromuro. Sentíase como un muelle enrollado demasiado tenso; se sentía como un claustrofóbico encerrado en un cuartucho; se sentía asqueroso. El café susurraba en su estómago como el agua en la bodega inundada de un barco, verdosa de algas, si es que las algas son verdosas. Las de Sweeney lo eran y culebreaban.

Cruzó el Wacker Drive, esperando que lo atropellara un coche, mas no fue así; atravesó el puente bajo el implacable calor del sol, y empezó a levantar un pie y bajarlo, a levantar el otro y bajarlo también, durante seis manzanas hasta la Erié Street. Después..., sin atreverse a parar, metió las pegajosas manos en los bolsillos del pantalón y se internó por un callejón situado entre dos edificios y penetró por un portal abierto.

Ya estaba en casa, si todavía lo era para él. Iba a enfrentarse con el peor momento del día. Sacó del bolsillo la mano derecha y tabaleó sobre una puerta del pasillo de abajo. Rápidamente, volvió a meter la mano en el bolsillo.

Resonaron lentamente unos pasos pesados y la puerta se abrió.

—Hola, señora Randall —saludó cortésmente Sweeney—. Yo..

—¡No, señor Sweeney! —le interrumpió con tono firme la mujer.

—Hum..., ¿acaso ha alquilado ya mi habitación?

—Pues, quiero decir que no puede entrar para llevarse algo con que poder seguir bebiendo. Ya se lo advertí dos veces la semana pasada.

—¿De veras? —inquirió el joven vagamente. No se acordaba... ¿o si? Pensándolo bien, una de las dos veces lo oyó como en sueños—. Sospecho que estaba muy bebido —reconoció, respirando hondo—. Bah, esto ya se acabó. Estoy sereno.

—¿Y qué hay de las tres semanas que me debe? —gruñó ella—. Treinta y seis dólares.

Sweeney sacó los billetes del bolsillo: uno de cinco y tres de un dólar.

—Es todo lo que tengo. Puedo darle ocho dólares a cuenta.

La patrona levantó la vista desde el dinero al rostro de Sweeney.

—Creo que dice la verdad en lo de estar sereno, Sweeney. Teniendo dinero, es raro que lo esté. Con ocho dólares podría empinar mucho el codo.

—Sí —asintió Sweeney.

La señora Randall se apartó de la puerta.

—Vamos, entre —cuando él la siguió a la salita, añadió—: Siéntese y guárdese el dinero. Lo necesitará más que yo, hasta que vuelva a las andadas. ¿Cuánto tiempo tardará?

Sweeney se sentó.

—Unos cuantos días —sonrió—. Cuando estoy sereno siempre saco algún dinero.

Metió las manos y los billetes en sus bolsillos.

—Hum, creo que perdí la llave. ¿Si tiene usted...?

—No la perdió. Yo me la quedé hace una semana, él viernes. Usted intentaba llevarse el gramófono para empeñarlo.

—Dios mío, ¿eso hice? —exclamó Sweeney, cogiéndose la cabeza con las manos.

—No se lo llevó. Yo le obligué a dejarlo. Y le pedí la llave. Tiene toda su ropa en el cuarto, excepto el abrigo y el impermeable. Debió de empeñarlos antes. Y la máquina de escribir. Y el reloj... a menos que los haya recuperado.

—No —Sweeney movió la cabeza con desesperación—. Todo se ha perdido. Gracias por guardar lo demás.

—¡Tiene usted un aspecto fatal! ¿Quiere una taza de café?

—Me está saliendo por las orejas —explicó Sweeney—, pero tomaré otra taza. Sin leche.

Contempló a la mujer mientras se dirigía a la cocina. Debería de haber más patronas como la señora Randall, pensó. Dura como un clavo por fuera (era preciso para regentar una pensión) y por dentro tan blanda como la mantequilla. La mayoría eran duras por dentro y por fuera. La señora Randall volvió con el café y Sweeney se lo bebió. Cogió la llave y subió por la escalera. Entró en su habitación, cerrando la puerta antes de empezar a temblar. Se quedó quieto hasta que pasó lo peor. Después, fue hacia el lavabo y vomitó, lo que le alivió bastante, aunque el sonido del agua corriente aumentó los zumbidos de su cabeza.

Cuando terminó le hubiese gustado tumbarse a dormir, mas no lo hizo; se desnudó, se puso un batín y salió al pasillo hasta el cuarto de baño. Se preparó un baño caliente y estuvo relajándose en el agua casi una hora antes de volver a su habitación.

Antes de vestirse otra vez, hizo un paquete con el traje que llevaba, la camisa y los zapatos que le había cogido al calvo, y los arrojó a un rincón. Se puso ropas limpias, incluyendo su mejor traje de verano. Se anudó una corbata de seda que le había costado cinco dólares y su mejor par de zapatos.

Acto seguido, arregló meticulosamente el cuarto. Puso en marcha el aparato de radio de su combinado *radio-hi-fi* hasta que dieron la hora entre dos programas. Entonces cogió el despertador de la mesita de noche y le dio cuerda.

Eran las once y media.

Sacó su sombrero de Panamá del armario y salió al pasillo.

Cuando empezó a bajar por la escalera, la señora Randall abrió la puerta de su habitación.

—¿Señor Sweeney...?

La mujer se inclinó sobre la barandilla y él levantó la vista.

—¿Si...?

—Me olvidé decirle que esta mañana temprano, hacia las ocho, preguntaron por usted por teléfono. Un tal Walter Krieg, del periódico en el que trabaja... o trabajaba.

—Supongo que está en lo cierto al decir «trabajaba» —sonrió Sweeney con amargura—. ¿Qué dijo? ¿Y usted qué le respondió?

—Preguntó por usted y contesté que no estaba. Dijo que si volvía antes

de las nueve le llamara. Usted volvió más tarde, y la verdad es que ya no le esperaba... y me olvidé de darle el recado. No dijo nada más.

Sweeney le dio las gracias y salió. En el *drugstore* de la esquina compró cuarto de litro de whisky y se metió el frasco en el bolsillo trasero del pantalón. Luego, entró en una de las cabinas telefónicas, marcó el número del *Blade* y preguntó por el redactor jefe.

—¿Krieg...? —dijo al oír la voz de aquél—. Aquí Sweeney. Acabo de llegar a casa. Me han dado tu recado. Estoy sereno. ¿Qué quieres?

—Ahora nada. Es demasiado tarde, Sweeney. Lo siento.

—De acuerdo, es demasiado tarde y lo sientes. Pero ¿qué es lo que querías?

—La historia de un testigo ocular, si estás bastante sereno como para recordar lo que viste anoche. Un policía dijo que te vio hacia la hora en que encontraron a Yolanda Lang, por aquel distrito. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo más que bien. ¿Por qué es demasiado tarde? Has sacado una edición a la calle, pero la principal aún ha de salir y otras dos por la tarde. La edición local todavía no está en máquina, ¿verdad?

—Lo estará dentro de quince minutos.

Si tardas más...

—No perdamos más tiempo —le atajó Sweeney—. Que se ponga un taquígrafo al aparato. Le daré media columna en cinco minutos. Pon a Joe Carey, que es bueno.

—De acuerdo, Sweeney. Espera.

Sweeney esperó, tratando de reunir sus pensamientos, hasta que oyó la voz de Joe. Entonces empezó a hablar de prisa.

Al terminar, colgó el auricular, apoyándose débilmente contra el cristal de la cabina. No le había pedido a Joe que Walter Krieg volviera a ponerse al teléfono. Bah, esto podía aguardar. Seria mejor ir a ver personalmente al redactor jefe.

Pero todavía no, todavía no.

Regresó a su cuarto de la pensión, colocó el frasco de whisky equilibrado en el brazo del cómodo sillón, con un vaso al lado. Colgó la chaqueta del traje y el sombrero en el armario; después se aflojó la corbata y el cuello de la camisa.

Se dirigió al tocadiscos y se agachó delante de los álbumes. Estudió los títulos. No hacía falta, claro. Sabía cuál iba a escoger: la Sinfonía 40 de Mozart.

Nadie habría pensado tales preferencias al ver a Sweeney. Era la pieza favorita del joven periodista: la Sinfonía número 40, en sol menor, K. 550; Colocó los tres discos en el aparato, tocó el botón de arranque para el primero, y se sentó en el sillón, disponiéndose a escuchar.

El primer movimiento: *allegro molto.*

¿Por qué he de describir más a Sweeney? Si el lector conoce la Sinfonía 40 de Mozart, la oscura angustia de la misma, el macabro impulso que hay detrás de su gracioso contrapunto, ya conoce a Sweeney. Y si la 40 de Mozart le suena a dicho lector como un alegre pero ligeramente aburrido minué, algo así como el fondo de una conversación, Sweeney será para el lector un periodista más de los que suelen emborracharse periódicamente.

Pero dejemos esto, pues lo que el lector opine y lo que opine yo no importa en absoluto en el gesto de Sweeney al descorchar el frasco y tomar un trago. Un buen trago.

Existen cosas extrañas *y existen* cosas más extrañas todavía. ¿Una de las más extrañas? Una caja de madera que contiene piezas de alambre de cobre y placas de metal, una media docena de espacios de una nada llamada vacío, y un cable negro que se inserta mediante un enchufe en otra pieza horadada de la pared, por el que fluye una cosa que llamamos electricidad porque ignoramos aún qué es. Pero fluye y así vive una materia inorgánica; disponemos una mesa, con un plato que gira haciendo a su vez girar un disco, en tanto una aguja araña sus surcos.

Una aguja baila en un surco y vibra un diafragma, haciendo vibrar también el aire que nos rodea. Y los pensamientos, las ideas musicales de un hombre muerto hace siglo y medio presionan sobre ti, que estás sentado a la luz junto a la sombra del alma de un hombre muerto hace mucho tiempo. Compartes las ideas de un atildado músico de corte, que vive en medio de un gran quebranto financiero, tal vez presintiendo cerca el fin de su vida, razón por la cual trabaja a gran velocidad, terminando en unas semanas la mejor sinfonía de cuantas escribió.

Sí, hay cosas extrañas. Y allí estaba Sweeney, tomando el segundo trago mientras el tercer disco caía sobre el plato y se iniciaba el segundo movimiento *andante*.

Lo bebió todo: el segundo trago y el tercer disco del álbum. Suspiró y se levantó del sillón; todavía le dolía la cabeza, lo mismo que el alma; en cambio, ya no le temblaban las manos.

Lavó el vaso y guardó el frasco de whisky, lleno aún más de la mitad.

Dio vuelta a los tres discos, puso el aparato en marcha otra vez y se sentó para escuchar el resto de la 40.

Cerró los ojos hasta el fin del segundo movimiento y durante el *minueto (alegreto y trío)* del tercer movimiento, demasiado corto, que al terminar dio paso al que él esperaba: el amargo movimiento final, *allegro assai:* el poder y la melancólica gloria.

Después, Sweeney continuó sentado, en silencio, y unos instantes más tarde rió para si, casi interiormente.

Ya estaba fuera, fuera de la bodega inundada del barco, completamente sereno. Hasta la próxima vez que podía ser dentro de unos meses o de un par de años. Hasta que tuviese que expulsar de su espíritu toda la mugre acumulada a causa de los embates de la vida; hasta entonces podría ser un individuo normal y beber con normalidad. Si, ya sé que los alcohólicos son incapaces de hacer esto, mas Sweeney no era un alcohólico; podía beber y bebía con regularidad y normalidad, y sólo de cuando en cuando se hundía en las fosas de la borrachera. También existe este tipo de bebedor, a pesar de que los titulares son siempre para los alcohólicos.

Sweeney estaba ya sobrio, estremecido pero no tembloroso. E incluso seguro de poder volver a trabajar, si comía un poco. En unas semanas se vería libre de deudas y volvería a su estado normal, pasara lo que pasara.

O..

—Sí, estoy sereno —se dijo. Pero esa absurda decisión o resolución o lo que diablos fuese..

¿Y qué? ¿Por qué no? *Todo lo que desees.* God tenía razón en esto: todo lo que desees si lo deseas ardientemente, si te concentras en conseguirlo. Cualquier cosa, como lograr un millón de dólares o algo mejor como pasar una noche con..., ¿cómo se llamaba? Si, Yolanda Lang.

Rió de nuevo, cerró los ojos, meditó, recordó y contempló otra vez la increíble escena que había tenido lugar en el vestíbulo de aquel portal de la State Street.

Unos segundos más tarde dejó de reír.

«Sweeney, se dijo, estás buscando jaleo. En primer lugar, necesitarás dinero. Un periodista de centavo la línea no puede conquistar a esa muñeca. Además; tendrás que dar caza a un destripador. Y a lo mejor o a lo peor, puedes encontrarlo.»

Sweeney sabía que esto seria horroroso, porque experimentaba un verdadero terror, casi una fobia, por el frío acero, por el frío y afilado acero.

Una hoja de acero afilada como una cuchilla de afeitar en las manos de un loco, de un maníaco homicida. Una hoja como una cuchilla de afeitar puede abrir un abdomen y desparramar las entrañas por una acera, donde ya no sirven de nada, Sweeney.

Seguro, pensó, y añadió: eres un maldito idiota, Sweeney.

Pero esto lo sabia desde hacía mucho tiempo.

3

Sweeney se encaminó al Blade.

Esto puede tomarse como un chiste,[5] si al lector no le molestan los chistes malos. *El Blade.* Si ya se ha dado cuenta, perdón por la insistencia. Tú, lector, lo has comprendido al momento, pero otros pueden no ser tan listos. Un libro lo lee gente de todas clases.

Algunas personas, por ejemplo, ven con sus ojos y exigen descripciones. Por esto, si a ti, lector, te interesa (a mí no), diré que William Sweeney medía metro ochenta de estatura y pesaba setenta y nueve kilos. Tenía el pelo color de arena, que ya retrocedía por delante y se aclaraba por la coronilla, si bien en su mayor parte seguía sobre el cráneo. Su rostro era algo afilado, recordando vagamente a un caballo, aunque en conjunto, para un ojo. Poco critico, resultaba bastante agradable. Aparentaba unos cuarenta y tres años, lo que no es extraño, puesto que los tenía. Llevaba gafas con montura coloreada para leer y escribir, a pesar de que podía ver sin ellas a la distancia de metro o metro y medio. En realidad, hubiera podido trabajar sin ellas en caso de necesidad, pero si lo hacía por mucho tiempo acababa por dolerle la cabeza. Sin embargo; le convenía poder prescindir de las gafas porque iba a tener que hacerlo. Se hallaban en uno de sus bolsillos cuando empezó a beber continuamente dos semanas antes y sólo Dios (no Godfrey, claro)

sabía donde estaban.

Atravesó la sala principal del periódico y entró en el despacho del redactor jefe. Se sentó en el brazo del sillón situado delante del escritorio de Krieg y dijo:

—Hola, Walter.

Krieg levantó la vista, gruñó un saludo, concluyó la carta que estaba escribiendo y la dejó a un lado. Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Lo diré por ti, Walter —sonrió Sweeney—. Primero: soy un

malnacido por haberte abandonado y emborracharme sin tu permiso. Segundo: estoy despedido. No soportas a los tipos como yo. Tercero: soy un anacronismo. Los tiempos del periodista borracho han pasado de moda y un diario moderno es un negocio que se dirige como tal y no una *Front Page* **[6]** de Hecht, a cargo de MacArthur. Necesitas hombres con los que puedas contar. ¿No es eso?

—Si, malnaci...

—Calla, Walter. Ya lo dije por ti. Además, no pienso trabajar más en tu maldito periódico a menos que me contrates en firme. ¿Qué te ha parecido mi relato de un testigo visual?

—Bueno, Sweeney, condenadamente bueno. Fue una suerte inesperada que estuvieras allí.

—Dijiste que te lo contó un policía, pero yo no vi a ninguno conocido. ¿Quién fue?

—Tendrás que preguntárselo a Carey. Es él quien recibió la noticia. Mira, Sweeney, ¿cuántas veces piensas volver a las andadas? ¿O vas a decirme que ésta ha sido la última?

—Probablemente no. Volverá a suceder, aunque no sé cuándo. Tal vez no en un par de años. Tal vez dentro de seis meses. ¿De manera que no quieres que trabaje para ti? De acuerdo. Pero ya que no trabajo para ti, supongo que tengo un pequeño cheque por ese relato como testigo presencial. Te dejaré hacerme un último favor, Walter. Me das un vale para que lo cobre ahora en lugar de esperar al día reglamentario. Ese artículo vale cincuenta pavos, si Carey lo ha escrito tal como se lo dicté. Bien, ¿me das sólo veinte dólares y...?

—¡Ni un maldito centavo, Sweeney! —tronó el redactor jefe, con mirada llameante.

—¿No? ¿Y por qué no? Puesto que ya estás harto de ese asqueroso borrachín...

—¡Cállate! —casi rugió Walter Krieg—. ¡Condenado te veas, Sweeney! ¡Eres el tipo menos a propósito para que se le haga un favor! Ni siquiera me has dado la satisfacción de poder vocear mi enfado... Me has quitado las palabras de la boca y no he podido pronunciarlas. ¿Quién te ha dicho que estás despedido? Lo has dicho *tú.* El motivo de que no cobres por esa historia que has dictada por teléfono es que continúas en nómina. Has perdido dos días de sueldo, nada más.

—No lo entiendo —se asombró Sweeney—. ¿Por qué dos días? He

estado sin venir dos semanas. ¿Por qué sólo dos días, Walter?

—Porque estamos a jueves, Sweeney. Empezaste a beber hace dos semanas, o sea que ya no viniste el viernes por la mañana. O el sábado. Pero te esperaban dos semanas de vacaciones. Quizá lo olvidaste; estabas en la lista de septiembre. Bueno, yo te hice el favor de cambiarlas, de forma que las empezaste el lunes de la semana pasada. Por consiguiente, todavía estás de vacaciones y no has de volver a trabajar hasta dentro de unos días. El lunes, para ser exacto. Aquí tienes —Walter Krieg abrió un cajón de la mesa y sacó tres cheques Se los mostró al periodista—. Probablemente no te acuerdas, pero entraste intentando cobrar el último cheque. Entonces no quisimos entregártelo. Aquí lo tienes; uno con dos días de menos, y los otros de las dos semanas de vacaciones.

Sweeney los cogió, maravillado.

—¡Y ahora largo de aquí —rugió el redactor jefe—, hasta el lunes por la mañana que te presentarás a mí!

—Vaya, Walter —murmuró el periodista— apenas puedo creerlo.

—¡Pues no lo creas! Pero..., y no es broma, Sweeney, si esto ocurre otra vez antes de tus vacaciones del año *próximo*..., ¡quedarás despedido para siempre!

Sweeney asintió lentamente y se puso de pie.

—Oye, Walter, yo...

—¡Cállate y largo de aquí!

Sweeney sonrió débilmente y se largó.

Se detuvo ante el escritorio de Joe Carey.

—Hola.

Joe levantó la vista y respondió:

—Hola, Sweeney. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo. ¿Has almorzado ya?

No, iba a hacerlo... —consultó su reloj de pulsera— dentro de veinte minutos. Escucha, Sweeney, si lo que buscas es una invitación, estoy desplumado. La semana pasada mi mujer me obsequió con otro crío y ya sabes lo que es esto.

—No —sonrió Sweeney—, gracias a Dios no sé lo que es. Te felicito. Supongo que es un chico o una chica.

—Sí.

—Bravo. No, no se trata de ninguna invitación. Milagrosamente, soy solvente. Ah, Dios existe. ¿Te debo algo, por casualidad?

—Cinco. Hace dos semanas, el miércoles. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente, ahora que lo dices. Bien, vámonos a comer al Kirby. Puedo cambiar un cheque allí y te devolveré tus cinco pavos. Me adelantaré y nos reuniremos en el local.

Sweeney cambio el menor de los cheques en la barra del Kirby, y se instaló en una mesa aguardando a Joe. La idea de comer le daba náuseas. Consumir algo seria fatal y estuvo tentado de pedir algún plato antes de que llegara Joe, porque verle comer a él todavía sería peor.

Pidió un plato de sopa, como el menor de los males. Sabía a agua de lavar platos. Sin embargo, logró tragarse más de la mitad, y en el momento en que llegaba Joe dejó el plato a un lado. Joe tomó asiento el otro lado de la mesa.

—Aquí tienes tu dinero, Joe, y gracias. Oye, antes de que lo olvide, ¿quién me vio en la State Street anoche? No reconocí a ninguno de los polis que estuvieron allí.

—Un agente llamado Fleming. Pete Fleming.

—Oh, ya me acuerdo —exclamó Sweeney—. Lo encontré en la Clark Street, antes de... Veamos: yo iba hacia el sur, y recorrí varios bloques de casas, y él debía de ir hacia el norte. Tal vez volvió sobre sus pasos y llegó a aquel portal..., pero no le vi allí.

—Probablemente, llegó cuando te marchabas. El coche que contestó a la llamada (los policías se llaman Kravich y Guerney) conectó la sirena durante el trayecto. Fleming, que hacia su ronda, siguió el rumor de la sirena y llegó después que ellos. Gracias por el dinero, Sweeney.

El periodista llamó al camarero y pidió café, junto con el menú para Joe Carey. Después, se inclinó más sobre la mesa.

—Joe, ¿qué sabes de ese asunto del Destripador? Esto es lo que quiero sonsacarte. Hallé algo en los archivos del depósito de cadáveres, pero tú sabes bastante más. Primero: ¿cuánto tiempo hace que actúa?

—¿No has leído los diarios estos diez últimos días?

—No, aparte de lo que decía el periódico de esta mañana sobre lo de Yolanda Lang, es decir, lo de anoche. Había referencias a otros asesinatos. ¿Cuántos?

—Aparte del ataque contra Yolanda Lang, dos o tal vez tres. Bueno, hubo uno hace unos dos meses en la zona sur, que podría deberse al mismo fulano. Una muchacha llamada Lola Brent. Existen semejanzas entre el suyo y los tres más recientes, incluyendo el asalto contra Yolanda, y la

policía cree que podrían estar relacionados, aunque no están seguros.

También hay algunas diferencias.

—¿Murió?

—Si, lo mismo que las otras dos damas, aparte de esa Yolanda Lang. El perrazo la salvó. Pero esto ya lo sabes.

—¿Qué dicen de Yolanda Lang? —quiso saber Sweeney—. ¿Todavía está en el hospital?

—Suponen que esta noche podrán darle el alta. No quedó muy malherida. La punta del cuchillo apenas le atravesó la piel. Naturalmente, sufrió un *shock.* Nada más.

—También lo tuvimos otras personas..., contándome a mí —respondió Sweeney.

—No exageraste en tu relato, ¿verdad, amigo? —Joe Carey se pasó la lengua por los labios.

—Al contrario —rió Sweeney—, lo rebajé. Debías de haber estado allí, Joe.

—Soy un hombre casado. Además, la policía vigilará a esa Yolanda.

—¿Una vigilancia? ¿Por qué?

—Piensan que el asesino podría atacarla otra vez, creyendo que puede reconocerle. En realidad, no puede, o eso dice al menos. Un individuo, bastante alto, con ropas oscuras... Esta es toda su descripción.

—No había luz en el vestíbulo —recordó Sweeney.

—Probablemente, el Destripador la esperaba junto a la puerta del fondo, al pie de la escalera, seguramente manteniéndola entreabierta. Oyó los pasos de la joven en el vestíbulo, y saltó adelante, atacándola. En ese momento el perro también saltó hacia el agresor y éste huyó por la puerta trasera, sin alcanzar de lleno a su victima, para zafarse del animal.

—Es muy posible —concedió. Sweeney—. Pudo ver a Yolanda recortada contra la luz del exterior, pero él era sólo una sombra para ella. Lo que interesa es: ¿tenía intenciones de atacar a Yolanda o a cualquiera que pasara por el vestíbulo?

—Las dos versiones son válidas —replicó Joe, encogiéndose de hombros—. Bueno, ella vive allí, y el Destripador pudo estar aguardándola, sabiendo que regresa a su casa después del último pase de su programa. Por otra parte, si estaba al corriente de sus movimientos, también sabría que siempre la acompaña el perro, y por lo visto lo ignoraba. Claro que pudo pensar que el animal la seguiría y que él conseguiría acuchillarla y correr

hacia aquella puerta trasera antes de que «Diablo» lo atrapara. Mas, si tal es el caso, no calculó bien el tiempo.

—¿Todas las noches llega a casa a la misma hora?

—Generalmente sí. Trabaja en el último *show* de la una y media. Los sábados hacen otro pase más tarde, lo mismo que los domingos. Tampoco se dirige a su casa inmediatamente al salir de su trabajo, según ha afirmado. A veces se queda un poco más en El Madhouse, o sea el club nocturno donde actúa. ¿Lo conoces?

Sweeney asintió.

—En algunas ocasiones —prosiguió Joe Carey— se queda a tomar unas copas hasta que cierran a las tres. Otras veces tiene una cita y sale inmediatamente después de su actuación. Una individua como ésa nunca está sola si no quiere.

—¿Quién se ocupa del caso en el *Blade?*

—Horlick, pero el lunes empieza las vacaciones. No sé a quién le trasladará Walter el caso.

—Oye, Joe —dije Sweeney ávidamente—, hazme un favor inmenso. Deseo ocuparme de este asunto. No se lo puedo pedir a Walter, pero tú sí podrás hacerlo cuando hables con él. Dile que yo, como testigo ocular, estoy más informado que nadie y que, puesto que Horlick se marcha el lunes, y yo precisamente vuelvo entonces, puede dejar que me ocupe de los reportajes. Si tú se lo sugieres, Walter consentirá. Si se lo pidiera yo, a lo mejor se negaría, sólo para fastidiarme.

—Lo haré, Sweeney, pero... tendrás que conocer los detalles de los otros casos y ponerte en contacto can la policía. A propósito, han montado una especie de brigada especial para ese Destripador, que no se ocupa de nada más. El jefe es Cap Bline, de Homicidios, con varios hombres a sus órdenes. El laboratorio de lo criminal lo analiza todo..., aunque hay muy poco que analizar.

—Me pondré a trabajar ahora mismo —manifestó Sweeney—. Hasta el lunes estudiaré los archivos y hablaré con los de esa brigada.

—¿Por qué tanto afán estando de vacaciones? ¿Acaso te has formado ya una idea de quién es el asesino?

—Nada de eso —mintió el periodista—. Una revista sensacionalista me ha contratado para escribir sobre el caso, cuando se haya aclarado. Esas revistas no tratan de los casos hasta que están solucionados, pero me prometieron publicar varios artículos míos tan pronto como atrapen al

criminal. Oh, al menos sacaré cien pavos... Joe, si hablas a Walter por mí, y trabajo en el asunto desde dentro, tendré todos los datos cuando pillen a ese monstruo, y cuando cobre te daré el diez por ciento. Te embolsarás de veinte a cincuenta dólares.

—No tengo nada que perder y tampoco pensaba pedirte nada...

—De este modo estarás más persuasivo —sonrió Sweeney—. Para empezar, dime ¿cuáles son los nombres de las otras asaltadas, las que murieron? Dijiste que una se llamaba Lola Brent.

—Exacto. La de hace diez días, Stella Gaylord. Y hace cinco días murió Dorothy Lee.

—¿También eran artistas o coristas?

—La primera, Lola Brent, era una ex corista. Ahora vivía con un tal Sammy Cole. Los polis pensaron que él la había liquidado, pero ni pudieron probarlo ni hacer confesar a Sammy. Por tanto, lo encerraron y en los interrogatorios salieron a relucir unas estafas y todavía está en chirona. Por eso, si él se cargó a Lola no pudo matar a las otras dos ni atacar a Yolanda.

—¿Y las otras dos?

—Stella Gaylord era chica de alterne en la West Madison Street. Dorothy Lee era secretaria particular.

—¿Particular, hasta qué punto? ¿De las que vigilan sus períodos además de las comas?[7]

—No lo sé —manifestó Joe—. De esto no se dijo nada. Trabajaba para un alta cargo de la Reiss Corporation. No recuerdo su nombre. Además, por aquellos días, el tipo ése se hallaba en Nueva York en viaje de negocios.

Joe Carey consultó su reloj. Había terminado de comer.

—Bueno, Sweeney —añadió—, éstos son los puntos principales. No tengo tiempo para contarte más cosas. He de volver al *Blade*.

—De acuerdo. ¿En qué hospital está Yolanda Lang?

—En el Michael Reese, pero no podrás verla. Hay seis polis de guardia en el corredor. Horlick intentó entrar y no lo consiguió.

—¿No sabes cuándo volverá a actuar en El Madhouse?

—No. Su representante artístico podría decírtelo. Se llama Doc Greene.

—¿Qué clase de individuo es?

—Mira, Sweeney, he de volver a mi trabajo. Pregúntale a él qué clase de individuo es.

Joe Carey se levantó y Sweeney cogió la cuenta.

Yo pagaré esto. Pero antes dime dónde puedo localizar a ese Greene. A propósito, ¿cuál es su nombre de pila?

—No lo sé. Todo el mundo le llama Doc. Calla..., está en el listín telefónico. Lo hallarás allí. O te lo dirá el dueño del club. Greene es el que le proporciona todas sus artistas. Bien, hasta luego.

Sweeney se terminó el café, que ya estaba frío y le hizo estremecer de repugnancia, tras lo cual salió rápidamente del Kirby.

Estuvo parado unos segundos frente al restaurante, indeciso sobre sus próximos movimientos, y finalmente se encaminó al *Blade.* No entró en las oficinas de la redacción sino que fue a la administración para que le abonaran los cheques Después, se dirigió al almacén y estuvo buscando entre los periódicos atrasados, empezando desde unos dos meses antes, hasta que halló el que daba la noticia de la muerte de Lola Brent. Lo compró, junto con los de la semana siguiente y los de los últimos diez días.

El paquete era voluminoso, a pesar de haber rechazado los de los domingos. Salió y cogió un taxi hasta la pensión.

Al llegar, llamó a la puerta de la señora Randall, pagándole los treinta y seis dólares que le debía, más dos semanas por adelantado.

Ya en su cuarto, dejó el montón de periódicos sobre la cama, volvió al pasillo y buscó los Greene en el anuario telefónico hasta que halló uno en el bloque Goodman, un tal J. J. Greene, agente teatral. Marcó el número y, después de una breve discusión con una secretaria, pudo hablar con J. J. Greene.

—Aquí Sweeney, del *Blade.* ¿Podría decirme cuándo darán de alta a su cliente en el Michael Reese?

—Lo siento, señor Sweeney; la policía me ordenó no dar ninguna información. Tendrá que preguntárselo a ellos. Oiga, ¿es usted el periodista que escribió ese relato, en calidad de testigo presencial, en *el Blade* de hoy?

—Sí, en efecto.

—Buen artículo. Y estupenda publicidad para Yolanda. Lástima que su contrato la obligue a trabajar tres semanas más en El Madhouse; de lo contrario, podría conseguirle contratos mucho mejores.

—Entonces, ¿volverá a actuar antes de tres semanas?

—En confianza, dentro de tres días. No fue más que el susto.

—¿No podría pasar por su agencia, señor Greene, y hablar con usted?

—¿Sobre qué? La policía me ha prohibido hablar con los periodistas.

—¿Ni siquiera sobre el tiempo, si nos cruzamos en la calle? No

conozco a ningún agente artístico que no le guste charlar con los de la prensa. Tal vez incluso pueda hacer propaganda a sus otras clientes ¿Y qué mal puede haber en esto? ¿Acaso la policía tiene algo contra usted?

—No puedo invitarle a mi oficina —rió Greene—, a causa de ellos. Pero dentro de unos veinte minutos saldré, y generalmente voy a tomar una copa a alguno de los clubs de los que soy agente. Tengo la sensación de que hoy iré a El Madhouse. Si dentro de una media hora está usted allí, a lo mejor...

—Es posible que también yo me deje caer por ese club —sonrió Sweeney—. Gracias. Y, entre nosotros, ¿todavía sigue en el hospital la señorita Lang?

—Si, pero no podrá visitarla.

—No lo intentaré. Hasta la vista.

Colgó el aparato y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo. Volvió a su habitación y permaneció sentado, inmóvil, unos cinco minutos. Cuando creyó que había cesado el temblor, se marchó.

El sol apretaba de firme, obligando a la gente a caminar perezosamente. En la State Street entró en una floristería, y encargó dos docenas de *American Beauties* para Yolanda Lang, que debían ser enviadas al hospital. Después continuó sudando bajo el sol asesino, hasta llegar a E Madhouse, en la Clark Street, cerca de Grand.

No había ningún portero de voz persuasiva uniformado en la entrada a aquella hora de la tarde. Ni lo habría hasta el anochecer, momento en que se daría el primer *show*.

Los carteles sí estaban a la vista:

6 Actuaciones 6

YOLANDA LANG Y DIABLO

en
la famosa
danza de

LA BELLA Y LA BESTIA.

Naturalmente, también había fotografías. Sweeney no se detuvo a

mirarlas.

Pasó del calor del sol a la fresca penumbra del bar exterior, separado de la sala del escenario, donde los precios eran más elevados.

Se detuvo parpadeando, a causa de la transición del resplandor de la calle a la oscuridad del local. Luego, miró hacia el mostrador. Sólo había tres personas. En el extremo más lejano, un tipo bastante bebido retozaba con una rubia excesivamente serena. Media docena de taburetes más acá, un hombre solo contemplaba su imagen en el espejo de marco azul situado detrás de la barra, con una botella de cerveza y un vaso delante. Estaba sentado como tallado en piedra. Sweeney comprendió que no era Doc Greene.

El periodista tomó asiento en un taburete, próximo a la entrada. El camarero se acercó.

—¿No ha venido Greene? —le preguntó Sweeney—. Doc Greene.

—Todavía no —el camarero repasó el limpio mostrador con un paño sucio—. A veces da una vuelta por aquí a esta hora, pero hoy no ha aparecido. Estando yo en el hospital..

—Yo... —repitió pensativamente Sweeney—. Me gusta. La da al nombre un acento sureño. La gente se vuelve hacia ella en el bar y le pregunta: ¿Qué vas a tomar, Yo?

—Buena pregunta —rió el camarero—. ¿Y usted qué va a tomar?

—Pues... —Sweeney se entregó a una honda reflexión. Tenía que comer algo, aunque fuese poco, hasta recobrar el apetito y poder contemplar un menú completo sin sentir náuseas—. Cerveza con un huevo batido.

En el umbral se hallaba un individuo con cara de luna. En la misma se dibujaba una amplia sonrisa, al tiempo que escrutaba todo el mostrador de una punta a la otra. Sus ojos, detrás de unos lentes de gruesos cristales, se detuvieron en Sweeney, y la sonrisa se ensanchó más.

Sus ojos, detrás de los lentes, parecían enormes.

Sin embargo, por raro que parezca, eran unos ojos vacuos y mortales: Como los de un reptil, ampliados un centenar de veces, y casi era posible esperar que una membrana nictitante cayese sobre ellos.

En su aspecto externo Sweeney no se alteró, pero sí se estremeció su espíritu. Casi por primera vez en su vida odiaba a un hombre a primera vista. Y le temía también. Era una extraña combinación de distintos

ingredientes, ya que el odio (salvo en forma abstracta) era algo desconocido para William Sweeney. Tampoco es corriente el temor en la persona a quien le importa un ardite el resto de la Humanidad.

—¿El señor Sweeney? —inquirió el Cara de Luna, más afirmando que preguntando.

—Tome asiento, Doc —respondió el periodista.

Se metió las manos en los bolsillos rápidamente, porque tuvo el presentimiento de que iban a empezar a temblar.

4

El individuo de cara de luna se sentó en el taburete contiguo al de Sweeney, y los dos hombres se contemplaron mutuamente.

—Escribió usted un artículo excelente respecto a..., a lo que sucedió anoche; señor Sweeney —alabó Greene.

—Me alegro de que le gustara.

—No he dicho que me gustara —replicó Doc Greene—. He dicho que era un artículo excelente. Lo cual es algo muy distinto.

—No entiendo. En este caso, ¿cuál es la diferencia?

Doc Greene apoyó los codos en el mostrador y entrelazó los gordezuelos dedos.

—Un hombre, señor Sweeney —explicó razonadamente—, puede disfrutar un poco con la descripción voluptuosa de una mujer; en otros casos, tal vez no disfrute leyendo sobre ello. Por ejemplo, si la mujer es su esposa.

—¿Es su esposa Yolanda Lang?.

—No —negó el agente artístico—. Era sólo un ejemplo, recuérdelo. ¿Ha pedida algo?

Sweeney asintió. Greene llamó al camarero con un dedo. Aquél se acercó con la cerveza y el huevo batido para Sweeney, y puso un vasito delante de Greene.

Mientras el camarero llenaba el vasito, Sweeney sacó con extrema precaución una mano del bolsillo y apoyó las puntas de los dedos sobre la barra: Con cuidado, para que no se notase el temblor, empezó a pasear los dedos por el mostrador, sobre el borde, en dirección al vaso de cerveza.

Sus ojos vigilaban los otros tan enormes de Doc Greene.

La sonrisa había desaparecido del rostro del agente teatral. De pronto, sonrió de nuevo y levantó su vaso.

—¡A su mala salud, señor Sweeney!

Los dedos del periodista se engarfiaron alrededor del vaso de cerveza.

—¡A la suya, Doc!

Cuando se llevó el vaso a los labios, la mano estaba firme. Tomó un sorbo, dejó el vaso y sacó la otra mano del bolsillo.

El temblor había desaparecido.

—Quizá le gustaría que mi salud fuese de mal en peor, Doc —murmuró —. Si lo intenta, será un placer fastidiarle.

La sonrisa de la cara de luna se amplió.

—Claro que no, señor Sweeney. Cuando me hice hombre dejé de lado las niñerías, como dijo el gran bardo.

—La Biblia —rectificó Sweeney—, no Shakespeare.

—Gracias, señor Sweeney. Usted es, como temí al leer el artículo del *Blade,* un hombre inteligente. Y, como creo adivinar por su apellido, un irlandés obstinado. Si yo le ordenase, y con esto vamos a descender a la lengua vernácula, si yo le ordenase que dejara en paz a Yolanda, esto sólo serviría para volverle mucho más obstinado.

Levantó el dedo para que el camarero volviese a llenarle el vaso.

—Cualquier clase de amenaza resultaría tonta. Lo mismo que sería fútil indicarle la inutilidad de tratar de conquistar a... mi cliente. Como habrá observado, y sé que lo hizo, Yolanda no carece de atractivos. Ah, lo han intentado varios expertos en el arte amatorio.

—Se halaga usted, Doc.

—Tal vez sí, tal vez no. No estamos discutiendo mis relaciones con Yolanda.

Sweeney tomó un sorbo de cerveza.

—Me lo estaba preguntando —sonrió—. En realidad, ¿de qué estamos discutiendo? Creí entender que usted no me ha citado aquí para hablar de la publicidad de ninguna de sus clientes. Y ahora me dice que es inútil que intente algo que usted parece creer que está en mi mente. Bien, ¿por qué ha venido usted?

—Para conocer al señor Sweeney. Tan pronto como leí el artículo comprendí (bueno, soy un poco psiquiatra) que usted seria una espina en mi costado. En el artículo había un *algo* inefable. Lo mismo habría podido escribir Dante de Beatriz o Abelardo de Eloísa.

—Y también —agregó Sweeney— Casanova de la reina Ginebra, de haber vivido ambos en el mismo siglo, y haberla visto sin bragas. ¿Sabe, Doc? Le odio tanto que empieza a gustarme.

—Gracias. Me ocurre lo mismo con usted. Cada uno de nosotros admira la inteligencia del otro. O admirará usted la mía cuando me conozca mejor.

—Por el momento —observó Sweeney—, admiro su forma de hablar. Inmensamente. Lo único que odio de usted son sus entrañas.

—Y el Destripador nunca las expondrá a la vista del público —objetó Greene—. No es probable, porque este Destripador se dedica a bocados más tiernos —sonrió ampliamente—. ¿No es maravillosa la civilización, señor Sweeney? Dos individuos sentados juntos pueden insultarse mutuamente, amigable pero sinceramente, y gozar de la conversación. Si siguiéramos con la costumbre de uno o dos siglos atrás, uno de nosotros le habría cruzado el rostro al otro con el dorso de la mano, y uno de los dos moriría antes de que el sol estuviese alto sobre el horizonte.

—Una idea magnífica, Doc. Me gusta. Pero las autoridades se muestran muy severas con estas cosas. Bien, volvamos a Yolanda. Supongamos que usted supo leer entre líneas, en mi articulo. ¿Qué piensa hacer? ¿Piensa hacer algo, quizá?

—Naturalmente. Para empezar, pondré en su camino todos los obstáculos que pueda. Prevendré a Yolanda contra usted, no de manera obvia, claro está, sino sutilmente. Haré que le tome por un loco. En fin, usted lo es y lo sabe.

—Sí —concedió Sweeney—. Pero tal vez ella no haga caso de las palabras de un bastardo. Usted lo es y lo sabe, Doc.

—Su intuición me sorprende, señor Sweeney. En realidad, lo soy en el sentido literal de la palabra. Posiblemente, también en sentido figurado, pero esto no viene a cuento. O quizá debería confesar que existe una gran posibilidad de que yo fuese un hijo no deseado; lo único que sé es que me criaron en un orfanato. Ah, si, yo me he hecho a mi mismo.

—Sólo usted podía hacerlo —le cumplimentó Sweeney.

—Ah, ahora es usted el que me halaga. No esperaba este cumplido. Además de poner obstáculos en su camino, le ayudaré.

—Ahora si que me deja patidifuso —confesó Sweeney.

Greene juntó las puntas de sus dedos formando una pirámide.

—Usted desea encontrar al Destripador —explicó—. Es natural que lo intente, primero porque es periodista, pero segundo, y más importante, al menos para usted, porque cree que eso le aproximará a Yolanda. Su intento le pondrá automáticamente en contacto con ella, quizá no tan en contacto

como querría, pero sí le permitirá conocerla y hablar con ella. Asimismo, piensa que si descubre al Destripador, quedará como un héroe y Yolanda caerá en sus brazos, aunque sólo sea por gratitud. ¿Me equivoco?

—Siga hablando —le invitó Sweeney—. Aunque no hace falta que se lo diga.

—Exacto. Usted tiene dos motivos para buscar a ese monstruo. Yo tengo dos motivos para ayudarle. Uno —levantó uno de sus gordezuelos dedos—, si usted le encuentra, él puede clavarle un cuchillo en el vientre. Creo que esto me encantaría. También odio sus entrañas, señor Sweeney.

—Gracias de todo corazón.

—Dos —levantó otro dedo—, la policía piensa que ese tipo puede intentar matar a Yolanda. A pesar de que, y los periódicos lo han repetido, Yolanda no pudo ver con claridad a su asaltante, tal vez no quiera correr el riesgo y trate de acallarla para siempre. Esto no me encantaría.

—Lo comprendo —asintió Sweeney—. Y entiendo más su segundo motivo que el primero, o al menos me gusta más.

—No creo, por otra parte, que descubrir al Destripador le acerque más a Yolanda. De todos modos, es un albur que debo correr.

—Magnífico, Doc. Pero hay algo que... La fuerza policíaca de Chicago es muy superior a la mía personal. Sólo por curiosidad: ¿qué le induce a pensar que yo, sólo con mi honda,**[8]** puedo tener más éxito que todo ese ejército azul?

—Que es usted un irlandés muy tozudo. Y porque es un poco brujo. Lo sospeché por un par de frases de su artículo, pero ahora lo sé con seguridad. Porque Dios ama a los locos y a los borrachos, y usted es ambas cosas —Tomó un sorbo de su vaso antes de proseguir—. También porque bajo su asqueroso físico, señor Sweeney, tiene un cerebro despejado, lo cual es otra cosa que supuse entonces y que ahora sé. Y con su tozudez y su ingenio, es capaz de ir a sitios impensados para la policía. Es como el tonto que encontró el caballo pensando que él lo era y reflexionando adónde iría si realmente fuese un caballo. No es que le compare con un caballo, señor Sweeney. Al menos, no por entero.

—Gracias. Soy un culo de caballo con un cerebro inteligente. Vamos, continúe.

—Podría hacerlo. En realidad, soy psiquiatra, señor Sweeney, aunque no lo practique. Una desdichada ocurrencia me obligó a suspender lo que habría sido mi último curso de internado. Se me ocurrió pensar que la

satiriasis podía ser la receta lógica para la ninfomanía. Teníamos un paciente que padecía un estado muy avanzado de satiriasis, señor Sweeney, y supongo sabrá que esta condición es una exagerada morbosidad de la sexualidad masculina... Como decía, me tomé la libertad de introducir a dicho paciente en la sala de una ninfómana entusiasta y les dejé solos por un considerable período de tiempo. A mis superiores no les gustó el experimento.

—Lo comprendo —simpatizó Sweeney con dichos superiores.

—Ah, si se hubiesen enterado de los demás experimentos que allí llevé a cabo... Pero estoy divagando.

—Es verdad. De manera que usted me ayudará a encontrar al Destripador. Bueno, adelante, ayúdeme.

—No será mucha mi ayuda, lo siento —reconoció Greene, separando las manos —. Por supuesto, no tengo el nombre ni las señas de ese asesino en mi libreta de notas, listos para dárselos a usted.

Quiero decir solamente que me encantará colaborar con usted, señor Sweeney, y por esto le daré todos los hechos y datos que poseo. Y como usted querrá hablar con Yolanda, permitiré que lo haga. Aunque quizá le cueste un poco, con la policía custodiándola.

Greene miró a su reloj.

—Por desgracia, ahora no me queda tiempo. Una cita de negocios. Y hay que cenar. ¿Podríamos vernos mañana por la tarde, señor Sweeney, hacia esta misma hora?

—No lo sé —frunció el ceño Sweeney—. A lo mejor, usted sólo me hace perder el tiempo. ¿De veras tiene algo sólido?

—Tengo a Yolanda —le recordó el agente teatral—. Mañana habrá salido del hospital La traeré conmigo. Nos aguardará aquí, ¿verdad?

—Si, les aguardaré aquí.

—Perfecto. Supongo que nos veremos muy a menudo, señor Sweeney. Por tanto prescindamos de las fórmulas de cortesía. No nos digamos adiós, hipócritamente. Ah, mis copitas corren a cargo de usted. Gracias por ellas, ¡y al diablo con usted!

Se marchó apresuradamente.

Sweeney respiró profundamente dejando salir el aire con lentitud.

El camarero se le acercó.

—Es un dólar y cuarto. ¿No quiere acabarse la cerveza?

—No, échala al fregadero. Ahora tráeme bromuro y whisky.

—¿Mezclado?

—No.

Dejó dos dólares sobre el mostrador.

—Vaya tipo ese Doc Greene —comentó el periodista cuando volvió el camarero con lo ordenado.

—Sí, es todo un carácter.

Una cosa me extraña de él —añadió Sweeney—. Creo que su dentadura no es postiza, y me pregunto: ¿cómo un individuo como él puede conservar los dientes tantos años?

—Lo mismo les ocurre a sus ojos —rió el camarero—. Son los de un hipnotizador. Hay que tener muchas agallas para clavarle un dardo al Doc. Por mi parte, prefiero no tener nada que ver con él. Es curioso, pero las mujeres se vuelven locas por ese fulano. Nadie lo diría, ¿eh?

—¿Incluyendo a Yo? —se interesó Sweeney.

—No sé nada de Yo. Resulta muy difícil saber algo de ella.

Cogió los dos billetes, marcó en la máquina uno con ochenta, y dejó veinte centavos sobre el mostrador.

—Toma algo conmigo —le invitó Sweeney, añadiendo un cuarto de dólar a los centavos.

—Sí, gracias.

—*Skol* —brindó poco después Sweeney, en sueco—. Oye, ¿quién dirige esto? ¿Harry Yahn todavía?

—Yahn es el dueño, o al menos de la mayor parte, pero no lo dirige. Ahora tiene otro local en Randolph.

—¿Un establecimiento como El Madhouse?

—No de la misma clase —sonrió ligeramente el camarero.

—Oh —exclamó Sweeney—. Debe ser un bar con un gran salón detrás, y un sujeto llamado Joe a la puerta... Seguro que puedes perder la camisa en ese salón.

—El sujeto de la puerta se llama Willie —murmuró el camarero antes de ir a servir a la rubia.

Sweeney vertió el bromuro entre los dos vasos y se tomó el suyo.

Después, saltó del taburete y salió a la claridad de la Clark Street. Se dirigió a Loop, andando lentamente, sin rumbo fijo intentando reflexionar sin conseguirlo. Conocía esta fase de su recuperación. Su mente estaba embotada y sus ideas eran fantasmas que se abrían paso por entre la espesa bruma. Sin embargo, sus sentidos empezaban a estar alerta; la bocina de un

auto y el sonido de las campanas de los tranvías resultaban estridentes, y todo lo que veía quedaba bien destacado y enfocada; los olores, que ordinariamente no penetraban en su olfato, eran asquerosamente fuertes.

Tenía que comer pronto para restaurar sus fuerzas. Sólo la comida sólida disiparía la niebla, le libraría de la sensación brumosa y desvanecería el cansancio físico que comenzaba a penetrar hasta la médula de sus huesos.

El zumbido de las sienes, no obstante continuaba insistiendo en su cabeza.

Pensó que sería agradable morir con sosiego, sin dolor, sin saber siquiera lo que sucedía; sólo dormirse y no despertar. Dormir también resultaría estupendo mas uno siempre acaba por despertar frente a las confusiones, las complicaciones y los mil problemas que periódicamente constituyen algo inmensamente insoportable, en cuyo momento hay que sumergirse en alcohol.

Hoy, pese a todo, no ocurría así. Lo que había tomado en El Madhouse no le hizo desear tomar otro trago. Tampoco le despejó el cerebro ni se lo nubló más. El sabor no era ni bueno ni malo.

Cuando llegó al puente se sintió mucho mejor.

Soplaba allí una leve brisa, y Sweeney se dedicó a la contemplación del río, dejando que el viento le azotase el rostro, aunque más que un azote era una caricia.

Cuando se volvió, vio que se aproximaba un taxi. Se subió e indicó las señas de su hospedaje.

Ya en su habitación, extrajo el último periódico de la pila que estaba en la cama y se sentó en la butaca. Buscó la noticia del primer crimen, el asesinato de la antigua corista, Lola Brent. Veinte centímetros en la segunda página, sin muchos detalles.

Nadie mencionaba a un Destripador. No era más que la noticia de una mujer de escasa importancia, a la que encontraron muerta en un callejón, entre dos edificios de la calle Treinta y Ocho. El arma asesina había sido una navaja o un simple cuchillo. El crimen tuvo lugar a la luz del día, entre las cuatro y las cinco de la tarde. No hubo testigos. Un niño que volvía a su casa desde un parque, descubrió el cuerpo. La policía buscaba al hombre que había vivido con Lola.

Sweeney cogió el diario siguiente. La noticia estaba más ampliada, incluso con dos fotografías. Una de Lola Brent, rubia y bonita. No

aparentaba los treinta y cinco años que tenía, solamente unos veinte o algo más.

El otro retrato era del hombre arrestado por la policía, Sammy Cole. Su cabello era negro y rizado, con un rostro agradable, quizá lo normal en un estafador, que esto es lo que era. Negó haber matado a Lola Brent, aunque continuaba detenido bajo otros cargos.

El articulo del día siguiente era casi un refrito del anterior. La única novedad era que Sammy Cole había confesado varias operaciones fraudulentas llevadas a cabo por él. Los demás periódicos no aportaban nada inédito.

El asesinato de Lola Brent pasó al limbo, sin solucionar. No había ninguna referencia al mismo en los siguientes periódicos de dos meses antes. Sweeney sabía que tampoco la habría, al menos de importancia, en los diarios de las cinco semanas y media que él no tenía, o sea en el hueco entre el primer crimen y el realizado diez días atrás.

Cogió el periódico de diez días antes y lo hojeó rápidamente hasta llegar a la muerte de Stella Gaylord, la chica de alterne de la Madison Street. No trató de grabar los detalles en su cerebro, ya que deseaba concentrarse en cada uno de los crímenes por separado. Sólo buscaba alguna nota relacionada aún con la muerte de Lola Brent. La halló en el diario del segundo día, tras el asesinato de Stella Gaylord. Era la primera vez que se sugería la posibilidad de que ambos crímenes fuesen obra de un psicópata y que el último lo hubiera perpetrado la misma mano criminal.

La gran noticia del día siguiente era la idea anterior, junto a una descripción comparativa de las heridas infligidas a las dos mujeres. A ambas les asestaron una cuchillada horizontal en el abdomen, aunque el arma no fue la misma en cada caso. El cuchillo que mató a Lola Brent no estaba más afilado que cualquier otro normal, mas lo que había acabado con Stella Gaylord era con toda seguridad, una navaja.

Sweeney hojeó el resto de los periódicos, buscando nuevos datos sobre el caso Brent. Su cerebro, en el estado neblinoso en que se hallaba, no podía concentrarse más que en un solo crimen. Una vez comprendido todo lo referente al primero, se dedicaría a estudiar el segundo, y así sucesivamente.

No había nada importante. La policía no estaba segura de que el asesino de Lola fuese el mismo que había matado a Stella Gaylord, y cinco días más tarde a Dorothy Lee. Aunque no existía ninguna duda de que las dos

últimas muertes las había cometido la misma mano. Sweeney dejó a un lado el periódico, el más reciente, para reflexionar.

Ahora ya sabia todo lo publicado sobre Lola Brent, mas no le servía de nada. En realidad, ¿qué podía serle útil, aparte de tener una suerte loca, cuando se está buscando a un asesino que mata sin motivo aparente?

Sin motivo, claro, aplicable a la víctima en particular, y no a las mujeres rubias y bonitas. Sí, éste era un rasgo común. Las tres asesinadas, lo mismo que Yolanda Lang, eran rubias y hermosas.

Sweeney fue hacia el teléfono del pasillo y marcó un número.

—Sammy Cole —dijo cuando le respondió la voz que deseaba—, el tipo que vivía con Lola Brent, ¿continúa en la nevera de Chicago?

—Sí —contestó la voz del interpelado.

No mencionó su identidad porque todavía ostentaba el mismo cargo oficial, y nombrarle podría causarle algún conflicto. Sweeney le conocía y tal vez podría sonsacarle, aun cuando no es corriente que un periodista obtenga información de una autoridad oficial. De todos modos, a veces se consigue.

—Sí, aún lo tenemos dentro. Hubiésemos podido soltarle ya, pero aparte de lo de Lola, han salida varias cosas a la luz en contra de ese individuo.

—Me gustaría charlar con él. Esta noche.

—¿Esta noche? Oye, Sweeney, ¿no puedes esperar a las horas de visita de mañana? Son más de las siete y...

— Tú puedes arreglarlo —le cortó el periodista—. Cogeré un taxi y estaré ahí en menos que canta un gallo.

Y así fue cómo, media hora más tarde, Sweeney estaba sentado ante el escritorio del director de la cárcel, con Sammy Cole en una silla, no muy lejos de él. Estaban solos en el despacho. Sweeney reconoció sin dificultad a Cole por las fotos de los diarios hojeados poco antes. Conservaba el pelo negro, que llevaba demasiado corto para que se rizara. Su cara estaba terriblemente contraída por la furia, y no era tan agradable.

—Lo dije todo —rugió Sammy—, todo. Confesé mis asuntos porque me gustaría ver cómo fríen a ese canalla que mató a Lola. Existe la posibilidad de que el crimen tenga algo que ver con lo que ella hacía, ¿entiende? Por eso lo confesé todo. ¿Y qué es lo que he conseguido? Que me acusen de un montón de cosas y que el día que salga de aquí, si salgo, tenga que dedicarme a vender lápices por la calle.

—Sí, es muy duro —admitió Sweeney. Sacó de un bolsillo un bolígrafo y un sobre, y en el dorso del mismo garabateó: «¿Quiere un trago?», y se lo tendió a Sammy Cole.

—¡Jesús! —exclamó Sammy, con cierta irreverencia.

La exclamación hubiese sido ambigua para quien escuchase por una derivación telefónica, pero Sweeney sacó el frasco de whisky, lleno aún en sus dos terceras partes, que había comprado antes en el *drugstore* y se lo entregó a Sammy. Este se lo devolvió vacío y se secó los labios con el revés de la mano.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—No lo sé —reconoció Sweeney—. Esto es lo malo, que no lo sé. Pero he de empezar por alguna parte. ¿Cuándo vio a Lola por última vez?

—Aquella mañana..., casi a mediodía, cuando ella se fue a trabajar.

—¿A trabajar? ¿Tan bajo había caído, Sammy?

—Pues... sí y no. Yo trabajaba en una cosa que podía producir millones. Estaba harto de las estafas pequeñas. Lo que hacía entonces nos hubiese llevado a Florida en invierno, en plan de ricachones. Puede reírse si quiere, pero estaba decidido a emprender el camino recto. Por Lola. A ella no le gustaban los enredos. Por eso quiso que siguiéramos comiendo mientras yo terminaba con... con lo mío.

—¿Estaba ella metida en ese gran negocio?

—No, era sólo mío. Teníamos otro negocio de poca importancia para que ella pudiera comprar bobaditas. Unos cien pavos por semana por unos cuantos días de trabajo. Por eso se fue aquella mañana.

—¿Adónde? ¿Qué trabajo era el suyo?

Sammy Cole volvió a limpiarse los labios y miró de soslayo, en dirección al bolsillo trasero del pantalón de Sweeney. Este movió negativamente la cabeza.

Sammy Cole suspiró.

—Una tienda de «souvenirs» de Division Street. La tienda de Raoul. Era su primer día allí, de modo que apenas sé más de lo que ella me contó, tras ir a ofrecerse para el empleo el día anterior, y lo poco que vi personalmente cuando estuve allí a las seis de aquella tarde. Esto formaba parte del... negocio. Ese Raoul es marica.

—¿Y esto qué tiene que ver con el, digamos negocio, de Lola, Sammy? A menos que usted llegase más tarde y él..

—Oh, no, nada de eso. Lo mencioné de pasada. Lo único que tenía que

hacer Lola era trabajar de dependienta, vender objetos, a ser posible en una tienda donde todo tuviese un precio alto, nada de chucherías. Una tienda pequeña, a ser posible, donde se quedara sola cuando el dueño se marchara a comer o a algún recado. Entonces, ella sisaría una parte de lo cobrado; diez pavos, cincuenta, según el dinero ingresado en caja. La cosa seria doblemente segura porque ella no estaba fichada, ni yo quería que la pillasen en nada. Yo entraría más tarde en la tienda, a una hora fijada de antemano, y ella me largaría disimuladamente el dinero sisado. No debía llevar el dinero encima más de un minuto, sino guardarlo después de cogerlo, y sacarlo unos segundos antes de entrar yo, en mi condición de comprador. Era tan seguro como una montaña. Tan pronto como el dueño empezara a mirarla con suspicacia, Lola debía darse el piro; por otra parte, nunca debía trabajar más de unos cuantos días en la misma tienda. Luego, desaparecería de la circulación durante dos o tres días más... En fin, usted ya capta la intención.

Sweeney asintió.

—Y Lola consiguió el empleo en la tienda de Raoul el día antes de ser atacada. ¿Cómo...?

—Por un anuncio del periódico. Yo tenía muy buenas referencias para ella. Esto era mi especialidad. El empleo lo anunciaban los diarios de la mañana. Se presentó aquella tarde y tenía que empezar al día siguiente, a mediodía. En aquella tienda tienen abierto hasta las nueve de la noche, y ella trabajaría de mediodía a nueve, con una hora para merendar, de cuatro a cinco.

—¿Por qué no se citaron de cuatro a cinco, durante la hora del descanso?

Sammy Cole miró a Sweeney desdeñosamente.

—Usted no está en el ajo. Primero, tenía que salir llevando la sisa encima, lo cual era un peligro. Segundo, si el jefe la dejaba en libertad de cuatro a cinco, probablemente él se largaría después de esa hora. Por tanto, la mejor hora para que Lola vendiera algo de valor estando sola era entonces, o sea de cinco a seis. Si el jefe seguía fuera, tanto mejor; si había regresado o no había salido, Lola siempre podría pasarme el dinero. Yo entraría a comprar algo barato y ella me pasaría la pasta junto con el paquetito. Tan seguro como una montaña.

—¿Y usted llegó allí a las seis?

—Seguro. Lola no estaba y me imaginé que algo había fallado.

Telefoneé al piso y contestó un guindilla, de modo que colgué al momento y no subí. Naturalmente, no me figuré la verdad de lo ocurrido pero supe que algo pasaba. Podían haberla sorprendido quedándose la pasta o algo por el estilo, de manera que era mejor que yo estuviese fuera del asunto para tratar de ayudarla. Diablo, yo estaba chalado por Lola. Hubiese cogido tela de cualquier parte para contratar a un abogado y sacarla con fianza. ¡Y todavía piensan que yo la maté! ¡Jesús!

—¿Cuándo se enteró de la verdad?

—Por los periódicos de la mañana. Estaba en un hotel. Creí volverme majara. Sólo pensaba en atrapar al hijo de puta que se la había cargado y convertirle en hamburguesas, muy lentamente. Pero no sabía cómo buscarle sin tropezar con la poli, y en ese caso tampoco hubiera podido hacer nada, maldita sea. Por eso, preferí quedarme escondido hasta que la cosa se enfriara. Bah, supongo que estaba demasiado alterado y me descuidé. Me pillaron, y cuando salga de aquí, ese asesino ya se habrá muerto de viejo.

Sweeney pensó que era muy posible.

—Sí, Jesús, el buen Dios, sabe cómo odio a los guindillas, pero pese a esto hice por ellos lo que pude. Confesé mis culpas, sólo para ver si algo de lo que los dos hicimos tenía que ver con la muerte de la pobre Lola.

Sammy Cole se hundió más en la silla y suspiró.

—¿Tiene un pito? —preguntó después.

Sweeney le entregó un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas.

—Quédese con esto. Oiga, Sammy: si no le hubieran atrapado, ¿qué habría hecho cuando la cosa se hubiera enfriado? ¿Por dónde habría empezado?

—Por el marica, por Raoul. Quizá tenga algo que ver con el asunto, quizá no, pero le habría arrancado los pétalos uno a uno hasta estar seguro.

—¿Qué ocurrió en aquella tienda? ¿La sorprendió Raoul escondiendo algún dinero? Debió despedirla si ella se marchó a casa, ya que la encontraron en un callejón próximo.

—No lo sé —repuso Sammy—. Los polis hacen preguntas, no las contestan. No me dijeron nada. Sólo sé lo que leí en los periódicos, y hace tiempo que no leo ninguno. Aquí dentro es posible conseguir diarios si uno tiene pasta, pero yo estoy seco.

Sweeney asintió, sacó un billete de diez dólares de la cartera y se lo entregó a Sammy.

—No me sacaría esta pasta, amigo, si estuviese mintiendo. Oiga, ¿no se

quedaría Lola algún objeto de la tienda? ¿Alguna sortija o algo por el estilo? Algunas tiendas de «souvenirs» tienen muchos objetos pequeños de algún valor.

Sammy Cole negó con la cabeza firmemente.

—Le aseguro que no —dijo—. Se lo prohibí por completo. Es demasiado peligroso, y esos objetos, si luego los vendes, siempre dejan un rastro. Además, es difícil sacar por ellos más de veinte pavos. Nada, le prohibí que, ni siquiera para ella, se pringase con un anillo o unos pendientes.

—¿Cuál era el negocio que preparaba usted? ¿No puede estar relacionado con la muerte de Lola?

—No, imposible. No he dicho nada de eso, porque trabajaba con un amigo y no quiero complicarle la vida. Los polis no han podido sacármelo porque no soy ningún chivato. Además, no puede estar relacionado con lo de Lola porque ni el amigo que trabajaba conmigo, ni el fulano para el que trabajábamos los dos conocían a Lola, ni siquiera sabían que existiese. Ni ella les conocía tampoco. Mire, yo estaba decidido a contárselo todo una vez estuviera el asunto en marcha, pero sin darle detalles ni citar nombres.

—Está bien, Sammy. Gracias. Supongo que no puedo ayudarle mucho, pero si algo está en mi mano, lo haré. Hasta la vista.

El estafador se sorprendió al estrecharle la mano. Sweeney salió del despacho del director de la prisión y saludó con un gesto de cabeza al guardián que permanecía en el corredor.

Por el reloj de pared supo que eran las ocho y cuarto. Se detuvo delante de la cárcel, mirando en ambas direcciones, hasta que divisó un taxi. Subió en él.

—Division Street —dijo—. Tendremos que buscar la tienda, pues no sé el número. Es una tienda de «souvenirs» de un tal Raoul.

El conductor se echó a reír.

—Conozco el lugar. Ese tipo intentó una vez propasarse conmigo. Es mariquita. Oiga, usted no será... —miró fijamente a Sweeney, calló un instante y añadió—: No, no lo es.

Concentró su atención en el volante.

5

Sweeney estudió el escaparate de la tienda de Raoul. Hacía como que contemplaba la colección de mercancías exhibidas, pero en realidad miraba el interior de la tienda. Dos parroquianas estaban allí dentro. Con Raoul, el propietario, el feminismo del local estaba al cien por cien. Nadie podía engañarse respecto a él.

Sweeney, en su examen del escaparate, vio que no estaba, como otros muchos, repleto de quincallas y chucherías baratas. Los objetos exhibidos eran pocos y todos buenos. Había perritos *foo* de China, aves religiosas de México, joyas de buen gusto aunque un poco llamativas, un par de candelabros de bronce de talla exquisita en su sencillez; todo lo que había allí era del gusto de Sweeney..., excepto, seguramente, los precios que no estaban a la vista. Su opinión sobre Raoul subió varios puntos.

Una de las parroquianas se quedó con algo y se marchó. La otra sólo daba vueltas, contemplando las estanterías, y Raoul, después de haberle ofrecido seguramente su opinión respecto a algunos objetos, se recostó con indolencia contra el mostrador.

Sweeney empujó la puerta y entró. Raoul, exhibiendo una sonrisa muy de propietario, avanzó a su encuentro. La sonrisa perdió todo su encanto cuando el periodista se presentó.

—Soy del *Blade.* Desearía hablar con usted sobre Lola Brent.

Pese a su disgusto, Raoul acompañó a Sweeney al fondo de la tienda, lejos de los oídos de cualquier presunta cliente.

—¿Cuándo consiguió Lola el empleo? —quiso saber Sweeney—. ¿El día antes?

—Sí. Vinieron varias chicas por lo del anuncio. Lo puse en su diario, el *Blade.* Lola traía unas referencias excelentes de una tienda de Nueva York. No sospeché que eran falsas. Iba bien vestida y poseía una personalidad muy atractiva. Además estaba libre y podía empezar a trabajar al momento.

Le dije que viniera al día siguiente.

—¿Y vino a mediodía?

—Sí.

—¿Qué sucedió? ¿La atrapó usted robándole y la despidió?

—No fue eso exactamente. Ya se lo expliqué todo a la policía.

—Podría saberlo directamente por ellos —replicó Sweeney—, pero prefiero oír su versión, si no es molestia.

—Desde las doce —empezó Raoul, suspirando— hasta poco más tarde de las tres estuvimos los dos en la tienda. No había mucha clientela y pasé la mayor parte del tiempo dándole a conocer a Lola nuestras existencias, los precios y todo lo necesario para que pudiera desenvolverse bien aquí. Hacia las tres y cuarto, le dije que tenía que marcharme para atender un... ejem... un asunto personal. Estuve fuera algo más de media hora. Cuando volví le pregunté si había vendido algo y respondió que sólo había entrado una persona, y había adquirido un par de sujetalibros. Su precio era la única cantidad marcada en la máquina registradora. Pero, de pronto, observé que faltaba un objeto.

—¿Qué era?

—Una figurita, una estatuilla que valía veinticuatro dólares. Estaba en aquel estante —Raoul indicó el sitio exacto—. La estatuita había estado un poco ladeada y yo la dejé de cara poco antes de salir para mi... asunto personal. Poco después de regresar, observé que la estatua no estaba en su sitio. Bueno, en el estante había habido tres figuras iguales, y en aquel momento sólo había dos, bastante cerca una de la otra para que no se notara el hueco. Le pregunté a Lola si había movido la figurita y contestó que no.

Raoul volvió a suspirar ante el recuerdo.

—Naturalmente, era un momento embarazoso. Yo sabía que la joven no decía la verdad, porque tenía la seguridad de que la estatua estaba en el estante cuando me fui.

—¿No pudo alguien robarla de algún modo?

—Imposible. La figura media doce centímetros de alto y, aunque estilizada, sus brazos estaban extendidos al frente. Era un objeto difícil de ocultar bajo una chaqueta, y no cabía en ningún bolsillo. No era la clase de objetos que escogen los descuideros, se lo aseguro. Además, Lola Brent me dijo que sólo había entrado en la tienda una persona. No, no tuve la menor duda, señor. Ah...

—Sweeney. La acusó de haber vendido la pieza y guardarse la pasta,

claro.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Le dije que no deseaba denunciarla, y que si me permitía registrarla completamente en la trastienda, le permitiría irse sin llamar a la Policía.

—¿Encontró el dinero?

—No. Cuando vio que realmente iba a llamar a la Policía a menos que confesase, y que en ese caso la dejaría marchar tranquilamente, admitió el robo. Tenía el dinero, un billete de veinte dólares y cuatro de uno, metido en lo alto de una media. Una caja de caudales muy femenina.

—Entonces, no tuvo que registrarla..., ¿o si lo hizo?

—Claro está que la registré. Yo había reparado en la falta de la estatua y ella confesó haberla vendido, pero, puesto que reconocía esta falta, ¿no era posible que hubiese vendido otras piezas, aparte de los sujetalibros? Yo no podía hacer un inventario en aquellos instantes. Y ella podía haber vendido algo por valor, supongamos, de cincuenta dólares y tener escondido el dinero en la otra media o en, bueno, en el busto.

—¿Era así?

—No. Al menos no le hallé dinero alguno, aparte de unos dólares en su bolso, que supuse eran suyos. No le gustó que la registrara, pero se mostró sensata cuando escuchó mis razones. Además, no era tan tonta como para pensar que yo desease hacerlo por algún motivo inconfesable, si comprende a qué me refiero.

—Comprendo a qué se refiere —sonrió Sweeney—. De manera que cuando ella se marchó debían de ser las cuatro.

—Sí. Por supuesto, no más de las cuatro y cuarto, aunque no comprobé la hora con exactitud.

—¿Se fue sola?

—Naturalmente. Y para anticiparme a su pregunta, no vi si alguien la aguardaba en la calle. Claro está, sabiendo que no era honrada, la seguí con la mirada hasta la puerta, pero no más allá. Ni siquiera me fijé en la dirección que tomaba. Si, debió irse directamente a su casa, porque tengo entendido que la mataron en un callejón cercano, hacia las cinco. Debió de tener que hacer un transbordo y cruzar el Loop. Sí, tardaría casi media hora, si no más.

—A menos que tomara un taxi o alguien la acompañase en auto, claro. Lo del taxi no es probable, puesto que en el bolso apenas llevaba nada.

Sweeney asintió a estas palabras.

—Tampoco es fácil lo de acompañarla en auto. Su amigo tenía que entrar en esta tienda a las seis, por lo que es difícil que a las cuatro rondase ya por aquí.

—¿Tenía que entrar en la tienda? —Raoul enarcó las cejas.

—Sí, a recoger lo que ella hubiese sisado...

—¿De veras? Esto no me lo dijo la Policía.

—La Policía —sonrió Sweeney—, es muy poco charlatana. Por esto he preferido hablar con usted. A propósito, ¿cree que Lola Brent reconoció a alguno de los que entraron aquel día en la tienda, mientras estuvo presente?

—No, estoy completamente seguro de que no reconoció a nadie.

—¿Qué era la estatuita? Supongo que una figura femenina. ¿Vestida o desnuda?

—Desnuda. Sin nada encima, si comprende a qué me refiero.

—Creo que si —asintió de nuevo Sweeney—. Algunas mujeres son más provocativas que otras cuando se hallan totalmente desnudas. Es un don que poseen.

—No quiero decir, señor Sweeney —Raoul levantó las manos en un gesto muy expresivo—, que la estatuita fuese pornográfica... Oh, no. Más bien era virginal, de una forma muy peculiar.

—Me intriga usted. ¿Cuántas formas existen de ser virginal? Creí saberlo todo, pero...

—Existen muchas maneras de expresar una sola cualidad —sonrió Raoul, doctrinalmente—. O de aparentarla. La virginidad, en este caso, se expresaba con el miedo, el horror, el odio. La virginidad... o quizá seda hablar de algo virginal...

—¿Cuál es la diferencia? —inquirió Sweeney. Acto seguido se contestó a sí mismo—. Aguarde, creo que le entiendo. Una es física y la otra mental. ¿No es eso?

—Exacto. Y ambas pueden coincidir o no. Muchas mujeres casadas son vírgenes, aunque no lo sean físicamente. Nunca han sido acariciadas realmente; sólo han experimentado el acto físico. En cambio, una doncella que sea *virgo intactas* puede no ser virgen si sus pensamientos..., ¿me entiende ahora?

—Sí, sí —manifestó Sweeney—. Pero nos estamos apartando de la figurita.

—No mucho. ¿Le gustaría verla? No la que vendió Lola, naturalmente, pero poseo un duplicado. Pedí dos y me gustaron tanto que tengo una en mi

apartamento, que está a una macana de aquí. Ya es hora de cerrar y... Oh, le aseguro que no tengo ningún motivo... ulterior, señor Sweeney.

—Gracias, mas no lo juzgo necesario. La estatuilla apenas puede tener nada que ver con el crimen.

—Claro que no. Pensé solamente que le interesaría de manera abstracta. Incidentalmente —sonrió Raoul—, se la conoce como la Mimi Chillona.

—¿Cómo?

—Una Mimi Chillona. Mimi, el nombre femenino.

—Oiga —exclamó Sweeney, súbitamente—, creo que he cambiado de idea. Me gustaría conocer a esa Mimi, señor... ¿Raoul?

—Reynarde, señor Sweeney, Raoul Reynarde. Si me perdona un momento...

Se acercó a la presunta parroquiana y le comunicó que era la hora del cierre. Sweeney siguió a la mujer hasta la puerta y esperó hasta que Reynarde hubo apagado las luces. Recorrieron una manzana y media de casas por Division Street, y después subieron dos tramos de escaleras hasta el apartamento de Raoul.

—No puedo pedirle que se quede mucho tiempo, señor Sweeney —se disculpó Raoul, cuando encendía la luz del vestíbulo—, porque, ejem..., espero una visita. Pero tenemos tiempo de tomar una copa. ¿Quiere un combinado?

—Sí, gracias. ¿Dónde está Mimi?

—Sobre aquella repisa.

La mirada de Sweeney, que había examinado el bien amueblado apartamento, excesivamente femenino, se concentró en una estatuita de unos quince centímetros de altura, colocada sobre la repisa de la chimenea. Atravesó el salón para estudiarla más de cerca.

De repente comprendió el significado de las palabras de Raoul. Decididamente, había una cualidad virginal en la estilizada figura desnuda, aunque esto sólo se comprendía después. «Miedo, horror y odio», había dicho Raoul Reynarde, y si, todo estaba allí, no sólo en el rostro, sino en la retorcida rigidez del cuerpo. La boca estaba muy abierta, en un grito mudo. Los brazos, extendidos al frente, con las palmas hacia arriba, como deseando ahuyentar algo espantoso.

—Un objeto exquisito —comentó Raoul desde el otro lado de la estancia, donde estaba preparando las bebidas, sobre un mueble-bar de caoba—. Está hecha con un plástico nuevo, imitación del ébano. Una

imitación perfecta. El brillo oscuro es exactamente igual al del ébano, se lo aseguro. Si esta figura fuese lo que parece, es decir, de ébano auténtico, valdría un montón de dinero. Ah —continuó, paseando la mano por el aire de la habitación—, casi todo lo que tengo aquí son cosas originales. No me gustan las imitaciones.

—No estoy de acuerdo —gruñó Sweene—. Por mi parte, prefiero una reproducción de Renoir que un original de una escuela de arte. Claro que es cuestión de gustos. ¿No podría conseguirme una de esas figuras?

—Su combinado, señor Sweeney —sonó la voz de Raoul a espaldas del periodista—. Sí, puedo conseguirle una Mimi Chillona, o eso creo. La compañía que las fabrica, una pequeña empresa de Louisville, Kentucky, debe de tener algunas todavía. Generalmente, las fabrican en serie. Si tanto le interesa, puedo venderle ésta. Aunque haya estado en la repisa de mi chimenea, sigue siendo virginal.

Raoul se echó a reír de su propio chiste.

—Oh, también puedo, si piensa que de este modo seria de segunda mano, llevarla a la tienda y vendérsela allí. La ventaja de ser comerciante, señor Sweeney, es que no necesito cansarme nunca de un objeto de arte o de una bagatela. A menudo, me traigo aquí objetos de la tienda hasta que me harto de ellos y los cambio por otros. Si, creo que ya estoy harto de esa muñeca chillona. A su salud, señor Sweeney.

El periodista bebió distraídamente, sin apartar los ojos de la estatua, y vació el vaso de una sola vez.

—Antes de que cambie de idea, señor Reynarde... —dejó el vaso sobre una mesita y sacó de su cartera veinticuatro dólares.

—¿Cómo dijo que se llama? —preguntó—. ¿Es éste su nombre o en la compañía que las fabrican le dan otro?

— No sé si recordaré... —Raoul frunció los labios en concentración—. Oh, sí. El nombre procede de la misma compañía; aunque no es su nombre oficial. El viajante me contó que el número de catálogo es el MCH-1, y que alguien de la oficina, con un buen sentido del humor, decidió que MCH significaba Mimi Chillona.

—¿Quién hizo la estatua? Me refiero al original.

—No lo sé. La compañía es la Ganslen Art Company. Fabrican generalmente sujetalibros y figuritas pequeñas, a menudo a precios bastante bajos. ¿Le envuelvo la estatua?

—¿Ponerle bragas a Mimi? —rió Sweeney—. No. La llevaré desnuda

por la calle.

—¿Otra copa?

—No, gracias, señor Reynarde. Mimi y yo nos vamos ya.

Cogió la estatuita con delicadeza.

—Oh, no, siéntese, señor Sweeney —le suplicó Raoul, tomando asiento a su vez en un sillón cargado de almohadones. Sweeney continuó de pie—. Una cosa me interesa, señor Sweeney, aunque no sea asunto mío, la verdad. ¿Es usted sádico?

—¿Yo?

—Usted. Lo pregunto a causa de la atracción que esta figura ejerce sobre usted. Esta figura es una orgía masoquista; en mi opinión, sólo puede atraer a un sádico.

Sweeney miró a su interlocutor fijamente antes de responder.

—No, no soy sádico. A pesar de ello, comprendo su pregunta, a la que no hallo respuesta. Tan pronto como vi esa estatua, supe que la deseaba, pero no tengo la menor idea del porqué.

—¿Le atrae como objeto de arte?

—No, en absoluto. Está bien, muy bien ideada; en cambio, creo que no es una gran obra artística.

—¿Quizá una asociación inconsciente? —insistió Raoul.

—Podría ser —admitió Sweene—. De todos modos, gracias. Ahora si debo irme.

Raoul le acompañó a la puerta, inclinándose ligeramente al despedirse.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás suyo, Sweeney se preguntó admirado por qué deseaba tanto aquella estatua. Y por qué, especialmente, le molestaba que Raoul hubiese querido enterarse del motivo. Miró la figura que llevaba en la mano y se estremeció..., mental, no físicamente. Maldición, Raoul tenía razón. La estatua no era bonita ni sensual; sólo podía gustarle a un sádico o a un individuo poseedor de alguna anormalidad. Y no obstante, él, Sweeney, había pagado veinticuatro dólares por llevársela consigo a casa. ¿Estaba todavía bebido?

No, no lo estaba. La niebla de su cabeza empezaba a aclararse definitivamente. Y a través de la bruma, casi tuvo un atisbo de lo que podía ser la asociación que Raoul había sugerido. De repente la niebla volvió a espesarse.

Bien, ya lo recordaría más adelante. Suspiró y empezó a bajar. En aquel instante, subía un jovencito regordete, muy guapo, con una cabellera rubia,

muy rizada. Se cruzaron en el descansillo, y el muchacho miró con curiosidad la estatuilla que llevaba Sweeney, pero no hizo ningún comentario. Luego, llamó al timbre del apartamento de Raoul Reynarde.

Sweeney continuó bajando por la escalera.

Ya fuera, la noche resplandecía de luces y el aire era cálido y húmedo. Sweeney se dirigió por Division Street hacia Dearborn.

No sabía cuánto tiempo resistiría de aquella manera; cuánto tiempo aguantaría sin comer ni dormir. Volvía a experimentar la conocida náusea. Ah, la comida era un pensamiento irritante, mas era una molestia que debía aceptar, que *tenía* que tomar.

Forzosamente.

En la Chicago Avenue torció hacia el oeste y entró en un pequeño restaurante, instalándose ante el mostrador. Un camarero con un delantal blanco, que a Sweeney le recordó un cirujano, se aproximó por el otro lado del mostrador, aguardando la orden, y contemplando muy intrigado, al parecer, la estatuita negra que el periodista había dejado de pie frente a él.

—Mimi —dijo—, te presento a Joe. Joe, te presento a Mimi. ¿O no se llama usted Joe, Joe?

El camarero sonrió con cierta inseguridad.

—Casi. Me llamo Jack. ¿Qué le ocurre a esa damita?

—Chilla —explicó Sweeney. Por su parte, estaba a punto de gritar también—. Jack, ¿podría servirme algún plato especial?

—¿Cuál? Si lo tenemos, se lo serviré.

—Pan —contestó el periodista—. Dos rebanadas de pan, solo, sin mantequilla. No muy reciente, pero tampoco seco. Con la costra, ¿eh? En un plato blanco. Creo que podré comérmelo. El pan, no el plato, claro. ¿Tienen eso?

—Se lo preguntaré al cocinero. ¿Café?

—Sólo. En una copa, por favor.

Cerró los ojos. Trató de concentrarse en algo que le hiciese olvidar los olores del restaurante, pero sólo consiguió concentrarse en ellos. Cuando oyó el sonido del plato y la copa de café sobre el mostrador, abrió los ojos.

Tomó un sorbo del caliente café y empezó a mordisquear una de las rebanadas de pan. No estaba mal Podría tragársela.

Empezaba la segunda rebanada cuando regresó el camarero. Se inclinó contra el mostrador y volvió a contemplar la estatua.

—Esta figura te obsesiona cuando la miras. Te roba la voluntad.

¿Dónde la compró?

—Me tocó en una feria —mintió Sweeney—. ¿Qué le debo?

—Quince centavos. Oiga, ¿sabe en quién me hace pensar esa estatua? En el Destripador.

Sweeney estuvo a punto de dejar caer la copa de café. La dejó cuidadosamente sobre el mostrador.

El camarero no lo había observado.

—Quiero decir —continuó Jack—, en una mujer atacada por el Destripador. Ninguna mujer teme ser violada, la verdad. Pero perseguida por un tío loco, con un cuchillo en la mano. y si la acorralase en una esquina...

Sweeney bajó del taburete lentamente. Sacó de la cartera un billete de cinco dólares y lo puso sobre el mostrador.

—Guárdese el cambio, Jack —dijo, cogiendo con firmeza a Mimi por la cintura.

Un automóvil estuvo otra vez a punto de atropellarle al cruzar en diagonal la Chicago Avenue.

La niebla se había esfumado. Comprendió cuál había sido su presentimiento y por qué deseaba tanto a Mimi Chillona. Lo hubiera sabido cuando Raoul comentó que aquella figura sólo podía gustar a un sádico; lo hubiera sabido de tener la cabeza despejada.

Ahora estaba tan claro como la ginebra. Una hora o dos antes de morir acuchillada, Lola Brent había vendido una Mimi Chillona. El hecho de haber sisado en la venta no tuvo nada que ver con su muerte, pero si el hecho de haberla vendido. El comprador era un sádico loco que la espero fuera de la tienda y la siguió hasta su casa. Fue una suerte para él que la despidiera tan temprano, y que la muchacha se dirigiese directamente a casa, donde pudo acorralarla en la estrechez del callejón. ¿Habría intentado matarla igualmente, a la hora de la merienda, si Lola hubiese continuado en su empleo?

Ahora la cabeza de Sweeney ya estaba despejada; en cambio, su cuerpo le dolía terriblemente. Apretó el paso. Ahora dormiría, tenía que dormir. Y tenía que llegar a la pensión antes de caer redondo sobre la acera.

6

Era viernes por la mañana o casi mediodía. Sweeney se despertó y estuvo en la cama un rato, después, puso los pies en el suelo y permaneció sentado un poco más, al borde de la cama, tratando de aclarar su cerebro. Ya no le dolía la cabeza. Sin embargo, su cuerpo sí se resentía. La habitación parecía llena de una niebla invisible. De todos modos, logró concentrar la mirada en el despertador y vio que eran las once y media. Había dormido doce horas.

Encima del combinado radio-hi-fi, sobre la superficie fija del mismo, se hallaba la estatuita negra, de unos quince centímetros de altura. Era la figura de una joven desnuda, con las manos tratando de ahuyentar a un destripador, la boca abierta en un alarido eterno y mudo. Su cuerpo, que relajado habría sido bello estaba sutilmente retorcido, paralizado por el terror. Sólo podía gustarle a un sádico. Sweeney no lo era. Se estremeció levemente y desvió la mirada.

Sin embargo, la vista de Mimi Chillona le desveló por completo. Le sacó de una pesadilla.

También le obligo a tomar un trago y recordar con nostalgia el embrutecido estado de no pensar cuando dos días antes se hallaba completamente ebrio: bueno, un día y medio antes. Ah, quizá fuese agradable volver a aquella situación.

¿Por qué no? Tenía mucho dinero ¿Por qué no salir ahora y tomar un vaso, otro vaso y...?

Por la ventana abierta penetraban oleadas de calor Tenía el cuerpo sudoroso y respiraba con dificultad.

Se levantó, esbozando un gesto inconsciente como para alejar el calor y la niebla, y sacó un batín del armario. Salió al pasillo para ir al cuarto de baño, y mientras lo llenaba con agua fría, o casi fría, se sentó sobre el borde de la bañera.

Meterse en el agua acabó de despejarle. Respiró hondo y se sumergió completamente hasta el cuello, dejando que la frescura del agua le quitara el calor del cuerpo y aclarase la bruma de su cerebro.

El calor, pensó, es lo que el hombre desea, por lo que vive por lo que trabaja, hasta que tiene demasiado, y entonces el frío es algo maravilloso y refrescante. La idea de permanecer siempre dentro de una tumba helada es horrible en invierno, pero en verano.

Todo esto eran divagaciones Como pensar en Lola Brent, la ex corista que amaba tanto a un estafador, que aceptó convertirse en ladrona para ayudarle. Y le vendió una pequeña estatua a un hombre que después la comparó con ella.

Sweeney lanzó una maldición. ¿Qué le importaba a él que una inmunda ramera estuviese dos metros bajo tierra? Más pronto o más tarde habría estado allí, dentro de cinco, de quince años La muerte es la enfermedad incurable con la que nacen los hombres y las mujeres, y se manifiesta antes o después Un asesino no mata en realidad: se anticipa. Siempre mata al que ya amenaza, al que va estaba condenado a morir.

En realidad, no le hace daño a su victima. Hace daño a los que la amaban y han de seguir con vida. El tipo que mató a Lola Brea le había hecho más daño a Sammy Cale que a ella.

Si él, Sweeney odiase realmente a Doc Greene y quisiera hacerle daño un daño terrible.

De repente, se sentó dentro de la bañera ¿Y si...?

No, era estúpido. Seguro, alguien que odiase mucho a Doc Greene y deseara hacerle mucho daño hubiera podido matar a Yolanda Lang, pero esto no justificaba los otros asesinatos: Lola Brent, Stella Gaylord, Dorothey Lee. Un ser humano (un ser humanó cuerdo, si bien, ¿qué es la cordura?) no puede odiar simultáneamente a cuatro hombres y matar a sus amantes.

Además, esto no justificaba tampoco el sadismo ni a Mimi, y Mimi Chillona era la clave del asunto.

No volvió a sumergirse en el agua, sino que salió de la bañera y se secó con la toalla.

Al terminar esta operación vio cómo desaparecía por el desagüe la última gota de agua y se preguntó: «¿Acabo de cometer un asesinato? ¿Acaso una bañera, al vaciarse, no es una nueva entidad? Algo que en sí mismo tiene una existencia. La vida de un ser humano es análoga al agua

de una bañera, que huye por la tubería de desagüe y torna al lago Michigan, después al océano, cuando se saca el tapón de la bañera.» Entonces, vaciar la bañera era un asesinato.

Borró las huellas de su crimen limpiando el baño y regresó a su habitación. Se puso unos calzoncillos y un par de calcetines. Con aquel calor, era suficiente hasta la hora de salir.

¿Y ahora qué? Stella Gaylord, la chica de alterne de la Madison Street. Era mejor llevar los casos cronológicamente. El asesinato de Lola Brent databa de dos meses atrás; el segundo, el de Stella Gaylord, había tenido lugar diez días antes.

Colocó el montón de periódicos sobre la silla, para poder alcanzarlos desde la cama, y se apoyó en la almohada, contra la cabecera del mueble.

¿Por qué no un poco de música?

Ah, siempre le ayudaba a concentrarse más en la lectura. Por un motivo que desconocía, recordaba mejor lo leído si percibía un fondo musical. De esta manera resultaba más vívida la lectura. La utilización de la música había sido descubierto ya por los directores cinematográficos.

Examinó los álbumes de discos, preguntándose qué armonizaría con el asesinato de una chica de alterne. Tal vez algo grande y misterioso. Vaciló ante *La consagración de la primavera,* de Stravinsky, y avanzó la mano. *¿Muerte y transfiguración,* de Richard Strauss? ¿La *Patética,* de Tchaikowsky? No, demasiado triste, pese a su belleza. Su mano volvió a *Muerte y transfiguración.* Puso los discos y conectó el aparato. Después, se tumbó en la cama y cogió el primer periódico, de diez días atrás, el que publicaba la noticia del asesinato de Stella Gaylord. Estaba en la primera página, pero en una esquina inferior, en un artículo de diez centímetros apenas, a una sola columna, con el siguiente titular:

EL CUERPO DE UNA JOVEN
ACUCHILLADA EN EL ABDOMEN
ES HALLADO EN UN CALLEJÓN

Sweeney leyó el artículo y decidió que, respecto a los detalles importantes, igual hubiera sido publicar únicamente el titular.

Por fortuna, daban el nombre y la dirección de la difunta, en la West Madison Street, y el sitio donde tuvo lugar el crimen, a la entrada de un callejón de la Huron Street, entre la State y Dearborn Encontraron el

cadáver a las tres y media de la madrugada y, según el médico forense, la joven llevaba muerta menos de una hora.

Aparentemente, no le habían sustraído nada y, ante la mirada divertida de Sweeney, el articulo añadía que la victima no fue atacada, refiriéndose a que no hubo violación.

Según la Policía se trataba de un maníaco criminal, y no se mencionaba, sin embargo, el asesinato de Lola Brent.

El diario del día siguiente contenía una fotografía de Stella Gaylord. Era una foto muy mala, por lo visto una ampliación de otra, y era posible adivinar que la muchacha era bonita, pero nada más. Publicaban más datos sobre Stella, incluyendo las señas del bar de la West Madison Street donde trabajaba al tanto por ciento del descorche. La vieron con vida al salir sola del bar, a las dos, una hora y media antes de ser descubierto su cadáver.

Por primera vez relacionaban el asesinato de la Gaylord con el de Lola Brent, sugiriendo que era posible que el mismo maníaco hubiese matado a las dos.

El periódico siguiente añadía algunos datos, mas sin noticias de interés.

Sweeney se levantó para desconectar el tocadiscos. La vista de la estatuita negra le recordó algo que debía hacer. Se puso el batín y salió al pasillo para llamar por teléfono.

Pidió larga distancia y le dieron el número de la Compañía Ganslen Art, de Louisville. Unos minutos más tarde estaba hablando con Ralph Burke, el gerente de la firma.

—Aquí, el *Blade* de Chicago —anunció Sweeney—. Se trata de un asunto relacionado con una de las estatuillas que ustedes venden, en conexión con la investigación de unos asesinatos. Es la pieza MCH-1. ¿La recuerda?

—Temo que tendré que consultar el catálogo.

—Tal vez esto le ayude. Es la figura de una joven aterrada, a la que alguien de su Compañía apodó Mimi Chillona.

—Oh, si, claro ya me acuerdo. ¿Qué desea saber?

El periodista se sintió aliviado.

—¿Podría decirme cuántas han vendido, especialmente cuántas en Chicago?

—No vendimos muchas, eso lo sé. No es una figura muy popular. En realidad, ni siquiera la pusimos en nuestro catálogo. Probamos con una partida grande, doce docenas y nos han quedado casi todas. Le dimos a

cada representante una muestra hace seis meses, y sólo vendieron algunas. Si quiere esperar un instante le diré cuántas se vendieron en Chicago. ¿O quiere volver a llamarme?

—Esperaré.

Antes de un minuto, la voz del gerente se volvió a oír.

—Ya lo tengo. Por suerte, llevamos una carpeta separada para cada pieza. Hubo... dos ventas en Chicago. Sólo dos, en una tienda cuyo dueño es un tal Raoul Reynarde. En conjunto, hemos colocado unas cuarenta, casi todas en las ciudades costeras del este y el oeste. ¿Necesita la cifra exacta?

—No, gracias —repuso Sweeney—. ¿Qué significa este número de serie, MCH-1?

—Las letras MCH, forman parte del número de serie nuestro, llevado en rotación. El número anterior fue MC, y el siguiente MD. El número 1 responde al tamaño y el acabado. Si se tratara de otras medidas y otros materiales, el número de serie seria MCH-2, MCH-3, etc. Pero en este caso no hay tal cosa. A menos que la primera vez que nuestros representantes nos pasen pedidos de varias docenas, borramos el número de nuestra línea de compras y ni siquiera lo hacemos figurar en el catálogo. No deseamos perder dinero. Además, sólo vendemos cosas muy populares en varias medidas y estilos.

—¿Qué harán con el centenar aproximado de Mimis que les quedan?

—Nos desharemos de ellas el próximo año, en lotes combinados. Si un cliente pide, por ejemplo, una docena de figuras mezcladas, a gusto nuestro, se las vendemos a la mitad del precio que figura en nuestras listas; de esta forma nos deshacemos de los restos inútiles. Naturalmente, perdemos algo..., pero siempre es preferible esto a tirarlas definitivamente.

—Claro —concedió Sweeney—. ¿Recuerda quién le puso el nombre de Mimi Chillona a la pieza MCH-1?

—Nuestro contable. Tiene la manía de buscar nombres para todas las figuras; dice que esto le ayuda a recordarlas para su trabajo —el gerente se echó a reír—. En cierta ocasión, tuvo un gran éxito. Recuerdo que a nuestro número MA lo llamó Mamá Angela. Fue muy acertado.

—Estoy tentado a comprarles una —río Sweeney—. Bien, volviendo a Mimi. ¿Quién la dibujó, la esculpió o la modeló?

—Un individuo que se llama Chapman Wilson. Artista y escultor, vive en Brampton, Wisconsin. La modeló en arcilla.

—¿Y se la envió a ustedes?

—No, yo mismo la adquirí en Brampton. Yo mismo me encargo de las adquisiciones, para lo cual hago varios viajes al año. Tenemos diferentes artistas fijos, y es más práctico ir a sus estudios a ver qué tienen, y no que nos lo envíen aquí, porque si no interesa hemos de correr con el gasto de devolución. Hace un año que compré a Wilson la MCH-1, junto con otras dos piezas, que estamos colocando muy bien.

—Ese Champman Wilson... ¿modeló a Mimi del natural? No lo sé, pregúnteselo a él. El original era de arcilla, del mismo tamaño que nuestras copias, sobre unos quince centímetros. Corrí el riesgo de comprarla porque no era una cosa corriente, aunque las cosas extraordinarias a veces no se venden. Es el riesgo que corremos en este negocio.

—¿Sabe algo de la personalidad de Champman Wilson?

—No mucho. Es bastante excéntrico; claro que casi todos los artistas lo son.

—¿Casado?

—No, al menos eso creo. No se lo diga, pero nunca he visto ninguna mujer a su alrededor.

—Ha dicho usted «excéntrico». ¿No podría ser también psicópata?

—No creo. Está un poco chiflado, nada más. Casi todo lo que hace es pura rutina... y se vende bien.

—Muchas gracias. Supongo que eso es todo lo que deseaba saber. Adiós.

Preguntó el precio de la conferencia a fin de abonárselo a la señora Randall y volvió a su habitación.

Se sentó al borde de la cama y contempló la estatuita negra. Tenía más suerte de lo que esperaba: sólo se habían vendido dos Mimis en Chicago. Y él estaba mirando una de ellas. Y la otra... quizá el Destripador la estuviese mirando ahora.

La suerte del irlandés, pensó. Llevaba un día y medio ocupado en el caso y poseía una pista que la Policía habría dado un brazo por tener.

Además, se encontraba ya en forma.

Casi sentía apetito y podría zamparse toda una comida.

Se puso de pie, colgó el batín en el armario y se desperezó estirándose casi sensualmente.

Se sentía bien. Le sonrió a Mimi.

«Muñeca, murmuró para sí, vamos por delante de la Policía, tú y yo. Lo único que tengo que hacer es encontrar a tu hermana.»

La pequeña estatuita negra gritó en silencio, y a Sweeney se le borró la sonrisa. En algún lugar de Chicago, otra Mimi también gritaba como ésta... con más motivos. Estaba en poder de un loco, dueño de un estilete. De alguien con una mente retorcida y una hoja afilada y recta.

De alguien que no quería que Sweeney lo encontrara.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Fue hacia el lavabo para mirarse al espejo. Se pasó una mano por la cara.

Sí, necesitaba un afeitado; por la tarde vería a Yolanda si Doc Greene cumplía su palabra; estaba convencido de que así sería.

Levantó una mano y la estudió: ya no le temblaba. Podría sostener la navaja sin cortarse. Cogió la bacía del estante y la llenó a medias de agua. Después, se jabonó el rostro con la brocha poco a poco, y acto seguido alargó la mano para coger la navaja. No estaba allí.

Dejó la mano inmóvil, a unos centímetros del estante, tan rígido como la chillona Mimi, hasta que inconscientemente la obligó a retroceder.

Se inclinó hacia delante y examinó, atenta e incrédulamente, la marca dejada por la navaja en la tenue capa de polvo.

Se quitó el jabón de la cara con una toalla mojada y se vistió.

Bajó. La puerta de la habitación privada de la señora Randall estaba entreabierta.

—Pase, señor Sweeney —le invitó ella.

El periodista se quedó en el umbral.

—Señora Randall, ¿cuándo quitó por última vez el polvo de mi cuarto?

—Pues ayer por la mañana.

—¿Recuerda si..? —iba a preguntarle si recordaba haber visto la navaja, mas de pronto comprendió que no debía hacerlo. Tanto si lo recordaba como si no, la marca tan reciente demostraba que la navaja seguía allí después de quitar el polvo. Cambió la pregunta.

—¿Entró alguien en mi habitación ayer por la noche o anteayer, después de irme?

—No, no que yo sepa. Anoche estuve en el cine. ¿Acaso le falta alguna cosa?

—No, nada de valor —respondió Sweeney—. Probablemente me lo llevé cuando estaba borracho, la última vez que vine. Humm... ¿Usted no ha entrado en mi cuarto desde ayer por la mañana?

—No. ¿Saldrá esta tarde, Sweeney? Quiero hacerle la cama, y si no va a salir, será mejor que la haga ahora.

—Me marcharé dentro de unos instantes. Gracias.

Regresó a su habitación y cerró la puerta. Rascó una cerilla y estudió minuciosamente la señal en el polvo. Si, aquella forma era la de la hoja Por tanto, la navaja estaba allí después de la limpieza. Debieron cogerla el día anterior por la tarde o la noche.

Se sentó en la butaca y trató de recordar si la había visto antes, bien la noche anterior cuando volvió con Mimi, o a primeras horas del día, al cambiarse de ropa. No pudo recordarlo Claro está, tampoco la necesitaba, ya que se afeitó en casa de Goetz, con la maquinilla eléctrica.

¿Faltaba algo más? Fue al tocador y abrió el cajón de arriba, donde guardaba diversos útiles.

El contenido parecía intacto... De pronto, se acordó del cortaplumas, que guardaba allí.

Había desaparecido.

No faltaba nada más. En el cajón, bien a la vista, estaban los gemelos de oro, de un valor tres o cuatro veces superior al del cortaplumas. Y un alfiler con un circón que un ladrón vulgar habría tomado por un diamante. Sólo faltaba el cortaplumas. Y la navaja.

Miro a Mimi, y comprendió lo que sentía la estatua.

7

La reluciente navaja se hallaba delante de la garganta de Sweeney. Ascendió hasta su barbilla y la arañó ligeramente, llevándose el jabón y los pelas y dejando una tez limpia y suave. La navaja volvió a descender.

—Fíjese, por ejemplo, en ese asunto del Destripador —siguió diciendo el barbero. Limpió la navaja en un papel de seda y reanudó su labor—. Tiene a toda la ciudad en un puño. A mí me fastidió anoche.

Sweeney lanzó un gruñido como interrogando.

—Llevaba una navaja. Tengo en casa una piedra de afilar muy buena, una Swatty, y de cuando en cuando me llevo al piso una de éstas para afilarla con tranquilidad. Siempre la coloco en el bolsillo interior de la chaqueta, de manera que sobresale un poco la parte superior y ¡maldito! si podría detenerme un toro furioso en la calle. Ah, pero no fue un toro quien me detuvo sino un poli Menos mal que llevaba mis documentos encima. Si no llego a ser barbero me enchiquera ese tipo. Mucha gente, por lo visto, cree que el Destripador es barbero. Pero no lo es.

La navaja volvió a arañar.

—¿Cómo lo sabe? —se interesó Sweeney.

—La garganta. Un barbero que se volviera loco se dedicaría a cortar gargantas. Durante todo el día, la gente está debajo de él, con la garganta bien a la vista y la barbilla levantada, y no existe ni un solo barbero que no haya pensado alguna vez lo fácil que seria hum... usted ya me entiende.

—Creo que si —se amoscó Sweeney—. Oiga, no vaya a ocurrírsele hoy hacer una prueba, por favor.

—No, hoy no — sonrió el barbero —. En cambio, algunas veces uno se enfada y...

—Pues no se enfade hoy —rezongó Sweeney, encogiéndose ligeramente en el sillón.

La navaja volvió a arañar.

—Una de las tres fulanas que mató —continuó el barbero—, trabajaba a una manzana de aquí. En el bar de la esquina.

—Lo sé —admitió Sweeney—. Ahora voy hacia allí ¿Conocía usted a la muchacha?

—La vi en el bar lo bastante para reconocerla cuando miré su foto en el periódico. Pero no suelo ir a esa clase de cafeterías a menudo. Es imposible con lo que gano Te dejan seco antes de que te des cuenta, con los cinco o diez pavos de tanto por ciento, más lo que has tomado No es que no sepa gastarme cinco o diez pavos por algo más que un rato de conversación. Ah, ya habló bastante durante el día. ¡Hay que ver la de charlatanes que se sientan en estos sillones!

Colocó una toalla caliente sobre la cara de Sweeney y le friccionó el rostro.

—Además, supongo que el Destripador utiliza un cuchillo y no una navaja. Sí, es posible utilizar una navaja como ésta, pero me imagino que no serviría para dar una cuchillada tan larga como las que él hace. Para poder empuñarla bien, hay que poner esparadrapo en el mango. Por otro lado resultaría muy difícil de llevar. Y si alguien la viese, sería fatal. Creo que debe usar una especie de cortaplumas, una cosa que pueda llevar legalmente. Un cuchillo importado de antes de la guerra con una hoja de acero auténtico, de ésas que pueden afilarse en casa sin compromiso alguno. ¿Corte de pelo?

—No.

—¿Qué cree que usa? ¿Un cuchillo o una navaja?

—Pues... —gruñó Sweeney, saltando del sillón—. ¿Qué le debo?

Pagó y salió al sol de agosto. Caminó una manzana hacia el oeste, según la dirección que indicaba el periódico.

La fachada del bar era resplandeciente, con tubos de neón rojizos bajo la luz solar, proclamando que aquello era *E! rincón de Susie*. Las ventanas hexagonales impedían ver el interior, a causa de las cortinas negras, mas en ellas se veían unas fotografías de cuerpos femeninos no muy castos. Si uno quería observar el interior, había un vidrio en forma de diamante en la mitad superior de la puerta.

Sweeney no miró. Empujó sencillamente la puerta y entró.

El ambiente era fresco y oscuro. No había clientes. Un camarero permanecía detrás del largo mostrador, y dos chicas, una con un vestido

rojo, y la otra con uno blanco y lentejuelas de oro, estaban sentadas en unos taburetes, al otro extremo de la barra. No tenían bebidas ante sí. Los tres miraron a Sweeney al abrirse la puerta.

El periodista eligió un taburete del centro del mostrador y depositó un billete de cinco dólares sobre el mismo. El camarero se aproximó presuroso. Una de las chicas, la del vestido rojo, comenzó a bajar de su taburete, mas el camarero llegó antes, y Sweeney le pidió un whisky de centeno con soda antes de que la muchacha estuviese a su lado.

—Hola.

—Hola —contestó Sweeney.

—¿Estás solo?

Sweeney asintió.

—¿Me invitas?

Sweeney volvió a asentir. El camarero ya la estaba sirviendo. Luego, se alejó. La del vestido rojo le sonrió a Sweeney.

—Me gusta que hayas entrado. Esto —añadió la muchacha—, está totalmente muerto desde que llegué hace una hora. Tú no tienes la pinta de los tipos que vienen por aquí. ¿Quieres que nos sentemos en un reservado? Me llamo Tess, de manera que ya nos hemos presentado. Anda, vamos a un reservado y Joe nos traerá unas...

—¿Conocías a Stella Gaylord?

Tess enmudeció mirándole fijamente.

—¿No serás otro de la bofia, verdad? Esto está lleno de polis desde que sucedió lo de Stella.

—Entonces la conocías. Bueno, no, no soy de la bofia. Soy periodista.

—Oh, uno de esos. ¿Puedo tomar otro trago?

Sweeney asintió y el camarero, que no estaba lejos, se acercó para servir a Tess.

—Háblame de Stella.

—¿Hablarte...? ¿De qué?

—De todo lo que sepas. Como si yo nunca hubiese oído hablar de ella. Y en realidad, así es. No me ocupé de su caso. Cuando la mataron, yo estaba de vacaciones.

—Oh... ¿Y ahora si te ocupas de su muerte?

Sweeney lanzó un suspiro. Tendría que satisfacer la curiosidad de la muchacha antes de que ella complaciera la suya.

—No para el periódico. He de hacer unos artículos para una revista

especializada en casos criminales. Bueno, tan pronto esté solucionado el caso. Las buenas revistas sensacionalistas no publican nada sobre casos sin solucionar. Quiero acumular la mayor cantidad de datos para cuando llegue el momento.

—Ya... Por una cosa así deben pagar bastante, ¿no? ¿Cuál será mi parte, hermano?

—Una copa — respondió Sweeney, llamando al camarero —. Escucha, amiguita, hablaré con unas cincuenta personas que conocieron a Stella Gaylord, a Dorothy Lee y a Lola Brea, y con los polis que trabajan en estos casos. Pero si a cada uno de ellos he de darle una tajada de lo que yo saque, suponiendo que se solucione el caso y yo cobre por los artículos, ¿qué me quedará a mí?

—No cuesta nada probar... —sonrió Tess.

—Pues no, jovencita. Sin embargo, si me ayudas a solucionar el caso, partiré contigo la pasta. ¿No sabrás, por casualidad quién mató a Stella?

—Hermano, si lo supiese —el rostro de Tess se endureció—, lo sabría ya la Policía. Stella era una buena chica.

—Háblame de ella. De todo. De su edad, de dónde venia, qué deseaba, cómo era..., de todo.

—No sé qué años tenía. Unos treinta, creo. Era de Des Moines, vino de allí hace unos cinco años, según me contó una vez. Cuando la mataron sólo hacia un mes que nos conocíamos.

—¿Fue cuando tú empezaste aquí, o ella...?

—Cuando yo empecé. Ella llevaba aquí un par de meses. Yo antes estaba en Halsted. Un local peor que éste por el aspecto, aunque se ganaba más pasta. Pero allí siempre había escándalos, y a mí no me gustan en absoluto. Me porto bien con la gente si la gente se porta bien conmigo. Nunca me peleo ni...

—Háblame de Stella —insistió Sweeney—. ¿Cómo era de aspecto? Vi su foto en el periódico; no era muy buena.

—Lo sé, también la vi Stella era bonita. También tenía una buena figura. Había intentado ser modelo, pero para eso hay que tener buenas influencias. Tenía, como dije, unos treinta años, y el cabello tirando a rubio. Hubiera debido teñírselo, pero no quiso. Ojos azules. Metro sesenta, aproximadamente.

—¿Cómo era por dentro? —inquirió Sweeney—. ¿Qué deseaba sacarle a la vida?

—¿Qué deseamos sacarle las demás? —Tess se encogió de hombros—. Pasarlo bien, supongo. ¿Cómo puedo saber cuáles eran sus ambiciones? ¿Cómo sabemos cuáles son las de los demás? Vaya, me has hecho una pregunta muy graciosa. ¿Otra copa?

—Está bien —consintió Sweeney—. ¿Trabajabas aquí con ella la noche que la mataron?

—Si, ya le conté a la policía todo lo que sé.

—Ahora cuéntamelo a mí.

—Tenía una cita. Para después de las dos. Aquí cierran a esa hora. Con un tipo que entró hacia las diez o la once y charló con ella una media hora. No le había visto nunca ni ha vuelto por aquí.

—¿La recogió a las dos?

—No, tenían que encontrarse no sé dónde. En el hotel del fulano, supongo. Esto —cambió de tono, mirando fieramente al periodista— no lo hacemos casi nunca. Pero a veces, si nos gusta un tipo, ¿por qué no?

—Claro, ¿por qué no? —concedió Sweeney—. ¿Ganáis mucho con el alterne?

—No lo bastante para vestir como tenemos que vestir. Ni para todo lo demás. Este no es un buen negocio; claro que los hay peores. Al menos, salimos con el hombre que queremos. Te advierto que tenemos de diez a veinte proposiciones cada día. Aunque —sonrió maliciosamente, mirando a Sweeney— no tan temprano como ahora. Tú has sido nuestro primer visitante hoy.

—Para una visita puramente profesional, no lo olvides —sonrió a su vez el periodista—. ¿Qué recuerdas del sujeto que estuvo hablando con Stella aquella noche?

—Prácticamente, nada. No me fijé en él. Cuando se marchó, Stella se me acercó. Bueno, yo en aquel momento estaba sola, y me dijo que debía encontrarse con aquel pájaro después de las dos Luego, me preguntó qué opinaba yo del fulano. Pero sólo le había echado una ojeada cuando estaba sentado con ella y recuerdo haber contestado a Stella que me parecía un hombre corriente. Me parece que llevaba un traje gris. No era ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. De lo contrario, me acordaría. Quizá no le reconocería si volviese a verle.

—¿No tenía, por casualidad, una cara muy redonda con unas gafas de cristales muy gruesos?

—No, que recuerde, aunque tampoco juraría que no fuese así. Y te diré

una cosa: nadie se fijó en él. Los polis ya lo preguntaron. Por tanto, no vale la pena que interrogues a George, el camarero, ¿sabes?, ni a Emmy, esa del vestido de lentejuelas. Los dos estaban aquí aquella noche y se acuerdan de ese individuo tan poco como yo.

—¿Tenía enemigos Stella?

—No, era una chica muy amable. Incluso a las que trabajábamos con ellas nos caía bien, y esto es mucho decir. Vaya, para adelantarse a tu próxima pregunta, digo que no, no tenía ningún amigo formal ni vivía con nadie. Claro que alguna noche tenía una cita, pero vivir en serio, no vivía con nadie.

—¿Tenía familia en Des Moines?

—Sus padres murieron, me dijo en cierta ocasión. Si tenía más parientes, nunca habló de ellos. Sospecho que estaba sola en la vida.

—Vivía en West Madison, a unas tres manzanas de aquí ¿Es un hotel o una pensión?

—Un hotel, el Claremore. Un tugurio. ¿Puedo tomar otra copa?

Sweeney chascó los dedos en dirección al camarero.

—Esta vez también a mí —dijo.

—Oye, Tess —continuó, echándose más atrás el sombrero—, me has dicho cómo era Stella, lo que hacia. Pero ¿cómo era por dentro? ¿Por qué trabajaba aquí? ¿Cuál era su meta?

La muchacha del vestido rojo levantó su copa y estudió su contenido. Después, miró a Sweeney con gravedad por primera vez.

—Eres un tipo muy divertido. Creo que me gustas.

—Estupendo...

—Me gusta incluso la forma con que has dicho esto. Sarcástico como un demonio, pero... Ah, no sé qué estoy diciendo. En este negocio, una conoce a toda clase de sujetos y... —se echó a reír y vació la copa—. Supongo que si un Destripador me liquidase, tú también querrías saber por qué me he metido en esto y lo que busco en realidad. Tú... ¡Oh, al infierno!

—Eres una chica magnífica —observó el periodista—. No te dejes abatir nunca. Me gustas...

—Oh, claro, seguro. Yo sé lo que soy. De manera que vamos a dejarlo. Te diré lo que deseaba Stella. Un salón de belleza. En una ciudad pequeña, muy lejos de Chicago. Anda, ríete si quieres. Pero para esto estaba ahorrando el dinero. Lo ahorró, trabajando de camarera, pero se cansó y lo dejó. Este trabajo le gustaba tan poco como a mí, tan poco como a todas

nosotras, pero llevaba en esto un año, y con otro más tendría el dinero suficiente para que su sueño fuese una realidad.

—O sea que tenía algunos ahorros... ¿Quién los hereda?

—Nadie, que yo sepa —Tess se encogió de hombros—. A menos que se presente algún pariente. Mira, recuerdo una cosa. Stella tenía una amiga que es camarera o lo era cuando ocurrió aquello. En un restaurante que permanece abierto toda la noche en la State Street, al norte de la Chicago Avenue. Casi siempre iba a tomar un bocado cuando salía a las dos de aquí. Les dije a los polis que tal vez estuvo allí también aquella noche, como otras veces, antes de reunirse con el pájaro. O quizá se encontraron en el restaurante y no en el hotel o en otro sitio cualquiera.

—¿Sabes cómo se llama esa camarera?

—No —negó Tess—, pero conozco el restaurante. Es la tercera o cuarta puerta al norte de la Chicago Avenue, en el lado oeste de la State.

—Gracias, Tess —sonrió Sweeney—. Ahora será mejor que me largue —miró el dinero que había sobre el mostrador; era el cambio de los diez dólares que dejó antes: tres dólares y unos níqueles.

—Guarda esto debajo del colchón —le dijo a la joven—. Volveremos a vernos.

—Espera... —ella le puso una mano en el brazo—. ¿Lo dices de veras? ¿Volverás?

—Tal vez.

Tess suspiró y le soltó el brazo.

—De acuerdo, no volverás. Los chicos guapos nunca vuelven.

Cuando Sweeney salió a la calle, el impacto del calor fue como un bofetón. Vaciló un momento; luego anduvo hacia el Oeste.

El hotel Claremore, desde la acera, era sólo un neón y una escalera poco grata. Sweeney subió los peldaños hasta el estrecho vestíbulo del segundo piso.

Un individuo corpulento, que llevaba por lo menos dos días sin afeitarse, estaba clasificando el correo detrás del mostrador.

—Completo —masculló al ver a Sweeney.

Volvió a ocuparse de las cartas. Sweeney se inclinó contra el mostrador y aguardó.

Finalmente, el conserje levantó la vista.

—Stella Gaylord vivía aquí —afirmó el periodista.

—¡Maldición! Otro poli u otro periodista. Si, vivía aquí. ¿Qué hay con ello?

—Pues nada.

Sweeney volvió la cabeza hacia el oscuro corredor, de puertas a ambos lados, grandes desconchones en las paredes, y a la raída alfombra del tramo de escalones que conducía al otro piso. Aspiró el aire viciado de la atmósfera. Stella Gaylord, pensó, debió desear con toda su alma el salón de belleza para no vivir en un antro como éste.

Miró de nuevo al corpulento conserje para formularle una pregunta, mas no la hizo. Salió a la calle.

Por el reloj del escaparate de una tienda de bisutería del portal contiguo se informó que todavía faltaba una hora para su cita con Greene y Yolanda Lang en El Madhouse.

También recordó que tenía que comprar un reloj. Entró en la tienda y lo adquirió.

Mientras metía el cambio en su cartera, le preguntó al dependiente:

—¿Conocía a Stella Gaylord?

—¿A quién?

—Así es la fama —comentó Sweeney—. Olvídelo.

Ya fuera, detuvo un taxi y se dirigió a la State Street, al norte de la Chicago Avenue. La camarera amiga de Stella no estaba de servicio, pero quizá conseguiría su dirección y podría hablar con ella.

El restaurante se llamaba Dinner Gong. Dos camareras estaban detrás de la barra y un hombre en mangas de camisa, que parecía el propietario del local, se hallaba detrás de la caja registradora, situada en el mostrador del tabaco.

Sweeney compró unos cigarrillos.

—Oiga, soy del *Blade* —dijo—. Ustedes contrataron a una camarera que era amiga de Stella Gaylord. ¿Sigue en el turno de la noche?

—¿Se refiere a Thelma Smith? Se despidió hace una semana. Le asustó trabajar en este distrito después de lo ocurrido a Stella.

—¿No sabe su dirección, me refiero a la de Thelma?

—No, se fue de la ciudad, es todo lo que sé. Habló de irse a Nueva York, posiblemente esté allí.

—Stella estuvo aquí aquella noche, ¿verdad?

—Sí. Yo no estaba, pero si estuve presente cuando la policía interrogó a

Thelma. Les contestó que Stella entró aquí poco después de las dos, para tomarse un bocadillo y un café.

—¿No sabe si le confió a Thelma adonde iría al salir de aquí?

El propietario negó con la cabeza.

—Probablemente, a algún sitio próximo, o no habría venido hasta aquí desde la Madison por un bocadillo. Comía muy poco. La policía se imagina que estaba citada en la habitación de algún hotel cercano.

Sweeney le dio las gracias y salió del restaurante. Estaba seguro que no serviría de nada buscar a Thelma Smith. La policía ya la había interrogado. Y si su marcha de la ciudad resultaba sospechosa, también lo investigarían.

Mientras esperaba poder cruzar la Chicago Avenue, le vino a la memoria algo que no preguntó a Tess. Después de cruzar la calzada, telefoneó al Rincón de Susie desde el *drugstore* de la esquina.

—Soy el periodista que ha hablado contigo hace media hora, Tess. Acabo de recordar una cosa. ¿Te habló alguna vez Stella de una estatuita negra, la estatua de una joven, de unos quince centímetros de alto?

—No. ¿Dónde estás?

—Perdido en la niebla —fue la respuesta de Sweeney—. ¿No subiste nunca a la habitación de Stella?

—Sí, una vez, unos días antes de que..., antes de que muriese.

—¿Viste por allí alguna estatuita como la que digo?

—No, aunque si había una en la mesita de noche. Una Madonna. Recuerdo que comentó que la tenía desde hacía mucho tiempo. ¿Por qué? ¿Qué pasa con esa estatua?

—Probablemente nada, Tess. Oye: ¿significa algo para ti «Mimi Chillona»?

—Conozco a varias chillonas. ¿Es un chiste?

—No, pero puedes ir preguntándolo si quieres. Gracias de todos modos. Nos veremos.

—Seguro.

Cuando salió del *drugstore* se dirigió a la Clark Street, en busca de El Madhouse.

8

Era tal como la imagen que Sweeney tenía grabada en la memoria, salvo que llevaba guantes. Sweeney le sonrió, ella le sonrió, y Doc Greene dijo:

—Se acordará bien de ella, Sweeney. No ha dejado de mirarla desde que se ha sentado.

—No le haga caso, Sweeney —rió Yolanda—. Su ladrido es peor que su mordisco.

—No le des tantas confianzas a Sweeney, cariño —sonrió Greene—. Ya sospecha que tuve unos antepasados caninos. —Miró fijamente al periodista a través de sus gruesas gafas —. Sí, muerdo. Y muerdo fuerte.

—Al menos —observó Sweeney, mirando a Yolanda—, me mordió los talones. No me gusta Doc.

—Oh, Doc es un buen chico, Sweeney. Acabará por gustarle.

—Mejor que no lo intente. Doc, ¿suele afeitarse con una navaja de barbero?

—Pues, sí, en efecto.

—¿Con la suya o también con la de otros?

Por detrás de las gafas, Doc estrechó los ojos ligeramente.

—¿Alguien ha cogido la suya?

—Su perspicacia me deja estupefacto, Doc —asintió el periodista—. Sí, alguien cogió la mía. Y un cortaplumas. Las únicas herramientas con filo de mi habitación.

—Sin contar su cerebro, Sweeney. El ladrón no se lo llevó. ¿O no estaba presente su cerebro en el momento del robo?

—Lo dudo. Debió de ser la noche en que salí o mientras dormía. Lo deduzco del hecho de que, cuando me miré al espejo por la mañana, no había ninguna línea roja en mi garganta.

—Está mirando en una dirección equivocada, Sweeney — bservó

Greene, moviendo lentamente la cabeza—. Nuestro amigo el Destripador tiene predilección por las tripas. ¿Se ha inspeccionado la suya?

—No específicamente, Doc. Pero lo hubiese observado cuando me duché.

Yolanda Lang se estremeció y echó su silla atrás.

—Tengo que dejarles, Sweeney. He de hablar con el maestro sobre mi nuevo número. ¿Vendrá a verme bailar esta noche? El primer pase es a las diez.

La joven le tendió la mano, sonriendo. Sweeney se la estrechó y sonrió a su vez levantándose.

—Encantado y todo eso que suele decirse. Yo. ¿O tengo que llamarla Yolanda?

—Prefiero lo último —rió ella—. Lo pronuncia muy bien.

Fue hacia el arco que separaba el bar del *night-club*. El perro, que había estado tendido al lado de la silla, la siguió. Lo mismo que los detectives que se hallaban en la mesa contigua.

—Esto parece un desfile —comentó Doc Greene.

Sweeney volvió a sentarse y trazó unos círculos sobre la mesa con el fondo del vaso. Al cabo de unos instantes levantó la vista.

—Hola, Doc. Me había olvidado de usted.

—¿Tiene ya alguna pista?

—No.

—Mi querido enemigo —suspiró Doc—, temo que no confía en mí.

—¿Debería confiar?

—Hasta cierto punto. ¿Hasta qué punto? Hasta el punto de que yo le aseguro que puede hacerlo. Bueno, en lo que respecta a encontrar al Destripador —se inclinó con los codos sobre la mesa—. En lo que respecta a Yolanda, no. En lo que respecta a usted, tampoco. En lo que respecta al dinero, menos aún..., aunque eso no tiene nada que ver con nosotros. Mas en lo que respecta al Destripador, sí. Estoy angustiado por Yolanda hasta que lo atrapen. Incluso preferiría que lo mataran a que lo atrapasen, porque se supone que la tocó.

—Con una hoja de acero —replicó Sweeney—. No con una mano caliente.

—Con lo que sea. Bah, esto es pasado. El futuro me preocupa. En estos momentos, dos detectives custodian a Yo constantemente. Hay tres turnos. Evidentemente, la custodia no durará siempre. Encuentre al Destripador,

Sweeney.

—¿Y después?

—Después, ¡al infierno con usted!

—Gracias, Doc. Lo malo es que es usted tan honesto que no me fío de usted.

—Sweeney —volvió a suspirar Doc—, no quiero que pierda el tiempo sospechando de mí. La policía también lo hizo ayer, porque no pude dar cuenta de mis movimientos en la hora que el Destripador atacó a Yolanda. No sé dónde estaba, salvo que fue por el Distrito Sur. Me cité con una cliente, una cantante del Club Cairo, hasta medianoche, y quedé más que harto. Me largué a casa; no puedo decir cuándo porque no lo sé.

—Sí, esto sucede a menudo —admitió Sweeney—. Y ¿por qué he de creerle?

—Por la misma razón que la policía. Porque tengo dos coartadas muy sólidas para dos de los tres asaltos. Las comprobé, la policía las comprobó por lo que les dije... En realidad —continuó Greene—, no tengo coartada en el caso de Lola Brent, hace dos meses y no recuerdo dónde estaba. Pero me hablaron del segundo caso..., ¿cómo se llamaba la chica?...

—Stella Gaylord.

—Exacto. Fue la noche del 27 de julio, y yo me hallaba en Nueva York, por asuntos del negocio. Allí permanecí desde el 25 hasta el 30, y la noche del 27 estuve, por suerte, con unas personas altamente respetables desde la hora de la cena hasta las tres de la madrugada. No malgaste su tiempo preguntándome que hacia con gente respetable. Sería irrelevante. La policía ya lo comprobó. Pregúnteselo al capitán Bline.

Greene hizo una pausa, tomó un sorbo de su bebida y prosiguió adelante con su propia defensa.

—El uno de agosto, o sea la semana pasada, en el momento en que esa secretaria, Dorothy Lee, fue asesinada, yo estaba aquí, en Chicago, pero en un tribunal, declarando en un juicio por ruptura de contrato contra un agente teatral. El juez Goering, el secretario del tribunal, el alguacil y los tres abogados (el mío y los dos del gerente), todos pueden probar mi coartada. Y ahora, si sigue creyendo que soy el Destripador, que maté en el primer caso y casi lo logré en el cuarto, con unas vacaciones durante el segundo y el tercero, obre a su gusto. Si sigue así se convertirá en un payaso de circo.

—De acuerdo, en eso tiene razón —reconoció Sweeney. Extrajo una

hoja de papel en blanco, doblada y un bolígrafo de uno de sus bolsillos—. Tomaré nota de sus coartadas. ¿Ha dicho el juez Goerring? ¿A qué hora?

—El juicio se vio a las tres y duró hasta algo después de las cuatro. Antes de que me llamasen, estuve conferenciando con los tres abogados más de media hora en una antesala del tribunal Según los periódicos, Dorothy Lee salió viva de su oficina a las tres menos cuarto para irse a casa. La encontraron muerta a las cinco en su apartamento, y pensaron que llevaba muerta una hora. Vaya, Sweeney, no pude buscar una coartada mejor. La mataron exactamente mientras yo estaba en el estrado de los testigos, a tres kilómetros de distancia. ¿Le sirve?

—Me sirve —asintió Sweeney—. ¿Cómo se llaman los abogados?

—Es usted un tipo duro, Sweeney. ¿Por qué sospecha de mí, y no de Joe, el de la barra, o del otro camarero?

—Porque alguien entró anoche en mi habitación. Porque sólo se llevaron la navaja y el cortaplumas, y las navajas y los cortaplumas me recuerdan mucho al Destripador. Hasta anoche, muy pocas personas sabían que yo estaba interesado en esos casos. Usted, entre ellas.

—¿Cómo lo averigüé? —rió Greene de buen humor—. Leyendo el artículo del testigo presencial que usted escribió para el *Blade.* ¿Cuál es la circulación de su periódico? ¿De medio millón?

—Perdóneme —rezongó Sweeney—. Le invito por esto a una copa, Doc.

—*Bourbon* solo, gracias. Veamos, ¿tiene ya alguna pista sobre el Destripador?

Sweeney llamó al camarero, pidió la bebida y después contestó.

—Nada en absoluto. ¿Cuáles son los nombres de los abogados, Doc? —insistió con el bolígrafo sobre la hoja de papel.

—Creí que era usted más como un Airedale, Sweeney, aunque ya veo que es un bull-dog. Mi abogado es Hymie Fieman, del Edificio Central. Los contrarios son Raenough, Dane y Howell. Dane, Carl Dane, creo que es su nombre completo, y un joven novato llamado Brady, que trabaja para ellos aunque no es miembro de la firma, fueron los que conferenciaron conmigo y estuvieron presentes en el juicio. El juez fue Goerring... G-o-e--r-r-i-n-g. Es republicano, de manera que no está en favor del Destripador.

Sweeney asintió, sonriendo.

—Me gustaría poder sacarme de encima la resaca y pensar con claridad —observó—. Estoy más nervioso que un gato.

Desdobló la hoja de papel y la alisó. Después, levantó la mano, con los dedos muy separados y colocó encima el papel. El leve temblor, ampliado, hizo vibrar los bordes de la hoja.

—No estoy tan mal como pensaba —comentó—. Claro que usted no lo haría mejor —miró a Greene—. Bien, le apuesto cinco pavos a que no.

—Jamás apuesto contra un hombre en su propio juego —objetó Greene —. Pero usted es un desgraciado, y yo tengo unos nervios como rocas.

Greene cogió el papel y lo equilibró sobre el dorso de su mano derecha, con los dedos separados. Los bordes vibraron ligeramente, aunque mucho menos que en la mano de Sweeney.

El periodista estudió el papel atentamente.

—Doc —murmuró de repente—, ¿ha oído hablar de Mimi Chillona?

La vibración de los bordes de la hoja de papel no se alteró.

—Creo que gano, Sweeney —sonrió Greene—. ¿Se rinde?

No había habido reacción, por ello Sweeney maldijo en silencio. El hombre que adquirió la estatuilla no debía conocer el apodo que la compañía le había puesto; Lola Brent, como nueva empleada, tampoco pudo decírselo.

—Es la estatuilla negra de una joven que chilla —insistió el periodista.

Doc Greene levantó la vista de la hoja de papel pero las vibraciones no aumentaron.

—¿De qué se trata? ¿Es un chiste?

—Lo era, Doc. Ha ganado la apuesta —Sweeney le entregó el dinero —. Vale la pena. Ha contestado a mi pregunta, y ahora creo en usted, seguro.

—¿Se refiere a Mimi Chillona y la estatuilla negra? No, no he oído hablar de tal cosa. ¿Una estatua de mujer chillando? ¿Una estatua llamada Mimi Chillona? ¿M-i-m-i?

—Exacto. No ha oído hablar de la estatua. No tengo por qué creerle necesariamente, Doc, pero si creo en los bordes de la hoja de papel.

—Muy listo, Sweeney. Un detector de mentiras de confección casera... No, no es esto: un indicador de reacciones. Me quedo con sus cinco pavos, pero le invito a una copa. ¿Vale?

Sweeney asintió y pidió dos copas.

Doc volvió a acodarse en la mesa.

—Entonces, usted ha mentido. Tiene una pista. Vamos, cuénteselo a papá. Papá puede ayudarle.

—Bebé no necesita ayuda, papá. Papá se muestra demasiado ansioso por acuchillar a Bebé con una hoja afilada.

—Me subestima, Sweeney. Creo que podré pasar sin su ayuda. Y siento curiosidad. Tendré que satisfacerla.

—Pruébelo.

—De acuerdo —los ojos de Doc Greene parecían enormes, hipnóticos detrás de sus gafas—. Una estatuita llamada Mimi Chillona. Casi todas las estatuitas se venden en las tiendas de objetos artísticos y en las de «souvenirs». Una de las chicas atacada trabajaba, al menos trabajó un día, en una tienda de esa clase. Olvidé en cuál, de todas maneras los periódicos me lo dirán. Si voy a ver al dueño y le pregunto si ha oído hablar de una tal Mimi Chillona, ¿averiguaré algo?

—Le había subestimado, Doc —admitió Sweeney, levantando su copa.

—Y yo a usted, Sweeney, cuando casi creía que no tenía ninguna pista. A su mala salud.

—A la suya.

—¿Tengo que visitar a ese propietario de objetos de arte —preguntó Doc, después de beber—, y empezar desde allí, o me lo cuenta usted?

—Lo haré yo. Lola Brent vendió una estatuita de una joven desnuda y chillando antes de ser asesinada. Existen razones para creer que el Destripador fue su cliente, que la siguió al salir y que la mató. Es probable que la estatuilla aumentara sus insanos deseos, pues es un objeto que puede atraer a un psicópata.

—¿Le gusta a usted?

—No me gusta; en cambio la encuentro fascinante. Incidentalmente, está muy bien hecha. Y seguí la pista. A Chicago sólo han llegado dos. Yo tengo una. El Destripador posee la otra.

—¿Lo sabe la policía?

—No, estoy seguro de que no.

—Le diré una cosa, Sweeney: tiene la suerte del irlandés. A propósito, ¿lleva usted su suerte demasiado lejos o va pertrechado?

—¿Pertrechado?

—Si lleva una navaja o una pistola. En una palabra, si va armado. Si el Destripador, o quien sea, hubiese visitado mi casa y se hubiera llevado una navaja y un cortaplumas, llevaría toda mi artillería encima. Si el Destripador supiera dónde está mi choza, dormiría con una escopeta en las manos. *¿O ya lo sabe, Sweeney?*

—¿Se refiere a...?

—Sí.

—¿Quiere mis coartadas? —sonrió el periodista—. No sé nada de lo que hice hace dos meses. Dudo que pudiera descubrirlo. En cuanto a los otros dos asesinatos, estuve borracho durante dos semanas. Sólo Dios sabe dónde estuve [9] y lo que hacia, y le juro que no estuve con Dios todo el tiempo. En cuanto a anteanoche, cuando atacaron a Yolanda, estuve en la escena del crimen hacia la hora en que se cometió, aproximadamente. ¿Qué tal mi serie de coartadas?

—He oído coartadas mejores —gruñó Greene—. En realidad, nunca he oído una peor. Sweeney, como psiquiatra, no creo que pertenezca usted al tipo del Destripador, pero puedo estar equivocado. ¿Es usted?

El periodista se puso de pie.

—Que me maten si se lo digo, Doc. En ese duelo de amabilidades entre los dos, es lo único que tengo sobre usted. Y dejaré que medite sobre ello. Si lo soy, gracias por advertirme respecto a lo de la escopeta de cañones recortados.

Salió del local. Empezaba el crepúsculo. No le dolía ya la cabeza y se sentía casi humano otra vez.

Fue por la Clark Street casi sin pensar adonde iba; en realidad, sin pensar en nada. Dejó libre a su mente y ésta le dejó libre a él, y ambos armonizaron magníficamente. Empezó a tararear una melodía y de pronto prestó atención para saber cuál era; resultó ser una *Danza húngara* de Brahms. Dejó de escucharla.

Contempló, en cambio, las secuencias que pasaban por su cerebro. Eran maravillosas. Yolanda sentada a la mesa, frente a él, aunque sólo fue durante unos minutos; Diablo, el perro, tan bien amaestrado como los del circo, enroscado a sus pies, con un vendaje incongruente en lo alto de la cabeza, como resultado del disparo efectuado por el policía a través del cristal de la puerta de aquel edificio. Sweeney admiró tanto la puntería del policía, o casi tanto, como la siguiente secuencia en su cerebro: el hermoso cuerpo de Yolanda, a la luz de la linterna del otro policía.

Suspiró y luego sonrió. Nunca se le había ocurrido pensar que una mujer fuese tan hermosa. Todavía no lo creía. Había aguardado con temor su encuentro con Yolanda en El Madhouse. Al fin y al cabo, estaba borracho la primera vez que la vio, ¿cuándo fue?... unas cuarenta y ocho

horas antes. Sí, le habría desilusionado, aunque no sorprendido, verla de manera distinta. O igual de bella, pero hablando con acento barriobajero.

En cambio, era más hermosa de lo que recordaba. Sobre todo, la cara. Y aún más, aquel aire de misterio que, cuarenta y ocho horas atrás, él había creído consecuencia de las raras circunstancias del crimen. No, el aire de misterio seguía presente. Yolanda Lang tenía *algo* más que una cara y un cuerpo estupendos.

«Godfrey», pensó, «será mejor que tengas razón.»

Sonrió porque sabía que la tenía. Si uno desea algo ardientemente, siempre lo consigue.

Y él iba a conseguirlo.

Si se lo hubiese preguntado antes de conocer a Doc Greene, no lo hubiera dicho. Si Yolanda hubiese sido una cuarentona gordinflona, cosa que no era, Sweeney habría llevado a cabo su tarea sólo porque él y Greene se odiaban mutuamente. Aquel hombre le ponía la carne de gallina, casi literalmente.

Si al menos pudiera demostrar que Doc Greene era el Destripador.

Sin embargo, poseía dos coartadas y la policía las aceptaba. Además, Greene dijo que la policía se había interesado por él y que comprobaron las coartadas. Claro que esto era fácil de averiguar. Tenía que hacerlo.

Además, podía empezar ahora mismo.

Estaba atravesando Lake Street en dirección al Loop y continuó hacia Randolph. Al llegar allí, torció al oeste, hacia el bar, situado entre Clark y Lasall, donde solían reunirse los periodistas del *Blade*.

No había ninguno en aquel momento; por lo que pidió whisky que mezcló con soda, a fin de poder quedarse hasta que llegara alguno de sus compañeros.

—¿Crees —le preguntó a Burt Meaghan; que regentaba el establecimiento y estaba solo en aquel instante— que alguno de los muchachos vendrá esta noche a jugar al pinacle?

—Seria muy raro que no viniesen. ¿Dónde te metiste, Sweeney?

—Por ahí, por allá... Estuve borracho, por si no lo sabias. ¿Acaso no te cuentan estas cosas, Burt?

—Sí, ya lo oí. En realidad, la primera semana de tu... oscurecimiento, estuviste aquí varias veces. Pero no se te ha visto el pelo desde entonces.

—No creí que me echaras en falta. Oye, Burt, ¿conoces a Harry Yahn?

—Le conozco. Personalmente, no. Yo no me muevo por los círculos

elevados. A dos manzanas de aquí tiene un local que regenta él mismo. Y también posee intereses en otros establecimientos.

Yo he estado fuera del mundo —dijo Sweeney—. ¿Cómo se llama ese local que dirige?

—El nombre es *Tit-Tat-Toe.* Eso en la fachada, claro. ¿Quieres saber qué hay dentro?

—No me hace falta. Sé los gustos de Harry. Lo que pasa es que perdí la pista del sitio donde operaba.

—No hace mucho que inauguró ese local. Un mes, aproximadamente. Perdona, Sweeney.

Se alejó hacia el otro extremo del mostrador para atender a un cliente. Sweeney trazó unos círculos mojados con el fondo de su vaso sobre la madera y pensó que a lo mejor tendría que visitar a Harry Yahn. Esperaba no tener que hacerlo, porque meterse con Harry era tan saludable como cortarse las uñas con una sierra mecánica. No obstante, necesitaría dinero antes de que terminase el asunto. Todavía le quedaban unos ciento cincuenta dólares de los tres cheques, aunque no serían suficientes para lo que planeaba.

Alguien le tocó la espalda y dio media vuelta. Era Wayne Horlick.

—El individuo que precisamente quería ver —exclamó Sweeney—. Después hablan de la suerte del irlandés.

—Te cuesta diez pavos tener tanta suerte —sonrió Horlick—. Te cuesta diez pavos. Y me alegro de verte.

—¿De cuándo? —suspiró Sweeney.

—Hace diez días. Aquí. ¿No te acuerdas?

—Claro que si —mintió el periodista. Pagó la deuda—. ¿Un vaso por los intereses?

—Eso nunca se rechaza. *Rye.*[10]

Sweeney apuró su vaso y pidió otros dos.

—El por qué deseaba verte, si eres curioso, es porque has estado trabajando en el caso del Destripador.

—Sí. Por lo menos, en los últimos acontecimientos. No sé quién se ocupó de lo de Lola Brent, hace un par de meses. A mí me encargaron del segundo, el de Stella Gaylord, y estoy en eso desde entonces.

—¿Alguna pista?

—Ninguna, Sweeney. Y de haber hallado alguna se la habría pasado a la policía, con sumo gusto. No quiero encontrarme con ese Destripador. Excepto cuando esté entre rejas, después de atraparle Bline. ¿Sabes que hay una brigada especial ocupándose de estos crímenes y que el capitán Bline está al frente?

—Carey me lo dijo. ¿Crees que lo cogerán?

—Seguro..., si continúa apuñalando a las damas ¿Has hablado ya con esa Yolanda?

—Sí, hace menos de una hora. ¿Por qué?

—Me figuré que lo harías —rió Horlick—, después de leer tu relato. Buen trabajo, amigo. A todos se nos hizo la boca agua. También la mía. Desde el otro día he intentado entrevistar a esa chica, sin ningún resultado. Me imaginé que tú si lo conseguirías.

—¿Por qué? —quiso saber Sweeney con curiosidad mal disimulada—. No pregunto por qué te imaginaste que lo intentaría sino que lo conseguiría.

—Por el articulo que escribiste. Lejos de mi ánimo alabar lo escrito por un colega, Sweeney, pero tu artículo era casi un clásico del periodismo. Y, además, valía unos diez mil dólares de publicidad para la artista, aparte de la conseguida con el ataque sufrido por parte del Destripador. Doc Greene debe quererte como a un hermano.

—Seguro —rió Sweeney—. Como Caín amaba a Abel. Oye, Horlick, ¿hay algo en alguno de esos casos que no haya saltado a la letra impresa? He leído ya todo lo referente a Lola Brent y a Stella Gaylord; en cambio, no sé nada sobre la tercera victima, Dorothy Lee.

Horlick reflexionó unos momentos y al final negó con la cabeza.

—No recuerdo nada, nada que valga la pena mencionar. ¿Por qué? ¿Estás realmente interesado? ¿Hasta mucho más allá de tu entrevista con esa reina del *striptease?* Oh, no necesitas decírmelo.

Sweeney decidió aferrarse a la mentira que había contado ya a Joe Carey.

—He de escribir unos artículos para uno de esos semanarios sensacionalistas, y el mejor modo de hacerlo es estar al corriente de todos los detalles, de forma que cuando atrapen al asesino, llevaré bastante delantera a los demás periódicos y revistas.

—Buena idea..., si llega a solucionarse el caso. Aunque se solucionará si ese tipo sigue pinchando. La suerte no le sonreirá siempre. Ojalá que Walter te asigne este caso. A mi no me gusta. ¿Quieres que hable en tu

favor?

—No, gracias. Carey ya se ofreció a hablar por mí. Si tú le hablaras también, Walter entraría en sospechas, creyéndose que soy yo quien mueve los hilos. Bueno, ¿qué sabes de Doc Greene?

—¿Por qué? ¿Piensas achacarle los crímenes?

—Me encantaría. Ah, yo también le quiero como a un hermano. Me dijo que la policía sospechaba de él y que logró presentar dos coartadas muy sólidas en dos de los casos. Aseguró que se las aceptaron. ¿Sabes algo de eso?

—Naturalmente, eso debió de ser después de lo de Yolanda —objetó Horlick— lo sea en estos dos últimos días. No, Bline no me contó nada respecto a haber sospechado de Greene. Aunque supongo que habrán comprobado los movimientos de todos los relacionados con los cuatro casos, o con uno de ellos, por separado.

—¿Qué impresión te causó Greene, Horlick?

—Me altera la sangre. ¿Te refieres a eso?

—Eso es exactamente lo que me ocurre a mí —dijo Sweeney—. Y por esto voy a invitarte a otro trago. ¿Rye?

—Siempre Rye.

—¡Eh, Burt, un Rye para Horlick! Yo pasaré esta vez.

Realmente, pasó y no permitió que Horlick invitara a otra ronda. Media hora más tarde regresó a su pensión.

La señora Randall le oyó entrar y abrió la puerta de la salita.

—Señor Sweeney, un caballero desea verle. ¿Debo decirle que...?

En el umbral se hallaba ya un hombre corpulento.

—¿William Sweeney? Me llamo Bline, capitán Bline.

9

Sweeney alargó una mano que el detective aceptó sin mucho entusiasmo. Sweeney fingió no darse cuenta.

— Quería verle, capitán —dijo en cambio—, desde que supe que se encargaba del caso. Hay varias cosas que deseo preguntarle. ¿Vamos a mi habitación?

Bline le siguió escaleras arriba. Entraron. Se sentó en el sillón que le indicó el periodista, el de los muelles que chirriaban y que crujió bajo su peso.

Sweeney le imitó al borde de la cama, miró el tocadiscos y preguntó:

—¿Un poco de música mientras charlamos, capitán?

—No, diablo. Vamos a conversar, no a cantar dúos. Y soy yo quien hará las preguntas, Sweeney.

—¿Respecto a qué?

—Ya está preguntando... Oiga, supongo que no recuerda dónde estaba la tarde del ocho de junio, ¿verdad?

—No, no me acuerdo. A menos que trabajase. Y aún así, no recordaría si estaba en la redacción escribiendo o si andaba husmeando por ahí. A menos..., tal vez si mirase las últimas ediciones de aquel día y las primeras del siguiente, recordaría algo por los artículos que escribí.

—Usted no trabajó. No trabajó aquel día. Tenía fiesta. Lo comprobé en el *Blade*.

—Entonces, sólo puedo decirle lo que hice probablemente, que no es mucho. Es posible que durmiera hasta el mediodía y pasara parte de la tarde leyendo o escuchando música, y quizá que al anochecer saliera para jugar a las cartas y tomar unos vasos. O tal vez asistí a un espectáculo o a un concierto. Esto podría comprobarse, aunque no lo de la tarde, y supongo que es la tarde lo que le interesa.

—Exacto. ¿Y qué me dice del veintisiete de julio?

—Tan poco, lo mismo que el día que después nombrará, capitán. Me refiero al uno de agosto. Sólo Dios sabe dónde estuve esos dos días, exceptuando que estoy completamente seguro de que fue en Chicago. Que yo sepa, no he salido de la ciudad en dos semanas.

Bline soltó un bufido.

Sweeney sonrió.

—Ah, no, no soy el Destripador. Concedo que no sé dónde estaba ni lo que hacía cuando mataron a Stella Gaylord y a Dorothy Lee, pero sé que no maté a Lola Brent porque no estaba borracho, bueno lo bastante borracho como para no recordar lo que hice en el mes de junio. Y sé que tampoco hice lo de Yolanda Lang porque recuerdo bien la noche del miércoles: empezaba a salir de la borrachera y mi cuerpo era un infierno. Pregúnteselo a Dios.

—¿Eh?

Sweeney abrió la boca y volvió a cerrarla. De nada serviría complicar a God en el asunto. Además, God tampoco podría asegurar nada en su favor para la hora en que habían atacado a Yolanda.

—Es un modo de hablar, capitán —añadió—. Sólo Dios puede probar lo que hice el miércoles por la noche. Pero anímese, si ese Destripador sigue actuando, procuraré tener una buena coartada la próxima vez.

—Sería una gran ayuda.

—Ahora, capitán, en serio, ¿por qué ha venido a interrogarme sobre mis coartadas? ¿Se lo insinuó algún pajarito? ¿Un tal Greene?

—Sweeney, sabe muy bien por qué estoy aquí. Porqué usted estaba delante del portal en cuestión, en la State Street. El asesino pudo estar allí, mezclado con la gente. Tal como nos lo imaginamos, estuvo en la puerta trasera del vestíbulo y acuchilló a Yolanda cuando ésta se dirigía a la escalera. Pero falló por un par de centímetros, sólo la rozó. El perro saltó furioso y el atacante huyó cerrando la puerta sin poder realizar otro intento. ¿Qué hizo después?

—Usted ha hecho la pregunta —observó Sweeney— Respóndala.

—Naturalmente pudo largarse a toda velocidad. Pero si siguió la norma de todos los asesinos psicópatas, saldría del callejón, daría vuelta a la manzana y se mezclaría con el grupo que se había reunido delante del portal cuándo llegó el coche patrulla.

—También —añadió el periodista— pudo llamar a la policía desde el bar de la esquina.

—No —negó Bline con el gesto— Hemos descubierto al autor de la llamada. Es un tipo que había estado en el bar junto con otros dos, desde varias horas antes. Se marchó de allí un poco antes de las dos y media y regresó unos minutos después. Les contó a sus amigos y al camarero que algo sucedía en el portal de una casa próxima, que había una mujer en el suelo y que un perro enorme no dejaba abrir la puerta ni entrar a nadie de manera que lo más sensato sería llamar a la policía. Esto es lo que hizo y después él y los otros dos, o sea los tres esta vez, fueron juntos a la casa en cuestión y estaban allí cuando llegó el coche patrulla. Hablé con ellos, con los tres... Bueno conozco al camarero y supe quiénes eran los otros gracias a él. Dijeron que había una docena de personas frente al portal. ¿Es así?

—Más o menos. No más de quince, seguro.

—Pero los agentes, incluso después de comprobar que era uno de los trabajitos del Destripador, no tuvieron el suficiente sentido común para impedir que los mirones se dispersasen. De los doce o quince pudimos localizar a cinco. Si hubiésemos podido interrogarlos a todos...

—¿Quién es el quinto? —se interesó Sweeney—. Los tres que estaban juntos y yo sumamos cuatro. ¿Quién es el otro?

—Uno que vive en aquel edificio. Supongo que fue el primero que vio a la joven y al perro. Llegó a casa y no pudo entrar porque el animal empezó a saltar cada vez que él intentaba abrir la puerta. Otros transeúntes comprendieron que ocurría algo anormal y se detuvieron. Cuando el individuo del bar, el que nos llamó, llegó allí ya había unas siete u ocho personas. Y cuando volvió con sus compañeros, eran nueve o diez sin incluirlos a ellos.

—Probablemente, yo fui el trece o el catorce —dijo Sweeney— Llegué allí un minuto antes de que se presentara el coche de la policía. Y voy a contestar a su siguiente pregunta: no, no me fijé en nadie más del grupo. No identificaría a ninguno... Sólo me fijé en lo que ocurría en el vestíbulo de la casa y en lo que hacían los agentes. Probablemente, tampoco les reconocería.

—No necesitamos que se les identifique —repuso Bline secamente—. Sin embargo, daría cualquier cosa por poder interrogar a toda aquella gente uno por uno. En vez de los cinco..., o los cuatro que ya están libres de culpa.

—¿Sin contarme a mí?

—Sin contarle a usted.

—¿Por qué está libre de culpa el tipo que vive en la casa? El que, según usted, fue el primero en ver a la mujer herida...

—Está razonablemente libre de culpa. Trabaja en un turno de noche, en el *Journal of Commerce,* en la Grand Avenue, es linotipista. No marcó la salida hasta las dos menos cuarto, y desde el sitio donde trabaja hasta su casa se tarda bastante. No hubiese tenido tiempo de dar la vuelta hasta el callejón, aguardar unos minutos, y después volver a la fachada del edificio. Además, posee una sólida coartada para los otros tres casos; los hemos verificado.

El capitán Bline frunció el ceño y miró hoscamente al periodista.

—De modo que de los cinco hombres que sabemos estaban en aquel grupo, delante del portal, usted es el único que no tiene ninguna coartada. A propósito, aquí tiene sus herramientas. Los del laboratorio no han encontrado ninguna pista.

Sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Sweeney. Sin abrirlo, supo que contenía la navaja y el cortaplumas.

—Podía habérmelo pedido, capitán. ¿Consiguió una orden de registro?

—No queríamos que se nos subiese a las barbas mientras investigábamos. En cuanto a una orden de registro, ¿importa eso ahora?

Sweeney abrió la boca y volvió a cerrarla. Estaba terriblemente furioso por lo ocurrido. La desaparición de tos dos objetos le había hecho pasar muy malos momentos. Por otra parte, era conveniente, si no necesario, conquistar la amistad de Bline; la policía podía realizar ciertas cosas que a él le estaban vedadas.

—Pudo dejarme una nota —le reprochó sin alterarse—. Cuando eché en falta esos chismes pensé que quizá el Destripador quería hacerme pasar por él. Diga, capitán: ¿qué sabe de un tal Greene, Doc Greene?

—¿Por qué?

—Porque desearía que fuese el Destripador, nada más. Me contó que posee unas coartadas, va comprobadas por ustedes. ¿Es verdad?

—Más o menos. No tiene coartada para lo de Lola Brent, y la que dio para el caso de Dorothy Lee dista mucho de ser perfecta.

—¿No es perfecta? Creía que en aquellos momentos estaba declarando ante un tribunal presidido por el juez Goerring.

—Las horas no concuerdan con exactitud. Su coartada le sitúa en el tribunal hasta las cuatro y diez minutos. A Dorothy Lee la encontraron muerta hacia las cinco, tal vez unos minutos después. El forense dijo que la

victima llevaba muerta una hora, y la examinó a las cinco y media, lo que sitúa el crimen a las cuatro y treinta minutos, aproximadamente, o sea veinte minutos después de terminar la coartada de Greene. Pudo cometer el crimen si cogió un taxi.

—Entonces, no existe tal coartada.

—A toda prueba, no —respondió Bline—. Pero hay algunos detalles... Dorothy salió de la oficina a las dos cuarenta y cinco para irse a casa porque no se encontraba bien; corrientemente, trabajaba hasta las cinco. Aunque Greene la conociera, y no hay pruebas de ello, no podía saber que ella estaría en casa cuando él saliese del tribunal. Esto sólo podía saberlo alguien que trabajase con la Lee.

—O alguien que estuvo en la oficina o la llamó por teléfono.

—Cierto, pero Greene no estuvo en aquella oficina. Y apenas tuvo tiempo para telefonearla y llegar a casa de la chica a las cuatro y media —Bline volvió a fruncir el ceño—. Usted está estrechando las probabilidades.

—¿Yo...? Supongamos que Greene la conociera... Pudo haberse citado con ella para recogerla en su apartamento después de las cinco. Pudo salir del tribunal un poco después de las cuatro e ir a casa de la muchacha a esperarla. Quizá, incluso, tiene una llave. Entró, sin saber que ella no se encontraba bien, y la halló dentro.

—Sí, es posible, Sweeney. Ya dije que la coartada no es perfecta. De todos modos tendrá que reconocer que lo que usted ha dicho no es muy probable. El Destripador la siguió a casa, tras verla por primera vez cuando ella salió de la oficina. Como seguramente siguió a Lola Brent cuando ésta salió de la tienda. No pudo estar esperando a Lola allí por dos motivos: no sabia que la despedirían y saldría temprano, Lola vivía con un hombre, Sammy Cole, y el Destripador tampoco sabia que no se tropezaría con el amante de Lola.

—Además —agregó Sweeney—, a Lola no la mataron en su apartamento sino en un callejón entre dos edificios. Es evidente que la siguieron. Lo mismo que a Stella Gaylord, hasta la entrada de un callejón. Aunque el Destripador no usa siempre la misma técnica. No siguió a Yolanda Lang hasta su casa, sino que la aguardó junto a la puerta trasera del vestíbulo.

—Ha estudiado bien este caso, ¿verdad, Sweeney?

—¿Por qué no? Es mi oficio.

—Según tengo entendido, todavía no le han asignado el caso. ¿O estoy

equivocado?

Sweeney consideró la conveniencia de contarle al detective el cuento que les había dicho a Joe Carey y a Horlick, respecto al contrato con la revista sensacionalista, pero cambió de idea. Bline podía realizar una investigación y, al enterarse de la falsedad de la explicación, entrar en sospechas.

—No exactamente, capitán. En efecto, aún no me lo han asignado, pero al menos ya me dieron una misión sobre el crimen cuando mi jefe, Walter Krieg, quiso que escribiera un artículo sobre lo que había visto personalmente. Y debido a eso, creo que el lunes, al final de mis vacaciones, me pedirá que me ocupe de los casos de ese Destripador. Por esto me he interesado por los asesinatos y he formulado algunas preguntas.

—¿En su tiempo libre?

—¿Por qué no? Es un asunto apasionante. Si usted abandonase ahora su cargo, por cualquier motivo, seguiría investigando en estos hechos, ¿no es así?

—Supongo que sí —admitió Bline.

—¿Qué me dice de la otra coartada de Greene, la de Nueva York? ¿La han verificado?

—Usted desea complicar a Doc Greene sea como sea, ¿eh, Sweeney? —sonrió Bline.

—¿Le conoce, capitán?

—Claro.

—Pues éste es mi motivo. Hace un día y medio que le conozco, y pienso que el hecho de que todavía esté con vida es una buena demostración de que yo no soy el Destripador. Si lo fuera, Greene ya estaría muerto.

—Creo que esta aversión tiene dos direcciones —rió Bline—. Tampoco usted le cae muy bien a Doc. Y usted todavía vive. Bien, respecto a la coartada de Nueva York: le pasamos el caso a los de allí y estuvieron en el hotel donde él se hospedaba, el Algonquin. Se inscribió allí el veinticinco y se marchó el treinta.

—¿Esto fue todo lo que comprobaron? —Sweeney se inclinó hacia delante, con evidente extrañeza—. La muerte de la Gaylord tuvo lugar el veintisiete, y sólo hay cuatro horas de vuelo de Nueva York a Chicago. Pudo salir de la ciudad de los rascacielos al mediodía y regresar al día siguiente por la mañana.

—Hubiésemos investigado más —replicó Bline, encogiéndose de hombros—, de justificarlo algún motivo. Sea honesto consigo mismo y conmigo, Sweeney: ¿qué tiene contra Greene, aparte de la antipatía reciproca? Tampoco me es simpático, lo reconozco, pero esto aparte, conoce a una de las cuatro mujeres atacadas. Para mí, esto es casi una coartada perfecta.

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa?

—Cuando cojamos al Destripador —razonó Bline—, le apuesto lo que quiera a que conocía a las cuatro jóvenes..., o a ninguna de ellas. Los asesinos, incluso los psicopáticos, Sweeney, siempre siguen esa norma. Ninguno mataría a tres desconocidas y a una conocida o amiga. Le pido que me crea.

—¿Ha comprobado...?

—¡Sí, demonio, lo hemos comprobado! Hemos hecho una lista lo más completa posible de todos los que conocían a cada una de las victimas, y hemos comparado dichas listas. Sólo hay un nombre que aparece en dos de ellas, y probablemente se trata de una coincidencia.

—¿Quién es?

—Raoul Reynarde, el dueño de la tienda de objetos para regalos. El que despidió a Lola Brent el mismo día que la mataron También conocía ligeramente a Stella Gaylord, la chica de alterne.

—¡Caramba, no puedo creerlo!

—Vaya —sonrió el detective—, ya veo que lo conoce. Bueno, ¿por qué no? Muchos homosexuales tienen amistades femeninas. Además, ya he dicho que era una simple conocida, tanto según el propio Reynarde como los otros amigos de Stella, que también investigamos.

—Pudo conocer a las otras dos... Es difícil demostrar lo contrario.

—En uno de los casos, no. No pudimos interrogar, claro está, a Dorothy Lee. Sólo a sus amigas, y ninguna conoce a Reynarde. Pero se lo preguntamos a la dama del *striptease,* y Yolanda Lang no conoce a Raoul Reynarde ni de referencias ni por fotografía.

—¿Verificaron sus coartadas?

—Muy buenas en dos de los casos. Especialmente, la de Lola Brent. No pudo seguirla hasta su casa después de despedirla sin cerrar la tienda, y existen pruebas de que no la cerró.

—De acuerdo, Reynarde queda fuera —suspiró Sweeney, defraudado —. Todavía tengo a Greene.

—¡Sweeney, usted está loco! Lo único que sabe es que Doc no le gusta. En realidad, no hay nada contra él. La verdad es que usted resulta mucho más sospechoso que Greene y que cualquier otro.

—¿Yo?

—¡Naturalmente, usted! No posee ni la sombra de una coartada para ninguna de esas muertes. Está tremendamente interesado en todas ellas. El hecho de que esté usted psíquicamente desequilibrado..., o no sería un alcohólico empedernido. Y esto, en uno de cada cuatro casos, da una mente criminal, una mano criminal. No digo que sea una evidencia tan fuerte como para colgarle, pero es más de lo que tenemos contra nadie. Si usted no fuese...

—Si yo no fuese... ¿qué?

—Bah, olvídelo.

—Espere, ya lo tengo —exclamó el periodista—. Usted quiere decir que si yo no fuese reportero, probablemente me arrestaría y me freiría a preguntas. Pero sabe también que voy a escribir sobre este caso y que, como no podría tenerme detenido mucho tiempo, una vez en libertad haría que todos los lectores del *Blade* se riesen a placer de los errores del capitán encargado de atrapar al Destripador.

La carcajada de Bline no fue sincera.

—Esto es ir demasiado lejos, Sweeney —dijo—. Pero, hombre, ¿no puede darme alguna coartada que me permita borrarle de la lista de los sospechosos, que, por desgracia, se limita a usted, y no perder más tiempo? Debe de existir algún modo de demostrar dónde estuvo, al menos durante la perpetración de uno de esos crímenes.

—Ojalá pudiera, capitán —murmuró Sweeney tristemente. Miró su reloj de pulsera—. Mire, voy a hacer lo más que puedo. Le invito a una copa. En El Madhouse. El primer espectáculo empieza a las diez, o sea dentro de unos minutos. Ya sabe que Yolanda volverá a actuar esta noche.

—Yo lo sé todo. Excepto quién es el Destripador. Bien, Sweeney, ya pensaba dejarme caer por allí. Vámonos. En la puerta, antes de dar vuelta al interruptor para apagar la luz, Sweeney miró la estatuita negra colocada sobre el tocadiscos, la esbelta figura desnuda, con los brazos extendidos para ahuyentar la inexorable maldad, con el eterno y callado chillido en sus labios. Le sonrió y le envió un beso antes de apagar la luz y seguir a Bline escaleras abajo.

Tomaron un taxi en la Rush Street. Sweeney le indicó El Madhouse al

conductor, se inclinó hacia atrás y encendió un cigarrillo. Después miró a Bline, relajado, con los ojos cerrados.

—Capitán, usted no cree verdaderamente que yo sea el Destripador —afirmó el periodista— de lo contrario no estaría tan tranquilo.

—¿Tranquilo? —la voz del detective era meliflua—. Estoy vigilando sus manos y dejo que usted piense que tengo los ojos entornados. Llevo una pistola en el bolsillo derecho de la chaqueta, o sea al otro lado de usted, con la mano dentro. Y podría disparar antes de que usted empuñase un cuchillo.

Sweeney soltó una carcajada.

Después se preguntó qué tenía aquello de gracioso.

10

El Madhouse estaba lleno. A Sweeney le extrañó no haberlo pensado antes. Con la propaganda conseguida por Yolanda, especialmente gracias a él mismo, debía de haber comprendido que el local estaría abarrotado. Desde el bar vio cómo un empleado se negaba a dejar pasar más gente al interior. Detrás de la arcada que lo dividía distinguió más mesas de lo normal, todas ocupadas.

Un terceto, de no demasiada calidad, interpretaba una melodía, y una joven que parecía tener gravilla en la garganta, se esforzaba por entonarla, probablemente como primer número del espectáculo. Desde el bar era imposible divisar el escenario o plataforma, o lo que fuese.

Sweeney gruñó con disgusto, pero Bline lo asió por un brazo y lo arrastró hacia una mesa del bar, cuyos ocupantes se estaban levantando.

Una vez sentados, Bline explicó:

—Todavía es pronto para entrar en el club. El espectáculo acaba de empezar. Yolanda no aparecerá hasta dentro de unos cuarenta minutos.

—De todos modos, no podremos pasar —se quejó Sweeney—. A menos que... Yolanda me invitó para esta noche, y quizá haya reservado una mesa. Lo averiguaré. No se mueva mientras yo...

—Siéntese y cálmese —Bline le impidió levantarse—. Lleva usted un policía como escolta. Cuando yo quiera, entraremos, aunque tengan que colocar sillas en el techo para nosotros. Aunque no tendrán que hacerlo. Le dije a uno de mis muchachos que me reservase un puesto en su mesa, y supongo que habrá sitio para Otto.

Detuvo a un camarero que pasaba.

—Dígale a Nick que venga inmediatamente —le ordenó.

—Nick está muy ocupado —replicó el camarero, tratando de zafarse de la mano de Bline—. Esta noche, todos vamos de cabeza. Tendrá que esperar a que...

El detective soltó el brazo del camarero y le mostró su placa plateada.

—¡Dígale a Nick que venga!

—¿Quién es Nick? —quiso saber Sweeney, cuando el camarero desapareció entre la multitud.

—Nick dirige este local por las noches, para Harry Yahn — el capitán de detectives sonrió—. En realidad, no quiero verle, pero es la única manera de que nos sirvan de beber al momento. ¿Qué va a tomar?

—Whisky con hielo. Tendré que comprar una de esas placas. Es un buen sistema, si tiene éxito.

—Lo tiene —le aseguró Bline. Levantó la vista hacia un individuo recio, de cara simpática, que se acercaba a la mesa —. Hola, Nick. ¿Todo está en orden?

—Si no hubiese tantos polis en la casa —gruñó el recién llegado—, todo iría mejor. Cuatro policías en el club, y ahora ustedes.

—Este es Sweeney, Nick. Sweeney, del *Blade.* Viene conmigo. Habrá que buscarle una silla.

—¿Cliente de pago?

—Cliente de pago — replicó el periodista con solemnidad.

Nick sonrió, y Sweeney esperó que se frotase las manos. En cambio, alargó una hacia el periodista.

—Le invita la casa. Leí su artículo. Aunque también nos costará dinero.

—¡No es posible! —exclamó Sweeney— Por Greene. Nos ha pedido más sueldo para Yolanda y, por consiguiente, un tanto por ciento más elevado para él — dio media vuelta y detuvo al camarero que pasaba, el mismo que había parado Bline —. ¿Qué van a tomar, caballeros?

—Whisky con soda para los dos —respondió el capitán.

—Que sean tres, Charlie, y de prisa —el camarero se marchó apresuradamente—. Sólo un momento, amigos. Cogeré una silla.

Fue en busca de una y se sentó a la mesa, al tiempo que llegaban las consumiciones.

—No entiendo —comentó Sweeney—, cómo puede pedir más dinero Doc Greene. ¿No está Yolanda bajo contrato?

—Sí, por cuatro semanas más, pero...

—Doc me dijo que faltaban solamente tres semanas —le interrumpió el periodista.

—Greene no diría la verdad ni por su madre, incluso en lo que carece de importancia, señor Sweeney. Si fuesen tres semanas él diría cuatro. Sí,

Yolanda está bajo contrato hasta el cinco de septiembre, pero el contrato contiene cierta cláusula...

—Casi todos los contratos contienen cláusulas — observó Sweeney.

—Exacto. Esa cláusula dice que no ha de trabajar si se pone enferma o sufre un accidente. Y Greene hizo que los médicos del hospital firmaran un documento estableciendo que a causa del *shock* Yolanda no podrá trabajar en una o dos semanas.

—Y cobrando, naturalmente...

—No, sin cobrar. Pero fíjese el dinero que entra en caja trabajando ella. Mire cómo está esto hoy y cómo la gente se gasta la pasta. Pero como Doc Greene nos tiene cogidos, hemos tenido que ofrecerle a Yolanda uno de los grandes como gratificación si se olvidaba de lo ocurrido. Una gratificación..., ¡ja, ja! Así denomina Greene una estafa.

—¿Pero está ya bien Yolanda para bailar? —se interesó el periodista—. La, verdad es que sufrió un *shock.* Yo vi su rostro en aquel vestíbulo y..

—Usted no mencionó el rostro en el articulo.

—Claro que sí. Antes de que el perro tirase de la cremallera. Oiga, Nick, ¿cómo es que no llevaba bragas ni sostén debajo del vestido? No se me ocurrió preguntarlo, pero a menos que hayan cambiado el reglamento, debería llevar esas prendas para bailar.

—¿No las llevaba? Bueno, no importa mucho. Creí, no obstante, que usted había exagerado en su articulo.

—No exageré nada. Yolanda no llevaba nada debajo del vestido —afirmó Sweeney.

—Es posible. Aquí tenemos un buen camerino con ducha, y el miércoles por la noche hizo mucho calor. Probablemente, ella se duchó después del último show y no se molestó en ponerse nada debajo, dado que iba directamente a su casa. O algo por el estilo.

—De ser «algo por el estilo», no habría estado sola —gruñó Sweeney —. La verdad es que nos estamos saliendo del carril. ¿No es muy pronto para que vuelva a bailar?

—No. Si sufrió un *shock,* ya lo ha superado. Y la herida sólo fue un arañazo. Llevará una tira adhesiva de quince centímetros de longitud, y esto es lo que nuestros clientes desean ver. Para eso han pagado — echó la silla hacia atrás y se puso de pie —. Bien, tengo bastante trabajo, así que deben disculparme. ¿Desean entrar ahora? Todavía falta media hora para que actúe nuestra estrella, pero el resto del espectáculo no está mal.

La voz de un *show-man* contando chistes les llegó desde la sala y tanto Sweeney como Bline movieron la cabeza negativamente.

—Cuando decidamos entrar le buscaremos, Nick.

—De acuerdo. En ese caso, haré que les sirvan otros dos whiskies.

Se alejó, dejando la silla en donde la había cogido.

—¿Sólo hace un número Yolanda? —le preguntó Sweeney a Bline.

—Ahora sí. Antes del suceso, bailaba dos veces. Un *striptease* como tercer número del *show,* y como final su especialidad con el perro. Nick me contó esta tarde que para que volviese a actuar tan pronto habían acordado suprimir uno de los pases, y naturalmente no podían eliminar el del perro. Es precisamente por ese número por lo que viene la gente.

Llegaron las bebidas. Bline contempló la suya un instante y después levantó la vista hacia el periodista.

—Tal vez estuve un poco rudo con usted esta noche, Sweeney. En el taxi, quiero decir.

—Me alegró lo que usted dijo.

—¿Por qué? ¿Para poder apabullarme desde el *Blade* con la conciencia tranquila?

—No, nada de eso. Por lo que he viste hasta ahora, no se merece ningún vapuleo. Y menos aún por la manera de llevar el caso. Ahora puedo callar cosas con la conciencia tranquila.

—No puede callarse ninguna prueba amigo —rezongó Bline, frunciendo el entrecejo—. De ningún modo. ¿Qué es lo que se calla? —se inclinó hacia delante súbitamente interesado—. ¿Vio alguna cosa en la State Street la noche del miércoles, que no puso en su artículo? ¿Reconoció a alguien, u observó a alguno de los mirones comportándose sospechosamente?

—No, capitán. En el artículo puse todo cuanto vi, solamente la verdad y nada más que la verdad. Me refiero a que si mientras me ocupo del caso para el *Blade* descubro alguna cosa que ustedes no han logrado averiguar, puedo guardarlo para mí, hasta completar el descubrimiento, y entonces pasárselo a usted para que le ayude a solucionar el asunto.

—Hablemos de eso ahora —decidió Bline—. Ahora y aquí. ¿Quiere darme su palabra de honor de que contestará honradamente a una pregunta?

—Si la contesto, lo haré honradamente. ¿No será, por casualidad, si soy el Destripador?

—No. Si lo fuese no aguardaría una respuesta honrada. Por tanto, le

haré la pregunta bajo la presunción de que no lo es. Pero por Dios vivo, Sweeney, si no responde a mi pregunta, sea o no sea del *Blade,* juro que lo sentirá. Y lo mismo pasará si la contesta y averiguo que me ha mentido. La pregunta es: ¿sabe o cree saber quién es el Destripador? De vista o de nombre, ¿sospecha de alguien?

—Decididamente, no. A menos que sea Doc Greene y no tengo ni una pizca de motivo para creerlo, aparte de que me sea antipático.

—Está bien —Bline se echó atrás en su silla—. Tengo en este caso bastantes hombres a mis órdenes, y además, el resto de la fuerza nos presta cuanta ayuda puede. Si usted, solo, se entera de algo que no sepamos, es cosa suya. Probablemente, callando se encontrará con un cuchillo en las tripas; en ese caso es asunto suyo.

—Muy justo, capitán —reconoció Sweeney—. Y por tan amables palabras, especialmente lo del cuchillo, le perdonaré que me cogiese la navaja y el cortaplumas sin avisarme, y que casi me ensuciara en los pantalones cuando vi que no los tenía o por qué no dejó una nota.

—Deseaba ver su reacción. Si era usted el Destripador, y echaba en falta esos artilugios, probablemente se hubiese asustado más todavía, es posible que de este modo le hubiéramos atrapado. Mire, Sweeney, estoy dispuesto a creer que no es usted el Destripador.

—Muy amable, capitán; estoy seguro que esto se lo dice a todos sus sospechosos. A propósito, ¿por qué me estaban siguiendo mientras pensó que lo era?

—¿Se dio cuenta? Bueno, hoy si le hemos seguido. Ayer aún no. Pero ya le he quitado la sombra. Especialmente ahora, que lo sabe.

—Le sugiero que haga seguir a Doc Greene. Y dígame: ¿fue ese granuja el que me nombró como posible Destripador?

—Realmente, ya veo que se estiman mutuamente —sonrió Bline—. ¿Contesta eso a su pregunta? Bueno, ¿qué le parece si entramos a aguantar el chaparrón? Yolanda empieza dentro de diez minutos.

Hallaron a Nick y éste habló con el empleado que custodiaba la entrada al salón. La cantante de la voz más que afónica estaba actuando otra vez, mientras fueron abriéndose paso por entre las mesas que no contenían ninguna pareja sola, como observó Sweeney, pues todas estaban ocupadas al menos por cuatro personas, y algunas por cinco o seis. Unos doscientos espectadores se encontraban embutidos en una sala cuyo aforo no llegaba a la mitad de ese número.

Apenas habían empezado a abrirse paso cuando Sweeney sintió que por detrás le cogían del brazo. Se volvió. Bline inclinó la cabeza hacia él y tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la música, si bien su voz no llegó más allá del periodista.

—Olvidé decírselo, Sweeney. Tenga los ojos bien abiertos. Estudie los rostros y vea si recuerda alguno perteneciente a alguien que aquella noche estuviese con usted frente al portal ¿Entendido?

Sweeney asintió. Ahora avanzaba escrutando los rostros de los ocupantes de las mesas. Estaba seguro de no recordar ninguno de los que se hallaron con él aquella noche en la State Street, puesto que sólo había visto una serie de espaldas apretujadas, con el intento de atisbar dentro del portal. Pero podía probar, y la idea de Bline de que el Destripador podía encontrarse entre el público, era razonable. Asimismo, era posible que el maldito monstruo quisiera ver actuar a su víctima.

Nick les condujo hasta una mesa en donde había ya tres hombres sentados una silla vacía, inclinada hacia la mesa.

—Enviaré un camarero con otro asiento — dijo el gerente del local —. Cabría aquí, si se estrechan un poco. ¿Lo mismo para beber?

—Siéntese, Sweeney —dijo Bline, asintiendo a la pregunta de Nick—. Antes de instalarme he de hablar con uno o dos de mis muchachos.

Sweeney cogió la silla y miró a los tres ocupantes de la mesa, los cuales escuchaban a la cantante afónica, sin prestar la menor atención a los recién llegados. Uno de ellos le pareció familiar; los otros dos no. Volvió la cara hacia la cantante. No tenía mala figura, pero la voz era muy desagradable.

Llegaron la silla y las bebidas, antes de que volviese Bline. Sweeney hizo correr la suya para dejar más espacio, y cuando regresó el detective, hizo las presentaciones.

—Sweeney, Ross, Guerney y Swann. ¿Alguna novedad, chicos?

—El tipo de aquella mesa —respondió el llamado Swann— se comporta de manera algo rara. Le he estado vigilando un rato. El del clavel en el ojal. Quizá sólo esté bebido.

Bline miró en la dirección indicada.

—No lo creo —masculló —. El Destripador no llamaría la atención vistiéndose de esta manera y llevando una flor. Tampoco creo que el Destripador se emborrache.

—Gracias por esta última frase —sonrió Sweeney.

Bline se volvió hacia él.

—¿Conoce a alguno de los presentes? —le preguntó.

—Sólo al que está sentado frente a mí, y que usted me ha presentado como Guerney. ¿Es uno de los agentes de aquella noche?

Guerney dejó de contemplar a la cantante al oír su nombre.

—Si, yo fui el que disparó contra el perro.

—Buen disparo.

—Guerney es uno de los mejores tiradores del departamento —observó Bline—. Y también el que le acompañaba, Kravich. Está en el bar, vigilando a los que entran y salen.

—No me he fijado en él.

—Él si se fijó en usted. Le vi avanzar hacia nosotros, pero al reconocerme, retrocedió. De haber entrado usted solo, es posible que...

—No, chist... —le hizo callar Sweeney.

El presentador estaba en el escenario, pues era realmente un escenario, aunque pequeño, de unos dos metros de profundidad por cuatro de anchura, y anunciaba a Yolanda y su famoso número de la *Bella y la Bestia.* Sweeney quería escuchar las palabras del presentador.

No valía la pena, porque había abandonado su anterior humor y ahora se mostraba más bien patético. Sweeney intentó no escuchar las palabras referidas al valor de Yolanda «que acababa de abandonar el lecho del dolor para responder a la llamada del arte y a la demanda del público, para interpretar la más maravillosa, la más sensacional danza del mundo, con la colaboración del perro más valiente que existe, el perro que ha salvado la vida de su ama con peligro para la suya propia, que ha quedado herido y que sin embargo...»

Sweeney no pudo soportar tanta palabrería inútil.

—¿A quién presenta ese imbécil —le susurró a Bline—, a Juana de Arco?

—Chist..

Por fortuna, el presentador terminó su perorata unos cuarenta y cinco segundos más tarde. Nada dura eternamente, ni siquiera un animador cómico cuando tiene la ocasión, sin precedentes, de ponerse dramático.

Las luces disminuyeron de intensidad y todo el mundo calló. Era el silencio profundo conseguido al retener la respiración más de doscientas personas. Incluso fue posible oír el clic del interruptor al encenderse un foco al fondo de la sala, para lanzar un círculo de luz amarillenta sobre el lado izquierdo del escenario. Todas las miradas convergieron en ese círculo

luminoso. Empezó a batir un tambor y aquel ruido rítmico hizo que los ojos de Sweeney abandonasen el circulo de luz para fijarlos en los músicos. Del terceto faltaban sus dos terceras partes. El pianista y el saxo no estaban ya en el escenario. El batería se encontraba ahora detrás de un solo timbal, con los palillos almohadillados, lejos del resto de sus instrumentos de percusión, disimulado en la oscuridad del resto del tablado.

El timbal marcó un lento crescendo y la luz del foco disminuyó. «Estupendo», pensó Sweeney, preguntándose si la idea de la presentación era de Yolanda o de Nick. Un ritmo sin música. Ni siquiera el más potente de los tambores puede igualar el sonido de un timbal al ser golpeado con palillos almohadillados. De pronto, se produjo un leve movimiento cerca del circulo luminoso, que volvió a aumentar de intensidad..., y Yolanda apareció, en el centro, completamente inmóvil.

Era muy bella. La imagen que Sweeney llevaba en su cerebro no era exagerada en absoluto. Ahora estaba seguro de que era la mujer más hermosa que viera en su vida. Y por el silencio de la sala comprendió que todos opinaban como él. ¿Qué hacía una joven como ella en un club barato, de la Clark Street de Chicago?

Yolanda llevaba una túnica semejante a la que él le vio en el vestíbulo de aquel edificio. Esta de ahora era negra y no blanca, y le sentaba mejor, según Sweeney, por el contraste del negro con la blancura de su piel. Esta tampoco tenía tirantes en los hombros, moldeando como la otra cada curva de su hermoso cuerpo.

Iba descalza y la túnica negra era la única prenda visible. Sin cintas, sin guantes, sin un bolero; no se trataba, por tanto, de un *striptease* como los demás, con el desprendimiento gradual de varias piezas de ropa; sería como un destello pasar bruscamente del negro al blanco absoluto.

El timbal aceleró el ritmo.

Yolanda estaba inmóvil como una estatua.

De repente, con tanta lentitud que apenas se percibía, empezó a mover la cabeza.

Todas las miradas siguieron aquel leve gesto. Y el público vio, como lo veía ella, una forma agazapada en la penumbra del lado opuesto del escenario. Era Diablo, el perro; sólo que ya no era un perro. Era un auténtico diablo. Estaba agazapado, con las mandíbulas entreabiertas, mostrando sus blancos colmillos, y aquellos amarillentos ojos que destacaban en la oscuridad.

El timbal bajó de tono, hasta tornarse casi inaudible. Y en medio de aquel silencio, el perro aulló con fuerza. Era el mismo sonido, exactamente el mismo, que Sweeney oyera dos noches antes. Aquel aullido hizo que un escalofrío recorriese su espinazo, lo mismo que le había ocurrido entonces.

Todavía medio agazapado, el perro avanzó un paso hacia la mujer. Aulló otra vez y se dispuso a saltar.

Se produjo un movimiento súbito al otro lado de la mesa, y Sweeney apartó los ojos del drama del escenario. En el mismo instante, vio cómo la mano de Bline se alargaba a través de la mesa y asía el brazo de Guerney.

En la mano del policía había una pistola.

—¡Maldito loco! —gruñó Bline en voz muy baja—. Esto forma parte de la danza. El perro está amaestrado. No le pasará nada a Yolanda.

—Por si acaso —murmuró Guerney—. Por si la atacaba. Le acertaría antes de que llegase a la garganta de la joven.

—Guárdate la pistola, idiota, o te romperé la crisma.

La pistola volvió lentamente a la funda, pero Sweeney observó, por el rabillo del ojo, que la mano de Guerney continuaba sobre la culata del arma.

—No temas, esto forma parte del acto. Claro que el perro saltará sobre ella —refunfuñó aún Bline.

La mano de Guerney se apartó de la pistola pero continuó cerca de la sobaquera. Sweeney volvió a concentrarse en el escenario, y en aquel instante se oyó un alarido entre el público. Había sido una de las espectadoras.

El perro iba a saltar, ¡saltó!

Pero la danzarina también se hizo a un lado y Diablo no la acertó y pasó al otro lado. Se dio vuelta rápidamente, se agazapó de nuevo, y ahora Yolanda se hallaba en el centro del escenario cuando el animal volvió a saltar. No obstante, la joven ya se había apartado.

Sweeney se preguntaba si aquel juego duraría indefinidamente, mas no fue así. El perro, como convencido de que era inútil saltar, se agazapó en medio del escenario, dando vueltas al tiempo que ella bailaba a su alrededor.

Yolanda sabía bailar; bailaba bien, aunque quizá no de manera superlativa; con gracia, si bien carente de significado. Diablo, sin aullar ya, daba vueltas, siguiendo con sus pupilas amarillas todos y cada uno de los movimientos de la danza.

De repente, colocándose al lado de la Bestia, la Bella cayó de rodillas y colocó una mano sobre la cabeza del animal, que aulló si bien tolerando la caricia.

El timbal aceleró el ritmo. En el mismo instante, Yolanda se irguió graciosamente, de cara al público desde el centro del círculo luminoso que gradualmente empezó a disminuir, y el perro se situó detrás de su ama. A continuación, se enderezó en toda su altura y abalanzándose hacia delante, asió con sus dientes el asa de la cremallera de la túnica y tiró hacia abajo.

La túnica negra, como la otra blanca cayó formando un círculo a los pies de la Bella. Yolanda era muy hermosa, pensó Sweeney, pese a ir demasiado vestida con un sostén transparente, de malla, diáfano como el rocío matutino, que acentuaba la hermosura de sus voluptuosos senos; y un slip que, a la luz menguante del foco, tal vez no existiese, pero era preciso tomar como articulo de fe. Yolanda, aquella noche, llevaba algo más. Una ancha tira adhesiva de unos quince centímetros de longitud, en el vientre, justo debajo del ombligo. El contraste de negro de la cinta contra la blancura de la piel hacía que pareciese más desnuda que dos noches atrás, en que Sweeney la viera sin nada encima.

El timbal fue callando lentamente. Yolanda levantó los brazos, elevando con ellos los pechos, y separó los pies; el perro, detrás de ella, se colocó entre las piernas de la Bella, y se quedó quieta como llevándola encima, con la cabeza levantada para desafiar tal vez a cualquiera que se atreviese a aproximarse a lo que ahora custodiaba.

—Cancerbero guardando la puerta del Infierno —susurró Sweeney.

—¿Quién? —preguntó Bline.

El timbal calló, la luz se apagó y cuando las luces se encendieron de nuevo, el escenario estaba vacío.

El espectáculo había concluido. La gente aplaudía con loco entusiasmo, pero Yolanda no salió siquiera a saludar ni una sola vez.

—¿Le ha gustado? —preguntóle Bline a Sweeney por encima del estruendoso aplauso.

—¿Ella?

—La danza.

—Probablemente es algo simbólico, aun que ignoro qué simboliza. Supongo que el coreógrafo tampoco lo sabe. Si es que hay un coreógrafo. Más bien creo que esto sea obra de Doc Greene. Es una danza bastante loca, y bastante buena, como para que se deba a su fina mano italiana.

—Greene no es italiano —objetó Bline—, sino alemán en parte.

Sweeney no tuvo oportunidad de responder porque Guerney había estado vigilando a la gente y Bline le miraba con poca simpatía.

—Maldito idiota —repitió—, por menos de un centavo te obligaría a entregar la pistola y andar por ahí sin armas.

—No pensaba disparar, capitán —tartamudeó Guerney, enrojeciendo hasta la raíz del cabello—, a menos que..

—A menos que el perro saltara sobre Yolanda. Y saltó dos veces. Santo Dios, esto habría sido una horrible mancha para el Departamento.

Sweeney se apiadó del pobre detective.

—Si hubiese matado a ese perro Guerney, yo lo habría aprobado —dijo.

—No habría servido de nada —gruñó Bline—, a menos que le hubiese buscado un puesto como vendedor callejero del *Blade.*

Nick salvó a Guerney de mayores recriminaciones, apareciendo junto a la mesa.

—Caballeros, les servirán una ronda. ¿Qué tal el espectáculo? El perro está bien amaestrado, ¿eh?

—Diablo, ha demostrado más control dadas las circunstancias —repuso Sweeney —, del que yo hubiera tenido.

—Opino lo mismo —empezó a sonreír Guerney, mas vio la mirada de Bline y comprendió que seguía en desgracia—. Bueno, tengo que ir a ver a un tipo... No, perdonen, voy al lavabo.

Se levantó y desapareció por entre las mesas.

—Me quedaré un momento hasta que vuelva —dijo Nick, tomando asiento en la silla vacante—. ¿Observó algo durante el *show,* capitán?

—Yo —se adelantó Sweeney—, todo lo que no cubría el slip. En realidad, me gustaría ver a Yolanda sin nada encima, no como la vez anterior.

—¿Cómo? —Nick miró al periodista con cierto asombro—. Pensé que, según su artículo...

—Guantes —explicó Sweeney, moviendo la cabeza con pesar—. Llevaba unos guantes largos.

—Este individuo, Nick —mascülló Bline—, tiene una mente retorcida. ¿Preguntaba si había observado algo extraño durante el espectáculo?

—Sólo esto, quiero decir —manifestó Nick—. En el momento en que Yolanda se queda allí, de cara al público, desde el centro del escenario,

cuando la luz disminuye... Claro que no voy a modificar la danza ahora que la gente acude aquí en tropel; tal vez vendrían igual si Yolanda interpretara Anne Laurie con un traje de submarinista, mas por el momento no pienso alterar nada. Sin embargo, estoy preocupado. No quiero que la maten, y si el Destripador viniese, gozaría de la gran oportunidad.

—¿De qué modo?

—La sala está casi a oscuras y si ese tipo decidiese arrojar un cuchillo al vientre de Yolanda, seria muy difícil precisar la procedencia del lanzamiento.

Bline reflexionó unos segundos y después sacudió la cabeza.

—Es algo muy remoto, Nick. A menos que sepa tirar bien el cuchillo, y hay un millón de probabilidades en contra, ya que se tardan varios meses en aprender. Tampoco creo que el Destripador llegue nunca a emplear una pistola. Esa clase de asesinos se sirven siempre del mismo tipo de herramienta, y aún creo menos que quisiera despachar a su victima en medio de la multitud. E mayor peligro que corre Yolanda se halla en sus desplazamientos desde aquí a su casa y viceversa, por la noche. Pero ya nos ocupamos de esta contingencia.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que atrapemos al Destripador, Nick. Al menos, mientras trabaje aquí, o sea que no tiene por qué estar inquieto.

—¿Hará que alguien registre su piso antes de que entre ella?

—Oiga, Nick —Bline arrugó la frente con cierto enojo—, no le cuento a nadie las precauciones que adoptamos. Especialmente con un periodista sentado aquí, que podría publicarlo en su diario, de forma que se enterase también el asesino.

—Gracias —se sulfuró Sweeney—, por cambiar lo de presunto Destripador por presunto periodista chivato. La sugerencia de registrar el piso de la Bella antes de que entre ella no está mal; si no han adoptado ya esta medida. Si yo fuese el Destripador y deseara matar a Yolanda, no volvería a intentarlo en la calle, sino que me metería debajo de su cama a esperarla. Oiga, ¿duerme Diablo en la misma habitación que su ama?

—Esto no puede publicarse, Sweeney —gruñó Bline con dureza—. Todavía no.

—Respecto a lo de arrojar el cuchillo. —intervino Nick—. ¿Y si ese monstruo supiese hacerlo?

—Aquí viene —anunció Sweeney—. Pregúnteselo a él.

11

Doc Greene avanzaba hacia ellos dando codazos para abrirse camino por entre los que salían al concluir el primer pase del espectáculo. Greene sonreía, iluminando aquel rostro redondo y mofletudo que Sweeney hubiese querido desfigurar.

Bline, al ver quién se acercaba, miró a Sweeney con enojo.

—¡Usted y sus malditas sospechas! —gruñó.

Tal vez tú, lector, seas de la misma opinión que el detective, cosa que no te censuraría. Sólo era un presentimiento, y ya es sabido lo cabezotas que son los irlandeses con los presentimientos; y si no lo sabias cuando empezaste a leer esta obra, deberías saberlo ahora. Una vez que tienen un presentimiento, nada ni nadie puede borrarlo de sus mentes Y aún menos en el caso de Sweeney. Naturalmente, existía una oportunidad, una gran oportunidad de descubrir si estaba o no equivocado. Si algún día Greene le clavaba un cuchillo en el abdomen, su presentimiento quedaría confirmado. Cabía la posibilidad de que ocurriese esto, si bien en aquellos instantes Doc Greene exhibía un grueso cigarro puro y no un cuchillo.

—Hola, Doc —te saludó Nick, levantándose—. He de irme. Hasta luego.

Doc le saludó con el gesto y le preguntó a Bline qué le parecía el espectáculo.

—¡Magnífico! —alabó el capitán—. Siéntese, Greene.

Guerney, al regresar, vaciló al ver su silla ocupada. Bline le llamó y le dijo que podía salir a tomar un poco el aire.

El policía se marchó muy agradecido.

Doc Greene le sonrió a Sweeney. Una sonrisa sin la menor simpatía.

—¿Debo preguntarle también si le ha gustado?

—No —expresó Sweeney—. Sé que está extorsionando a Nick, o mejor dicho, a Harry Yahn, por unos mil pavos.

—Yo no lo llamaría extorsión. Yolanda no podía bailar tan pronto, tras lo sucedido. Corro, por tanto, un riesgo con su salud. Naturalmente, se merece una gratificación, ¿verdad?

—¿Es para ella?

—Bueno, en calidad de agente suyo, me quedaré con una parte.

—¿Cuál es su tanto por ciento?

—Esto es asunto mío.

—Y un asunto bueno —gruñó Sweeney—. Doc, me gustaría hacerle una pregunta.

—A lo mejor la contesto.

—¿Cómo es que Yolanda trabaja en un local como éste? Usted podría conseguirle contratos mucho mejores.

—Ya lo sé. Pero ahora tenemos un contrato aquí, ya se lo dije. Yahn no nos permitiría romperlo. ¿Sabe lo que obtenemos en este local? Dos malditos centenares de dólares a la semana. Yo podría conseguirle a Yo unos mil, pero estamos atados aquí por otro mes. Claro que cuando esto termine...

—No me ha entendido —le interrumpió el periodista—. Quise decir por qué trabajaba aquí por esos doscientos semanales. Incluso sin tanta publicidad, debería estar en otro sitio, no en la Clark Street.

—Tal vez usted lo haría mejor que yo —repuso Doc Greene, separando las manos—. Es muy fácil decirlo, Sweeney. Claro que jamás podrá demostrarlo. Tengo a Yolanda bajo contrato.

—¿Por cuánto tiempo?

—Eso también es asunto mío.

—Opino —objetó Sweeney— que no ha querido buscarle mejores contratos por razones particulares.

—Opina usted muchas cosas. ¿Le gustaría que yo opinase a mi vez?

—Adivino su opinión —se le anticipó Sweeney al observar que Bline permanecía muy atento a la discusión—. Puedo incluso hacerle una sugerencia. Es posible que el Destripador no atacara a Yolanda. Es posible que todo fuese un acto de propaganda. Nadie vio cómo la asaltaba el Destripador. Tal ver usted lo inventó todo; Yolanda pudo hacerse ella misma el arañazo con una hoja poco afilada, y después tumbarse en el suelo hasta que alguien mirase por la puerta.

—¿Se tragó la hoja?

—Pudo meterla en alguno de los buzones. En el suyo, quizá. Estuvo de

pie junto a ellos.

—No, Sweeney —interpuso Bline—. Registramos el vestíbulo, incluidos los buzones. No había arma alguna. Ni en sus zapatos, ni en su túnica. La registraron en el hospital No crea que no se nos ocurrió la posibilidad de que fuese un truco.

—Doc pudo estar allí y llevarse la hoja —insistió obstinadamente Sweeney—, con la misma facilidad con que podía hacerlo el Destripador con su navaja.

—Gracias, Sweeney —Doc se inclinó con ironía—. Por manifestar, por primera vez, que no soy el Destripador.

—De nada, Doc. Además, capitán, existe una posibilidad. Quizá ya se le habrá ocurrido, claro. La herida era muy superficial, no lo bastante para dejarla incapacitada. ¿Cómo sabemos que se la hizo en el portal?

Bline miró pensativamente al periodista.

—Bueno —continuó. Sweeney—, pudo llegar a casa, subir al apartamento, rajarse el vientre con una navaja, guardarla, bajar al zaguán y tumbarse en el suelo hasta que la viese alguien.

—Ya pensamos en ello —asintió Bline—. Sin embargo, hay varios detalles en contra y uno de importancia. Detalles pequeños, como unos arañazos era la puerta trasera. Si, claro, pudieron dejarlos adrede. De todos modos, hay que ser valiente y tener mucha disposición para cortarse uno mismo. De acuerdo, puede hacerse. Otra cosa: no podía estar segura, ni Doc Greene tampoco, de que usted estaría presente y escribiría el articulo. ¿O está usted complicado en el asunto?

—Seguro —sonrió Sweeney—. Por esto lo sugiero ahora. Doc no me pagó mi parte y ahora le denuncio. Bueno, ¿cuál es el detalle importante que demuestra que no fue un truco?

—El *shock,* Sweeney. Tardó más de doce horas en reponerse, y lo sufría realmente cuando llegó al hospital. Fue auténtico. Hablé con los médicos que la examinaron, y afirmaron que no se trataba de fingimiento alguno ni de drogas. Era una conmoción auténtica, repito, y puede creerlo bajo mi palabra.

—De acuerdo, fue sólo una idea —concedió Sweeney—. Me alegro de estar equivocado. Me habría convertido, de ser verdad, en un idiota por el artículo que escribí.

—Le contaré a Yo —intervino Doc Greene, socarronamente— lo que pensaba usted, lo que le ha sugerido a Bline. Seguro que experimentará

más simpatía hacia usted.

Sweeney le miraba echando chispas por los ojos.

Greene sonrió y se inclinó más hacia la mesa.

—Lo que más me gusta de usted, Sweeney —proclamó—, es que sus reacciones son totalmente predecibles, primitivas, carentes de sutileza. Debería saber que no cometeré la torpeza de comunicarle a Yolanda sus torpes insinuaciones.

—¿Por qué no?

—Porque soy un hombre sutil y civilizado. Lo último que haría sería lograr que Yolanda se enfadase con usted, y menos todavía que reaccionase con ira. Las mujeres también son sutiles, civilizadas o no. Claro que esto usted no lo entiende. Sin embargo, hasta usted puede comprender que si yo desease poner a Yolanda en contra de usted, lo último que se me ocurriría es prevenirla en contra.

Bline le sonrió a Sweeney.

—Me gusta este duelo —murmuró—. Su turno, Sweeney.

—Preferiría discutir esto fuera —rezongó el periodista.

—El perfecto animal —comentó Greene—. Las tres cosas por las que los irlandeses son famosos: la bebida, las peleas y..., bueno, la tercera..., en el caso de Sweeney, se reduce al *voyeurismo.* E incluso por esto —añadió, inclinándose más sobre la mesa—, odio sus entrañas.

—Bien, la máscara ya ha caído —sonrió Sweeney—. ¿De veras es usted psiquiatra, Doc?

—Lo soy.

—¿Y honradamente no admite que no está usted cuerdo? No sé cuáles son sus relaciones con Yolanda, ni se moleste tratando de explicármelo, porque no le cree. Pero su actitud hacia esa joven no es juiciosa ni normal. Como agente suyo permite que se quede desnuda delante de un auditorio, que está con la lengua fuera. A lo mejor incluso le gusta; a lo mejor, padece usted un caso de voyeurismo invertido. Yo no lo sé, pero usted debería saberlo, siendo psiquiatra.

Bline paseaba su mirada de uno a otro, sin dejar de sonreír.

—Vaya, muchachos, yo soy el árbitro. El primero que pierda la calma hasta el punto de clavarle un cuchillo al otro, perderá el combate... y tal vez me lo lleve a la fresquera.

Ni Sweeney ni Greene lo miraron.

—Miles de hombres —declaró el periodista— deben de haber deseado

a Yolanda e intentado conseguirla. Usted no puede haber reaccionado contra todos ellos como contra mí. Su adrenalina no habría soportado tantas tensiones. Por tanto, en mi caso hay algo diferente. ¿Sabe una cosa, Doc?

Greene estaba molesto, con los ojos hundidos. Pudiera haberse contado hasta diez antes de que respondiera, y cuando lo hizo sólo fue para decir.

—No, claro.

Parecía realmente intrigado.

—Entonces, le diré algo: es porque esos otros solamente intentaron conseguirla. Usted sabe que yo triunfaré.

Bline debió de estar vigilando el semblante de Greene, porque estuvo de pie antes que éste. Doc apartó con violencia la silla, mas no pasó adelante cuando el capitán de detectives le cogió del brazo; aunque Greene no le hizo mucho caso.

—Le mataré, Sweeney —silbó.

Se libró de la presa de Bline, dio media vuelta y se alejó.

Nick estaba ya junto a la mesa.

—¿Ocurre algo, caballeros? —preguntó.

—Todo va bien —le tranquilizó Sweeney.

Nick paseó su mirada de uno a otro y dijo amablemente:

—¿Les sirvo algo más?

—No, gracias —rechazó Sweeney—, al menos para mí.

—Yo tampoco quiero nada, Nick —dijo Bline.

—No habrá ninguna pelea, ¿eh?

—No, Nick —aseguró Bline—. En fin, si, tomaré otro vaso, si puedo.

Nick asintió con la cabeza y los dejó. Bline se retrepó en su silla y contempló a Sweeney.

—Quería deshacerme de él, amigo. Bien, Sweeney, ha de ser más cuidadoso.

—Tiene razón, capitán. Honradamente, creo que no está totalmente cuerdo. Por esto le ataqué. Deseaba darle a usted una prueba.

—No dijo en serio lo de matarle a usted. No lo hubiese dicho delante de mí, si estuviera en su mente. Sólo trataba de asustarle.

—Ojalá estuviese seguro de esto. Si está cuerdo, bien. Pero, Destripador o no, me juego cualquier cosa a que está loco.

—¿Y qué hay de usted?

—Usted sabrá —repuso el periodista, frunciendo el ceño—. Tal vez esté loco, pero no del todo —se puso de pie—. Creo que ya tengo bastante

por una noche. Me largo a casa.

—¿Tiene una buena cerradura en su puerta?

—¿No lo sabe? —preguntó Sweeney, enojado—. Pues debería saberlo. A menos que yo la dejase sin cerrar la otra noche, cuando se llevó usted mi navaja...

Bline también se levantó.

—Le acompañaré un par de manzanas. Así me airearé un poco.

Una vez en la calle, yendo hacia Clark, continuó:

—Si la pérdida de su navaja le asustó de veras, Sweeney, lo lamento. Este fue el motivo: envié a dos de mis muchachos en su busca, pues quería interrogarle. Fue el jueves por la noche, y les dije que también cogiesen su arsenal. No les ordené cogerlo si no estaba usted, pero se pasaron un poco. Uno de ellos, no diré cuál, es muy bueno abriendo cerraduras y siempre busca ocasiones para demostrar su destreza.

—Ya sé quién es. No necesita decírmelo.

—No sea tonto, Sweeney. Hay muchos hombres en el Cuerpo que saben forzar una cerradura.

—Pero sólo uno de ellos estuvo antes en mi habitación, y otro cualquiera hubiese tenido que hablar con la señora Randall antes de subir. Y estando ella en casa, no habrían podido entrar en mi cuarto. Por tanto, se trata del fulano que pienso. Y creí que era amigo mío.

—Olvídelo, Sweeney. Maldita sea, hombre, la amistad no cuenta cuando se persigue a un asesino. Ya le dije que usted nos resultaba muy sospechoso. Sweeney, es preciso que descubramos a ese monstruo antes de que elimine a más mujeres.

—¿En bien de la Humanidad o para no perder su empleo?

—Por ambas cosas; no sólo por mi empleo. Hace dos meses, cuando murió Lola Brent, yo no estaba metido en el asunto. Me dieron el caso a la segunda muerte, cuando sospecharon la existencia de un criminal psicópata. Contemplé en el depósito de cadáveres el cuerpo de Stella Gaylord, y luego el de la secretaria, Dorothy Lee... Le aseguro que no fue agradable.

Se detuvo un momento y miró fijamente al periodista.

—Usted presenció una parte del trabajo del Destripador..., el que falló. No le hubiese parecido tan gracioso de haber visto los verdaderos resultados, como yo los vi.

—Nunca dije que fuese algo gracioso.

—Entonces, me gustaría que usted y Doc Greene abandonasen ese pugilato que sostienen y dejasen de enredar más el asunto, acusándose uno al otro de ser el Destripador. Sí, fue él quien me lo dijo de usted, Sweeney, cuando hablé con él el jueves por la noche. Fue entonces cuando envié a mis hombres en busca de usted y su armamento. No sabia entonces que Greene me usaba como un monigote porque le odiaba a usted por motivos personales.

—Y si yo quiero que usted sospeche de él, pensará que lo hago por motivos personales, ¿verdad?

—¿No es por eso, en realidad?

—Por eso —suspiró Sweeney— y por un presentimiento.

—Bueno, siga con su presentimiento, si le gusta. Pero no espere que comulgue con usted. Las dos coartadas de Greene tal vez no son perfectas, pero para mí son bastante buenas, especialmente, como le dije, porque el asesino conocía a todas sus victimas o no conocía a ninguna. Un loco puede matar a la mujer que quiere; pero pertenece a otra clase de locura el que sigue a mujeres desconocidas hasta sus casas y las mata después. Estoy seguro, y no soy psiquiatra, que un psicópata no realiza esas dos clases de crímenes.

Estaban cerca de la esquina de Erié; y Bline aflojó el paso.

—Usted tuerce por aquí. Yo volveré al club. Y procure mantenerse apartado de Greene. No quiero tener que llevármelos a los dos a la cárcel por alteración del orden, y si ustedes «se encuentran» esto es lo que ocurrirá.

Alargó la mano derecha.

—¿Amigos, Sweeney?

—¿No soy el Destripador? ¿Está seguro?

—Razonablemente seguro.

Sweeney le estrechó la mano y sonrió.

—También estoy ya razonablemente seguro de que usted no es un hijo de perra, capitán. Lo pensé, no obstante, al principio.

—No se lo reprocho. Hasta la vista.

Sweeney permaneció unos instantes en la esquina. Vio cómo Bline miraba a su alrededor y cruzaba diagonalmente la calle, lo que le alejaba de la dirección del club. Poco después, cuando le vio conversar con un hombre, lo comprendió. Esto significaba que Bline acababa de suprimir la sombra de Sweeney, a menos que fuesen dos los policías que le seguían.

Para asegurarse, fingió doblar hacia el sur, a Erié y State, e introducirse en el portal de una tienda próxima a la esquina para ver si alguien iba detrás de él. No vio a nadie.

Mientras regresaba a Erié, en dirección a suspensión, fue silbando bajo. En su cuarto no le esperaba ningún Destripador. Sin embargo, allí estaba Mimi.

El número MCH-1 de la Ganslen Art Company de Louisville, Kentucky. Mimi Chillona.

La cogió, la sostuvo con delicadeza, y la figura le chilló, tendiendo hacia él los esbeltos brazos. Aquel chillido le recorrió a Sweeney la espina dorsal.

En algún lugar de Chicago había otra Mimi como ésta, y también tenía motivos para chillar. El Destripador era su dueño.

Sweeney tenía la Mimi número dos. ¿Y si el Destripador sabia que poseía el número uno?

No, el Destripador no podía saberlo. Al menos, no lo sabia, a no ser que el asesino fuese Raoul Reynarde, que le había vendido la estatuita, después de haber vendido Lola Brent la primera al Destripador y haber intentado sisar el producto de la venta. Y si Raoul era el Destripador, no le habría hablado de Mimi ni de... Diantre, si Raoul era el Destripador, toda la historia de haber vendido la Brent una Mimi podía ser falsa y haberlo contado sólo para desviar su atención... Pero Raoul también se lo habría contado a la policía. Naturalmente, era posible que se lo hubiese contado, y que no hubiesen hecho caso en absoluto de la declaración, al no relacionar la figura con la muerte de Lola. Al parecer, tampoco Raoul había relacionado ambas cosas. Incluso Sweeney hubiese podido hacer lo mismo de no haber adquirido la estatuita y haber oído el comentario del dueño de aquel restaurante donde entró con ella.

Dejó en su sitio a Mimi. Ojalá dejara de chillar, pero esto nunca lo haría. No es posible acallar un grito mudo.

No, decididamente la Policía nada sabía de Mimi; de lo contrario, Bline no hubiese estado sentado en el cuarto, sin darse cuenta de ella o al menos mencionarla. En algún momento la habría observado fieramente.

Y, claro está, le había hablado de Mimi a Doc Greene, y éste no había reaccionado. Aunque no lo creía, Doc podía controlar sus nervios hasta el punto de lograr que el papel no vibrara... No, si Greene era, a pesar de sus coartadas, a pesar de todo, el Destripador; quizá la pista de Mimi no fuese

más que un callejón sin salida; quizá incluso el Destripador no había adquirido la figura en la tienda.

«Sweeney —se dijo a sí mismo—, no puedes comerte todo el pastel de una vez. Si Mimi es una pista que conduce al Destripador, Greene no es el asesino como tanto te gustaría que fuese.»

Suspiró alto.

Se sentó en la cama y empezó la tarea por la que había venido, leer todo lo referente al tercer crimen, el de Dorothy Lee. Estaba seguro de conocer ya muy bien a Stella Gaylord y a Lola Brent.

Cogió el *Blade* del 1 de agosto.

Naturalmente, no tenía que leer los detalles. Era el tercer asesinato del Destripador y mereció figurar en la primera página con grandes titulares, los mismos que utilizaban siempre en el *Blade* para anunciar una guerra o un armisticio.

EL DESTRIPADOR ASESINA A OTRA MUJER

Había una fotografía de Dorothy Lee a tres columnas, y Sweeney la estudió. Era rubia, como Lola, como Stella, como Yolanda, y decididamente bonita. Era una buena fotografía y, si era reciente, la joven probablemente no contaba más de veinte años. Los detalles no eran demasiado claros, como si hubiesen sacado una ampliación de un retrato pequeño, o, más probable todavía, como si la hubiesen ampliado de un retrato en sepia y no brillante. Fuese como fuese, Dorothy Lee había sido bastante atractiva, quizá incluso bella.

El artículo afirmaba que era muy guapa, mas esto lo hubiesen dicho aunque no fuera verdad, ya que no tenía cuarenta años ni los dientes postizos o los ojos bizcos.

También afirmaba que se llamaba Dorothy Lee, de veinticinco años, una rubia y guapa secretaria de un tal J. P. Andrews, director de ventas de la Reiss Corporation, de la Division Street, que Sweeney sabia se hallaba cerca de la Dearborn. Vivía, observó Sweeney sorprendido, en la Erié Street, a sólo una manzana de su pensión. Sólo a una calle de donde él estaba sentado, leyendo lo del crimen. «Dios mío —pensó—, ¿por qué no lo mencionó Bline? Bueno, tal vez creyó que ya lo sabía, puesto que me ocupo del caso.»

Quizá por esto, Bline había sospechado de él.

Antes de seguir leyendo, estudió un plano mental de Chicago y examinó la trayectoria de las cuatro hazañas del Destripador. Tres habían tenido lugar en sitios próximos, en el Lear North Side. Uno, el atentado contra Yolanda, a cinco manzanas de distancia; otro, el asesinato de la chica de alterne, en la entrada de un callejón de la Huron, entre las calles State y Dearborn, a unas cuatro manzanas; Dorothy Lee, a sólo una.

Cierto, el primer crimen, el asesinato de Lola Brent se había cometido en el South Side, a varios kilómetros de distancia, pero probablemente había empezado en el Near North Side, cuando el Destripador la siguió hasta su casa desde la tienda situada en Division Street, a sólo doce manzanas al norte. También podía haber seguido a Dorothy Lee desde la Reiss Corporation, ubicada en la misma calle.

Trazó unas X imaginarias en cada lugar del plano mental y prosiguió la lectura.

Encontró el cuerpo unos minutos después de las cinco de la tarde, la señora Rae Haley, divorciada, que vivía en el apartamento contiguo al de la Lee. Al volver a casa a la salida del cine, la señora Haley observó lo que parecía un reguero de sangre, y que más adelante resultó serlo, que salía por debajo de la puerta del apartamento de la pobre Dorothy.

Naturalmente, era posible que la joven, a la que la señora Haley conocía como vecina, hubiese dejado caer un bote de tomate abierto o una botella de *catsup.* Sin embargo, era el tercer caso del Destripador, y la señora Haley, como todas las mujeres de Chicago, tenía al Destripador en su mente. No llamó a la puerta del apartamento por si abría alguien indeseable. E inmediatamente, corrió a su apartamento, se encerró en él y hasta pasó la cadena. Después, telefoneó al portero y le contó lo que acababa de ver.

David Wheeler, el portero de la finca, se metió un viejo revólver de servicio en el bolsillo y subió desde el sótano al tercer piso, que contenía cinco pequeños apartamentos, incluidos los de la señora Haley y Dorothy Lee. Con el revólver en la mano, llamó primero al timbre y después probó la puerta, que permanecía cerrada. Acto seguido, se agachó para examinar el reguero rojo y decidió que seguramente era sangre. David Wheeler había trabajado como ordenanza de un hospital y sabía cómo era la sangre.

Llamó al timbre de la señora Haley, y cuando ella quitó la cadena y entreabrió la puerta, le dijo que lo mejor sería avisar a la policía. Fue la misma señora Haley la que llamó, puesto que no se atrevió a abrir la puerta

por completo ni siquiera al portero. Este estuvo de guardia en el descansillo hasta la llegada de los representantes de la ley. Derribaron la puerta del apartamento y encontraron a Dorothy Lee en el suelo, a un metro aproximadamente de la puerta cerrada.

Vieron que la cadena no había sido puesta y que la cerradura era de pestillo, que debió cerrarse automáticamente tras la marcha del asesino. No había motivos para pensar que hubiese salido por otro lugar. Las ventanas del apartamento estaban abiertas, pero ninguna daba a una escalera de incendios, y se hallaban a más de diez metros del pavimento del callejón.

La policía creía, por la posición del cuerpo, que el asesino apenas había entrado en el apartamento. Dorothy Lee todavía llevaba el sombrero (hacia calor y no llevaba abrigo), por lo que estaba claro que acababa de llegar a su casa. Creían que el criminal la siguió a su casa y que llamó al timbre tan pronto como Dorothy cerró la puerta.

Cuando ella abrió, el asesino entró y utilizó el cuchillo. Quizá Dorothy no tuvo ni tiempo de gritar; pero si lo hizo, nadie la oyó. La policía continuaba, decía el diario, interrogando a los vecinos para averiguar quiénes estuvieron en sus apartamentos a la hora del crimen.

Después de acuchillar a la joven, razonaba la policía, el Destripador salió al descansillo, cerrando tras de si. Aparte del cadáver, no había rastro alguno de su presencia en el interior, que estaba aseado y en perfecto orden. El bolso de Dorothy se hallaba sobre una mesita, cerca de la puerta; dentro hallaron catorce dólares en billetes y suelto. No le habían quitado ni la sortija de ópalo ni el reloj de pulsera.

Dorothy Lee dejó su trabajo a las dos y cuarenta y cinco minutos, quejándose de dolor de muelas; el gerente le aconsejó ir a un dentista y gozar después de una tarde libre. Todavía no se conocían todos los movimientos de la muchacha hasta la hora de su muerte, pero la policía estaba visitando a todos los dentistas del Near North Side y del Loop, para averiguar en cuál de tales consultorios había estado la victima. El forense que examinó el cadáver halló la prueba de que realmente había ido a ver a un dentista, ya que en una muela hinchada le habían colocado un empaste temporal.

Bien, si el empaste no alivió el dolor de muelas, el Destripador se había encargado de ello. Según el forense que examinó el cuerpo a las cinco y media, la joven llevaba muerta entre una y dos horas, o sea que había sido asesinada entre las tres y media y las cuatro y media. Probablemente,

llevaba muerta al menos media hora cuando la señora Haley, a las cinco, vio la sangre que condujo al descubrimiento del crimen.

El artículo terminaba con declaraciones del jefe de policía y del capitán Bline, a cargo de la brigada especial encargada de descubrir al Destripador.

Sweeney cogió el diario siguiente y buscó nuevos datos.

Habían hallado al dentista, un tal doctor Krimmer, que tenía el consultorio en la Dearborn Street, a unas tres manzanas al sur de la Division. Al reconocer la foto de la muchacha en el periódico, llamó a la policía.

Dorothy Lee había estado en el consultorio hacia las tres, padeciendo un fuerte dolor de muelas. No tenía hora dada y era nueva paciente, mas como era obvio que sufría mucho, el odontólogo la atendió tan pronto como terminó con el enfermo que ya estaba en el sillón. Debían de ser unos diez minutos después de las tres.

Dorothy estuvo en el sillón sólo diez o quince minutos, pues el dentista le aplicó un tratamiento temporal que le alivió el dolor. La citó para la mañana siguiente. La joven le preguntó si podía ser por la tarde, puesto que trabajaba los sábados por la mañana y tenía la tarde libre, y con una cita para la tarde no perdería más horas de su trabajo.

El dentista la citó para las cuatro, que era la primera hora libre después del mediodía, aconsejándole que si durante el día la muela le dolía otra vez, fuese a verle de nuevo lo antes posible y él la aliviaría el dolor por más tiempo.

No recordaba la hora exacta de su marcha, pero pensaba que debió ser hacia las tres y veinte; con seguridad, no más de las tres y media.

Sweeney reflexionó sobre los horarios y comprendió que no modificaban la situación respecto a la hora del crimen. Dorothy pudo llegar a su casa a las tres y media si había cogido un taxi. Sweeney estudió de nuevo el plano mental y calculó las distancias. Si había ido andando desde la Dearborn a la State, y había tomado allí un tranvía hacia la Erié, podía haber llegado a su apartamento a las cuatro menos cuarto. De haber andado todo el camino, una distancia total de doce manzanas, habría llegado a casa a las cuatro o unos minutos antes. Suponiendo, claro, que no se hubiese detenido en alguna parte.

Leyó de prisa el resto de la noticia y no vio nada importante.

Cogió de nuevo el primer diario y estudió la fotografía de Dorothy Lee. Le parecía vagamente familiar..., lo que no era extraño si había vivido a

sólo una manzana de distancia. Probablemente se habrían cruzado en la calle una docena de veces. Miró otra vez la foto y deseó haberla conocido. Naturalmente, en ese caso la hubiese considerado otra secretaria estúpida, vana y ególatra, que prefería Irving Berling a Bach, y las *Confesiones románticas* a Aldous Huxley. Pero la muerte violenta la había transfigurado y esas cosas no importaban. Quizá, en realidad, no importasen nunca.

Trató de concentrar su cerebro nuevamente en el problema que le preocupaba.

El Destripador.

Bline tenía, pues, razón, respecto a la coartada de Doc Greene: no era perfecta pero era buena. Si la coartada le cubría, con la palabra de los abogados y el juez, hasta diez minutos después de las cuatro, a varios kilómetros de distancia, podía haber cogido un taxi hasta Near North Side a tiempo de seguir a Dorothy Lee si, y sólo si, ella se detuvo en alguna parte entre el consultorio del dentista y su casa. Mas esto no era probable. Salir corriendo del palacio de justicia...

«Maldito Greene», se dijo. Si al menos pudiera eliminar positivamente a tan antipático personaje, tal vez sería capaz de dirigir constructivamente sus pensamientos en otra dirección.

Se levantó y empezó a pasearse arriba y abajo, intentando meditar con claridad.

Consultó su reloj, vio que aún no era medianoche; la noche era todavía joven.

Tal vez pudiese eliminar muy pronto a Greene. Tal vez..., y esto era mejor, podría complicarle con toda seguridad. Con un pequeño robo, debidamente acompañado, quizá lo lograría.

Cogió la chaqueta y el sombrero, y salió del cuarto.

12

Cerró la puerta al salir dejando sola a Mimi, chillando en la oscuridad. Se detuvo junto al teléfono del pasillo y marcó el número de un hotel barato de la Clark Street. Dio el número de una habitación. Oyó la llamada y luego una voz iracunda.

—¿Ehlers? Aquí Sweeney.

—¡Al diablo, Bill! Iba a meterme en la cama. Estoy cansado. ¿Y cómo me llamas Ehlers en lugar de Jay?

—Esto es desde anoche.

—¿Qué?

—Desde anoche —pronunció el periodista con gran claridad—, cuando entraste en mi habitación sin un mandamiento.

—¿Eh? Oye, amigo, me dieron la orden, ¿sabes? ¿Y por qué te dijo Bline que fui yo?

—Bline no me dijo nada. Tampoco te dio esa orden.

—Oh..., vete al infierno —exclamó Ehlers—. Está bien, si quieres que me ponga de rodillas y te diga que me arrepiento...

—No. Se trata de alga peor que eso y más práctico. No te desnudes. Llegaré dentro de diez minutos. Cogeré un taxi. Colgó el teléfono. Quince minutos más tarde llamó a la puerta de la habitación de Jay Ehlers.

—Adelante, Sweeney —dijo Ehlers, al abrir.

Parecía algo cohibido y al mismo tiempo beligerante. Se había quitado la chaqueta y la corbata nada más.

Sweeney tomó asiento al borde de la cama, encendió un cigarrillo y miró a su amigo.

—De manera que pensaste que yo podía ser el Destripador.

—No fue idea mía, Sweeney. Fue idea del capitán.

—Seguro, y a él no se lo censuro. Bline no me conocía, no ha sido amigo mío durante diez años o más. Te envió a ti y a tu compañero en

busca mía y del armamento que encontrasteis. Yo no estaba en casa y tú tuviste la brillante idea de demostrar lo listo que eres con las cerraduras..., y me robaste la navaja y el cortaplumas. No seguiste las órdenes, las superaste. ¿Cuántas copas hemos tomado juntos en estos diez años, cuántas partidas de cartas hemos jugado, cuánto dinero nos hemos pedido el uno al otro? ¿Y aquella época en que...? ¡Diablo, no quiero recordar más cosas!

—Sí, me acuerdo de cuando impediste que me echaran —admitió Ehlers, con la cara roja como una amapola—. No tienes que recordármelo. Está bien, debí pensarlo dos veces. Pero dime, ¿esto conduce a alguna parte o sólo has querido poder sacarte la espina del pecho?

—Conduce a algo. Te daré la oportunidad de redimirte. Dejaré que abras una puerta para mí, la puerta del despacho de un hombre.

—¡Estás loco, Sweeney! ¿Qué puerta?

—La de Doc Greene.

—No puedo hacerlo, Sweeney. Estás loco.

—¿Estabas loco cuando abriste mi puerta? Lo hiciste por tu libre albedrío, sin ninguna orden ni mandamiento.

—Era distinto, Sweeney. Al menos, tenía unas órdenes, que quebranté, de acuerdo. Me dijeron que cogiera la navaja y cualquier otro instrumento cortante que tuvieras, para enviarlos al laboratorio. ¿Qué andas buscando en el despacho de Greene?

—Lo mismo. Sólo que no cogeré nada a menos que tenga manchas de sangre, y si lo atrapamos en algo, toda el mérito será tuyo.

—¿Piensas acaso que Greene es el Destripador?

—Espero averiguarlo, de una manera o de otra.

—¿Y si nos pillan?

—Nos habrán pillado. Ya procuraremos salir de ese lío.

Ehlers miró fijamente a Sweeney y movió negativamente la cabeza.

—No puedo, Sweeney. Perdería mi empleo por mucho que nos justificásemos. Y dentro de unos meses me ascenderán a teniente.

—Tú abre y no entres.

—¿Cómo dices?

—De lo contrario, dejaremos de ser amigos, Ehlers —añadió Sweeney, sin contestar la pregunta—. En cambio, si pierdes el empleo, no tardarás en figurar en la nómina del *Blade.* Hablaré muy bien de ti a Walter Krieg, a quien sea. Ha llegado la hora de que te redimas por lo que hiciste conmigo, y si no lo haces, juro por Dios que tiraré de todas las cuerdas que pueda,

incluso en el departamento de policía, para destruirte.

—¿De veras? Maldita sea, tú no puedes...

—Puedo intentarlo. Empezaré mañana por la mañana, demandando al departamento de policía por haber irrumpido en mi habitación sin una orden judicial, estando cerrada la puerta, y también por un robo menor.

—No conseguirás nada —trató de reír Ehlers.

—Claro que no. ¿Pero no crees que los comisarios iniciarán una pequeña investigación para llegar al fondo del asunto? Se enfadarán con Bline, y Bline les dirá la verdad. Y te la cargarás tú para salvar la fachada del Departamento, con lo que también perderás el puesto. ¿Teniente? ¡Y un cuerno! Lo máximo que lograrás será que te envíen a medir las aceras, de ronda otra vez.

—Tú no harías tal cosa —gruñó Ehlers.

—Pensé que no habías asaltado mi habitación y me equivoqué. Tú piensas que yo no haría tal cosa y te equivocas.

—¿Dónde está el despacho de Greene? —Ehlers sudaba ligeramente, aunque podía deberse al calor.

—En el Bloque Goodman, no lejos de aquí. En realidad, sólo a unas manzanas. Conozco el edificio y te aseguro que no corremos ningún peligro. Sólo estaremos dentro unos quince minutos.

Comprendió que había ganado la partida y sonrió.

—Antes te invitaré a un trago —agregó—. Coraje de whisky, si te asusta más Greene que yo.

—Lo tuyo fue diferente, Sweeney.

—Claro que fue diferente. Yo era amigo tuyo. Greene no lo es. Vámonos.

Cogieron un taxi en la Clark Street, una vez que Ehlers hubo rehusado el whisky para después, lo cual le convino más al periodista.

El Bloque Goodman era un edificio viejo, de diez plantas, con oficinas para abogados, agentes teatrales y corredores de bolsa no demasiado prósperos; también era el cuartel general (y esto lo sabia bien Sweeney) de varios apostadores profesionales.

Sweeney pensaba que era la clase de edificio que permanecía abierto de día y de noche para aquellos de sus ocupantes que deseasen quemar aceite a medianoche. Efectivamente, vio que no se había equivocado. El y Ehlers pasaron por delante, en la acera opuesta, observando que todavía había luz en diversas ventanas. También divisaron un ascensor, y el ascensorista de

servicio que, sentado junto a la cabina del mismo, leía un periódico. Las puertas del ascensor estaban abiertas.

Continuaron andando. Ehlers preguntó:

—¿Vamos a probar si ese tipo nos sube en el ascensor? Podemos contarle un cuento bonito, pero después se acordará de nosotros.

Atravesaron la calle.

—Procuraremos no utilizar el ascensor —murmuró Sweeney—. Esperaremos, al menos un poco, fuera, sin que nos vea. Si llaman al ascensor desde arriba, podremos cruzar el vestíbulo y no nos verá.

Ehler aceptó el plan, y ambos aguardaron en silencio, fuera del edificio hasta que, felizmente, diez minutos más tarde, oyeron el zumbador de llamada y el ruido de las puertas que cerraba el ascensorista.

Sweeney miró el número de Greene en la lista del vestíbulo: el 411. Se hallaban en la escalera, entre los pisos segundo y tercero, cuando descendía el ascensor.

Subieron sin hacer ruido el resto de la escalera hasta el cuarto piso y hallaron el número 411. Por fortuna, no parecía estar ocupado ningún otro despacho de la planta. Ehlers no tuvo ninguna dificultad en utilizar su ganzúa. Abrió la puerta en siete minutos.

Ya dentro, encendieron la luz y cerraron la puerta. Más que un despacho era un pequeño cubículo. Un escritorio, un archivador, una alacena, una mesa, tres sillas.

Sweeney echó hacia atrás su sombrero y miró en torno.

—No tardaremos mucho —aseguró—. Siéntate, Jay, y descansa. Tú ya has hecho tu parte, a menos que tropiece con un cajón cerrado. En el archivador no hay cerradura.

El cajón inferior del archivador contenía un par de botines, un frasco medio lleno de whisky y dos vasos sucios. El cajón del centro estaba vacío.

El de arriba (el archivador sólo tenía tres) contenía la correspondencia. Por lo visto, Greene no hacia copia de sus cartas. A Sweeney le disgustó hallar que la correspondencia solamente estaba archivada en un orden cronológico aproximado. No había una carpeta separada para Yolanda. Hubiese deseado encontrar la prueba de que Greene la representaba de una manera especial. Pero al parecer no perdía mucho tiempo con el archivo, por lo que el periodista sólo cogió dos cartas al azar y las volvió a dejar en su sitio tras echarles una ojeada. Únicamente se enteró de que Greene trabajaba realmente como agente artístico y tenía otros representados, para

los que buscaba contratos. Nunca, por lo visto, en clubs muy lujosos.

Dejó el archivo y probó la alacena. En un estante había cuartillas, cartas y sobres con membrete, un viejo impermeable colgado de un gancho y en el fondo la funda de una máquina de escribir portátil. Registró los bolsillos del impermeable y no encontró nada, excepto un pañuelo sucio y un par de entradas de teatro del mes anterior. Abrió el cajón de la portátil para asegurarse de que sólo contenía la máquina, como así era en efecto.

Se parecía mucho a la suya..., la que fue suya hasta que la vendió para poder beber. Era del mismo modelo; cuando la examinó más atentamente, vio que no era la misma, cosa que habría constituido un descubrimiento fascinante.

El cajón de la mesa sólo reveló un viejo hectógrafo; dos de las tres sillas estaban vacías y la tercera contenía solamente a Jay Ehlers, que le miraba con expresión de enfado.

—¿Has encontrado algo? —preguntó el policía.

Sweeney gruñó por toda respuesta y se concentró en el escritorio. Encima del mismo había un gran secante, una escribanía y un teléfono. Miró debajo del secante: no había nada. Probó los cajones.

Sólo estaba cerrado el superior de la parte izquierda.

—Amigo, esto es cosa tuya —le dijo a Jay.

Era el cajón que le interesaba. Registró los demás apresuradamente mientras el policía abría el otro. No había nada interesante en aquellos dos, aparte de una botella de whisky. Bien, ahora el que más le intrigaba.

Jay abrió el cajón y consultó su reloj.

—De prisa, Sweeney —gruñó—. Dijiste quince minutos y llevamos ya veintitrés.

Dentro del cajón había una carpeta y un abultado sobre con las palabras: «Contratos corrientes».

Sweeney miró primero la carpeta, y era más un diario que otra cosa; sin índice alguno, y sólo con varios recibos y facturas por orden cronológico. Pasó todos los papeles rápidamente, pero comprendió que no iba a conseguir nada; aparte del hecho, del cual ya no dudaba de que Greene poseía un negocio auténtico como corredor de apuestas. Probablemente, las cuentas no serían rigurosamente exactas, mas esto se debería a la cuestión de los impuestos.

Abrió el sobre marcado como «Contratos corrientes».

Había una docena; a Sweeney sólo le interesó uno: el contrato entre el

Madhouse, con Nick Helmos como gerente, y Yolanda Lang. El contrato le asignaba a la estrella doscientos dólares por semana; junto con la actuación de Diablo. Pero ni Yolanda ni el perro habían firmado. La firma era la de Richard M. Greene.

Sweeney enarcó las cejas.

—¿Acaso no sabe escribir? —preguntó.

—¿Quién no sabe escribir?

—No comprendo por qué no firmó el perro —comentó Sweeney.

—Oye, creí que buscabas una navaja o un cuchillo.

Sweeney suspiró. Lo que realmente buscaba era una estatuilla. Pero si Doc la tenía, estaría en su piso, en el hotel, o dondequiera que viviese, no en el despacho. Y, aunque descubriese a aquellas horas de la noche donde vivía Doc, no asaltaría la vivienda junto con Jay Ehlers.

Además, ¿por qué no dejar de pensar en Doc y concentrarse en otros ángulos del caso? Un viaje a Brampton, por ejemplo; para hablar con el escultor, ¿cómo se llamaba?, ah, si, Champman Wilson, que había modelado a Mimi. Existía la posibilidad, aunque remota, de descubrir una pista. No sabía cómo ni dónde. Tal vez, volviendo a Greene, fuese conveniente viajar a Nueva York para ver si su coartada, la única coartada sólida, lo era en realidad. La policía, posiblemente, sólo se aseguró de si estaba inscrito en el hotel. Sweeney dudaba de que hubieran llegado más lejos.

O, si tuviese suficiente dinero, podía ahorrarse el viaje, contratando a un detective particular de Nueva York para que indagara por él. El costo debería correr a cargo de Sweeney, ya que el *Blade* se negaría a hacerlo.

¡Maldito dinero! Todavía le quedaba cien pavos de los cheques que Walley Krieg le entregó, pero no tardarían en desaparecer, y faltaban aún diez días para cobrar otro cheque del *Blade*. No podía gastar, pues, mucho más en el Destripador o en Yolanda.

Oyó a Jay moverse con inquietud y volvió a examinar el contrato que tenía en la mano.

—Un momento, Jay.

Leyó de nuevo el contrato y frunció el ceño. Volvió a leer un párrafo para asegurarse de que realmente decía lo que él pensaba: así era. Metió el contrato dentro del sobre, junto con los demás, guardó el sobre en el cajón, y le pidió a Jay que cerrase.

—Bueno, ¿hallaste lo que buscabas?

—No, sí. No sé lo que buscaba, pero he hallado algo.

—¿Qué?

—Maldito si lo sé —respondió Sweeney.

No obstante, pensaba haberlo encontrado. Si le hacía falta, también hallaría algún dinero.

Jay gruñó al oír el clic.

—Vamos, larguémonos de aquí —murmuró—. Ya hablaremos de eso mientras tomamos un trago.

Sweeney apagó las luces. Esperó en el descansillo hasta que Jay hubo cerrado la puerta del despacho.

Descendieron silenciosamente al segundo piso. Allí, Sweeney se puso un dedo sobre los labios y apretó el pulsador de llamada del ascensor. Tan pronto como oyeron cerrarse las puertas de la cabina en el vestíbulo, bajaron y estuvieron en el primer piso cuando el ascensorista llegaba al segundo. Salieron del inmueble antes de que el aparato volviera a la planta baja.

—Comprenderá que alguien le ha gastado una jugarreta para salir sin ser visto.

—Claro está —asintió Sweeney—, pero no nos ha visto. Ni nos perseguirá.

No los persiguió.

Esperaron hasta haber doblado la esquina antes de detener un taxi. Sweeney le preguntó a Jay dónde quería echar el trago, y el policía sugirió el bar de Burt Meaghan. Se hallaba sólo a dos calles de su hotel y podría regresar andando.

En el bar de Burt, Sweeney se dirigió hacia el mostrador, pero Jay lo asió del brío y lo condujo a una mesa.

—Tenemos que conversar unos momentos en privado, Bill —susurró Jay.

Se sentaron. El policía estuvo contemplando a Sweeney hasta que el camarero sirvió las bebidas y se marchó.

—Está bien, Bill. Entré en tu habitación sin permiso, cosa que no debí hacer. También he entrado en un despacho para no contrariarte, de modo que estamos en paz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Somos amigos?

—Amigos. Todo está olvidado.

—Está bien, empecemos desde aquí —propuso Jay—. Somos amigos pero dejaremos de serlo si callas ahora. Quiero saber la verdad; quiero saber por qué deseabas entrar en el despacho de Greene, qué buscabas allí y qué es lo que no encontraste. Soy policía, Bill, y trabajo en el caso del Destripador. Estoy a las órdenes de Bline, si, pero trabajo en ese caso. Y quiero saber qué te traes entre manos. No puedo contarle a Bline ni a nadie que has asaltado el despacho de Doc porque me cogiste por los cabellos..., y me encontraría en la calle. A ti no puede ocurrirte nada, pero te juro que dejarás de ser amigo mío si no me lo cuentas todo.

—Es muy justo, Jay —asintió Sweeney—. Verás, tuve la sospecha de que Greene podía ser el Destripador. Sin motivo alguno, sólo un presentimiento y porque odio a ese tipo. Tal vez algo más que odiarle, creo que encaja en el papel. Psiquiatra o no, pienso que es un psicópata. Hace un par de horas, en El Madhouse, le obligué a bajar la guardia y me amenazó con matarme, delante del capitán Bline. Y con otros dos polis, Ross y Swann, sentados a la mesa. Naturalmente, yo le había provocado a propósito.

—¡Al diablo! ¿Qué tiene que ver esto con su despacho?

—Esperaba descubrir algo que me ayudase a aliviar mi mente, en pro o en contra, respecto a Greene. Pero, palabra de honor, Jay, no lo hallé. No hallé nada que indique que Greene podría ser el Destripador. Tampoco encontré nada que demuestre que no lo es, excepto la prueba de que realmente es lo que afirma un agente teatral y promotor artístico.

—Continúa. ¿Qué encontraste?

—Algo que me interesa personalmente, Jay. Hallé el contrato de Yolanda y Diablo con El Madhouse. Y en el mismo hay algo que quizá me sirva. Aunque de forma ilegal. Tú no debes enterarte de esto.

—¿Ilegal, de qué modo?

—Para obtener algo que necesito a cambio.

—¿De quién?

—Del dueño de El Madhouse.

—¿Te refieres a Nick Helmos o a Harry Yahn?

—A Yahn. Nick es un hombre de paja.

Jay Ehlers frunció los labios y contempló un momento su vaso.

—Cuidado, Bill —le recomendó—. Harry Yahn es un hueso duro de roer.

—Lo sé. No lo morderé siquiera. Sólo lo bastante para mis intereses,

sin que se vea obligado a echarme encima sus leones. Es duro pero también listo. No correrá riesgos por tan poco.

—Por mi parte, preferiría enfrentarme con el Destripador, Bill.

—También yo —sonrió el periodista—. Pero le sacaré a Yahn la pasta que me servirá para descubrir al Destripador.

—Estás loco, Bill.

—Lo sé. ¿Otro trago?

Ehlers prefirió ir a acostarse y se marchó. Sweeney estuvo un rato mirando la partida de pinacle. Luego se dirigió al mostrador para pedir otro whisky.

Los que había tomado en El Madhouse ya estaban olvidados y el que acababa de tomar no había sido suficiente. Un vaso más, tal vez dos, no le perjudicarían.

Tomó dos y no le perjudicaron.

13

Los dos vasos no le perjudicaron, aunque tampoco le hicieron ningún bien. Estaba sereno cuando salió del bar de Meaghan a la noche. A la noche solitaria, a la noche poblada. A la noche calurosa, a la noche helada. A la noche resplandeciente, a la noche oscura.

Tenía miedo y esto le irritaba. No le importaba tenerlo del Destripador. Aquel monstruo era lo Desconocido, lo Misterioso. Mas no le gustaba tener miedo de Harry Yahn, aun cuando fuera peligroso. No había nada misterioso en él, y las cosas que de Harry se ignoraban en general, la policía las sospechaba, tanto si podían probarse como si no.

Harry Yahn era un tipo duro, peligroso. Sweeney se repitió varias veces que no estaba asustado, porque el dinero que pensaba sacarle a Yahn era mínimo para un individuo de sus enormes ingresos.

Lo gracioso era que había pensado en Yahn como una posible fuente de ingresos antes de asaltar el despacho de Greene. Sweeney conocía algunos asuntillos de Yahn, de varios años atrás, que valdrían dinero para cualquiera que desease obtenerlo. Sin embargo, lo de ahora era mejor y más seguro, mucho más seguro.

No era un chantaje exactamente.

El neón proclamaba que aquel local era el «Tit-Tat-Toe Club». Sweeney respiró hondo y entró. Un bar ordinario, sólo moderadamente lujoso, no tan grande como el de Meaghan. En aquel momento únicamente se hallaban allí el camarero y media docena de parroquianos. Daba, no obstante, la impresión de ser la tapadera de otro negocio. Y lo era. Sweeney se dirigió al mostrador y lo adornó con un billete. El camarero se acercó solicito.

—Whisky —pidió el periodista—. Con soda —antes de que el camarero se retirase, añadió—: ¿Está Harry?

—¿Qué Harry?

—Me llamo Sweeney. Bill Sweeney. Me conoce.

El camarero sacó del estante una botella y un vaso. Mientras llenaba el último, murmuró:

—Llame a la puerta del fondo, al lado del lavabo. Si Willie le reconoce le dejará entrar.

—Willie no me conoce. Harry sí.

—Esto dígaselo a Willie. Hable y puede preguntárselo a Harry.

—De acuerdo. Toma uno conmigo.

—Gracias.

—Y deséame suerte.

—Seguro. Suerte.

—Gracias.

—¿De qué?

Sweeney rió, sintiéndose mejor. Fue en la dirección indicada y llamó a una puerta pesada. Se abrió unos centímetros y se asomó una cara con unos ojos, poco agradables, más arriba de la cabeza del periodista.

Bajo los ojos se veía una narizota, y bajo la nariz un par de labios muy gruesos que preguntaron:

—¿Sí?

La dentadura tenía varios dientes rotos.

—Willie Harris —dijo Sweeney—. No sabia que el WiIlie de esta puerta fuese Willie Harris.

—Sí. ¿Qué quieres?

—Al diablo, Willie. ¿No te acuerdas de mí? Hice el reportaje de tres de tus peleas cuando me dedicaba a los deportes. Bill Sweeney. Entonces, estaba en el *Tribune.*

La puerta se abrió un poco más.

—¿Si? —repitió Willie.

«Está sonado», pensó Sweeney.

—Es natural que no te acuerdes de todos los periodistas que has visto en tu vida. Oye, Willie, quiero hablar con Harry Yahn. De negocios. No de juego. Me conoce. Dile que Bill Sweeney desea hablar con él. Bill Sweeney.

Willie entendería frases cortas como éstas.

—Sweeney —murmuró—. Iré a ver.

—Bill Sweeney. Recuérdalo, Willie, Bill Sweeney.

La puerta se cerró.

El periodista se recostó contra la madera y encendió un cigarrillo Había consumido das centímetros del pitillo cuando se abrió la puerta por completo.

Willie se aseguró de que allí no había nadie más que Sweeney y gruñó:

—Está bien. Yahn hablará contigo.

Condujo a Sweeney por un estrecho pasillo hasta una puerta.

—Es allí. Adelante.

Sweeney entró.

—Hola, Harry —saludó.

—Hola, Sweeney. Siéntate —correspondió Yahn.

Harry Yahn, sentado ante su maltrecho escritorio que parecía comprado de segunda mano por diez dólares, parecía Santa Claus sin las barbas. Era gordo y sonreía, parecía contento y complaciente. Sweeney no se dejó engañar. Pero le agradó ver que estaban solos.

—Hace tiempo que no nos veíamos, Sweeney. ¿Sigues en el *Blade*?

—¿Leíste el artículo sobre Yolanda —inquirió a su vez Sweeney.

—¿Cuál?

—El del testigo presencial durante la escena del portal. En el *Blade*.

—¿Lo escribiste tú? Lo hojeé, pero no me fijé en la firma.

Sweeney no quiso llamarle embustero.

—Sí, yo lo escribí —se limitó a decir— Un buen artículo, aunque esté mal que yo me alabe..., ¿y por qué no, si hoy di se alaba todo el mundo?

—Lo sé, Sweeney, ese articulo no le ha hecho ningún daño a El Madhouse. ¿Dónde paras? Les diré a los chicos que te envíen un cajón de botellas de whisky.

—Gracias, pero ya no bebo. O casi. Tengo una idea mejor, Harry. ¿Por qué no dejas que me encargue de la publicidad del club, mientras Yolanda trabaje allí?

Yahn apretó los labios y miró fijamente al periodista.

—Habría sido mejor esta idea antes de que ocurriera... aquel suceso. Ya no necesitamos propaganda ahora. En el «Madhouse», según Nick, no cabe la gente. ¿A qué gastar más dinero? ¿Colgar la propaganda de las vigas? Además, sólo tenemos contratada a Yolanda por otras cuatro semanas y no firmará más.

Lanzó una larga carcajada antes de continuar.

—Tú tienes la culpa, Sweeney. Si, debí pagarte por un buen articulo, pero lo publicaste rápidamente y ahora ya no me sirve Además, tenemos

mucha publicidad aparte de la tuya. Y toda se la debemos al Destripador. La gente solamente acude al club a ver a Yolanda. Tu articulo nos cayó del cielo, claro. No, Sweeney, lo siento; ya tenemos toda la propaganda que necesitamos.

Sweeney se encogió de hombros.

—Era sólo una idea —dijo—. Entonces, tal vez será válida desde el otro extremo.

—¿El otro extremo?

—El extremo de Doc. Con un poco más de publicidad, y creo poder realizarla, Doc podría contratar a Yolanda por un sueldo muy superior en cualquiera de los clubs más grandes y lujosos que El Madhouse. Creo que en Chicago hay más de veinte. Podría conseguir dos, o tal vez tres mil por semana en lugar de doscientos. O de cuatrocientos cincuenta si tenéis que darle la gratificación de mil pavos por haber vuelto a trabajar tan pronto.

—Es una idea —Harry Yahn tenía los ojos entornados, como si estuviese aburriéndose. Agregó—: Si Yolanda consigue mantener la publicidad al mismo ritmo durante esas cuatro semanas, tal vez obtenga toda esa pasta.

—Lo vale ahora —observó Sweeney—. Estuve en el primer pase de esta noche en El Madhouse, Harry, y efectúe unos cálculos. Llenarás todas las noches durante cuatro semanas. A doscientas personas en cada *show,* tres sesiones por noche, son seiscientas personas. Seamos conservadores y prudentes; digamos que cada cliente paga cinco pavos y que sólo uno es de beneficio neto. Seiscientos pavos de beneficio por noche durante una semana suman cuatro mil doscientos dólares; por cuatro semanas son dieciséis mil ochocientos dólares.

—Ya hicimos buenos negocios antes de contratar a Yolanda —manifestó Yahn.

—Seguro, la mitad de lo que haréis las próximas cuatro semanas. Y con esa mitad, los gastos son más elevados. Digamos que tener atada a Yolanda las cuatro semanas próximas os dará diez mil dólares de beneficios, que no obtendréis de ninguna otra manera. ¿No es verdad?

—Demasiado alto. Veamos, ¿adónde quieres llegar?

—Sí, demasiado alto. Digamos que os valdrá siete mil pavos de beneficio. ¿Está bien siete mil?

Yahn había vuelto a cerrar los ojos sonriendo débilmente. Ahora parecía más un Buda dormido que un Santa Claus. Sweeney tampoco se

dejó engañar: Harry Yahn no dormía ni contemplaba el Nirvana. No cuando el dinero, por miles, era el tema de la conversación.

—Espero que llegues a alguna parte —añadió beatíficamente.

Sweeney demoró su respuesta, deliberadamente, encendiendo un cigarrillo.

—Si yo me cuido de la publicidad de Yolanda y de Greene, en vez de hacerla para El Madhouse, le aconsejaré a mi buen amigo Doc que la contrate en otro local en lugar de esperar esas cuatro semanas. Claro que esto te costará siete mil dólares, Harry, y la verdad no me gustaría causarte este perjuicio, porque siempre te he considerado buen amigo mío.

—Yolanda está bajo contrato por cuatro semanas.

—¿Has leído el contrato? —sonrió Sweeney con calma.

Yahn abrió los ojos y miró a Sweeney, estupefacto.

—¿Representas a Greene en esto? —quiso saber—. ¿Te ha enviado para presionarme?

—No. Además nadie intenta presionarte, Harry.

Harry Yahn soltó un juramento.

—No trago, Sweeney —masculló—. Si hubiese algo en ese contrato que le permitiera a Doc llevarla a otro local, ya estaría atosigándome. En persona. ¿Por qué habría de enviarte a ti?

Sweeney se acomodó mejor en su butaca.

—No me dijo nada —admitió el periodista—. Todavía no sabe nada. Él y yo hicimos una apuesta sobre el sueldo que percibía Yolanda en El Madhouse y me enseñó el contrato, con la firma de Nick para ganar la apuesta. Y la ganó. Pero mientras yo tenía el contrato en la mano, lo leí. ¿Tú no?

—¿Dónde está el truco?

—Es muy sencillo. Debe tratarse de un contrato de El Madhouse, uno de serie, porque está lleno de cláusulas de escape para la parte de la primera parte, o sea El Madhouse. Pero también hay una cláusula de escape para la parte contratante de la segunda parte, sólo que en un caso corriente no valdría nada. Como verás, éste no es un caso corriente.

—¿Cuál es la cláusula?

—Una que ni valdría el papel del contrato para otra estrella, Harry. Dice que el contrato puede ser cancelado por la parte contratante de la segunda parte mediante el pago de la cantidad objeto de contrato, devolviendo todo el dinero recibido durante el tiempo de actuación y

pagando otra cantidad igual a la que falta todavía hasta el término del contrato.

Sweeney chupó largamente el cigarrillo.

—El contrato de Yolanda era de siete semanas, tres ya pasadas y las cuatro que faltan, a doscientos dólares por semana. Doc la librará del contrato abonando siete veces doscientos dólares, o sea mil cuatrocientos dólares Y puede contratarla en otro establecimiento por dos mil a la semana durante cuatro semanas, de modo que él y la joven percibirán la diferencia de seis mil quinientos dólares. Tal vez más; pienso que conseguirían más de dos mil semanales con la propaganda actual, aunque yo no les ayudase.

Sweeney se inclinó hacia delante y aplastó la colilla en el cenicero del escritorio de Yahn.

—Lo malo —terminó— es que la ganancia de Greene seria tu pérdida.

—¿Greene ignora esa cláusula?

—Obviamente, sí. Supongo que leyó el contrato al firmarlo, pero esta cláusula no tuvo para él ningún significado especial entonces. Esa clase de cláusulas solamente adquieren valor cuando el contratado sube de categoría. Y las probabilidades normales de que suceda tal cosa son casi nulas. Greene cree conocer bien el contrato.

Sweeney se puso de pie.

—Bien, Harry, hasta la vista. Lamento no poder hacer un poco de publicidad para tu club.

—Siéntate, Sweeney.

Yahn pulsó un botón de su mesa y pareció habérsele pegado el dedo al mismo antes de que Willie abriese la puerta.

—¿Sí, jefe?

—Entra y cierra, Willie. Sólo quédate por aquí.

—¿Quiere que me cargue a ese tipo, jefe?

—Todavía no, Willie No si se sienta.

Sweeney se sentó. Willie se quedó de pie, siempre atento. Mirando la cara del ex boxeador cualquiera hubiese dicho que hacia tiempo que no golpeaba a nadie y le faltaba esa diversión. Al menos, esto es lo que pensó Sweeney. Dejó de contemplar la cara del gorila, encendió otro cigarrillo, moviéndose con lentitud para no alarmar a Willie. Deseó parecer tan casual y tranquilo como quería.

Yahn levantó el teléfono de la mesa y marcó un número. Preguntó por Nick.

—Aquí Harry, Nick. Tú tienes en la caja fuerte el contrato de Yolanda Lang. Sácalo, métetelo en el bolsillo y llámame. Rápidamente. Hazlo todo en privado. Usa el teléfono del despacho de atrás y asegúrate de que nadie puede oírte. Y que nadie vea cómo sacas el contrato de la caja... De acuerdo.

Devolvió el teléfono al soporte y miró a Sweeney. Este no dijo nada. Nadie dijo nada. Al cabo de tres minutos sonó el teléfono.

—Dile que es el sexto párrafo, Harry —aconsejó el periodista—. Ganará tiempo.

Yahn habló brevemente y después escuchó.

—Está bien, Nick —dijo al fin—. Guárdalo de nuevo. Y no hables de esto con nadie. Si, por esto he querido que lo leyeses. Ya hablaremos de esto mañana ¿Qué tal el local? —escuchó unos instantes y añadió —: Está bien.

Colgó.

—¿Qué tal el negocio? —se interesó Sweeney.

Durante un momento, Harry Yahn no miró a Sweeney. Después, lo hizo con rabia mal contenida.

—Bueno, ¿qué pides?

—Me imaginé que hacer publicidad para ti valdría unos novecientos pavos.

Harry Yahn ya no parecía un Buda ni un Santa Claus.

—¿Y si Greene vuelve a repasar el contrato? —preguntó.

—Puede ser —Sweeney se encogió de hombros—. Pero no tiene ningún motivo para hacerlo.

Harry Yahn enlazó los dedos sobre el estómago y estudió sus nudillos.

—Willie —dijo sin levantar la vista—, dile a Haywood que te dé novecientos pavos. Tráelos aquí.

Willie salió del despacho.

—¿Por qué novecientos dólares? —preguntó Yahn, lleno de curiosidad —. No es una cifra redonda.

Sweeney sonrió. Por dentro, la sonrisa era triste y esperó que por fuera resultara mejor.

—Creo que eres un hombre de cuatro cifras, Harry. He pedido lo justo. De haberte pedido mil, quizá no me los hubieras dado.

Harry se echó a reír; volvió a ser Santa Claus.

—Eres un hijo de zorra muy listo, Sweeney —exclamó. Se puso de pie

y palmeó la espalda del periodista.

Willie entró con el dinero en la mano.

Se lo dio a Yahn y éste a Sweeney sin contarlo. Sweeney tampoco lo contó y se lo metió en el bolsillo.

—Acompáñale a la puerta, Willie —ordenó Harry—. Y déjale entrar siempre que venga.

Willie abrió la puerta y Sweeney salió al pasillo. Willie iba a seguirle pero Yahn lo llamó. WiIlie penetró en el despacho y reapareció casi al instante. Después, abrió la puerta del pasillo exterior.

En el momento en que Sweeney iba a avanzar, la mano de Willie, tan grande como las dos del periodista juntas, le agarró por un hombro y le hizo girar en redondo. La otra mano de Willie, convertida en un puño del tamaño de una pelota de fútbol, pero más pesada y más dura, se lanzó contra el estómago de Sweeney. Willie le soltó el hombro y el periodista se dobló sobre sí mismo y cayó. No perdió el conocimiento, pero no podía respirar y le dolía el estómago. El dolor era tan grande que deseó que el golpe le hubiese dejado sin sentido, especialmente si tenía que recibir más.

No fue así. Willie retrocedió.

—Harry —explicó— dijo que también te diese esto. Sólo uno, bien aplicado — añadió, como si Sweeney tuviese mucha suerte al recibir únicamente un directo.

Era evidente que Willie prefería seguir pegando. Sin embargo, se retiró al interior del despacho, cerrando la puerta.

Al cabo de unos instantes, Sweeney logró ponerse de pie y, todavía un poco encorvado, se dirigió al servicio. Estaba mareado y vomitó. Después, consiguió sostenerse mejor. Volvió a inclinarse, ahora bajo el grifo, y se pasó agua fría por la cara que, según el espejo, estaba tan blanca como la porcelana del lavabo.

Afortunadamente, había recobrado el ritmo respiratorio. Su abdomen le dolía tanto que no se atrevía a palparlo. Precavidamente, se aflojó dos agujeros del cinturón.

Se apoyó en la pared, sacó el dinero del bolsillo y lo contó: novecientos dólares justos y cabales y ningún billete falso. Tenía lo que había pedido, con algo más de propina. Sí, tenía la suerte de cara.

Metió el dinero en la cartera y, caminando como sobre huevos, atravesó el bar del «Tic-Tat-Toe Club». No miró al camarero ni a los parroquianos.

Afuera, respiró profundamente el aire fresco. Le dolía también el

pecho. No miró hacia atrás para ver si alguien le seguía. Nada debía ya temer de Harry Yahn.

Sí, una suerte increíble. En cierto sentido, hasta el puñetazo en el estómago era buena señal Harry no se lo habría ordenado a Willie de haber tenido la intención de enviarle alguno de sus gorilas para que le trabajasen seriamente o lo liquidaran. En realidad, ni consideró mucho esto último..., no por novecientos dólares. Pero sí cabía la posibilidad de un buen masaje que lo mandase por unas semanas al hospital, cosa que echaría a perder todos sus planes. Ahora estaba razonablemente seguro de que Harry Yahn no volvería a acordarse de él. Durante unos días le dolería el cuerpo y tendría que dormir boca arriba, pero el daño no era permanente. Por menos le habían ocurrido cosas peores.

Pasó un taxi y lo llamó. Se dirigió al vehículo andando como un vejestorio. Hasta le dolió el gesto de abrir la portezuela.

—Vamos al lago —le ordenó al taxista—, y siga un rato hacia el norte. Me siento un poco mareado y necesito respirar aire fresco.

Entró y al cerrar la portezuela sintió el dolor por todo el cuerpo.

El conductor se volvió hacia atrás.

—¿Muy mareado, amigo? —preguntó—. No irá a mancharme el tapizado, ¿verdad?

—No estoy bebido, estoy sereno.

—¿Quiere que lo lleve a un médico?

—Tengo un dolor en el estómago, nada más —respondió Sweeney.

—Oh... —exclamó el taxista, poniendo en marcha el motor.

Condujo hacia el Bulevar Michigan y no tardaron en llegar al Lake Shore Drive. Sweeney se recostó en el respaldo del asiento. Empezaba a sentirse mejor, especialmente cuando llegaron al Drive y la fría brisa del lago penetró por la ventanilla.

El movimiento del taxi no le molestaba.

Con los novecientos dólares en el bolsillo podía sentirse mucho mejor. Un boxeador aguanta más y, salvo los más famosas, por todavía menos dinero.

No estaba enfadado con Willie. Para empezar, Willie era un sonado, y se limitaba a cumplir órdenes..., aunque disfrutara cumpliéndolas y hubiera gozado pudiendo atizarle más. Sin embargo, eran precisamente los golpes los que dejaron en aquel estado a Willie.

Tampoco estaba enfadado con Harry Yahn. Al fin y al cabo, había sido

un chantaje, y Harry no podía aceptarlo así como así, sin protestar a su modo.

—Supongo que hemos llegado ya bastante lejos —dijo al ver el Diversey Parkway—. Ya podemos retroceder.

—De acuerdo, amigo. ¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí.

—¿Conozco a su contrincante?

—Si —asintió Sweeney—, seguramente. Mide casi dos metros y pesa dos toneladas.

—Entiendo, debe tratarse de Willie Harris. Le recogí a usted delante del «Tit-Tat-Toe».

—Olvide lo que he dicho —le aconsejó Sweeney—. Estaba bromeando.

—Está bien, amigo. ¿Dónde le dejo?

—En la Bughouse Square.

—¿En la Bughouse Square a estas horas? ¿Qué demonios va a hacer allí?

—Deseo comulgar con Dios.

El taxista no respondió. En realidad, no volvió a abrir la boca hasta que Sweeney le preguntó el importe del trayecto.

14

Bughouse Square se estremecía bajo el calor de la noche cuando llegó Sweeney. Los bancos estaban llenos de cargamento humano, y había individuos durmiendo también sobre el césped. Sin recibir la brisa del lago, a causa de los edificios de la Dearborn Street, las hojas de los árboles estaban inmóviles y las hojas del césped no se ondulaban; el estremecimiento mencionado antes se debía a los inquietos movimientos de los que dormían o intentaban dormir porque no tenían otra cosa mejor que hacer.

El cuarto banco a la derecha de la avenida diagonal hacia el nordeste era el que ocupaba siempre God si estaba durmiendo allí. Estaba y a Sweeney le pareció más aviejado y más astroso que la última vez que le viera. Tal vez ello se debía al contraste; el aspecto y el atavío de Sweeney eran esta noche muy distintos al de la última vez que había visto a Godfrey. Inconscientemente, juzgamos a los demás comparándolos con nosotros mismos, y dos personas que hayan comido cebolla no huelen el aliento uno del otro.

Sweeney no intentó oler el aliento de God, sino que lo sacudió por el hombro, primero con delicadeza y luego con más fuerza. God parpadeó y levantó la mirada.

—¿Qué diablos pasa? —gruñó.

Sweeney sonrió.

—¿No me conoces?

—No, no te conozco. Lárgate o llamo a un guardia.

—¿Quieres un trago? ¿Lo necesitas?

—¿Si necesito el qué?

—Busca en el bolsillo derecho de tu chaqueta —le ordenó el periodista.

Godfrey se llevó la mano al bolsillo, asió algo, y no la movió. Su voz sonó un poco más ronca.

—Gracias, Sweeney —murmuró—. Desde la tarde no he probado una gota de licor. Ha sido una mañana espantosa. ¿Qué hora es?

—Las tres y media.

God quitó los pies del banco.

—Bueno, ¿qué tal te va, Sweeney?

—Bien.

God saltó del banco.

—Contempla la figura de la esquina de ese billete antes de que lo cambies —sonrió Sweeney.

God sacó la mano del bolsillo y miró el arrugado billete. Después, trasladó la vista a Sweeney.

—¡Un maldito capitalista, ya veo!

Volvió a meter el dinero en el bolsillo. A continuación, se marchó sin volver la vista atrás.

Sweeney, sonriendo todavía, le vio alejarse hasta que llegó a la calle; sobre todo para asegurarse de que nadie había visto ni oído nada. Nadie siguió a God, Sweeney se marchó en dirección contraria y cogió un taxi en la Chicago Avenue. Eran casi las cuatro cuando llegó a la pensión, mortalmente cansado. Sin embargo, antes de entrar en su habitación llamó desde el teléfono del pasillo a la Northwestern Station.

Si, le dijeron, Brampton, en Wisconsin, estaba en la ruta de la Northwestern; el primer tren que llegaba hasta allí salía a las seis, o sea dentro de dos horas. ¿El tren siguiente?... No había ninguno más para Brampton hasta la noche. ¿A qué hora tenía la llegada a Brampton? A la una quince de la tarde.

Sweeney dio las gracias y colgó.

En su habitación contempló la cama con añoranza. No obstante, sabía que si se tumbaba para dormir sólo una hora antes de salir con rumbo a la estación, no podría levantarse cuando el despertador sonara.

Si cogía el tren de la noche, todo un día perdido, cuando tanto importaba el tiempo. Además era sábado y el lunes por la mañana tenía que presentarse en el *Blade* a trabajar. De todos modos, si Walter le asignase el caso del Destripador, tampoco permitiría un viaje a Brampton. Menos aún un viaje a Nueva York para comprobar allí la coartada de Greene. Bueno, a menos que ocurriera algo y se evitara el viaje. Por su cuenta, podría ir en avión el fin de semana, disponiendo así de su tiempo libre. Y con su dinero, que afortunadamente ya no constituía ninguna preocupación.

Una hora antes, añadidos sus cien dólares, llevaba en el bolsillo mil. Ahora, después de darle el billete a God, le quedaban todavía novecientos.

Si hubiese tenido sentido común, no hubiera llevado tanto dinero encima; mas, precisamente, lo que le faltaba era sentido común. Miró el reloj y suspiró. Miró a Mimi y soltó una maldición por considerarla tan importante como para desear conocer su origen y charlar con su creador, pese a la posibilidad de no dar con él.

Cogió la estatua y la volvió de cara a la pared para no oír su mudo chillido de terror. Pero, incluso de espaldas, todas sus líneas pregonaban el chillido.

Le molestaba tanto aquel grito, que por un momento contempló la posibilidad de la eutanasia. Pero aunque rompiera esa copia, quedaría otra Mimi en alguna parte lanzando el mismo chillido.

Cansinamente y con cautela, a causa de su dolorido abdomen, se desnudó. Se bañó, se afeitó y se puso ropas limpias. Decidió que no tenía que llevarse nada y partió hacia la estación. Llegaría demasiado temprano, lo que le permitiría tomar un par de copas. Con ellas en el cuerpo conseguiría dormir en el tren, de lo contrario estaría tan fatigado después de las seis que no lograría conciliar el sueño durante el viaje.

Habría pagado el doble por un pasaje en coche-cama, pero sabia que por ser diurno, el tren no llevaba literas; las empresas ferroviarias tienen la extraña idea de que los pasajeros sólo han de viajar horizontalmente por las noches. Tuvo que andar hasta la State Street, poco antes de amanecer, antes de ver un taxi. Dio las señas de un bar de la West Madison, que sabía estaba abierto, cerca de la estación. Necesitaba dos copas... y una tercera para el viaje. Después, recordó que se estaba reformando y renunció al frasco de whisky.

Llegó a la estación a las cinco quince esperando poder subir ya al tren. Así fue. Por suerte, el convoy llevaba un vagón con butacas, y en la ventanilla le vendieron un billete sin reserva, puesto que no estaba lleno.

Comprobó que era cierto. Eligió la butaca que le pareció más cómoda, se sentó y colocó el billete en la cinta del sombrero para que el revisor no tuviera que despertarle. Extendió las piernas, dejó el sombrero, con el billete, sobre la parte dolorida de su anatomía y se dispuso a dormir. El sombrero pesaba poco y no le hacía daño.

Y si se lo hacia no se dio cuenta porque se quedó dormido tan pronto como cerró los ojos. Los abrió un instante, dos horas más tarde, y vio que

el tren salía de una estación. Era la de Milwaukee y estaba lloviendo. Cuando abrió de nuevo los ojos faltaban unos minutos para las doce, el tren se hallaba en Rhinelander y brillaba el sol. Se sentía terriblemente hambriento.

Fue al coche-restaurante y devoró la comida más copiosa que había visto en varias semanas. Terminaba su segunda taza de café cuando el tren entró en agujas en la estación de Brampton.

Saltó al andén, se dirigió a la estación y miró en el listín de teléfonos: no había ningún Chapman Wilson. Arrugó la frente y fue hacia la ventanilla de los billetes.

—Perdone, ¿sabe si en esta población vive un tal Chapman Wilson?

—¿Chapman Wilson?

—Sí.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—Gracias.

Sweeney salió de la estación por la parte contraria a las vías y obtuvo su primera impresión de Brampton. Calculó que se trataba de una población de unos cinco mil habitantes No le sería difícil localizar a Wilson, aunque no tuviese teléfono.

De pronto se encontró en la calle principal, en el distrito comercial, de unas... cuatro manzanas de edificios de longitud, que se iniciaba inmediatamente a su izquierda. Entró en la primera tienda que halló al paso y preguntó por Chapman Wilson. No lo conocían. En la segunda, la tercera, la cuarta tampoco. Para no hablar de la quinta y la sexta.

El sexto portal era un bar y pidió un whisky antes de formular la pregunta. Cuando se lo sirvieron, preguntó. El whisky era bueno pero la respuesta no.

Sweeney maldijo en voz baja cuando el camarero se alejó. Quizá no había entendido bien al individuo de la Ganslen Art Company con el que había hablado por teléfono. No, lo dijo con claridad: «un tipo llamado Wilson, que vive en Brampton, Wisconsin. Modela en arcilla».

AI menos, estaba seguro de que era Chapman Wilson. ¿Habría interpretado mal lo de la población?

Llamó al camarero.

—¿Hay alguna otra ciudad en Wisconsin —le preguntó— que tenga un nombre que suene como Brampton?

—¿Qué...? Oh, ya comprendo. Veamos... Tenemos Boylston, cerca de

Duluth.

—No suena igual.

—¿Stoughton? ¿Burlington? ¿Appleton? También está Milton, pero su nombre completo es Milton Junction.

Sweeney sacudió la cabeza con tristeza.

—Se ha olvidado de los Rápidos de Wisconsin y de Stevens Point —sonrió después.

—No suenan como Brampton.

—A esto me refería. Tome un vaso conmigo.

—Sí, gracias.

—¿Nunca oyó el nombre de Chapman Wilson?

—No.

Sweeney tomó un sorbo mientras reflexionaba profundamente. ¿Seria posible poder hablar por teléfono con alguien de Ganslen Art Company, de Louisville? Probablemente no un sábado por la tarde. Tal vez podría localizar al gerente..., ¿cómo se llamaba?... Burke. Sí, Burke era su nombre. Pero las probabilidades eran muy escasas.

Sweeney no se sintió muy orgulloso de sí mismo, durante algún tiempo, porque fue el camarero el que le salvó el día.

—¿A qué se dedica ese Chapman Wilson? —inquirió.

—Es escultor. Pintor y escultor.

Durante unos segundos no sucedió nada.

—¡Vaya, condenado me vea! —exclamó de repente el camarero—. Usted se refiere a *Charlie* Wilson.

Sweeney le miró fijamente, con el vaso a la altura de sus labios.

—No se detenga, amigo. Siga.

—¿Que siga?

—Sí, vamos a beber otra copa. Y hábleme de Charlie Wilson. ¿Modela estatuitas?

—Exacto —rió el camarero—. Es ese tipo. El Loco Charlie.

Sweeney se cogió del borde del mostrador.

—¿Cómo ha dicho? ¿El Loco Charlie? ¿Loco... con una navaja?

—¿Una navaja? Oh, se refiere a cómo empezó la cosa... Fue un cuchillo, no una navaja.

—¿Hubo una rubia? —preguntó Sweeney, con exaltación—. ¿Una rubia muy guapa?

—¿La joven? Si, señor, era ambas cosas. La cosa más bonita de la

ciudad. Hasta que él la atacó con el cuchillo.

Sweeney cerró los ojos y contó hasta dos lentamente. Era demasiado hermoso para ser verdad. Y había estado a punto de regresar a Chicago.

Era demasiado hermoso para ser verdad; en la vida no ocurren esas cosas.

—¿Fue atacada, como en el caso del Destripador?

—Sí, como en esos casos de Chicago que dicen por radio.

—¿No estará hablando, por casualidad, de una pequeña figura negra? ¿Se refiere a una mujer de carne y hueso que fue atacada aquí?

—Sí, una rubia, como la radio dice que son esas víctimas de Chicago.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres años. Cuando yo era *sheriff*.

—¿Cuándo usted era *sheriff?*

—Sí. Lo fui hasta hace dos años. Después compré este bar, y como no podía ocuparme de todo no me presenté a las elecciones de hace dos años.

—¿Y usted se ocupó del caso de ese Destripador?

—Sí.

—Me siento orgulloso de conocerle —afirmó el periodista—. Me llamó Bill Sweeney.

El otro alargó su manaza a través del mostrador.

—Encantado de conocerle. Mi nombre es Henderson.

Sweeney estrechó la mano.

—Sweeney —repitió—, del *Blade* de Chicago. Usted es el hombre que necesitaba, *sheriff*.

—Ex *sheriff*.

—Oiga, amigo, ¿no podríamos conversar en privado si no es molestia por su trabajo?

—Pues, no sé. Como es tarde de sábado...

—Le compraré una botella del mejor champán que tenga y nos la repartiremos mientras charlamos.

—Bueno..., supongo que mi mujer podrá cuidar esto mientras tanto. Vivimos arriba. Nos repartiremos medio litro de Haig and Haig. El champán que tengo aquí no es muy bueno y además tendría que enfriarse.

—De acuerdo, que sea Haig and Haig —aprobó Sweeney.

Dejó un billete sobre el mostrador.

Henderson lo metió en la caja registradora y le devolvió a Sweeney unas monedas Cogió un frasco plateado de la estantería, se lo metió en el

bolsillo de atrás del pantalón y dijo:

—Vamos. Llamaré a Ma.

Se dirigió hacia una puerta del fondo del local que daba a una escalera. Desde allí gritó:

—¡Eh, Ma! ¿Puedes bajar unos minutos?

—Voy, Jake —respondió una voz, y unos instantes después una mujer alta y esbelta bajó por la escalera.

—Éste es el señor Sweeney, Ma, de Chicago. Tenemos que charlar un rato arriba. ¿Puedes quedarte aquí?

—De acuerdo, Jake. Pero no empieces a beber. Estamos a sábado y todavía no es de noche.

—No tocaré una gota, Ma.

Guió a Sweeney por la escalera hasta la cocina.

—Aquí estaremos bien y tenemos los vasos al alcance de la mano. ¿Quiere mezclar el whisky con algo?

—¿Haig and Haig? No sea ingenuo, *sheriff*.

—Bien —sonrió Henderson—, siéntese. Traeré vasos y abriré el frasco.

Volvió con un par de vasos y un sacacorchos; descorchó el frasco y vertió dos raciones de whisky en los vasos.

—Por el crimen —brindó Sweeney, levantando el suyo.

—Por el crimen —repitió Henderson— ¿Cómo van las cosas por Chicago?

—Madurando —respondió el periodista—. Pero hablemos de Brampton. Primero, asegurémonos de que ese Chapman Wilson del que hablo y su Loco Charlie son la misma persona. Dígame algo de él.

—Se llama Charlie Wilson. Es pintor y escultor. Supongo que obtiene su dinero principalmente de esas figuras que modela. Las vende a varias empresas dedicadas a la venta de figuritas y objetos de regalo. Cosas artísticas. Creo que no veía de muchos cuadros.

—Si, es el mismo —asintió Sweeney—. Probablemente usa el Chapman como nombre profesional; suena mejor que Chailie. ¿Está muy loco?

—En realidad, no. Claro, cuando está sereno sólo es un poco..., ¿cómo diría?, un poco excéntrico. Sin embargo, bebe como un cosaco y cuando está repleto de alcohol. Ah, he tenido que echarle de aquí media docena de veces. Especialmente porque buscaba pelea —Henderson sonrió—. Y sólo mide metro sesenta y pesa cincuenta y nueve kilos. Cualquiera podría

tumbarle, y quizá incluso matarle. Siempre esta armando bronca y buscando jaleo cuando está bebido. Un verdadero idiota.

—¿Saca mucho de su trabajo?

—Oh, no. Dudo que gane quinientos pavos al año. Vive en una especie de cabaña, al borde de la ciudad, donde no querría vivir nadie. Sólo le cuesta unos dólares al mes. Y es un individuo tan orgulloso como un pavo real; se considera un gran artista.

—Tal vez lo sea.

—Entonces, ¿por qué no gana más con su profesión?

Sweeney abrió la boca para mencionar a Van Gogh y Modigliani y algunos otros grandes artistas, que ganaron mucho menos de quinientos dólares al año; de repente recordó con quién estaba hablando y también que el tiempo apremiaba.

En cambio, preguntó.

—¿Y Charlie Wilson vive aquí solo? ¿En Brampton?

—Sí, ¿por qué no? Es inofensivo.

—Sigamos con el asunto de ese Destripador. ¿Qué tiene Charlie que ver con él?

—Le disparó.

—¿Charlie al Destripador o al revés?

—Charlie contra el Destripador.

—Pero el Destripador huyó, claro.

—No, diablo. Lo dejó seco. Lo mató con una carabina desde una distancia de dos metros. Le abrió un agujero por el que pasaba una mano. Lo único bueno que ha hecho Charlie en su vida. Por algún tiempo fue el héroe de la ciudad.

—Oh —exclamó Sweeney, sintiéndose desilusionado. Un destripador muerto no podía ayudarle mucho. Tomó otro trago del whisky—. Bien, empecemos por el otro extremo. ¿Quién era ese Destripador?

—Se llamaba Pell, Howard Pell. Un maniaco homicida que se fugó del asilo del condado, a unos treinta kilómetros de aquí. Veamos. Sí, fue hace cuatro años. Me equivoqué cuando dije que ocurrió durante el primer año de mi segundo mandato como *sheriff*. No, fue hace cuatro años, tal vez unos meses más. Si, ahora estamos en agosto y creo que fue en mayo.

—¿Y qué sucedió?

—Ese Pell se fugó del asilo. Mató a dos Guardianes con sus propias manos. Era muy alto, muy corpulento, parecía un oso. Mucho más recio

que yo. Todavía no había callado la sirena de alarma cuando detuvo un taxi y el maldito conductor le dejó subir. Era un tal Rogers. Pell subió al taxi y mató a Rogers. Lo estranguló.

—¿No utilizó ningún cuchillo?

—Todavía no lo tenía. Pero lo conseguí poco después. Ese Rogers también vendía utensilios de cocina. Otra de sus aficiones era la talla en madera. El cuchillo que le servía para dicho tallado, era muy grande, de unos treinta centímetros de largo por tres de ancho, afilado como el que más. No sé qué buscaba Pell en el taxi, mas lo cierto es que encontró el cuchillo. Su vista le entusiasmó. Lo probó sobre Rogers, a pesar de que ya estaba muerto. ¿Desea conocer los detalles?

—No, gracias —rechazó Sweeney—. En cambio, si deseo llenar de nuevo el vaso. No mucho.

—Perdone —disculpóse Henderson, sirviéndole—. Bien, descuartizó a Rogers y arrojó su cuerpo fuera del coche. No todo de una vez, claro.

Sweeney estremecióse ligeramente y bebió unos dedos de whisky.

—Esto sucedía a las ocho de la noche y a aquella misma hora, en el asilo, hallaron muertos a los dos guardianes descubrieron que Pell se había fugado. Me llamaron al momento, así como a los *sheriffs* de los otros condados, a la policía y a los guardias libres de servicio, para que recorriésemos los campos de los alrededores del manicomio.

Henderson bebió y se limpió los labios con la manga.

—No tardaron mucho en descubrir los restos de Rogers Las huellas del taxi contaron lo sucedido De esta manera supieron que Pell conducía un coche. Regresaron al asilo y me telefonearon, como a los demás para darnos la noticia, por la que establecimos barreras y controles en los caminos y las carreteras. Sin embargo, ese monstruo de Pell nos engañó. Si, se había encaminado hacia Brampton, mas al llegar a los alrededores de la ciudad dejó el taxi en un camino vecinal. Después de eso, cruzó los campos a pie y pasó entre nosotros. Eso a pesar de que yo, y el jefe de policía de Brampton, teníamos bien vigilados todos los caminos. En realidad, todo estuvo bloqueado quince minutos después de recibir la llamada del asilo.

—Buena labor —ponderó Sweeney.

—Sin embargo, no sirvió de nada, porque pasó a pie. Al día siguiente hallamos las huellas por donde había venido en coche, y por donde había continuado a pie. Sí, descuartizó a Rogers dentro del taxi y tuvo que conducir él mismo, de manera que quedó cubierto de sangre. Incluso tenía

sangre en el pelo, en la cara y en los zapatos, estaba totalmente empapado. Y con este aspecto, empuñando el cuchillo en la mano, fue como se presentó ante Bessie cuando la muchacha se estaba duchando.

—¿Quién es Bessie?

—*Era.* Bessie Wilson, la hermana menor de Charlie. Tenía unos dieciocho años, quizá diecinueve. Vivía con su hermano porque estaba bastante enferma. Hasta entonces no había vivido en Brampton, ya que tenía un empleo en St. Louis, como encargada del guardarropa de un *night club* o algo por el estilo; pero se puso enferma, se despidió y vino para estar junto a Charlie; sus padres murieron hace más de diez años. Cuando vino ella ignoraba la situación financiera de su hermano, que no podía ser peor, de lo contrario no habría venido; sin embargo, por las cartas que él le escribía debió pensar que Charlie nadaba en la abundancia. Trueno, al estar enferma necesitaba cuidados, mas lo que le ocurrió aquí no la ayudó en absoluto. Quizá hubiese sido preferible que muriese en el acto.

—¿La atacó ese Pell?

—Sí... y no. En realidad, no le puso ni una mano encima, pero la muchacha se volvió loca y falleció poco después. La cosa ocurrió así: la cabaña de Charlie no es más que una habitación grande que él utiliza para vivir y trabajar a la ver, y allí es donde vivían los dos hermanos. Hay otra choza no muy lejos, una especie de cobertizo, donde Charlie puso una ducha, en un rincón, una ducha de fabricación casera. Eran ya más de las ocho y media cuando la hermana, Bessie, decidió tomar una ducha. Salió hacia el cobertizo, en bata y con zapatillas. Y debió de ser por aquellos instantes cuando Pell se aproximó campo a traviesa, manteniéndose apartado de la población. Entonces la vio entrar en el cobertizo y encerrarse allí. Con el cuchillo en la mano, abrió la puerta de un tirón.

—¿No había una aldaba en la puerta?

—Ya le dije que Pell era fuerte como un oso. Abrió la puerta con tanta fuerza que la arrancó de sus goznes. Bessie estaba allí, desnuda, a punto de dar el agua para la ducha. Pell dio un paso al frente, blandiendo el cuchillo. ¿Quiere otro vaso?

—Buena sugerencia —jadeó Sweeney.

Henderson llenó los dos.

—No se la puede censurar por enloquecer —prosiguió el ex *sheriff*—. Estaba enferma y se enfrentó con aquella visión de pesadilla. Un tipo de casi dos metros, con casi cien kilos de peso, con el uniforme del asilo y con

sangre en el pelo y en el rostro, acercándose con un cuchillo enorme en la mano. ¡Dios mío!

Sweeney logró formarse una idea de la visión. Veía a Mimi.

Tomó un sorbo de whisky.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó.

15

—Bien —continuó Henderson—, yo me hallaba a dos manzanas de distancia y oí los gritos de Bessie, unos chillidos interminables, que me helaron la sangre. Transcurrieron unos cinco minutos antes de que llegara allí y, naturalmente, todo había terminado, pero la muchacha seguía lanzando alaridos, cada vez más estridentes. Charlie, al oír el primero, había cogido la carabina (tiene una porque va de caza, no tanto por pura diversión como nosotros; sino para tener algo que llevarse a la boca), y salió por la puerta trasera de la cabaña hacia el cobertizo. Antes de llegar, divisó a aquel individuo que, con un cuchillo en la mano, estaba planta en la puerta, y más allá distinguió a Bessie acurrucada debajo de la ducha, cuya agua no había tenido tiempo de dejar correr, gritando hasta desgañitarse. Charlie echó a correr. Entre la cabaña y el cobertizo sólo hay unos cinco metros, y este último queda un poco a un lado, de manera que Charlie podía disparar contra Pell sin alcanzar a su hermana. Si como digo, llegó corriendo y disparó, haciéndole un agujero a Pell por el que, repito, podía pasar una mano.

—Y Bessie Wilson se volvió loca —fue más una afirmación que una pregunta lo que hizo el periodista.

—Si. Falleció unos seis o siete meses más tarde. Más loca que un cencerro. No en nuestro asilo, que es para incurables. Por algún tiempo, los médicos pensara que Bessie tenía cura, por lo que la llevaron a un sanatorio particular próximo a Beloit. Hubo un gran revuelo sobre el caso, y uno de los médicos de allí se interesó por la pobre muchacha. Ensayó un tratamiento nuevo, pensando poder devolverle la salud, y se la llevó consigo como un caso de caridad. No sirvió de nada; Bessie murió unos meses después, seis o siete, no lo recuerdo con exactitud.

—¿Y Charlie? —inquirió Sweeney—. ¿Fue entonces cuando se volvió..., excéntrico o ya lo era antes?

—Como le dije, no está realmente loco.

—Sí, estaba un poco desequilibrado antes del suceso, y supongo que a partir del mismo está peor. Es un artista y serlo ya es un síntoma de locura, ¿no?

—Sí, es muy posible —concedió Sweeney para no entrar en profundas disquisiciones—. ¿Dónde está la cabaña?

—En Cuyahoga Street. A ocho manzanas al oeste desde aquí, casi a la salida de la ciudad. No sé el número, si es que lo tiene. Queda a una manzana y media al norte de Main Street, que es donde estamos, y hay muy pocas casas. La suya es la única de una sola habitación, pintada de verde. No puede perderse. ¿Otro vaso? Todavía queda whisky para otros dos.

—¿Por qué no? —aceptó Sweeney.

No había ningún motivo para el no, de manera que Henderán vertió el resto del frasco en los dos vasos.

El periodista se ensimismo en la contemplación del suyo. Menos de media hora antes, el asunto era terriblemente prometedor: había encontrado a un Destripador. El caso es que estaba muerto desde hacía más de cuatro años, con un agujero por el que Sweeney hubiese podido pasar la mano de haberlo intentado, cosa que jamás habría hecho, especialmente con un Destripador muerto cuatro años y medio antes.

Bebió un sorbo de whisky y miró a Henderson como si éste tuviese la culpa de su derrota.

De repente se le ocurrió una idea. Claro que no parecía muy plausible.

—¿Se halla ese Charlie Wilson —preguntó de sopetón— fuera de la ciudad?

—¿Charlie? No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Me preguntaba si se habría marchado a Chicago…

—Oh, no, no puede permitirse el lujo de gastar tanto. Además, no lo ha hecho.

—¿No ha hecho qué?

—Cometer los tres asesinatos del nuevo Destripador. El nuevo *sheriff,* Lanny Pedersen, los comentó la otra noche en el bar. Naturalmente otro destripador, aunque fuese cuatro años atrás, y estuviese muerto, y le preguntamos a Lanny si creía posible que Charlie... si tal vez podía haber..., bueno, a causa de lo que vio entonces, haber imitado a Pell..., Lanny respondió que también se le había ocurrido esta idea, de manera que había interrogado a los vecinos de Wilson, los cuales le habían asegurado que

aquél no había salido de la ciudad. Lo ven todos los días, porque sus trabajos de escultor los realiza casi por entero en el patio de su casa.

—Y ese Pell —conjeturó Sweeney, bebiendo de nuevo—, era el individuo contra el que disparó Charlie, ¿eh? Quiero decir que el disparo pudo dejar al muerto irreconocible...

—No, no le alcanzó en la cara. Tampoco hubo duda alguna al ser identificado, ni la hubiese habido de no llevar el uniforme del asilo mental. El disparo le dio en pleno pecho. Seguramente oyó los pasos de Charlie y dio media vuelta. Le hizo un agujero en medio del pecho por el que era posible pasar una mano.

—Gracias por todo —sonrió Sweeney, poniéndose de pie—. Supongo que debo batirme en retirada. Pensé que quizá sería posible relacionar su Destripador con el nuestro, mas no parece posible a causa de la coartada de Charlie y habiendo muerto los otros dos protagonistas del suceso. Además, usted ya pensó en ello antes que yo. Repito las gracias, amigo.

Aguardó a que Henderson lavase los vasos usados y a que escondiera el frasco vacío en el fondo del cubo de la basura, y descendió con él. Henderson relevó a su esposa en el mostrador. La mujer le dirigió una mirada recelosa y Sweeney tuvo la impresión de que las precauciones tomadas por el ex *sheriff* con los vasos y la botella eran inútiles. Aunque Ma no descubriese la botella, sabía que ambos habían estado bebiendo.

Sólo había cuatro parroquianos en el bar y Sweeney, antes de despedirse invitó a una ronda general. Para él pidió sólo una cerveza.

Volvió a la estación de ferrocarril y preguntó a qué hora había un tren para Chicago.

—A las once quince.

Consultó su reloj y comprobó que eran las cuatro treinta.

—¿No hay ningún aeródromo por aquí cerca donde pueda coger un avión para Chicago? — insistió.

—¿Un avión para Chicago? El sitio más cercano es Rhinelander. Allí podrá coger uno.

—¿Cómo llegaré hasta allí?

—En tren —respondió el empleado de la ventanilla—. El de las once quince. Es el primero que va hacia allá.

Sweeney soltó una palabrota. Adquirió un billete para Chicago en el tren de las once quince, con reserva para una litera. Llegaría a Chicago a primeras horas de la mañana del domingo, después de dormir la noche

entera en el tren.

Se sentó en un banco de la estación, sin saber cómo mataría las siete horas y media que faltaban para la llegada del tren sin beber demasiado, si es que bebía algo. Y si lo hacia, probablemente no cogería el tren y perdería todo el domingo, que era su último día libre antes de reintegrarse el lunes a su trabajo en el *Blade.* Suspiró audiblemente y decidió que durante aquella especie de descanso podía ir a ver a Charlie Wilson, ya que para esto vino a Brampton. Así mataría esas horas.

Había perdido, no obstante, todo su entusiasmo. Cuando el *sheriff* le habló de un Loco Charlie llamado Wilson y de una rubia a la que había atacado un Destripador le pareció algo maravilloso. Era tan estupendo que el anticlímax le puso en el alma el anhelo de no haber oído hablar de Brampton, Wisconsin.

Sí, claro, aún le quedaba la pista de Mimi, pero debía seguir el rastro al revés, hacia delante y no hacia atrás, para descubrir al Destripador que poseía una copia suya. Haber seguido sus huellas hasta Brampton sólo le condujo a una coincidencia, que en realidad no era otra cosa que la confirmación de que la estatua de Mimi poseía un terrible atractivo para un Destripador. Esto era comprensible, puesto que, hasta cierto punto, Mimi era el resultado de la experiencia con uno, aunque desdichadamente no fuese el que estaba operando en Chicago.

Si, hablaría con Chapman Wilson. Y si el escultor era un borrachín, una botella serviría para desatarle la lengua.

Compró la botella, un quinto solamente, en una licorería de la calle Mayor, y se dirigió a Cuyahoga Street. No le costó mucho encontrarla, gracias a las indicaciones de Henderson. Allí se alzaba la cabaña pintada de verde, rodeada de una cerca y el cobertizo detrás. No obstante, nadie contestó cuando llamó a la puerta, tras pasar la cerca que estaba abierta.

No forzó la puerta del cobertizo, mas cuando llamó tampoco hubo respuesta. De pronto, se dio cuenta de que aquella puerta sólo estaba entornada y que al empujarla únicamente podía cerrarse desde dentro. Sweeney al asomar la cabeza divisó un rincón escondido tras una cortina; obviamente era un retrete. En el rincón opuesto, sin cortina ni mampara alguna, estaba la tosca ducha descrita por el ex *sheriff*.

Una cuerda que colgaba al lado de la puerta servia como interruptor de la luz, procedente de una bombilla colocada en el centro del techo. Sweeney la encendió y vio en la pared fronteriza, entre la ducha y el

retrete, el punto donde debió hacer impacto el disparo de la carabina. Ahora, habían aplicado encima un pedazo cuadrado de tela, sostenido por unos clavos.

Volvió la vista hacia la ducha y se estremeció al dibujarse en su mente una imagen de Mimi Chillona a escala natural, de piel suave y blanca en lugar de negra y reluciente. Allí, en aquella ducha había estado la verdadera Mimi, chillando, con sus esbeltos y ebúrneos brazos extendidos al frente en un gesto de desamparo y terror... Sweeney apagó la luz y cerró la puerta. No le gustaba la imagen mental de lo que había aterrado tanto a la muchacha. No era de extrañar que hubiese enloquecido.

Regresó a la cabaña y llamó otra vez. A continuación, se dirigió a la casa contigua y también llamó. Abrió la puerta un individuo que lucia unos bigotes en forma de manillar. Sweeney le preguntó si Charlie Wilson estarla fuera todo el día o regresaría pronto.

—Supongo que no tardará en volver. Vi que iba hacia el centro hará un par de horas. Siempre vuelve a tiempo de prepararse la cena. No le gusta comer en los bares.

Sweeney le dio las gracias y retrocedió hacia la cabaña. Eran las cinco y empezaba a oscurecer. Sweeney pensó que lo mismo daba esperar allí que en cualquier otra parte.

Se sentó en el escalón de madera y dejó su equipaje —la botella— a su lado, sobre la hierba, resistiendo el impulso de descorcharla antes de que llegase Charlie.

Serían las seis y en la plenitud del crepúsculo cuando llegó Charlie Wilson. Lo reconoció fácilmente gracias a la acertada descripción de Henderson: metro sesenta, unos sesenta kilos, no más. Sin embargo, parecía todavía menos pesado, posiblemente porque no estaba totalmente bebido. Por su manera de andar, no parecía, a pesar de su sobriedad exterior, de sequía interna.

Tendría, decidió Sweeney cuando Charlie estuvo más cerca, de veinticinco a cuarenta y cinco años. Era imposible fijarle una edad, ni siquiera aproximadamente. El cabello ostentaba un color pajizo, y lo llevaba alborotado. No usaba sombrero. Las ropas estaban bastante arrugadas y no debía de haberse afeitado al menos en dos días. Sus ojos estaban vidriosos.

Sweeney se puso de pie.

—¿El señor Wilson?

—Sí, el mismo.

La coronilla de su cabeza llegaba justo a la barbilla del periodista.

—Me llamo Sweeney —se presentó éste, extendiendo la mano—. Deseada hablar con usted respecto a cierta estatuita que modeló. La MCH-1 de Ganslen, una joven que chilla.

Charlie Wilson también extendió la mano, pero no estrechó la de su visitante. Aquella mano estaba fuertemente apretada, formando un puño que golpeó el estómago de Sweeney. El estómago, ya dolorido desde la noche anterior, gimió en silencio y trató de subir por el esternón.

Sweeney pronunció algo indescifrable y se dobló, de forma que su mentón quedó al alcance del puño de su contrincante. El puño de Wilson hizo impacto en aquella barbilla, obligando a su dueño a perder el equilibrio pero no a enderezarse. Nada habría podido enderezar al periodista en aquel momento. Nada en absoluto. En realidad, apenas experimentó dolor alguno por el segundo puñetazo ante la intensidad del de su estómago. Nadie nota la picadura de un mosquito si tiene atrapada la pierna en una trampa para osos.

Sweeney se tambaleó hacia atrás, siempre doblado sobre sí, y volvió a sentarse en el escalón de madera, con las manos agarradas a su diafragma. No le importaba que Charlie Wilson le pateara el rostro, con tal que no volviese a pegarle en el estómago. No le importaba nada de este mundo excepto proteger aquel órgano vital tan dolorido. Sin apartar de allí las manos, se inclinó de costado empezó a vomitar.

Cuando se recobró lo suficiente y pudo levantar la vista. Charlie Wilson, con los brazos en jarras, le contemplaba con presión asombrada. Su voz armonizó con aquella expresión.

—¡Maldito sea yo! ¡Le he dejado *grogui*!

—Gracias —logró articular Sweeney.

—¿Le he hecho mucho daño?

—No, casi nada. Me encuentro muy bien..., muy bien.

Vomitó otra vez.

—Oiga, no quise pegar tan fuerte. ¡Pero siempre me ocurre lo mismo cuando me peleo! Bueno, ¿quiere un trago? Dentro tengo algo de ginebra. Dentro de la choza, quiero decir, no dentro del cuerpo. Esto es whisky.

—¿Qué es whisky?

—Lo que tengo en mi cuerpo. ¿Le apetece un trago de ginebra?

Sweeney cogió el quinto de whisky que estaba al lado del escalón.

—Si quiere abrir esto...

Wilson abrió la botella utilizando borde dentado de una llave para levantar el celuloide protector y quitó el tapón con los dientes. Le dio la botella Sweeney y éste bebió un largo trago. Luego, le devolvió la botella al escultor.

—Vamos, beba también. Así iniciaremos una hermosa amistad. Pero ante dígame: ¿por qué la inició de forma tan contundente?

—Odio a los periodistas.

—Oh. —exclamó Sweeney—. ¿Cómo supo que yo lo era?

—Es el tercero que viene en una semana ¿Y quién si no...?

Se interrumpió y sus ojos adoptaron una expresión intrigada.

—¿Decía «quién si no...? —le instó Sweeney. De repente, cambió de tono—: Empecemos de nuevo, de manera distinta. ¿Usted es Chapman Wilson?

—Sí.

—Me llamo Sweeney. Mortimer Sweeney. Trabajo para la Ganslen Art Company, de Louisville.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Charlie golpeándose la frente con la mano.

—Una lamentación algo tardía...

—Lo siento de veras. Oiga, ¿aún no puede erguir el cuerpo? Perdone, abriré la puerta... No, será mejor que entre por detrás y abra desde dentro. Así podré ayudarle a andar.

Desapareció por detrás de la cabaña, con un aspecto mucho más sereno que a su llegada de la ciudad. Sweeney oyó una puerta que se abría, unos pasos, y el ruido de la puerta principal. Al abrirse, la puerta le pegó en la espalda.

—Lo siento —repitió Wilson—. Olvidé que se abre hacia fuera y que usted estaba en el escalón. Tendrá que procurar levantarse para que pueda abrir. ¿Podrá intentarlo?

Aunque con dificultad, Sweeney se puso de pie. No muy erguido, sólo lo bastante para hacerse a un lado y después entrar en la cabaña. Se dirigió al asiento más cercano, que era una silla de campaña sin respaldo, pero no le dio importancia puesto que prefería estar inclinado hacia delante.

Wilson encendió la luz: una bombilla en el techo, lo mismo que en el cobertizo. El escultor estaba fregando dos vasos en un fregadero, situado en un rincón. Al lado del fregadero se veía un montón de platos sucios, no

había ninguno limpio en el escurreplatos. Por lo esto, Wilson solamente lavaba los platos cuando los necesitaba y no cada día, después de usarlos.

El escultor se aproximó a Sweeney con los dos vasos en la mano y vertió en cada uno de ellos una generosa ración de whisky.

El periodista tomó un sorbo y miró a su alrededor. Las paredes, en su totalidad, estaban cubiertas por telas colgadas, sin marco Casi todas eran paisajes al estilo de Cézanne, muy del agrado de Sweeney, y algunos abstractos interesantes. El periodista no era suficientemente experto para saber si eran buenos cuadros o no, si bien con toda seguridad no eran malos No había ningún retrato ni figuras humanas.

En un lado de la habitación, un zócalo soportaba una estatuita de unos veinticinco centímetros de altura, representando un gladiador.

—No lo mire —le aconsejó Wilson, siguiendo la mirada de su visitante —. No está terminado y, además, es horrible.

Cruzó la estancia y tapó la figura de arcilla con un paño. Después, se sentó al borde de su camastro, cerca del periodista.

—No está mal —comentó éste—. Me refiero al gladiador. Aunque creo, no obstante, que su pasión es la pintura, y las estatuas la forma de hacer hervir el puchero. ¿Acierto?

—No del todo, señor Sweeney. Claro que si no perteneciese usted a Ganslen, diría que tiene razón. A propósito, ¿en qué Departamento trabaja?

Sweeney ya esperaba la pregunta. No conocía en absoluto la situación interior de la empresa de Louisville y, peor todavía, ignoraba hasta qué punto la conocía Wilson, que, posiblemente, podía haber estado allí y conocer la distribución de las oficinas.

—Soy viajante de la casa —dijo, no deseando comprometerse—. Pero cuando mi jefe supo que en este viaje tenía que pasar por Brampton me pidió que le visitara.

—Oh, ahora lo siento mucho más, señor, Sweeney. Yo...

—Tranquilo, no fue nada —mintió el periodista, metido ya en pleno embuste—. Pero dígame, ¿qué le ocurrió con los dos periodistas que vinieron a verle? ¿En qué periódicos trabajan y por qué le visitaron?

—Eran de los diarios de St. Paul O quizá uno fuese de Minneapolis. Estaban interesados por la estatuita que usted mencionó, la MCH-1. Por esto le tomé a usted por otro reportero. Bien, ¿cuál es su interés, señor Sweeney, por esa estatua?

—Ante todo —repuso Sweeney—, pongamos en claro una cosa: ¿Qué

querían saber esos periodistas respecto a la MCH-1?

—Por algo relacionado con el Destripador de Chicago —aclaró Wilson, frunciendo el entrecejo—. Deseaban presenciar una repetición de la muerte de aquel maníaco que asustó a mi pobre hermana, al que yo maté. Los dos sabían que yo había modelado aquella figura pensando en Bessie, por lo que supongo que antes de venir hablaron con el *sheriff* Pedersen.

Sweeney tomó un sorbo de whisky mientras reflexionaba frenéticamente.

—¿Había visto alguno de ellos la estatua o una foto de la misma?

—Creo que no. Lo que más les interesaba, según comprendí por sus palabras, era el nombre de la compañía a la que yo vendí la estatua. De haberla visto alguna vez, habrían conocido este dato porque debajo de la base está grabado el nombre.

—O sea, que el *sheriff* sabe que usted modeló la estatua pero ignora a qué casa la vendió.

—Exacto Además, el *sheriff* tampoco ha visto la figura. Le cogí al *sheriff* un odio mortal la noche que me encarceló por conducta desordenada.

Sweeney asintió y experimentó un gran alivio. Los periódicos de St. Paul y Minneapolis no conocían la parte más sustancial de la historia de Mimi Chillona. Conocían sólo la parte inconsecuente, la que él había sabido de labios del ex *sheriff,* mas importante, lo único que contaba: que el Destripador poseía una copia de la estatua. En aquellos rotativos ni siquiera tenían una foto de Mimi. Lo único que les interesaba era una repetición del que de Wilson contra el maniaco homicida. Esto habría significado un par de buenas columnas para dichos matutinos, pero no habría llegado a la Associated Press ni a la United Press, cosa que hubiese desbaratado los planes de Sweeney.

Wilson se recostó contra la pared, situada detrás del camastro y cruzó las piernas.

—En definitiva, señor Sweeney, ¿por qué le envió aquí su jefe?

—Por algo que temo no vaya a servir de nada si a usted no le atrae la idea de hacer publicidad de esa figura y contar cómo se originó su modelado. La verdad es que esa pieza nos ha causado bastantes pérdidas. Fabricamos gran cantidad de copias, pero se venden con gran lentitud para justificar unas docenas más. Peor aún: en el almacén tenemos unas cien figuras todavía. Esa estatua no ha llamado la atención del público.

—Se lo advertí al señor Burke —asintió Wilson—, cuando se la quedó. Siempre sucede lo mismo: una figura gusta mucho o no gusta en absoluto.

—¿Cuál es su reacción ante este rechazo, como escultor y autor de la obra?

—No..., no lo sé, señor Sweeney. No debí hacerla y mucho menos venderla. Es demasiado personal. ¡Oh, Dios mío, de la manera que Bessie estaba allí, chillando, tal como la vi desde la puerta...! En fin, la visión quedó grabada en mi cerebro hasta que me vi obligado a darle vida para quitármela del pensamiento. Me estuvo atormentando todo el año pasado. Sí, tenía que pintarla o esculpirla, y como con la paleta en la mano no soy muy bien retratista, la convertí en estatua. Claro que una vez hecha debí destruirla.

»La terminé justo cuando me visitó el señor Burke en uno de sus viajes, y le gustó. No quería vendérsela, pero insinuó y como necesitaba el dinero, me dejé convencer. ¡Maldición, fue como vender a mi hermana; sí, eso fue en cierto modo! Me repugnó tanto esta idea que estuve borracho una semana, de manera que el dinero que saqué no me sirvió era absoluto.

—Comprendo sus sentimientos —asintió Sweeney.

—Le advertí al señor Burke que no quería ninguna publicidad por esa figura y me prometió que no le contaría a nadie la historia con el fin de vender más piezas. Por eso no entiendo por qué ha venido usted hablando de publicidad para la MCH-1.

—Bueno... —Sweeney se aclaró la garganta—, el señor Burke pensó que, teniendo en cuenta las actuales circunstancias, tal vez usted cambiaría de idea. De todos modos, ya veo que tiene usted la herida abierta, y, por tanto, no intentaré convencerle.

—Gracias, señor Sweeney, ¿pero a qué circunstancias actuales se refiere?

—A lo mismo que se refirieron los periodistas de St. Paul. En estos momentos tenemos en Chicago un Destripador en plena acción, que es noticia, gran noticia, no sólo local sino de costa a costa. Es una noticia como no ha habido otra desde los tiempos de Dillinger. Y ahora, con el hierro en caliente, podríamos vender cantidades inmensas de Mimis, si pudiésemos hacerle propaganda, anunciando esas figuras y afirmando que se trata de la auténtica imagen de una mujer atacada por un destripador. Que la estatua la modeló un escultor que presenció el hecho... e impidió su consumación. Mas para esto, tendríamos que publicar toda la historia.

—Entiendo. Naturalmente, esto significaría algún dinero más para mí. Oh, no, sospecho que no. No me gusta la idea de exponer de nuevo a Bessie a la curiosidad pública. ¿Otro vasito? El whisky es suyo...

—Nuestro —le rectificó Sweeney—. Charlie, me agrada usted. No pensé que llegara a gustarme después de su recibimiento tan... caluroso.

Wilson llenó de nuevo los dos vasos.

—Oh, repito que lo siento mucho. De veras. Creí que era usted uno de esos malditos periodistas, como aquellos dos y decidí no soportar a otro pelmazo.

Volvió a sentarse, con el vaso en la mano.

—Lo que me gusta de usted —observó—, es que no desee obligarme a dar mi permiso para que la Ganslen haga propaganda de mi estatua. Si hablásemos de esto, quizá me convencería. Bien sabe Dios que necesito ese dinero..., y bien sabe Dios, asimismo, que cuando lo cobrase no me serviría de nada. Incluso con esos precios tan irrisorios que ustedes pagan por esas piezas, podrían vender varios miles con una historia como la de mi hermana. Y con tanto dinero...

—¿Cuánto dinero? —preguntó Sweeney, con curiosidad—. Burke no me contó cuál fue el trato entre ustedes.

—Lo de siempre. Lo de siempre para mí, claro. Ignoro qué precios les paga Burke a los demás proveedores, pero a mí, por cada pieza, me da cien pavos, *con el derecho* para la compañía de vender mil copias. A partir de las mil, según Burke, obtienen beneficios. ¿Es o no es así?

—Tal como usted dice, amigo Wilson. —asintió Sweeney.

—De manera que si venden dos o tres mil copias de una pieza, yo puedo cobrar algo más en concepto de derechos..., cosa que no ha sucedido nunca. ¡Y que Dios me ayude si ocurriera..., en este caso! Si me emborraché durante una semana entera cuando toqué los derechos de la figura de Bessie por primera vez, seguro que con la pasta que recibiría por la venta de dos o tres mil copias más, ahora que mi hermana está muerta, gracias a la propaganda que se haría en su nombre, cogería tantas borracheras seguidas, que terminaría muriendo de *delirium tremens.* Y aunque yo no terminase así, el dinero sí se acabaría. Quedaría más arruinado de lo que estoy, y me odiaría el resto de mi vida.

Sweeney comprobó que podía sostenerse de pie con menos dificultad que antes:

—Estréchela, Charlie —dijo, ofreciendo su mano al escultor—. Me

gusta usted.

—Gracias, y también usted me gusta a mí, Sweeney. ¿Otro trago? ¿De su whisky?

—De nuestro whisky. Sí, Charlie. Ah, oiga, ¿cuál es su nombre de pila, Chapman o Charlie?

—Charlie. Lo de Chapman Wilson fue idea de Bessie. Dijo que hacia más artista. Era una chica estupenda, Sweeney. A veces, un poco *locatis.*

—¿No lo somos todos?

—Yo, al menos, sí. Por ahí me llaman el Loco Charlie.

—En Chicago, seguramente me llaman el Loco Sweeney. ¿Vamos a beber por la locura?— propuso, levantando su vaso.

Charlie le contempló un instante con ojos ensombrecidos.

—Que sea a nuestra clase de locura, Sweeney.

—¿Qué diablos...? Oh, sí, claro. ¡A nuestra clase de locura, Charlie!

Chocaron los vasos y bebieron. Sweeney se acomodó mejor en su silla de campaña.

—La verdadero locura —observó Charlie, mirando su vaso vacío—, es algo horrible, Sweeney. ¡Oh, aquel maniaco homicida, cubierto de sangre y con el cuchillo en la mano...! Todavía veo su rastro en mis pesadillas, aquel rostro que me miró al oír mis pasos detrás suyo... Y Bessie, era tan buena chica... Verla rompiéndose a pedazos. Bueno, no pedazos porque esto implica una destrucción gradual. A causa de aquella terrible experiencia se volvió loca de remate al momento. Incluso tuvimos que sujetarla mientras recogíamos sus ropas. Sí, estaba desnuda cuando... Pero usted ya lo sabe. Ha visto la estatuita. Creo, creo que fue una bendición de dios que muriese, Sweeney. Mejor muerta que loca, completamente loca.

Dejo caer la cabeza entre sus manos.

—Fue muy duro —reconoció Sweeney—. Sólo tenía diecinueve años, ¿verdad?

—Veinte. Veintiuno cuando murió en el manicomio hace ya cuatro años. Y era buena. Oh, claro, no era un ángel. Era como un potrito salvaje. Nuestros padres fallecieron hace diez años. Yo tenía veinticuatro años, y Bessie quince. Una tía nuestra quiso que viviera en su casa, pero Bessie huyó a St Louis. Aun así, siempre estuvo en contacto conmigo.

»Y cuando cinco años más tarde se puso enferma, acudió a mí. Estaba. En fin, para decir la verdad, la espantosa experiencia con aquel maníaco la hizo abortar —Wilson levantó la mirada—. Por eso digo que fue mejor que

muriese. A veces, la vida no es más que un infierno.

Sweeney se levantó y palmeó un hombro de Charlie.

—No piense más en ello, amigo.

Llenó los dos vasos y puso uno en la mano del escultor.

Como estaba de pie, aprovechó la ocasión para dar una vuelta por aquella especie de estudio y contemplar las telas expuestas en las paredes, examinándolas con más atención. No eran malas, no eran malas bajo ningún concepto.

—Estábamos muy unidos —reanudó Charlie la relación de sus recuerdos—, más de lo normal entre hermano y hermana. Nunca nos dijimos ninguna mentira. Ella me contó todo lo que hizo en St Louis, me habló de todos los individuos con los que había salido. Primero trabajó de camarera, y después como chica de conjunto en un *music-hall.* A esto se dedicaba cuando comprendió que estaba encinta y vino aquí. Y entonces aquel maldito loco...

—No hable más de ese asunto —casi le ordenó Sweeney, apenado.

—Aquel monstruo murió muy de prisa. Demasiado. De haberle disparado a las piernas y no al pecho, habría podido cogerle el cuchillo y... ¡Dios mío, tampoco lo hubiese hecho! —gimió, sacudiendo la cabeza lentamente. Tras una pausa, añadió— Sin embargo, le abrí un buen boquete, lo bastante grande como para meter una mano dentro.

—Oiga, Charlie —dijo Sweeney suspirando y volviendo a sentarse—, no se atormente más Hábleme de sus cuadros.

Charlie asintió con un gesto muy lento. Hablaron de pintura, de música y otra vez pintura. La botella de Sweeney quedó vacía y trataron de vaciar la de ginebra. Una ginebra horrible. Poco después, a Sweeney empezó a costarle enfocar la vista en las telas, a pesar de que conservaba su lucidez mental. Lo bastante, al menos, para darse cuenta de que lo estaba pasando muy bien y, que aquélla era la conversación más agradable que había mantenido en mucho tiempo. No lamentaba ya haber viajado hasta Brampton. Le gustaba Charlie, que poseía una marcada individualidad. Además, el escultor soportaba el licor notablemente bien. Tenía la lengua espesa, pero hablaba con sentido común.

En realidad, lo mismo que Sweeney, que, además, tuvo la sensatez de consultar el reloj de cuando en cuando. A las diez y cuarto, una hora antes de la salida del tren, le dijo a Charlie que debía marcharse.

—¿En coche?

—No, tengo una reserva para el tren de las once quince. Pero hay un buen trecho de aquí a la estación. Ha sido una tarde maravillosa.

—No tiene por qué ir a pie ni hacer auto-stop. Hay un autobús en la Main Street. Puede cogerlo en la esquina, a una manzana y media de aquí. Le acompañaré.

El aire fresco de la noche resultó muy agradable, y Sweeney sintió cómo se disipaban en su centenar los vapores del alcohol.

Le gustaba Charlie y deseaba ayudarle. De repente vio cómo podía hacerlo.

—Charlie, creo que sé de qué manera puede usted ganar más dinero con la Chillona, bueno, con la MCH-1, sin propaganda. Sólo haremos publicidad de la estatura, sin meter para nada a su hermana en los anuncios.

—Si puede conseguirlo...

Estaban ya en la esquina de la Main Street y Charlie decidió quedarse allí hasta la llegada del autobús.

—Si, puedo conseguirlo. Por lo de Chicago. Oiga, Charlie, yo sé algo que ignora todo el mundo y que le dará a usted un aluvión propagandístico sólo por la figura, sin tener que revelar cómo y por qué la modeló. Ni su nombre ni el de su hermana figurarán para nada.

—Si puede mantener a Bessie fuera de esto...

—Seguro, será fácil. Ni siquiera será la verdadera historia la que voy a publicar. Será sólo la crema pero la dejaremos fuera del pastel. Y en su beneficio, telegrafiaré con urgencia a la Ganslen, pidiéndoles que pidan más copias de la MCH-1. Oiga, Charlie, ¿ha estado alguna vez en Chicago?

—Hace un par de años. ¿Por qué?

—Cuando cobre esos derechos por las ventas de Mimi, vaya a Chicago y pasaremos juntos una velada. Le enseñaré la ciudad. Y nos emborracharemos. Si llega de día, llámeme al *Blade,* a la redacción. Si llega de noche, llame a...

—¿A la redacción? ¿Al *Blade*? ¿Es usted periodista?

—¡Dios mío! —se desesperó Sweeney.

No debió delatarse. Hubiese debido protegerse el estómago con las manos inmediatamente. Pero no lo hizo.

El puño de Charlie avanzó y Sweeney se dobló como un cortaplumas al cerrarse, en el mismo instante en que el otro puño del escultor le alcanzaba la barbilla. Mas, como la vez anterior, no sintió el segundo puñetazo.

—¡Hijo de perra! ¡Granuja! ¡Ojalá pudieras levantarte a pelear! —oyó

que gruñía la voz de Charlie.

Nada estaba más lejos del ánimo de Sweeney, o mejor dicho, de lo que quedaba de su ánimo. Ni siquiera podía hablar. De haber abierto la boca algo habría salido. Y la verdad es que no hubieran sido palabras.

Oyó como Charlie se alejaba.

16

No hay necesidad de describir lo que sentía Sweeney: era la tercera vez que le golpearon el estómago y ésta no fue diferente de las otras, excepto por la contundencia del impacto. Entrar en más detalles seria sádico, aparte de redundante. Ya basta con que él tuviese que lamentarse por tercera vez; ni tú, ni yo, lector, tenemos que repetirlo.

Con verdadero esfuerzo consiguió llegar al bordillo de la acera, donde se sentó, doblado sobre sí mismo, hasta que, unos diez minutos más tarde, oyó y vio el autobús que se acercaba; consiguió incorporarse, aunque no muy erguido, y subió al vehículo.

Permaneció sentado y doblado hasta que el autobús llegó a la estación. En el tren conservó la misma postura en la litera, tumbado de costado. No concilió el sueño hasta el amanecer, cuando el tren entraba en Chicago.

Al llegar a la pensión había pasado lo peor y logró dormir a pierna suelta. Se: despertó por la tarde, a las dos y media para ser exactos. Por entonces, se encontraba razonablemente bien y pudo caminar totalmente erguido.

Era domingo, último día de sus vacaciones. Necesitaba ganar tiempo, por cuyo motivo a las tres ya estaba bañado y afeitado.

Salió, miró a derecha e izquierda de la Erie Street, de muy malhumor, y finalmente decidió ir hacia el este en busca de algunos datos sobre la muerte de Dorothy Lee, que hubieran pasado inadvertidos a la Policía.

La suerte le acompañó por encontrar al portero de la finca y a la señora Rae Haley, la vecina que telefoneó a la Policía. Sin embargo, ninguno de los dos añadió nada a lo que ya sabia. Se le terminaron las preguntas a los quince minutos de interrogar al portero, que no había conocido personalmente a la señora Lee. Tardó una hora y media en escuchar todo lo que la señora Lee tenía que contarle, y al cabo de dicha hora y media conocía todo lo concerniente a Dorothy Lee, casi todo ello favorable,

aunque no influía en ningún aspecto de la investigación.

Rae Haley, mujer de busto generoso, con el cabello rubio y quizá demasiado maquillaje para estar en casa un domingo por la tarde, resultó ser contratante de anuncios para un periódico rival; pese a esto, no se mostró reacia a hablar para el *Blade* o para Sweeney.

Había conocido muy bien a Dorothy, y ésta le resultaba sumamente simpática. Dorothy era «buena y callada» Si, estuvo a menudo en su apartamento. Comían juntas con frecuencia, turnándose en hacer la comida, cada una en su piso, con lo que se ahorraban tener que guisar platos diferentes. Naturalmente, no siempre sino algunas veces por semana. Por eso conocía tan bien a Dorothy.

Mas tal como suponía, Sweeney tropezó con una rotunda negativa cuando se interesó por la «estatuita negra». El apartamento lo alquilaban amueblado, y Dorothy únicamente había adquirido unos cuadros y diversas chucherías.

Claro que poseía un magnífico gramófono y bastantes discos, especialmente de música «swing». Sweeney, al oír esto, se estremeció interiormente.

Sí, Dorothy salía con muchachos; en conjunto, la señora Haley había conocido a cuatro o cinco, aunque ninguno «en plan formal». La señora Haley los había visto a todos y hasta sabía sus nombres, que había dado a la policía. No porqué existiese ninguna posibilidad de que uno de ellos estuviese complicado en aquella «espantosa cosa» que le había ocurrido a Dorothy, pero la Policía había preguntado los nombres, insistiendo en ello. Al parecer, investigaron y ninguno podía ser sospechoso. Si hubieran detenido a alguno de ellos lo habría leído en la prensa, ¿verdad? Sweeney contestó que sí. La señora Haley afirmó que se trataba de unos muchachos encantadores, que cuando alguno de ellos acompañaba a Dorothy hasta casa, siempre se despedían en la puerta, sin subir. Ah, Dorothy había sido una buena chica.

Las paredes de los apartamentos eran como el papel de fumar y ella, la señora Haley, se habría enterado de haber subido alguno de los jóvenes. No prolongó la explicación, callando por delicadeza.

Esa pobre chica, pensó Sweeney, preguntándose si habría muerto virgen. Deseó que no fuese así, si bien no lo dijo en voz alta. Es excelente, meditó mientras la señora Haley seguía hablando, que una joven se conserve pura para el Señor Presunto Marido, pero es muy duro si el Señor

Malvado la persigue con un cuchillo. Ni siquiera el prototipo de Mimi Chillona, la pobre Bessie Wilson, había tenido esa desdicha.

Sweeney también pensó, sin ningún motivo en particular, que le habría gustado Bessie Wilson; sí, ojalá la hubiera conocido. Maldición, le gustaba Charlie Wilson, a pesar de lo que le había hecho.

Un tipo quisquilloso, pero muy agradable cuando no se dedicaba a golpear estómagos.

Decidió que, de todos modos, le guardaría la promesa a Charlie y enviaría el telegrama al gerente de la Ganslen. Planeaba ya el telegrama, palabra por palabra, cuando se dio cuenta del sitio donde estaba y de que la señora Haley hablaba todavía, sin que él le prestase la menor atención. Escuchó lo bastante para comprender que no se había perdido nada interesante, y se despidió, rechazando una invitación para quedarse a cenar.

Bajo hacia el Loop, donde halló abierta una estafeta de la Western Union. Se sentó con el bolígrafo dispuesto y varios impresos en blanco. Rompió dos antes de dar cima al telegrama proyectado. Lo leyó dos veces, vio que faltaban un par de cosas y también lo rompió. Salió y se dirigió a una central telefónica donde pidió consultar una guía de Louisville y se la dieron. Por fortuna, Sweeney tenía buena memoria para los nombres y recordaba, de su primera llamada a la compañía Ganslen, el nombre y apellido del gerente. En la guía figuraba el número de su hogar.

Cambió unos dólares por níqueles y entró en una cabina. Unos instantes más tarde estaba hablando con el gerente y jefe de compras de la Ganslen.

—Aquí Sweeney, del *Blade* de Chicago —se presentó—. Hace unos días, señor Burke, hablé con usted sobre una de sus estatuitas, la MCH-1. Y usted fue lo bastante amable para decirme quién la había modelado.

—Sí, lo recuerdo.

—Para devolverle el favor, quiero decirle una cosa que les hará ganar mucho más dinero a ustedes y a Chapman Wilson. Únicamente le pido que mantengo esto confidencial hasta que el *Blade* lo publique mañana. ¿De acuerdo?

—Hum, ¿en qué he de estar de acuerdo, señor Sweeney? Por favor, sea más explícito.

—Quiero que no le cuente a nadie lo que le diré ahora, hasta mañana por la tarde. Mientras tanto, usted podrá actuar de acuerdo con mi información, con lo que ganará tiempo y dinero.

—Me parece justo.

—Bien, aquí va el informe. Usted vendió dos MCH-1 en Chicago. Una de ellas la tengo yo, y el Destripador posee la otra. Se ha enterado de los crímenes de nuestro Destripador, ¿verdad?

—¡Claro, Dios mío! ¿Quiere decir...?

—Exactamente. Mañana, el *Blade* publicará una fotografía de Mimi Chillona, de una anchura de cuatro columnas en primera página, si no estoy equivocado, y lanzará la verdadera historia a los cuatro vientos. Probablemente, esto servirá para atrapar al Destripador. Un amigo, la patrona, si vive de pensión, o cualquiera, podrá ver la estatuita en su habitación y llamará a la Policía. No transcurrirán dos meses sin que alguien la haya visto.

»Mas, tanto si lo atrapan como si no, la noticia tendrá resonancia nacional. Su compañía se verá incapaz de servir tantas Mimis como le pedirán, seguro. Por tanto, le sugiero que pida ahora mismo una gran abundancia de copias. Puede incluso pedir que trabajen en turnos nocturnos en la fábrica, el taller, o donde sea que las hagan. Yo, en su lugar, no vendería las cien copias que les quedan, sino que las enviaría rápidamente a los comerciantes del país, a fin de que les sirvan de muestra. Especialmente a los comerciantes de Chicago. Mande aquí un representante de su empresa con un camión cargado de estatuas, a ser posible esta misma noche.

—Gracias, señor Sweeney. Le agradezco infinito que me haya adelantado esta noticia.

—Aguarde —le interrumpió el periodista—, todavía no he terminado. Deseo que haga una cosa. Ponga una marca especial en cada una de las copias que vendan a partir de ahora, para que se diferencien en algo de la que posee el Destripador. Mantengan la marca en secreto para que ese monstruo no pueda duplicarla, pero díganselo a la policía cuando vayan a visitarles, cosa que sin duda harán al leer la noticia De lo contrario, no me dejarán vivir por haberle llamado a usted a fin de que su empresa inunde Chicago de estatuas. Claro que a la larga comprenderán que les hago un favor. Si llegan más Mimis, el Destripador conservará seguramente la suya, mientras que si piensa que continuará siendo el único poseedor de la copia, es capaz de destruirla para no ser incriminado. Además, no estará enterado de lo de la marca puesta en las demás. Oiga, pongan la marca secreta en la esquina delantera del fondo de la base para que si alguien se fija en ella crea que es un defecto de fábrica.

—Si, esto es muy sencillo.

—Yo marcaré también la mía. Ah, supongo que ustedes llevan un archivo y saben dónde se vendieron las primeras cuarenta. ¿No es cierto?

—Nuestros libros reflejan este dato.

—Bien, entonces si alguien poseía una Mimi sin marcar, será fácil seguirle el rastro y demostrar que no es la que adquirió el Destripador. Otra cosa.

—¿Si?

—No publicaré nada sobre el origen de Mimi Charlie, bueno, Chapman Wilson es muy sensible con respecto a lo que le ocurrió a su hermana, y la noticia ya es bastante sensacional sin mencionar esos datos. Al fin y al cabo, esto es historia pasada, mientras que nuestro Destripador es mucho más moderno. Chapman dijo que usted le prometió no usar la verdadera historia como propaganda y yo le suplico que cumpla lo prometido.

—Naturalmente, señor Sweeney. Y de nuevo, muchísimas gracias.

Después de colgar, Sweeney metió otro níquel en la ranura, pero el teléfono de Yolanda no contestó, por lo que recuperó la moneda. Era demasiado pronto para que la joven estuviese en el *night-club,* probablemente habría salido a tomar un bocado, en cuyo caso seria mejor no hablar con ella hasta mañana, cuando el *Blade* hubiera publicado la historia de Mimi. Quizá por entonces ya habrían detenido al Destripador y Yolanda se vería libre de la escolta policial.

Iría a verla bailar esta noche..., ¿pero le dejarían entrar?

Buscó el número del «Tit-Tat-Toe Club» y llamó. Una ligera discusión y el uso de su nombre hicieron que Harry Yahn se pusiese al aparato. Su voz tronó por el receptor.

—Hola, Sweeney, ¿qué tal te encuentras?

—Muy bien, Harry. Mañana publicaré un articulo sobre el Destripador. Más propaganda para Yolanda.

—¡Magnifico! Hum ¿Se referirá la noticia a alguien que conozco?

—No, a menos que sepas quién es el Destripador. ¿Lo sabes?

—No con ese nombre. Bien, ¿qué deseas? ¿Más pasta?

—No, gracias. Oye, Harry, eso ya pasó. Lo que quiero saber es si seguimos siendo amigos.

—Claro, Sweeney. ¿Tienes algún motivo para pensar lo contrario?

—Si —sonrió Sweeney—, pero eso ya terminó, ¿verdad? Específicamente: ¿se me considerará *persona non grata* si voy a El Madhouse o al «Tit-Tat-Toe»... o tengo que llevar una armadura?

—Siempre serás bienvenido. Sweeney —rió Harry bonachonamente—. En serio, como has dicho, aquello pasó.

—De acuerdo. Sólo quería asegurarme.

—Eh..., ¿fue muy discreto Willie?

—Según él, supongo que sí. Deseaba asegurarme de que no habías advertido a Nick contra mí. Probablemente, si no hay peligro, iré esta noche a El Madhouse.

—De acuerdo. Nick ha de llamar pronto u le ordenaré que te reserve un sitio y no acepte tu dinero. Sin bromas, Sweeney, me resultas simpático. ¿No me guardas rencor?

—Al contrario, tengo para ti sentimientos muy tiernos. Aunque lo peor, es que esos sentimientos me los han sensibilizado dos veces más desde la otra noche. Por eso he querido estar seguro de que puedo ir tranquilamente a El Madhouse esta noche. Bien, nada más, gracias por todo.

—De nada, Sweeney. Cuídate.

Después de colgar de nuevo, Sweeney respiró hondo y, a pesar de que todavía le dolía un poco el diafragma, comprobó que ya podía respirar libremente.

Fue en busca de más cambio; esta vez en abundancia. Con un níquel llamó a conferencias. Dejó que la telefonista de Nueva York buscase en la guía el número, pues estaba convencido de que Ray Land tenía teléfono en su casa. Ray había trabajado en la Brigada de Homicidios de Chicago, y en la actualidad dirigía una agencia de su propiedad en Nueva York.

Estaba en casa.

—Aquí Sweeney. ¿Te acuerdas de mí?

—Naturalmente. ¿Qué ocurre?

—Deseo que compruebes para mi una coartada. En Nueva York. —A continuación citó todos los datos, el nombre de Greene, el hotel y la fecha exacta—. Sé que estuvo inscrito en el hotel aquel día, el anterior y el siguiente. La policía lo comprobó. Lo que ahora necesito es descubrir, con toda seguridad si realmente estuvo allí la noche del veintisiete.

—Lo intentaré. Hace unas dos semanas ¿Hasta dónde quieres que llegue?

—Tan lejos como puedas. Habla con todos los empleados del hotel que pudieron verle entrar y salir, con la camarera que limpió su habitación al día siguiente... En fin, todo lo que se te ocurra. La hora crucial son las tres de la madrugada. Si logras localizarle en las seis horas antes o después de

ésa, asunto resuelto.

—Doce horas no son muchas. Tal vez averigüe algo. ¿Cuánto puedo gastar?

—Todo lo que quieras, siempre que sirva para algo. Dentro de lo razonable, claro. Te giraré cien dólares como anticipo. Si pasas de esa cantidad, aunque la dobles, no protestaré.

—Supongo que será suficiente, Sweeney. Cien dólares cubren dos días de trabajo y como se trata de Manhattan no habrá gastos extras. Si no tengo éxito en dos días, es probable que no lo tenga en toda la vida. ¿Por qué esas seis horas de margen?

—He de convencerme de que no estuvo en Chicago a las tres de la madrugada. Si cuentas el tiempo transcurrido entre ir y volver del aeropuerto, de abordar el avión y todo lo demás, tuvo que perder esas horas por lo menos. Quizá cinco horas sería más justo. Si puedes demostrar que estaba en el hotel a las diez de la noche o a las ocho de la mañana siguiente, quedare convencido. Y por si acaso contrató a alguien para que le sustituyese, ahí van sus señas.

Acto seguido, Sweeney dio una descripción detallada de Doc Greene.

—Si no puedes comprobar la coartada en el hotel, prueba en el aeropuerto —añadió—, y si te hace falta, te enviaré una foto. Supongo que podría conseguirla. Llámame cuando hayas interrogado a los empleados del hotel, ¿Tienes bastantes datos?

—Me sobran. Esta noche pondré manos a la obra. Prefiero entrevistarme con los empleados del turno de noche.

Al salir de la central telefónica, Sweeney comprobó dos cosas: que oscurecía y que estaba hambriento. No había comprado ningún periódico dominical, y era posible que se hubiese perdido alguna noticia de interés. Encontró algunos en un quiosco, así como las primeras ediciones de dos diarios del lunes con la tinta todavía húmeda. Compró cuatro y se los llevó consigo a un restaurante.

Leyó mientras comía, pero no halló ninguna novedad. Todos los diarios mantenían vivo el interés por el Destripador, ya que la noticia era demasiado importante para dejarla morir en tan poco tiempo, mas ninguno aportaba nada nuevo a lo ya sabido.

Alargó el tiempo de la cena y continuó leyenda hasta las diez, aproximadamente. Abonó la cuenta y al salir del local de pronto se acordó del anticipo. Entró otra vez en el Western Union para girárselo a Ray Land.

Le quedaban aún setecientos dólares. Proyectaba, si era posible, gastar una parte de ese dinero con Yolanda. Ya tendría tiempo cuando los policías la dejasen en paz. Mientras tanto, podía mostrarse espléndido. Encontró abierta la floristería de un hotel y ordenó que mandasen dos docenas de rosas rojas a El Madhouse lo antes posible. Escribió, y rompió, tres tarjetas. En la cuarta puso únicamente «Sweeney» y la entregó a la florista.

Cogió un taxi, dio la dirección de El Madhouse, pensando que llegaría a tiempo de presenciar la primera actuación de Yolanda.

Lo consiguió. Nick había reservado una silla, según lo ordenado por Harry Yahn.

Después del espectáculo (el lector no querrá que vuelva a describirlo, ¿verdad?) se acercó al mostrador y logró hallar un taburete vacío. Sin embargo, tardaron más de diez minutos en servirle.

Empezó a beber y a reflexionar.

A menos que diese resultado la noticia de que el Destripador había comprado, y seguramente todavía tenía en su poder, una copia de la MCH-1, Sweeney continuaba dando palos de ciego. Esta era la única pista real encontrada: que el asesino de Lola Brent, dos meses atrás, era sin duda la misma persona que adquirió la estatuita cuyo importe Lola había intentado sisar. Sweeney no lo dudaba en modo alguno. Encajaba demasiado bien con el caso en general para tratarse de una coincidencia. Tenía que ser la verdad.

Por lo demás, no tenía nada. El viaje a Brampton resultó ser un callejón sin salida, un callejón poblado por un hombre bajito y desmedrado que gustaba de lanzar puñetazos a los estómagos doloridos, antes y después de emborracharse junto con su victima. Peor todavía que los puñetazos era recibir la decepción después de haber oído hablar de un destripador, una rubia y un artista chiflado, de que los dos primeros habían muerto mucho antes y que el tercero poseía coartadas inamovibles. Y aunque Charlie no hubiese poseído tales coartadas, Sweeney no se lo imaginaba como el Destripador. Sí, el escultor tenía el genio muy vivo, pero no pertenecía a la clase de hombres que llevan encima un cuchillo.

Bien, mañana saldría la historia a la luz. Si una foto de la MCH-1, a cuatro columnas, en la primera página del *Blade* no provocaba algún suceso..

Suspiró y bebió otro sorbo de su whisky.

Alguien le palmeó en la espalda.

17

Sweeney volvió la cabeza y se encontró los ojos de Doc Greene, ampliados como de costumbre por los gruesos cristales de sus gafas que los transformaba en amenazadores.

—Hola, Doc —sonrió Sweeney al verle—. ¿Qué va a tomar?

—Tengo mi bebida en aquella mesa. Como Nick ha reservado mi silla y otra más, puede acompañarme.

Sweeney cogió su vaso y siguió a Greene hasta una mesa del rincón. Nick permanecía al lado, de pie.

—Hola, señor Sweeney —saludó.

Se marchó apresuradamente por asuntos del negocio. Sweeney y Greene tomaron asiento.

—¿Alguna novedad? —se interesó Doc.

—Tal vez. No lo sé. Mañana publicaré una noticia sensacional. La más sensacional hasta la fecha.

—Aparte de la de los asesinatos..

—Más todavía.

—Supongo que es inútil preguntarle de qué se trata.

—Buena suposición, Doc. Bah, anímese. Dentro de doce horas la noticia estará en la calle.

—La aguardaré con impaciencia. Todavía estoy preocupado por Yolanda, de manera que espero que esa noticia pueda resolver el caso, o ayude a resolverlo.

Se quitó las gafas para limpiar los cristales y sin ellas Sweeney lo encontró diferente. Parecía cansado y realmente receloso. Cosa extraña: parecía humano. Sweeney casi deseó no haber enviado los cien dólares a Nueva York. Casi, nada más.

Doc Greene volvió a calarse los lentes y miró a Sweeney. Sus ojos eran de nuevo enormes. Sweeney pensó que los cien dólares estaban bien

empleados.

—Mientras tanto, Sweeney —dijo Doc—, cuídese tanto como pueda.

—Lo haré. ¿Algún motivo especial?

—Sí, por mi tranquilidad —sonrió Greene—. Desde que la otra noche perdí los estribos y le amenacé de muerte, el capitán Bline no me pierde de vista. Es como mi sombra. Por lo visto, se tomó en serio aquella amenaza.

—¿Y no tiene razón el capitán?

—Pues, sí y no. Durante unos días, usted no me fue simpático, Sweeney, ésta es la verdad. Cuando pronuncié aquellas imprudentes palabras sentía lo que decía. Naturalmente, una vez sosegado, reflexioné y comprendí que había sido una tontería. Al amenazarle, hice lo único que le dejaba a usted completamente a salvo..., de mí, al menos. Si alguna vez desea matar a alguien, Sweeney, no lo anuncie delante de la policía, si desea llevar a cabo su propósito.

—¿Por eso quiere que me cuide?

—Sí, en beneficio mío. Bline me dijo, más aún, me prometió, que si tras aquella amenaza le ocurriera a usted algo, me arrestaría y haría que me enviaran a la silla. Aunque tuviese una sólida coartada, se imaginaria que había contratado a un asesino a sueldo. Por eso repito que si a usted le ocurre algo, soy hombre muerto.

—Doc —sonrió a su vez Sweeney—, casi estoy tentado a suicidarme, sin dejar ninguna nota.

—No, por favor. Claro que no creo que lo hiciera en ningún caso. Sin embargo, me tiene preocupado con lo de la gran noticia de mañana. A lo mejor se lo cuenta a alguien que no le interesa que eso. Se publique... En fin, ya entiende a qué me refiero.

—Sí, lo entiendo. No tema, es usted la primera persona de Chicago a la que se lo he contado. La otra persona que lo sabe se halla a centenares de kilómetros de distancia. Claro, ya sé que usted puede ir diciéndolo por ahí...

—No lo crea, Sweeney. Su seguridad se ha convertido en algo muy precioso para mí. Le he dicho por qué —movió lentamente la cabeza—. Mi asombro es el haber pronunciado aquella amenaza... delante de Bline. Yo, un psiquiatra de profesión... ¿Ha estudiado usted psiquiatría, Sweeney? Lo digo por la forma cómo me trató, haciéndome perder el control... Bueno, no pasará nada si a usted no le sucede ningún mal. De todos modos, hasta que todo esto haya concluido, estoy dispuesto a pagarle la mitad de lo que le cueste un guardaespaldas, si desea contratar uno. Tal vez a Willie... ¿Lo

conoce?

—Sí, Willie es maravilloso. Pero dudo mucho que Harry Yahn quisiera desprenderse de él. No, gracias, Doc. Tanto si habla usted en serio como si no, correré el riesgo sin guardaespaldas. Y si contratara uno, no se lo diría a usted.

—Todavía no se fía de mí, Sweeney —suspiró melancólicamente Greene—. Bien, he de verme con un cliente de otro club. Cuídese.

Sweeney regresó al mostrador y pidió que le llenaran nuevamente el vaso. Bebió con suma lentitud, proyectando su articulo del día siguiente en el Blade. De esta manera fue matando el tiempo hasta la hora del segundo pase del espectáculo.

Lo vio y se dio cuenta de que existía una pequeña diferencia con el primero. Yolanda Lang llevaba una rosa roja prendida a la cintura de su túnica negra. Habían llegado sus rosas después del primer pase y antes del segundo. Yolanda se había prendido una.

Era todo lo que necesitaba saber Sweeney. Le pareció, aunque no con toda certeza, que los ojos de la joven le estaban contemplando con intensidad en el momento que Diablo se situaba a sus espaldas. Bah, esto no importaba. Lo que sí tenía interés para él era que Yolanda luciese la flor.

Terminado el espectáculo, y preguntándose si era tan buen psiquiatra como creía Doc Greene, no intentó ver a la artista ni hablar con ella. Habría policías a su alrededor. Probablemente también estaría Doc, recién llegado del otro club... Bah, era posible que, gracias al artículo de mañana, Yolanda estuviese más libre por la noche. Doc, bueno, ya no tendría que preocuparse por él.

Al menos, por el momento no tenía nada que temer de Greene, de esto estaba convencido. Doc le había pagado un seguro de vida al amenazarle.

No esperó el tercer pase. Mañana sería un gran día y ya era más de medianoche. Se marchó a la pensión, se acostó, leyó unos instantes y a las dos estaba dormido. El despertador le llamó a las siete y media. Era lunes.

Un día hermoso, resplandeciente. El sol brillaba pero no hacia demasiado calor para agosto. No había nubes en el cielo, y soplaba la brisa del lago. No estaba mal.

Se desayunó copiosamente y llegó al *Blade* a las nueve.

Colgó la chaqueta y el sombrero y, antes de que su jefe inmediato pudiera detenerle, se encaminó al despacho de Walter Krieg. Bajo el brazo llevaba un paquete conteniendo la pieza MCH-1.

Walter levantó la vista al percibir su entrada.

—Hola, Sweeney. ¿Has visto a Crawley?

—No. Deseo enseñarte algo.

Empezó a desenvolver el paquete.

—Está bien, después preséntate a Crawley. Hubo un robo de joyas anoche y queremos que tú te ocupes del asunto. Después...

—Hum... —gruñó Sweeney. Terminó de desenvolver el paquete y dejó a Mimi sobre el escritorio de Krieg.

—Mimi, te presento a Walter Krieg. Walter, le presento a Mimi, Mimi Chillona.

—Encantado. Bueno, llévate eso de aquí y...

—Hum... —repitió el periodista—. Tiene una hermana. Una sola hermana en todo Chicago.

—Sweeney, ¿qué bobadas estás diciendo?

—El Destripador —explicóSweeney — tiene la hermana de Mimi. Nosotros tenemos una. Cree que vale la pena lo que me costó. Es decir, si quieres enviarla al departamento de fotografías y publicar hoy una foto de Mimi en primera plana.

—¿Dices que el Destripador posee otra igual? ¿Estás seguro?

—Por completo. Ah, si no te interesa iré a mi mesa y hablaré con Crawley — cogió la estatua y se dirigió a la puerta.

—¡Eh! —le gritó Walter Krieg.

Sweeney se detuvo.

—Walter —exclamó—, estoy harto de este asunto del Destripador. Será mejor que no me metas en él. Claro está, podría redactar el artículo para la primera edición de la tarde. Bah, si quieres te cedo a Mimi y haz que otro de los muchachos se entere de sus orígenes, por medio de Raoul Reynarde, claro. Así, podrás publicar el artículo mañana o pasado...

—Sweeney, deja de decir idioteces. Cierra la puerta.

—Sí, Walter. ¿Desde dentro o desde fuera?

Walter le miró con ojos centelleantes; Sweeney decidió que ya había bromeado bastante y cerró la puerta. Walter levantó el teléfono interior para hablar con Crawley. Cuando lo tuvo al habla le dijo que buscara a otro reportero para el caso de las joyas, ya que Sweeney quedaba asignado a una misión especial. Colgó y volvió a llamar, esta vez al departamento de fotografía. Satisfecho con la respuesta que le dieron, ordenó que alguien se presentase, inmediatamente, en el despacho.

Después, se volvió hacia el periodista.

—Deja esto aquí encima, antes de que caiga al suelo y se rompa.

Sweeney volvió a dejar a Mimi sobre el escritorio. Walter la contempló largamente. Acto seguido, trasladó su mirada a Sweeney.

—¿A qué demonios esperas? —gritó de pronto—. ¿Aguardas un besito? Vamos, ve a escribir el artículo. Eh, un momento. Hay tiempo para la primera edición de la tarde. Siéntate y cuéntame todo desde el principio. Quizá existan algunas perspectivas que otros pueden indagar mientras tanto.

Sweeney le contó casi todo lo que había hecho hasta entonces. Al menos, lo que pensaba publicar. Hubo una interrupción cuando entró un fotógrafo y se llevó a Mimi, con la expresa recomendación de Walter de no dejarla caer al suelo, porque, en tal caso, Mimi se rompería y él rompería la cabeza al responsable.

—Bien, lárgate —dijo cuando Sweeney terminó de contarle la historia —, y ponte a escribir. Lo único que lamento es que llamaras a los de la Ganslen y se lo contases también. A la policía no le gustará. Querrán que haya una sola Mimi en Chicago el mayor tiempo posible. Una sola. Por mi parte, para que así sea, romperé la nuestra tan pronto esté lista la foto. Publica esto también. Ayudará al asunto. ¿Pero por qué diablos tuviste que llamar a la Compañía?

Sweeney se sintió incómodo. No deseaba nombrar a Charlie Wilson, diciendo que lo había hecho en beneficio suyo.

—Quise devolverles el favor que me hicieron cuando les llamé por primera vez —mintió Sweeney—, cuando me dijeron que sólo existían dos estatuitas en Chicago. Sin esto...

—Bien —le atajó Walter Krieg—. Les llamaré mientras redactas el artículo. Ah, pon que la estatua es de la Ganslen Art Company de Louisville. Yo haré que no envíen representantes ni muestras de Mimi a Chicago ni en toda esta región. Ya les inundarán con peticiones telefónicas, tan pronto salga la noticia en el diario. ¿Por quién he de preguntar?

—Por el gerente, Burke.

—Está bien. Hablaré con Burke, le diré que acepte todos los pedidos que quiera, pero que no los envíe por el momento. También le recordaré lo de la marca en la base de la figura. Esto no lo menciones en tu artículo. Y tráemelo cuando esté terminado. Lo examinaré personalmente.

Sweeney asintió y se puso de pie.

—También llamaré a Bline —añadió Walter—. Si publicamos esta noticia sin advertirle no tardaremos en estar en la lista de indeseables de la policía con el número uno. Se lo contaré y le comunicaré que hoy mismo saldrá la noticia.

—¿Y si él la pasa a los demás periódicos?

—No lo creo. En caso de que lo hiciera, nosotros tenemos a Mimi y los demás no podrán publicar su foto. Sin ésta, el artículo no vale mucho. Sí, saldrá en la primera página, a cuatro columnas, con veinte centímetros de alto y...

—¿Pongo que la foto será en color o en negro?

—¡Lárgate de una vez!

Sweeney salió. Se sentó a su mesa y empezó a escribir. Mientras ponía una cuartilla en la vieja Underwood, pensó que Walter había tenido varias ideas buenas. No haría ningún mal notificarle la noticia a la policía por adelantado, ni que la Ganslen suspendiera por unos días los envíos de las copias de Mimi. Esto tampoco perjudicaría mucho a Charlie Wilson. La noticia, de esto estaba seguro, serviría para atrapar muy pronto al Destripador.

Consultó su reloj, vio que todavía le quedaba una hora, y empezó a teclear. Sonó el teléfono. Era Walter.

—¿Tienes tiempo de sobra o quieres que venga alguien a cogerte el dictado?

—Tengo tiempo.

—De acuerdo. Mándame el artículo cuando esté listo. Mejor página por página. Te envío a un botones. Vamos, escribe sobre Mimi.

Sweeney escribió sobre Mimi. Un minuto más tarde tenía al lado el botones anunciado. Este no le molestó. Ya estaba acostumbrado. Diez minutos antes de que la primera edición entrase en máquina, envió a Walter la última cuartilla.

Después, encendió un cigarrillo y fingió estar muy atareado para que Crawley no le ordenase ningún otro trabajo. Cuando pensó que la edición ya estaba en marcha y que Walter estaría libre, entró en su despacho.

—¿Te ha gustado Mimi? —preguntó.

—Ya no existe. Está rota. Mira en la papelera si no me crees.

—Prefiero no mirar. Me refería al articulo.

En aquel momento entró un botones con varias páginas frescas de la primera edición de la tarde. Todas pertenecían a la primera plana. Sweeney

cogió una y estudió su contenido. Si, allí estaba Mimi, algo mayor que el original. Un titular en grandes caracteres, dos columnas para el artículo, cuatro columnas para la foto. El nombre del periodista figuraba al pie de la página.

—Esto está muy bien —comentó Sweeney.

Walter gruñó, sin dejar de leer la página que había cogido.

—El artículo tampoco está mal —añadió Sweeney—. Gracias por felicitarme.

Walter volvió a gruñir.

—¿Puedo tener libre el resto del día? —inquirió Sweeney.

Esta vez, Walter no gruñó. Dejó la hoja y pareció a punto de estallar.

—¿Estás loco? Has disfrutado de dos semanas de vacaciones, llevas dos horas trabajando.

—Tranquilo, Walter. No vaya a rompérsete una arteria. ¿Cómo crees que conseguí la historia? Trabajando veinticuatro horas cada día, al menos durante tres. En mi tiempo libre. He venido con el artículo listo. Traje conmigo a Mimi. ¿Por qué? Porque trabajé hasta las cuatro de la madrugada, durmiendo sólo dos horas. Este es el porqué. Salté de la cama despierto sólo a medias...

—¡Cállate! De acuerdo, lárgate. Pero te aseguro que de todos los bribones que conozco...

—Gracias. En serio, Walter, me marcho a casa. Estaré en mi habitación descansando, sin desnudarme. Si sucede algo gracias a mi artículo, llámame. Vendré igual de pronto que si no me hubiera movido de aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Sweeney. Si ocurre algo te llamaré. Ah, escucha..., ganando, perdiendo o empatando..., es un artículo excelente.

—Gracias. También gracias —agregó Sweeney— por permitirme volver después de mí... desaparición transitoria.

—De nada. La verdad, Sweeney, es que quedan pocos periodistas buenos. Tú...

—No sigas. Muy pronto estaré llorando a tu lado, delante de una jarra de cerveza, y llorar no nos hará ningún bien. Me largo.

Se largó.

Se llevó consigo un periódico de la primera edición para no tener que buscarlo por los quioscos. Se fue a casa en taxi, en parte porque tenía más dinero del que podía gastar, en parte porque, ahora, estaba realmente

fatigado. Deseaba tumbarse en la cama. Además sabía que por el momento lo más inteligente era esperar.

La historia sobre Mimi conduciría a la detención del Destripador o no daría ningún resultado positivo. En el primer caso, posiblemente por la tarde o por la noche quedaría resuelto el asunto.

Si no se solucionaba, bien, nada se habría perdido. Volvería al *Blade* mañana a las nueve, seguro de que Walter lo asignaría al caso de los asesinatos. Tendría que olvidarse de Mimi y buscar otras pistas. Probablemente, debería empezar de nuevo, con más atención, desandando el camino anterior y recorriendo otro.

Ya en la pensión, se instaló cómodamente para leer su propio articulo atentamente. Walter Krieg había añadido una recapitulación de los tres crímenes anteriores (puesto que la historia de Mimi concernía únicamente a Lola Brent, que era la que la había vendido al Destripador), mas en realidad apenas había alterado la sustancia del artículo.

Leída la primera página pasó a la siguiente, donde concluía la noticia. Al terminar la lectura, dobló el periódico y la dejó junto con todos los demás que trataban el caso del Destripador.

Sentose en la cama, tratando de relajarse. No lo logró. Fue hacia el tocadiscos, que ahora sin Mimi le pareció desnudo, y se dispuso a escuchar la Cuarta Sinfonía de Brahms. Esto le ayudaría sin embargo no consiguió concentrarse, como otras veces.

A las dos estaba hambriento, pero no quiso arriesgarse a perderse la posible llamada telefónica, por lo que bajó a ver a la señora Randall, pidiéndole que le friese unas lonchas de bacon para un bocadillo.

Más tarde decidió que no le importaba un bledo que el teléfono sonase o no.

Cuando sonó, casi se ahogó al tragar apresuradamente un bocado que estaba masticando. Después, tropezó en su intento por subir de prisa la escalera. La llamada resultó ser para otro huésped que en aquel instante no se hallaba en la pensión.

Bajó de nuevo y se terminó el bocadillo.

Subió a su cuarto, puso un disco de Falla en el aparato y, mientras lo escuchaba, trató de releer las historietas cortas de Damon Runyan. No prestó atención ni a la música ni a la lectura.

Sonó el teléfono. Llegó junto al aparato en una fracción de segundo, cerrando de golpe la puerta de su habitación para que el volumen de la

música no le impidiese oír la comunicación.

Era Walter Krieg.

—Bueno, Sweeney —dijo el redactor jefe—. Ve a la State Street. Ya conoces las señas.

—¿Ha ocurrido algo?

—Han cogido al Destripador. Escucha, en la última edición saldrá la noticia. Tenemos el titular y un boletín. Va a entrar ya en máquina... Poseemos pocos datos. Los principales, eso sí. Mañana publicaremos toda la historia, lo más completa posible. Ahora, con el boletín y los principales detalles, ganaremos por la mano a todos nuestros rivales.

—O sea que no hay prisa.

—Exacto. Ve allí, entérate de todo y mañana, con más tranquilidad, redactarás el artículo.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Sweeney, angustiadamente—. ¿Ha intentado atacar de nuevo a Yolanda Lang? ¿Está bien ella?

—Creo que sí. Si, intentó atacarla. Diablo, el perro, ha sido quien la ha salvado, abalanzándose a su vez contra el asesino, como la otra vez. Sin embargo, ahora...

—¿Ahora qué?

—Ya te lo he dicho, maldita sea. Lo han atrapado. Todavía vive; probablemente no por mucho tiempo. Está en el hospital. No, no pierdas el tiempo. No podrás hablar con él. Saltó por una ventana... Sí, del piso de Yolanda. Buen trabajo, Sweeney. Este es el resultado de tu articulo sobre Mimi. No sólo poseía la figura, sino que la llevaba consigo.

—¿Quién?.. ¡No me has dicho de quién se trata!

—¿De quién se trata? Claro que sabemos quién es. Greene, James J. Greene. El capitán Bline afirma que siempre sospechó de él. Ahora deja de sonsacarme. Vete allí y consigue un buen artículo.

El receptor de Walter Krieg resonó en el oído de Sweeney, que se quedó contemplando el suyo durante unos segundos antes de colgarlo.

18

No podía creerlo. Lo había pensado muchas veces mas la realidad era difícil de digerir. Por un lado, para empezar, no podía imaginarse a Doc Greene muerto. No obstante, Horlick, que estaba allí cuando llegó Sweeney, le confirmó la noticia.

—Sí, Bline recibió una llamada desde el hospital. Envió a dos policías para interrogar a Greene y hacerle firmar una confesión. Esto fue imposible. Doc estaba casi inconsciente. Tampoco hubiese podido firmar con los dos brazos rotos, entre otras cosas. Además, por lo que he oído, pronunciaba frases incoherentes. Yo llegué aquí antes de que se lo llevaran.

—¿Por qué tan de prisa, Horlick?

—Suerte, chico. Estaba ya de camino. Para la edición de mañana, como continuación a tu articulo de hoy, Walter quiso que me entrevistase con Yolanda Lang, preguntándole si alguna vez había visto la estatuita. En caso contrario, que debía ser lo más probable, debía preguntarle cuál fue su reacción al ver la foto, aparte de cuál había sido la suya cuando el Destripador la atacó en *el* portal. Ya sabes, esa clase de preguntas. Por eso, llegué casi al mismo tiempo que la ambulancia.

—¿Yolanda está arriba?

—No, huyó con el perro, después del accidente. Seguramente, otro *shock...,* o el susto. Probablemente se habrá escondido en alguna parte... Bah, ya aparecerá. Ahora me largo con lo que he conseguido sube arriba y procura obtener más detalles. Bline está allí.

Horlick se marchó State Street abajo, en tanto Sweeney se abría paso por entrar la multitud de curiosos agrupados frente al portal de la State, al sur de la Chicago Avenue, el mismo portal al que Sweeney había mirado unas noches antes para ver a una mujer desnuda y a un perro con aspecto de lobo. Ahora la multitud era mayor, a pesar de que no había nada que ver en el vestíbulo. Sweeney se dirigió un policía que custodiaba la entrada. Su

carnet de periodista le facilitó el ingreso al zaguán y subió corriendo hasta el tercer piso.

El apartamento de Yolanda Lang se hallaba en el lado norte del pasillo, en el que se abrían cuatro puertas. No necesitó comprobar el número porque la puerta estaba abierta y el apartamento lleno de policías. Por lo menos, eso parecía, porque cuando Sweeney entró vio que únicamente se hallaban allí dos agentes, aparte de Bline.

El capitán se le aproximó.

—Sweeney, si no estuviese tan contento le rompería la cara. ¿Cuánto hace que estaba enterado del asunto de la estatua?

—No me acuerdo exactamente, capitán.

—Ya lo sé... Bueno, tenemos al Destripador, sin que haya podido cometer su último crimen, a pesar de que poco le ha faltado. Esto lo soluciona todo. Incluso estoy dispuesto a invitarle a un trago. Dejaré aquí a uno de los muchachos para esperar la vuelta de Yolanda Lang, puesto que deseo asegurarme de que está bien cuando regrese.

—¿Acaso puede estar herida?

—Físicamente, no le ocurre nada. El criminal no llegó a tocarla con el cuchillo. El perro saltó antes. De todos modos es probable que sufra de *shock,* quizá peor que la otra vez. Naturalmente, no es de extrañar.

—¿Mató Diablo a Greene?

—Lo mordió pero no lo mató. Doc consiguió, no sé cómo, al parecer, frenar al perro atenazándolo por la garganta. Sin embargo, cayó por ese ventanal y esto si lo mató. Debió retroceder, embestido por la bestia, tropezaría con el repecho que, como ve, está muy bajo, y..

Bline había señalado el abierto ventanal. Sweeney fue hacia él y se asomó. Dos pisos más abajo se veía un patio con el suelo de cemento. Estaba lleno de objetos rotos y desperdicios, arrojados allí por la gente de la casa.

—¿Dónde está la estatuita? —se interesó Sweeney—. Casi toda en el patio. Encontramos bastantes pedazos para identificarla. Doc debía sujetarla todavía cuando saltó por ahí. Tal vez intentó golpear con ella al perro. El cuchillo también estaba en el patio. Sí, debía de tener la estatua en una mano y el cuchillo en la otra. No sé cómo consiguió el perro salir indemne. Es posible que Greene lo sujetara por la garganta sin actuar demasiado de prisa con el cuchillo. Además, un perro como Diablo es temible en una pelea.

Sweeney volvió a mirar hacia el patio y experimentó un escalofrío en la espalda.

—Acepto su copa, Bline —murmuró—. Y le pagaré otra. Vamos, salgamos de aquí.

Se dirigieron a la esquina de State con Chicago, el mismo bar donde habían efectuado la llamada la noche del primer ataque contra Yolanda. Bline pagó la primera ronda.

—Lo sé todo, menos lo que sucedió —se quejó Sweeney—. ¿No podría iluminarme un poco?

—¿Quiere que se lo cuente todo o únicamente lo de esta tarde?

—Lo de esta tarde.

—Yolanda estaba sola en el apartamento —empezó Bline—, a eso de las tres... menos unos minutos, creo. Lo sé porque tenía a uno de mis agentes estacionado ahí delante a fin de vigilar la casa. Incluso subarrendamos el apartamento fronterizo al de Yolanda con ese propósito. Allí también tenía a un agente constantemente, menos cuando ella se hallaba en el club. Por la mirilla de la puerta, el agente podía distinguir la puerta de la joven.

»A eso de las tres, mi hombre vio subir a Doc Greene con una caja de zapatos bajo el brazo. Llamó a la puerta de la muchacha. Esto no tenía nada de particular. Doc ya la había visitado otras veces, por lo que a mi agente no le extrañó. De haberse tratado de un desconocido, Garry..., que es el que a esa hora estaba de servicio, habría salido al descansillo, empuñando su pistola.

—¿Visitaba Greene a Yolanda por negocios? —quiso saber el periodista—. Me refiero a las otras ocasiones.

—No lo sé ni me importa —Bline se encogió de hombros—. No pertenezco a la brigada del vicio. Sólo iba detrás del Destripador. Pensé que, con sus férreas coartadas, Doc Greene no resultaba sospechoso. Bueno, estaba equivocado. ¿Sospechaba usted realmente de él, Sweeney, o se dedicaba a pincharle porque no le gustaba?

—No lo sé, capitán. Bien, ¿qué ocurrió?

—Yolanda abrió y le dejó entrar. Llevaba unos cinco minutos dentro del apartamento, cuando empezó el jaleo. Garry oyó gritar a la joven, ladrar al perro y chillar a Greene, todo en el mismo instante. Naturalmente, abrió la puerta del apartamento donde estaba y atravesó el descansillo. Empujó la puerta de Yolanda, pero estaba cerrada, con un pestillo al menos. Iba a

disparar contra la cerradura cuando se abrió la puerta.

»Dice que fue Yolanda quien la abrió. Por lo visto, salió corriendo, con el rostro tan blanco como el papel, con la mirada extraviada. Garry comprendió que acababa de ocurrir algo espantoso. Sin embargo, Yolanda no mostraba manchas de sangre en el vestido ni en el cuerpo. Por consiguiente, no estaba herida. Garry intentó detenerla con la mano libre, pues tenía la pistola en la otra. El perro, entonces, se abalanzó contra él y Garry se vio obligado a soltar a la joven para proteger su garganta. Diablo le arrancó un pedazo de tela de la manga, sin llegar al brazo. Yolanda estaba ya bajando por la escalera, por lo que el perro abandonó afortunadamente a Garry, lanzándose tras ella. Por tanto, mi agente no tuvo que matar a Diablo, como hubiese hecho si el animal continúa atacándole. Como Yolanda parecía estar bien, aparte de su aspecto asustado, Garry entró en el apartamento. No había nadie. Ni siquiera Greene. ¿Dónde podía estar? De repente, oyó un quejido procedente del patio, se asomó... Allí se hallaba Greene, tendido en el suelo.

»Rápidamente, Garry me llamó, después avisó a una ambulancia... Cuando llegamos, Greene todavía estaba con vida, aunque en estado preagónico. Murmuraba palabras sin sentido. Bueno, las pocas que podía articular.

—¿Por qué fue Greene al apartamento de Yolanda? —preguntó Sweeney.

—¿Cómo razona un maniaco homicida, Sweeney? ¿Cómo puedo saberlo? Supongo que fue su artículo sobre la estatua lo que le espoleó. Él la tenía, quizá Yolanda lo sabía... Naturalmente, tan pronto como la joven viera la foto en el *Blade,* lo habría denunciado. Por ello, fue a verla con la caja de zapatos y Mimi dentro, dispuesto a matar a Yolanda. En fin, no sé.

»Lo cierto es que tenía la caja en una mano. Y el cuchillo en la otra cuando el perro salvó a su ama, atacando al Destripador. Oh, le pegó unos buenos mordiscos. Seguramente, Doc saltó al querer huir del animal, aunque es más probable que ese y el salto fuese completamente involuntario.

—¿Qué le habrá sucedido a Yolanda?

—Otro *shock,* claro. Es fácil que esté da vueltas, en un estado próximo al histerismo, pero está bien protegida. No creo que tarde en volver. De lo contrario..., bah, no será difícil localizar a una dama con un perro como Diablo. Todavía hay un policía a la puerta de la casa. Bien, he de ir a

informar. Hasta la vista, Sweeney.

Al salir Bline, Sweeney pidió otra copa. Otra, otra y otra más. Cuando salió del bar era casi de noche. Volvió al apartamento de Yolanda. El policía seguía en la puerta. Sweeney le preguntó por la muchacha. No había regresado.

Deambuló por la Clark Street, entró en un restaurante irlandés y pidió una langosta. Mientras la cocían entró en la cabina telefónica y llamó a Ray Land, el detective privado de Nueva York.

—Aquí Sweeney, Ray. Ya puedes dejar el trabajo.

—Me lo imaginaba, Sweeney. Lo oí por la radio mientras cenaba. Dijeron que han atrapado al Destripador de Chicago. Su nombre ya lo conocía. Por tanto, pensé que no debía seguir adelante con tu encargo. He trabajado un día, de manera que mañana te devolveré los cincuenta dólares sobrantes.

—¿Habías conseguido algo?

—Aun no. Era difícil, al cabo de dos semanas. Había una camarera que recordó que una mañana la cama de Greene no estaba deshecha, pero no se acordaba de la fecha exacta. Hoy tenía que interrogarla de nuevo, pues dijo que trataría de acordarse. ¿Quieres que te gire el dinero o te envío un cheque al *Blade?*

—Al *Blade* estará bien. Gracias por todo, Ray.

Acto seguido, llamó al capitán Bline al Departamento.

—¿Se sabe algo de Yolanda? —preguntó.

—Sí, Sweeney. Una cosa muy extraña —la voz del capitán sonó intrigada—. Estuvo en El Madhouse no hace mucho. Bueno, una media hora después de atacarla Greene. Le pidió dinero a Nick y se largó. Desde entonces no hemos sabido nada más.

—¡Maldición! —gruñó Sweeney—. ¿Cómo se comportó?

—Según Nick, estaba algo alterada, aunque no demasiado, teniendo en cuenta las circunstancias. Estaba pálida, eso sí. Nick no sospechó nada, ya que todavía ignoraba lo ocurrido. Yolanda tampoco habló de ello. Sólo quería dinero... Le dijo a Nick que deseaba comprar algo que era una ganga si lo adquiría inmediatamente. Nick se figuró que se trataba de algún abrigo de visón, o una prenda por el estilo. Alguien se lo habría ofrecido por unos cientos de dólares, Yolanda deseaba quedarse con la prenda y por eso se hallaba tan nerviosa.

—¿Cuánto le dio?

—El sueldo de una semana. Al fin y al cabo, tenía que cobrar mañana, por lo que a Nick no le importó adelantárselo un día.

—Muy raro...

—Sí..., de todos modos creo saber el motivo. Yolanda quiere estar escondida un par de días. Sufrió un *shock* tremendo, aunque temporal, por lo que huyó de su casa después de caer Greene por el ventanal. Naturalmente, si habló con Nick con bastante normalidad, debe de haberse recuperado casi por completo. Lo más probable es que no esté dispuesta todavía a enfrentarse con nosotros y con la triste realidad. Volverá dentro de unos días, tan pronto haya recobrado la calma. No querrá perder el contrato ni la publicidad que tanto puede ayudarla en su profesión.

—Es posible. ¿No la están buscando?

—No..., ¿para qué? Podríamos hallarla con gran facilidad mirando en los hoteles. Sin embargo, por lo que dijo Nick, Yolanda se encuentra bien, así que esto ya no es asunto nuestro. Si creyese que está dando vueltas en estado de desesperación o histerismo la cosa cambiaría.

—¿No regresó al apartamento en busca de ropa?

—No, el agente continúa allí, con orden de telefonear si vuelve. Supongo que necesitaba precisamente el dinero para comprar lo más imprescindible, sin tener que regresar al apartamento y tener que soportar nuestros interrogatorios, así como las entrevistas con vosotros, los periodistas.

—De acuerdo, capitán. Muchas gracias.

Regresó a su mesa en el momento en que también llegaba la langosta.

La devoró pensativamente. No supo exactamente qué idea le rondaba por la cabeza hasta que el crustáceo quedó reducido a su cáscara.

De repente, en aquel instante, supo qué era lo que pensaba y la idea le dejó aterrado.

19

No se apresuró. Le sirvieron el café. Lo bebió lentamente, cada vez más horrorizado ante sus pensamientos. De pronto, todo le pareció peor, porque dejó de pensar en ello. Ya no lo pensaba: *lo sabía.* Parte de ello era pura especulación. Sin embargo, cada pieza iba encajando en el rompecabezas sin duda alguna.

Pagó la cuenta y se encaminó a El Madhouse. Nick le vio al entrar y avanzó a su encuentro.

—Hola, Sweeney. Estoy preocupado. No sé dónde está. Yo ni si vendrá esta noche.

—También yo estoy preocupado —replicó Sweeney—. Oiga, Nick, ¿observó por casualidad si Yolanda tomó un taxi al salir de aquí?

—No, se fue andando en dirección norte.

—¿Cómo iba vestida?

—Con un conjunto verde, un vestido de día, vamos, sin sombrero ni abriguito. No llevaba chaqueta. Solamente el vestido. El perro iba a su lado, sin la correa. A veces lo lleva suelto y otras no. ¡Diantre, con que era Doc Greene! ¡Qué espanto!

—Sí.

—¡Y a usted lo amenazó de muerte! Ha tenido mucha suerte, Sweeney.

—Sí —repitió el periodista.

Salió, preguntándose si aquella suerte duraría mucho. Habían transcurrido cinco horas desde que Yolanda hablara con Nick. Era sorprendente, no obstante, que se hubiese dirigido al norte, alejándose del Loop, siempre tan concurrido. Allí habría sido imposible hallar su rastro.

Tenía suerte, sí. Una manzana al norte y al cabo de treinta preguntas, encontró a un vendedor de diarios que no se había movido del quiosco toda la tarde. Había visto a Yolanda Lang, seguro, pues la conocía. De vista, explicó. Pasó por delante del quiosco y dobló hacia Ohio Street.

Sweeney dobló hacia Ohio Street.

No era difícil Una maravillosa rubia con un vestido verde, llevando al lado un perro que parecía un fugitivo de alguna novela de James Oliver Curwood. Dos manzanas más allá encontró a dos personas que la habían visto.

A la tercera manzana, sin abandonar Ohio Street, acertó el pleno. El dueño de un estanco no solamente había visto a la muchacha con el perro, sino que vio cómo entraba en un edificio del otro lado de la calle.

—Aquel de allí, donde pone «Habitaciones amuebladas».

Sweeney entró en el edificio.

En el vestíbulo vio un timbre con un cartelito: «Llamar a la encargada».

Sweeney llamó a la encargada.

Era una mujer gorda y desaliñada. Tenía muy mal aspecto. Era indudable que las palabras no solucionarían nada, dado que no pertenecía al grupo de las personas asustadizas. Sweeney sacó la cartera. De la misma extrajo un billete de veinte dólares, de forma que la mujer distinguiese la cifra del ángulo superior.

—Quisiera hablar con la joven que ha alquilado una habitación esta tarde. La que llevaba el perro.

La mujer no vaciló en coger el billete. Desapareció por el escote de su vestido, dentro de una pechuga tan voluminosa que Sweeney se preguntó si sería capaz de hallar un billete allí sin registrar a fondo.

—Alquiló una habitación del segundo piso... Es la puerta que cae frente a la escalera.

—Gracias —murmuró Sweeney.

Extrajo otro billete, con la misma cifra. La mujer alargó la mano, mas él retiró el dinero.

—Siento curiosidad por conocer todos los detalles —dijo—. Lo que ella habló con usted y lo que ha hecho desde que llegó.

—¿Para qué quiere verla? ¿Quién es usted?

—Está bien, no importa.

Se dirigió a la escalera, guardándose el billete de veinte dólares en la cartera.

—Eh, aguarde... —le gritó al instante la mujer—. Vino a última hora de la tarde, pidiendo una habitación. Le dije que no aceptábamos perros. Ella respondió que pagaría algo más si yo hacía la vista gorda. Añadió que el perro sabía comportarse muy bien. Bueno, le di la habitación. No llevaba

equipaje. Ni siquiera chaqueta o sombrero.

—¿Dijo cuánto tiempo pensaba quedarse?

—No lo sabia. Aunque si dijo que pagaría toda una semana, aun cuando no estuviese tanto tiempo.

—¿Cuánto le dio?

La mujer vaciló.

—Veinte dólares.

Sweeney la miró con odio «Bruja, pensó, acabas de vender a Yolanda por otros veinte dólares»

—Salió, dejando el perro en la habitación. Cuando regresó iba cargada con varios paquetes. Después bajó a pasear al perro, atado a una correa. Al llegar, el perro iba suelto a su lado. Ah, se había disfrazado. Llevaba una peluca negra, unas gafas con montura de concha y un vestido diferente. Apenas pude reconocerla.

—¿Era una peluca o un teñido?

—Un tinte no se seca tan de prisa.

—¿Puede decirme algo más?

La mujer meditó unos momentos y al fin negó con la cabeza. Sweeney sacó el segundo billete, sosteniéndolo con cuidado para que su mano no rozase la de la mujer. Contempló cómo se lo metía en el pecho y se dijo que por cuarenta dólares no se atrevería a meter la mano allí dentro para recuperarlos.

La mujer, al observar la expresión de odio del periodista, dio un paso hacia atrás.

Estupendo, porque Sweeney no deseaba rozarla para dirigirse a la escalera. Estaba a la mitad del primer tramo, cuando la oyó cerrar la puerta. Por cuarenta dólares, le tenía sin cuidado lo que el recién llegado hiciera con la joven. Sweeney se arrepintió de haberle entregado el dinero; de todos modos, le hubiese sacado la información. Se avergonzó de sí mismo por haber emprendido el camino más fácil.

Se encontró delante de la puerta del segundo piso, frente a la escalera, y dejó de pensar en la mujer que quedaba abajo, seguramente contemplando con avaricia los dos billetes.

Tabaleó ligeramente sobre la puerta.

Dentro se oyó un movimiento. La puerta se abrió unos centímetros. Unos ojos muy grandes le miraron a través de unas gafas de concha, por debajo de una mata de pelo negro Aquellos ojos, sin las gafas, ya los había

visto antes, bastantes veces. Le habían mirado desde el otro lado de una puerta de cristales una noche que ahora se perdía en el tiempo, en la State Street. Le habían contemplado a través de una mesita de El Madhouse. Se habían cruzado con los suyos desde el escenario del *night-club.* En este momento le miraban desde la cara de una estatura negra que chillaba en silencio, que chillaba tanto en silencio como la modelo había chillado estridentemente al ser atacada.

—Hola, Bessie Wilson —murmuró Sweeney.

Aquellos ojos se abrieron más y la joven jadeó. Sin embargo, retrocedió y Sweeney pudo entrar en la pieza.

Era una habitación pequeña, mal amueblada. Una cama, un tocador y una silla, mas Sweeney no se fijó en el mobiliario. La estancia la llenaba el animal, y aunque la encargada lo había mencionado varias veces, a pesar de que también él pensó en Diablo, y que gracias a la bestia acababa de encontrar a Yolanda, no se había percatado aún de que estaría allí.

Si, Diablo estaba presente. Agazapado listo para saltar a la garganta de Sweeney. El sonido que surgía de lo más profundo de la bestia era el más ominoso, el más espantoso que Sweeney oyera jamás. Peor que los ladridos de aquella noche.

—¡Quieto, Diablo! —le ordenó Yolanda—. ¡Vigílale!

Cerró la puerta.

Sweeney sintió su frente perlada de sudor. Le corrió un escalofrío por la espalda.

En su necesidad por resolver el problema había olvidado completamente el peligro que tal solución representaba para él.

Miró fieramente a Yolanda Lang, a Bessie Wilson.

Incluso con la peluca negra y las gafas, resultaba extraordinariamente hermosa. Su única prenda visible era una bata, los pies estaban descalzos. La bata tenía una cremallera por delante.

Sweeney se preguntó si... Comprendió que no tenía tiempo de preguntarse nada. Al contrario, tenía que hablar, que decir algo.

—Finalmente lo he sabido, Bessie —explicó—, aunque me faltan unos detalles. El doctor o psiquiatra del sanatorio cerca de Beloit, el que se interesó por tu caso después de, de lo que te sucedió en Brampton, debió de ser Doc Greene, ¿verdad?

Se hubiese sentido mejor si ella contestara..., aunque fuese para exclamar, por otro lado inútilmente, que no sabia de qué hablaba

Sweeney... Pero no habló.

Se quitó las gafas y la peluca, dejándolo todo sobre el tocador, junto a la puerta. Sacudió la cabeza para que su cabello le cayese suelto sobre los hombros. Le contempló con gravedad..., en un mutismo absoluto.

Sweeney tenía seca la garganta. Necesitó aclarársela antes de continuar.

—Tuvo que ser Greene, tanto con este nombre como con otro. Se enamoró locamente de ti. Locamente. Tanto que abandonó su carrera para estar contigo. ¿O se metió en algún lío y tuvo que abandonarla a la fuerza?

»¿Sabias que le escribió una carta a tu hermano diciéndole que habías muerto? Pues lo hizo. Charlie te cree muerta. Greene, en realidad, había firmado los documentos necesarios para que te diesen de alta, y abandonó su trabajo para traerte a Chicago.

»Debió creer que te curaría hasta donde podías ser curada. Aunque no se dio cuenta de que nunca sanarías por completo. Se imaginó, probablemente, que en su calidad de psiquiatra sabría controlarte. Supongo que lo intentó y que lo logró..., hasta que algo que él ignoraba te hizo recaer en tu,... enfermedad. Era un personaje muy inteligente, Yolanda. Estoy seguro de que fue él quien imaginó tu danza con el perro. Una danza excelente, realmente buena. Durante unos días me pregunté por qué no te buscaba contratos mejores... En realidad, no podía arriesgarse a que subieras a la cúspide de la fama. Deliberadamente, te mantuvo en un segundo plano, con la misma deliberación con que ocultó sus verdaderas relaciones contigo, como médico y paciente, convirtiéndose en un agente artístico auténtico, incluso con otros clientes.

Sweeney volvió a aclararse la garganta, deseando que ella dijese unas palabras.

No lo hizo. Se limitaba a mirarle. El perro también le miraba con sus amarillentos ojos, dispuesto a saltar a la menor palabra o señal de su ama..., o al más pequeño movimiento por parte de Sweeney.

—Y estuviste bien —prosiguió el periodista—, hasta el día, hace unos dos meses, que entraste casualmente en la tienda de Raoul y le compraste la estatuita a Lola Brent. ¿Reconociste la figura, Yolanda?

Pensó que ella respondería a esta pregunta. Continuó callada. Sweeney respiró hondo y el perro empezó a gruñir por el movimiento de los hombros. Sweeney recuperó su inmovilidad. El perro cesó en sus gruñidos.

—Tu hermano Charlie modeló la estatua —continuó—, Bessie. Tú fuiste su modelo. La estatua expresaba perfectamente lo que sentiste

cuando..., cuando ocurrió lo que fue causa de tu locura. Ignoro si te reconociste en la figura o si comprendiste que era obra de Charlie. Mas la vista de la estatua destruyó todo lo que Greene había hecho por ti.

»Con una diferencia, mejor dicho; una *transferencia.* Al verte a ti misma en la estatua, en calidad de victima, te convertiste mentalmente en tu agresor. En el asesino con el cuchillo.

»Y la joven a la que le compraste la estatua era una rubia muy bonita, de modo que tu manía se concentró en ella. Saliste, adquiriste el cuchillo y aguardaste, con el arma en tu bolso, hasta que Lola salió en dirección a su casa. Como la habían despedido, la espera no fue larga. La seguiste hasta su hogar y la mataste..., como el destripador de Brampton te habría matado a ti, de no haber disparado Charlie. De modo que...

No había continuación al «de modo que...». La frase quedó flotando en el aire.

—Te llevaste la estatuita a casa, Bessie —prosiguió Sweeney, cansado de aguardar unas palabras de Yolanda—. ¿La transformaste en un fetiche? Algo por el estilo, supongo. Lo adoraste... ¿Bailaste una danza ritual con el cuchillo? ¿Qué hiciste?

Tampoco hubo respuesta. A Sweeney le pareció que aquella mirada tan fija, tan insistente, se tornaba vidriosa. Siguió hablando por temor a lo que sucediera cuando callase.

—Mataste otras dos veces. Cada una de ellas, a una rubia guapa. Cuando pasaron por la State Street, tú las observaste. Sospecho que en cada ocasión habías bailado la danza ritual con el cuchillo, delante de la estatua. Después, bajabas a la calle y cuando veías acercarse una rubia excitante, centrabas en ella tu locura. ¡Y matabas!

Hasta el tercer crimen no lo descubrió Doc Greene, o no comprendió, que la mano asesina era la tuya. No sabia nada respecto a la estatua, pero de una manera u otra supo quién era el Destripador. Y esto le aterró. De salir a la luz toda la verdad, estaba acabado. La policía se limitaría a meterte de nuevo en una institución, mas a él... no sé exactamente en qué términos hubieran podido acusarle, aunque los cargos eran abrumadores. Por tanto, intentó una cosa desesperada. ¿Sabias que fue él quien te atacó aquella noche, Yolanda?

Si al menos ella contestara...

—Sí, Doc probó una curación heroica. Un tratamiento por *shock.* Pensó que si te atacaba tal vez se invertiría tu «fijación», que por lo menos

volverías a padecer el grado de locura del principio. Cualquier cosa era preferible a ser una asesina. Probablemente creyó que de esta manera podría manejarte mejor.

»Por eso te atacó aquella noche en el portal. Naturalmente, no empleó un cuchillo ni una navaja normales, pues no deseaba hacerte ningún daño físico. Debió utilizar una cuchilla de afeitar, tal vez unida a un mango de madera bastante largo, con el propósito de causarte solamente un corte superficial. Siendo como era un psiquiatra carente de ortodoxia alguna, creyó que esto te devolvería la razón..., o a una locura más tranquila. Si hubiese conocido la presencia de la estatua en tu apartamento, se habría apoderado de ella mientras estabas en el hospital, y tu «fijación» hubiese desaparecido.

»Mas nada supo de la estatua hasta que hoy lo publiqué en el *Blade.* Debió temer que yo iba a revelarlo todo. Ahora comprendo por qué quiso hablarme, fingiendo interesarse por mi seguridad También deseaba que atraparan al Destripador, según él, para que tú estuvieras a salvo de otro ataque. Ah, Doc y yo nos divertimos mucho. Lamento que él Sweeney volvió a respirar profundamente.

—Pero al leer el diario de hoy, se enteró de la existencia de la estatua, comprendiendo que era la causa de tus turbaciones. Entonces decidió quitártela. Subió esta tarde a tu apartamento con una caja de zapatos *vacía.* No quería que le vieran entrando sin ningún paquete y salir con uno. No quería que el agente que vigilaba tu apartamento se preguntase qué había en el paquete. Jugó con su vida para salvar la tuya, y la perdió.

»Encontró la figura en tu tocador, o dondequiera que la guardaras, junto con el cuchillo. Cogió ambas cosas. Cuando comprendiste que iba a romper tu fetiche, hiciste que Diablo se abalanzara sobre él... y Diablo lo mató en realidad.

Sweeney miró al animal, deseando al instante no haberlo hecho. Volvió a fijar su atención en Bessie Wilson.

—Tú no sabias si había muerto o no en el patio, ni tampoco lo que podía haberle dicho a la policía, si estaba con vida. De modo que huiste. No, Doc no te acusó, Yolanda. En cambio, porque sabía que se moría, el muy imbécil se acusó de todo, confesando ser el Destripador. Debió pensar, o desear, que una vez rota la estatua, tú recobrarías la cordura, incluso sin él.

La miró con la intención apremiante de preguntarle:

«¿La has recobrado? ¿Vuelves a estar cuerda?»

No fue necesario porque la respuesta estaba patente en aquellos ojos.

Locura.

La mano derecha de Yolanda asió la cremallera de su bata, y tiró hacia abajo. La prenda cayó a sus pies, formando un círculo en torno a sus pies descalzos. Sweeney se quedó sin aliento, como aqueja noche en el portal.

Alargando una mano detrás de sí, la joven abrió el cajón superior de la cómoda, buscando algo dentro. La mano reapareció empuñando un cuchillo, un cuchillo reluciente de unos quince centímetros.

Una sacerdotisa desnuda empuñando el cuchillo del sacrificio.

Sweeney estaba sudando. Empezó a levantar las manos, el perro gruñó, agazapándose antes de que el periodista pudiera moverse en absoluto. Volvió a quedarse inmóvil.

—No, Yolanda, no lo hagas —intentó conservar la voz baja y tranquila —. No quieres matarme, yo no soy rubio ni hermoso. No soy el prototipo de Bessie Wilson, a la que atacó un maniaco...

Vigilaba sus ojos. De repente se dio cuenta de que la joven no entendía una sola palabra de lo que decía, ahora que la conexión mental estaba completamente rota Yolanda dio un paso al frente, con el cuchillo en la mano, a punto de... Las palabras, el sonido de la voz de Sweeney detuvieron aquel avance. Las palabras, no lo que decía, no su significado, solamente el sonido.

Yolanda volvió a mover los pies, el cuchillo en alto. Sweeney retrocedió, casi sin moverse. El perro gruñó y se dispuso a saltar.

—Cuatro siglos y siete años atrás —fue recitando Sweeney—, nuestros antepasados llegaron a este continente, convirtiéndolo en una nación, concebida en libertad y dedicada a la propuesta de que todo los hombres al nacer somos iguales...

Yolanda estaba en una situación cataléptica, oyendo el sonido de la voz.

El sudor resbalaba por el rostro de Sweeney, por su frente, por sus axilas.

—Ahora estamos enzarzados en una gran guerra civil, si, hum..., esta nación... No recuerdo nada más. Mary tenía una oveja... Su lana era blanca como la nieve...

Terminó con el cuento de Mary y la ovejita. Empezó a recitar el Rubaiyat. Después el soliloquio de Hamlet. Poco después, vio que podía repetirlo todo..., mucho más tarde, que podía retroceder muy lentamente

hacia la pared que tenía detrás, hasta que logró apoyarse en ella.

No podía moverse más que medio centímetro a cada paso, en dirección a la puerta. Tampoco podía levantar las manos.

—Mucho después, oh, mucho después —su voz sonó tan cansada que la lengua apenas le obedecía. Sin embargo, continuó hablando. Si callaba solamente diez segundos, moriría.

Sweeney vio por la ventana del otro extremo de la habitación, que había anochecido. Muchos años más tarde un reloj dio la medianoche. Siglos después fuera empezó a amanecer...

—...debajo de un exuberante castaño —iba recitando con voz ronca—, se hallaba la herrería del pueblo. El herrero, un hombre corpulento, se encontraba debajo del exuberante castaño. Una rosa, por otro nombre, desperdiciaría su fragancia bajo el aire del desierto. Nuestros días pasados tenían bufones que también corrían a la muerte... Cuando partieron el pastel todos empezaron a cantar...

Le dolían todos los músculos del cuerpo. Se maravilló cómo, con lo mal que recitaba, con la incoherencia de lo que decía, podía mantener inmóvil a aquella muchacha, de pie, desnuda..., con el cuchillo en la mano. Catalepsia, claro, hipnosis, como se llame. Era difícil creerlo.

—¡Ay, pobre Yorik! —prosiguió Sweeney—. Yo lo conocí, Horacio. Un individuo muy gracioso, el más excelente, hum... El búho y la gatita fueron al mar, en una hermosa barca de color verde guisante...

Fuera se iba aclarando el día. Eran las nueve de la mañana cuando llamaron a la puerta. Una llamada autoritaria. Sweeney levantó la voz, luchando contra su ronquera, convertida en una espantosa afonía.

—¿Bline...? ¡Prepare la pistola! El perro saltará contra uno de nosotros.

El perro, gruñendo, se situó en la postura adecuada para vigilar a Sweeney y la puerta. Finalmente, ésta se movió, Sweeney continuó quieto, el perro saltó sobre Blinde. Sin embargo, el capitán llevaba la chaqueta enrollada en su antebrazo, de modo que cuando el perro saltó, el cañón de la pistola de Bline se abatió de forma fulminante sobre su cráneo.

—La ratita subió hacia el reloj —iba diciendo Sweeney, con una voz que apenas llegaba al susurro—, el reloj dio la una... ¡Gracias al cielo por haber llegado al fin, capitán! Sabía que vería los agujeros en la historia de Doc cuando tuviese tiempo de examinarla atentamente. Comprendí que vendría en busca de Yolanda. Sí, capitán, tuve que hablar sin descanso, sin la menor tregua. Yolanda ni siquiera se enteraba de lo que decía, como

ahora, antes de llevársela, no le miraba a usted. Sólo sabia que yo hablaba y hablaba... Hasta que usted pudo arrancarle el cuchillo de la mano...

Bline tenía el cuchillo. Sweeney, sin dejar de hablar, fue resbalando hasta el suelo.

Era ya tarde. Godfrey se hallaba en el banco de la Bughouse Square, con Sweeney sentado a su lado.

—Creí que estabas trabajando —observó el viejo.

—Sí. Pero hoy escribí una noticia sensacional. Walter me ha dado permiso sin sueldo, claro. Una semana, dos semanas, las que quiera.

—Estás afónico, Sweeney. ¿Pasaste la noche con aquella chica que te volvía loco?

—Por eso estoy afónico —sonrió Sweeney—. Oye, God, esta vez tengo dinero, mucho dinero, aunque he dejado algo en la pensión. Encima llevo unos trescientos pavos. ¿Quieres que nos emborrachemos por trescientos pavos?

God volvió la cabeza para contemplar a Sweeney atentamente.

—Cuando deseas algo con todo tu afán, lo consigues siempre, Sweeney. Pasaste la noche con esa dama. Te dije que lo lograrías.

Sweeney se estremeció. Sacó un frasco de whisky de cada uno de los bolsillos de su chaqueta y le dio uno a God...

FIN

NOTAS

[1] El autor juega con la palabra *God*, que en inglés significa Dios. *(N. del T.)*

[2] Bughouse puede traducirse por “Casa de chinches”. *(N. del T.)*

[3] *El*: abreviatura con que los habitantes de Chicago se refieren al *Elevated* o Metro elevado que cruza la ciudad. *(N. del T.)*

[4] Cuerpo del delito.

[5] *Blade*, en inglés, significa hoja de cuchillo. *(N. del T.)*

[6] Primera Página.

[7] Juego de palabras del autor: *period*, en inglés, también significa punto gramatical. *(N. del T.)*

[8] Referencia del autor al bíblico David, que mató al gigante Goliat con una pedrada de honda. *(N. del T.)*

[9] El lector debe recordar el juego de palabras entre Dios y God (Dios en inglés). *(N. del T.*)

[10] Whisky de centeno. *(N. del T.)*